

A romantic couple is shown in a close embrace, kissing in a snowy setting. The woman has blonde hair and is wearing a red knit hat and a dark, textured winter coat. The man has a beard and is wearing a red and black plaid scarf and a dark jacket. Snowflakes are falling around them, creating a soft, romantic atmosphere. The background is a deep blue, suggesting a twilight or night sky.

Corazón nevado

Mita Marco



Mm romántica contemporánea

Corazón
Nevado

Mita Marco

©2018 **CORAZÓN NEVADO**

©Mita Marco

Portada: Freepik

Diseño portada: Mita Marco

Maquetación: Mita Marco

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A esas personas que todavía creen en la magia de la Navidad.

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[EPÍLOGO](#)

[Otros títulos de la autora](#)

CAPÍTULO 1

La Carretera Transcanadiense era un hervidero de vehículos, a pesar de que la nieve no diese ni un minuto de tregua. El arcén, con más de un metro de hielo acumulado a cada lado, era la señal inequívoca de que las máquinas quitanieves habían estado trabajando durante toda la noche.

En el cielo, las nubes amenazaban con más precipitaciones, pero el espectacular paisaje alpino de las Montañas Rocosas, y los densos bosques de coníferas del Parque Nacional Banff, lograban que el trayecto fuese más ameno.

Con la vista puesta en la carretera, y las manos apretando el volante, Charlie apenas prestaba atención a la incesante charla de su tía Poppy y su prima Lily, que, emocionadas, repetían una y otra vez lo divertidas que iban a ser esas Navidades.

Por primera vez en toda su vida, habían cerrado a cal y canto su pintoresca casa en Calgary para pasar las fiestas en un resort del Lago Louise. De hecho, el estado de felicidad y emoción era compartido por toda la familia, que viajaba en el furgón de su tío Archie, el cual circulaba justo delante de ellas.

Charlie activó el limpiaparabrisas delantero, al darse cuenta de que la nieve caía con más fuerza, y rezó, nerviosa, porque hubiese puesto las cadenas en los neumáticos del coche de forma correcta. Apenas tenía el permiso de conducción tres meses y la inseguridad al volante todavía la mantenía rígida y en alerta.

Siempre prefirió el transporte público, y lo seguía utilizando a diario, para ir a trabajar al colegio en el que impartía clases a niños de primaria. Tanto era así que esa era la quinta vez que cogía su propio coche desde que tenía el carnet.

—¡Mira, mira, Charlie! —gritó su tía de repente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella dando un fuerte frenazo y levantando las manos del volante.

Los coches que circulaban tras ellas comenzaron a tocar el claxon. Charlie giró la cabeza y observó a su tía Poppy, que tenía los ojos muy abiertos por la impresión de la frenada, y cogía el brazo de su prima Lily, que se tapaba los ojos con las manos.

—Solo te he avisado porque quería que vieses un alce comiendo de un arbusto.

—¡Mamá! —la reprendió su prima.

Charlie tragó saliva y la fulminó con la mirada.

—¡No vuelvas a hacer eso, tía Poppy! ¡Casi se me sale el corazón! ¡Pensaba que íbamos a chocar contra algo!

—¿Contra qué vamos a chocar? —dijo divertida—. Si vas conduciendo a treinta millas por hora desde que salimos de Calgary.

Lily comenzó a reír.

—Eso es verdad.

—¡Pues conducid vosotras!

—A ti te hace más falta practicar. Además, es tu coche.

Charlie cerró los ojos y resopló. Detrás de ellas, los demás vehículos aporreaban el claxon

para que se moviesen, y los gritos de algún que otro conductor enfadado la hizo maldecir.

Continuaron la marcha en silencio, con la radio encendida en una emisora de noticias, en la que el locutor avisaba de la llegada de una tormenta de nieve que duraría varios días.

—Espero poder estar de vuelta en Calgary antes de que llegue la tormenta —comentó Charlie con un poco de temor.

Su tía y su prima se miraron y sonrieron.

—Al paso que conduces, no creo —bromeó Lily.

—Mi coche no puede ir mucho más rápido con todas vuestras maletas y esquís.

—Eso, échanos la culpa a nosotras. —Dio un pequeño golpe en la ventanilla—. Este cacharro no anda ni para atrás, tendrías que haberte comprado otro coche mejor.

—¿Qué dices? ¡Pero si es una monada! —dijo ella defendiendo a su pequeño Volkswagen.

—Esta chatarra roja tiene más años que el abuelo George.

—Mira, Lily, bonita, vete a...

—¡Niñas, niñas, que estamos en Navidad! —las reprendió Poppy sin dejar de sonreír.

—¡Sí, en Navidad! —añadió Charlie poniendo los ojos en blanco—. ¿A quién se le ocurrió la idea de cruzar la provincia de Alberta para pasar las Navidades en un hotel? Estas fechas son para estar en casa.

—¡Que tú no quieras quedarte con nosotros no es nuestra culpa! —contraatacó Lily.

—Tengo obligaciones pendientes.

—¿En vacaciones?

—Me comprometí a ser parte del voluntariado del comedor social de Calgary.

—¿Tú no descansas, Charlie? —preguntó su prima—. Te pasas todo el año dando clases a niños, participas en las actividades extraescolares y, cuando puedes desconectar... vas y te apuntas a eso del comedor social.

—Me gusta ayudar a la gente que lo necesita.

Su tía Poppy le dio un codazo a Lily.

—A tu prima lo que le hace falta es un novio.

—Y dale —resopló Charlie. Su tía siempre estaba igual—. Tengo treinta y dos años, no tienes que decirme lo que necesito.

—¿Cuánto tiempo hace que rompiste con Trevor? —preguntó Lily.

—Siete meses, y todavía me parecen pocos —añadió a la defensiva.

—Trevor se portó como un miserable. Hiciste bien en pegarle una patada en el trasero.

—¿Y todavía te extrañas de que no quiera complicaciones con hombres?

—Algún día encontrarás al adecuado para ti —sentenció Poppy con sabiduría.

—O no, porque con el genio que tiene, el pobre saldrá corriendo a la primera de cambio —se carcajeó su prima dándole codazos a su madre.

Charlie las vio reírse por el espejo retrovisor e intentó ponerse serio. Sin embargo, rompió en carcajadas a su vez. Esas dos mujeres eran imposibles. No podía hacer otra cosa más que quererlas.

Tras otra hora al volante, el Lago Louise apareció ante sus ojos.

Rodeado por enormes montañas nevadas, la inmensidad del lago las sobrecogió. Sus aguas, heladas durante el invierno, estaban cubiertas de nieve, creando una enorme pista en la que decenas de esquiadores disfrutaban a diario. Y en medio de aquel maravilloso paisaje alpino, el Fairmont Château, uno de los grandes hoteles de la compañía de ferrocarril canadiense, y lugar donde su familia permanecería toda esa semana.

Paró el motor del coche en la puerta del mismo y ayudó a Poppy y a Lily a bajar todas las cosas. Mientras lo hacía, su tío Archie salió de la furgoneta familiar gritando y bailando por la alegría de haber llegado, haciendo con sus tonterías que los distinguidos huéspedes del hotel lo mirasen como a un bicho raro, y que sus demás familiares, que se apresuraban por coger su equipaje, riesen al verlo.

Estaban todos: los otros tres hijos de Poppy y Archie, los tíos Amelia y Jayden, y el abuelo George, con su habitual cara de hastío.

Charlie los observó mientras cerraba la puerta del maletero de su coche. Los iba a echar de menos esas Navidades. La cena de Nochebuena sin ellos sería muy triste. Faltarían las payasadas, las confidencias con Lily, ver las caras de sus primos al desenvolver los regalos, las peleas y los piques entre los cuñados, y las ricas comidas de sus tías.

—Todavía estás a tiempo de quedarte —dijo Lily apoyando su trasero en el coche de Charlie.

—Me he comprometido con los chicos del comedor social, ahora no puedo echarme atrás —respondió con un suspiro.

—Sabes que no será lo mismo sin ti.

—Lo sé. —Apretó los labios y miró de nuevo a su familia—. Van a ser unas Navidades raras.

Lily la rodeó con los brazos y apoyó la mejilla contra la de su prima.

—¡Vamos, Charlie, quédate!

—Ojalá pudiese. —Eran como hermanas. De hecho lo sentían así. Charlie quedó a cargo de sus tíos cuando solo tenía cuatro años y Lily nació unos meses después. Peleaban, se enfadaban a menudo, compartían ropa, y mil y un secretos que las mantendría unidas siempre. No había noticia, buena o mala, que ambas no supiesen de la otra—. Voy a despedirme de todos, es hora de que me vaya, no quiero que me pille la tormenta en la carretera.

—Lleva cuidado, anda. Y llámame cuando llegues a Calgary.

El viaje de vuelta comenzó sin problemas, a pesar de que la nieve seguía cayendo sin descanso. El tráfico, más fluido que en la ida, la mantuvo tranquila al volante. Sin embargo, la sensación de que debía regresar con su familia la acompañó las primeras cien millas.

Un pitido la avisó de que el coche acababa de entrar en reserva, así que paró en la gasolinera más cercana a repostar. El aire del exterior cortaba la piel. Hacía tanto frío que tuvo que ponerse ella misma el combustible, pues los empleados de la gasolinera no quisieron salir de la confortable y caliente tienda.

Al montar de nuevo en el coche, se fijó que en el suelo del asiento del copiloto había una maleta.

—¡Maldición! —exclamó al ver lo que había dentro.

Era de Lily. Se había dejado la mitad de su ropa en el coche.

Golpeó el volante y cerró los ojos, frustrada. En la emisora de radio, el locutor repetía que el temporal estaba muy cerca, y advertía a los conductores que extremasen las precauciones al volante.

Fijó su mirada en el espejo retrovisor del coche y vio su propio reflejo. Su cabello rubio y corto, apenas se apreciaba por el gorro de lana que cubría su cabeza, sus ojos azules, enrojecidos por la falta de descanso y el largo viaje, y sus labios agrietados por el frío.

Tenía que volver. Debía regresar al Lago Louise para darle a su prima la ropa que le faltaba.

Lily cerró la puerta de su habitación y apartó, con el pie, la maleta de uno de sus hermanos. Ella era la mayor, y como tal, la que había escogido la mejor cama.

No era lo más apetecible el hecho de compartir habitación con adolescentes, no obstante, era eso... o dormir con el abuelo George y sus ronquidos.

Apartó las gruesas cortinas y miró a través de la ventana. Desde allí, las vistas al lago y a las montañas eran impresionantes. Estaba deseando poder colocarse los esquís y disfrutar de las pistas.

El invierno era su época favorita del año, a pesar de que en la provincia de Alberta las temperaturas pudiesen escalar hasta los menos treinta grados. No obstante, le gustaba ver el paisaje cubierto de nieve, las formas tan increíbles que formaba el hielo en las plantas, y el ambiente hogareño de casa de sus padres, en el que siempre olía a pudding y a jarabe de arce.

A sus veintisiete años, podía considerarse una joven con suerte. Encontró trabajo nada más acabar la carrera de análisis y control de calidad, en una empresa del sector cárnico situada a varias manzanas de su casa. Y en el tema amoroso tampoco le había ido del todo mal, a pesar de no haber encontrado todavía a su media naranja.

Cerró la cortina y suspiró al ver que sus hermanos ya tenían todas sus cosas por en medio de la habitación. Se acercó a su cama y cogió su maleta, en la que guardaba los monos de esquí y las botas, además de su neceser.

—¿Y la otra maleta?

Miró bajo la cama y en las de sus hermanos, pero la maleta con su ropa de diario no aparecía. Sin ella, no podría cambiarse. Se quedó pensando, para intentar acordarse qué había hecho con ella, pero apenas recordaba nada, pues la emoción de la llegada había eclipsado todo lo demás.

—Oye, Dan —le dijo a uno de los chicos—. ¿Os falta ropa?

—No, el botones ya ha subido todo nuestro equipaje.

—¿El botones? —¡Eso era! ¡El botones debió dejar su maleta en la recepción!

Sin decirles a sus hermanos a dónde iba, abandonó la habitación y bajó a toda prisa hacia el hall del hotel Fairmont Château, el cual estaba a reventar de gente que hacía cola para ser atendida.

Sin pensarlo, adelantó a todos los que esperaban y se apoyó en el mostrador, escuchando cómo algunos de los presentes se quejaba.

—Perdone, señor —dijo en voz alta al recepcionista, que atendía a un huésped. Al ver que el trabajador continuaba con su tarea, Lily insistió—. ¡Oiga, señor, escúcheme!

El recepcionista alzó una ceja y la miró con seriedad.

—Disculpe, señorita, tendrá que hacer la cola como todo el mundo. Estoy atendiendo a otro cliente. —El trabajador tecleó en el ordenador y prosiguió—. Su nombre es Nathan Lavoie, ¿es correcto? —le preguntó al huésped.

—Así es —contestó él con voz grave y un fuerte acento francés.

Lily lo miró con atención y vio que era joven. Tendría más o menos su edad. Era alto, guapo y de complexión fuerte. Portaba una maleta de una marca italiana en la mano, y sus zapatos costaban más dinero que la ropa que ella se ponía a lo largo de toda una semana.

El tal Nathan la miró con seriedad, casi con altanería, sin embargo, Lily lo pasó por alto y continuó con su cometido.

—Es solo una pregunta —insistió—. A Nathan no le importa que me atienda primero, ¿verdad? —le preguntó como si lo conociese de toda la vida. El joven fue a abrir la boca, pero

ella se le adelantó—. No le importa. Así que, escúcheme un momento.

El recepcionista miró de soslayo a Nathan, que puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos, dando a entender que no tardase mucho.

—Muy bien, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

—El botones ha tenido que dejar por aquí una de mis maletas, porque en la habitación no está.

—Eso es imposible, yo mismo me aseguro de que todo quede montado en el carro cuando los clientes se inscriben —respondió molesto.

—¡Pues me falta una maleta!

—Quizás la haya dejado en casa.

—¡No, no, estoy segura de que la traje!

El trabajador se miró el reloj de muñeca y observó la larga fila de personas que esperaba a ser atendida.

—Aquí no está su maleta. Y, ahora, si me disculpa...

Dejó de prestarle atención y volvió a hablar con Nathan, que permanecía a su lado más estirado que un palo de escoba.

Lily maldijo por lo bajo y dio media vuelta, camino a su habitación, sin darse cuenta de que el mismo huésped al que había interrumpido, giraba la cabeza para fulminarla con la mirada.

La nieve caía con mucha fuerza y Charlie apenas conseguía ver la carretera. Llevaba más de media hora al volante, desde que abandonase la gasolinera y decidiese regresar al Lago Louise; y el nerviosismo estaba apoderándose de ella. La señal GPS de su teléfono móvil se había perdido y conducía por aquel lugar intentando descubrir alguna señal que le indicase dónde estaba la salida que llevaba hasta el resort en el que estaba su familia, pues a la ida apenas se había fijado, al ir detrás de la furgoneta de su tío.

La Carretera Transcanadiense se hallaba desierta. No había encontrado ninguna gasolinera para que le indicasen el camino y estaba comenzando a asustarse. Paró su pequeño Volkswagen en el arcén, poniendo las luces de emergencia, y escondió la cara en el volante. No sabía dónde estaba y su teléfono móvil no tenía cobertura para que pudiese pedir ayuda.

—Piensa, Charlie, piensa —susurró intentando no ponerse a llorar.

Alzó la cabeza y miró hacia la carretera. Comenzaba a anochecer y estaba perdida en alguna parte del Parque Nacional Banff.

Recordó las súplicas de su prima para que se quedase con ellos en el hotel. ¡Debió de haberle hecho caso! Si hubiese sido así, ahora mismo estaría calentita y tomando chocolate caliente junto a ellos.

Miró su reloj de muñeca y comprobó que eran las tres y media de la tarde. En poco tiempo el sol acabaría por desaparecer en el horizonte.

—Vamos allá —se animó ella misma.

Aceleró de nuevo, con los limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad para apartar la nieve, y se concentró en la carretera. A lo lejos, vio un cartel cubierto de nieve y dio un grito de júbilo.

—¡El lago!

Era imposible leer lo que había escrito en él, sin embargo, tenía que ser esa la salida. Había estado conduciendo casi una hora desde que salió de la gasolinera. No podía haber equivocación.

Puso el intermitente y abandonó la vía principal. Si sus cálculos no fallaban vería el lago a

unos diez kilómetros.

Algo más animada, condujo por aquella carretera secundaria, pensando en la sorpresa que iba a llevarse su familia cuando la viesan llegar por segunda vez. No obstante, media hora más tarde, el lago no aparecía y el miedo regresó con fuerza.

—¿Te has equivocado de camino? ¡No jodas, Charlie! —se dijo para sí misma.

Tenía que dar la vuelta y regresar a la carretera.

Aguzó la vista, pues la nieve apenas le permitía ver por dónde iba, y giró el volante para cambiar el sentido de la marcha. Pero, al hacerlo, sintió que perdía el control, y su pequeño Volkswagen patinó dando vueltas sobre sí mismo.

—¡Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios! —gritó con los ojos cerrados por el miedo, y notando cómo giraba sin parar.

Un golpe sordo contra algo que no llegó a ver, hizo que el automóvil frenase en seco. Charlie se frotó el hombro, pues se lo había golpeado contra el cristal.

Al mirar hacia el frente, se dio cuenta de que el capó de su coche estaba sepultado de nieve. Intentó arrancar el motor, pero este no lo hizo.

—¡Arranca, por favor! —le suplicó con un nudo enorme en la garganta—. ¡Vamos, arranca, bonito!

Sin embargo, su Volkswagen no hizo el mínimo amago de ponerse en marcha.

Se colocó el abrigo y abrió la puerta. Los dientes le castañeteaban por el frío. Quizás si quitaba la nieve de encima y lo empujaba un poco, el coche respondía.

—¿Pero qué cojones has hecho?

Una voz masculina la sorprendió quitando la nieve del capó. Charlie alzó la cabeza y dio gracias al cielo por haber encontrado a alguien en medio de aquel desierto helado.

—¿Qué le has hecho a mi valla? —gritó el desconocido sin dejar de caminar hacia ella.

—¡Dios mediante, gracias que lo encuentro! —Ante ella paró un hombre con una chaqueta polar y una capucha de cubierta de pelo. Apenas podía verle la cara, lo único que conseguía distinguir eran sus gafas. Su altura era evidente, y la robustez de su cuerpo también—. ¡Señor, me he perdido!

—¿Acaso no sabes conducir? ¡Me has destrozado la valla! —gritó sin prestarle atención.

—¡Necesito ayuda, mi coche no arranca!

—¿Tengo pinta de mecánico?

Charlie juntó las manos en forma de oración y lo miró suplicante, pasando por alto su tono mordaz.

—Iba a dar la vuelta y el coche pisó una placa de hielo. Pensé que estaba acabada, hasta que lo vi a usted.

Él obvió sus palabras y caminó hacia la valla donde el coche de Charlie se hallaba empotrado. Al ver el destrozo, maldijo en voz alta.

—¡Turistas insoportables! ¡Malditos ineptos!

—Mi teléfono no funciona, ¿podría prestarme uno? Tengo que llamar a una grúa.

—¿Acaso todo el mundo está confabulado para no dejarme en paz? —se quejó el desconocido dando una patada a las astillas de lo que antes era la valla—. ¡No me mudé a las putas Montañas Rocosas para esto!

—¿Me lo prestará? —insistió Charlie con cara lastimosa.

—¿El qué, joder, el qué tengo que prestarte? ¿No te ha bastado con romper cosas en mi propiedad? —chilló fuera de sus casillas.

—No ha sido mi intención, se lo aseguro. —Cerró los ojos con fuerza y lo observó de nuevo—. ¿Me prestará su teléfono?

—¡No funciona, maldita sea! ¡Y aunque lo hiciese... no te permitiría entrar a mi puñetera casa! —Señaló hacia la edificación de madera, que se encontraba a varios metros de distancia—. ¡Largo de aquí! ¿Me oyes?

Charlie se quedó helada al escucharlo. ¿No iba a ayudarla? ¿Pensaba dejarla a la deriva en aquel lugar alejado de todo?

—¡No, por favor, se lo suplico! ¡Solo necesito avisar para que vengan a por mí!

—¡Pues fabricate un megáfono! ¿A mí qué me cuentas?

Ella se apoyó en el coche y notó cómo las piernas le temblaban, y no a causa del frío. Ese hombre no la ayudaría...

—¡Liam! —Una voz de mujer se escuchó desde el interior de la casa—. ¡Liam Tremblay!

Hacia ellos se dirigió una joven morena. Era más o menos de su estatura, delgada y bonita. Al llegar a su altura puso los brazos apoyados en las caderas y miró al hombre con seriedad.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? ¡Ha tenido un accidente! —le reprendió.

—¡Me ha roto la valla!

—¡Puedes arreglar esa maldita valla cuando deje de nevar!

—Solo preciso de un teléfono —añadió Charlie dirigiéndose a la joven.

—¡Que aquí no hay cobertura para los teléfonos, maldita sea! —le gritó él.

—¡Liam, haz el favor de comportarte como un ser humano! —La joven sonrió a Charlie y le hizo una señal con la cabeza para que la siguiese—. Hace frío, acompáñame adentro.

—¿A mi casa? ¿Vas a meterla en mi casa?

—¡Sí! —gritó ella mirándolo con enfado—. ¡Y más vale que seas amable!

—¡Estupendo, Ava, esto es estupendo! —exclamó el tal Liam llamándola por su nombre.

Al acabar, dio media vuelta y caminó con pasos airados al interior de la edificación de madera, dejando a las mujeres a solas. Charlie tragó saliva y miró la puerta por donde ese hombre tan desagradable había desaparecido.

—Gracias por invitarme, pero... creo que será mejor que no entre.

—¡Tonterías! —La agarró por el brazo y la condujo hacia la casa—. Liam está muy susceptible últimamente. No le hagas ni caso. No vamos a permitir que te mueras de frío aquí fuera.

CAPÍTULO 2

La temperatura dentro de la casa invitaba a quedarse.

Era una edificación pintoresca construida sobre un entramado de madera, sólida y resistente, de gruesos leños que aislaban del frío. El suelo era del mismo material, dándole un toque hogareño y rústico a la vez. El salón al que Ava la había guiado era amplio, con la cocina insertada en él. Los muebles robustos, aunque con algún que otro tallado que les confería cierta delicadeza y elegancia, y presidiendo aquella sala, en la pared principal, una enorme chimenea de piedra donde el fuego crepitaba con brío.

La joven la invitó a sentarse en uno de los dos grandes sofás desde donde podía verse, a través de un gran ventanal, cómo nevaba en el exterior.

Aparte de aquello, la casa no tenía televisión, aparatos tecnológicos, ni conexión WIFI. ¿Cómo podía vivir la gente sin todo eso hoy en día? Sonrió al imaginar a varias de sus amigas volviéndose locas en aquel lugar, tan desconectado de las redes y demás comodidades modernas.

Aunque, solo había que ver al dueño...

Desde su posición vio a Ava acomodarse en el sofá de enfrente, y junto a ella otro hombre al que no había visto antes. Era alto, con una cara agradable y el cabello color zanahoria. En la mano portaba una taza humeante, y le sonreía con amabilidad.

—Bueno —comenzó a decir la chica—. Pues como ya has escuchado de los labios de Liam, yo me llamo Ava.

—Y yo soy Zachary —se presentó el pelirrojo—, un buen amigo de la familia.

Nada más decir aquello, el dueño de la casa apareció por el salón. Todavía llevaba puesta la chaqueta y la capucha, que comenzó a quitarse nada más verlos conversar. Cuando descubrió su cara, Charlie tuvo que contenerse para que la boca no se le abriese como a una tonta. Acababa de romperle la valla al hombre más guapo que hubiese visto en la vida.

Tal y como prometía con el abrigo puesto, era robusto, con un cuerpo de los que quitaba el hipo. Cara sexy, de facciones cuadradas, nariz recta, labios gruesos y ojos oscuros que parecían penetrar. El cabello lo llevaba algo más largo de lo que a ella solía gustarle en un hombre, pues le rozaba los hombros. No obstante, le proporcionaba un toque de misterio y sensualidad. Y si a todo eso le sumaba lo bien que le quedaban las gafas y lo interesante que lo hacían parecer...

—No nos has dicho tu nombre todavía.

La voz de Ava la hizo regresar al mundo. Se había quedado tan traspuesta al verlo que apenas había escuchado lo que le estaban diciendo.

—Ah... sí, perdona —se disculpó notando cómo le subían los colores—. Me llamo Charlie, Charlie Wilson.

—¿Y estás bien? ¿Te has hecho daño con el golpe? —prosiguió Ava.

El tal Liam dejó el abrigo en un armario empotrado y se dirigió hacia ellos, caminando con andares de pantera, sin quitarle la vista de encima.

Charlie tragó saliva y se retorció las manos, nerviosa por ser el blanco de su mirada.

—No, no, estoy bien, solo ha sido un susto.

Liam se sentó en el sofá en el que estaban los demás y se cruzó de brazos, con seriedad.

—¿Te apetecería un poco de café, Charlie? —le ofreció la chica, con simpatía.

—Gracias, sería agradable.

—¿Qué estabas haciendo por esta zona de las Rocosas? —Le dio la taza de café y le sonrió.

—Esta mañana llevé a mi familia al Lago Louis y a la vuelta me di cuenta de que mi prima olvidó parte de su equipaje, así que regresé para dárselo.

Ava y Zachary se miraron extrañados.

—El lago no está por aquí —comentó él alzando una ceja.

—Ya. —Charlie rio de forma desapasionada—. Me he dado cuenta tarde.

—Hay carteles que señalan dónde está la salida, te has desviado de tu camino casi cincuenta millas.

—¿Tanto? —preguntó ella sin poder creérselo—. Con la nieve no se veían los carteles.

Notaba los ojos de Liam clavados en ella, y era una sensación rara la que sentía al respecto. No había abierto la boca desde que había entrado en la casa, y no sabía si le producía más nerviosismo verlo callado o soltando improperios contra su persona.

Dio un trago de café y lo paladeó. Estaba caliente y delicioso.

Sacó su teléfono móvil del bolso y comprobó que la cobertura era inexistente.

—¿Aquí nunca hay cobertura o es por el temporal?

—Un poco de las dos cosas —le informó Ava—. Cuando quiero hablar por teléfono tengo que salir de la casa y andar como cincuenta metros para poder hacerlo. Sin embargo, con la nieve... no creo que funcione. Estamos bastante alejados de las antenas.

—Esta casa está bastante alejada de todo —añadió Zachary, haciéndolas reír.

—La verdad es que tienes razón —comentó Charlie, sin dejar de sonreír—. No creo que pudiese vivir mucho tiempo en un sitio como este.

—Si no te gusta ya sabes dónde está la puerta —saltó Liam con voz cortante.

Charlie se quedó callada, sin saber qué decir.

—Yo... no quería ofender a nadie, solo he dicho que no podría...

—¿Y por qué piensas que nos importa lo que te gusta y lo que no?

—¡Liam! —exclamó Ava con ojos reprobatorios.

—¿Qué? —preguntó este con voz cansada.

—¡No te comportes como un estúpido! ¡Sé más agradable!

—¡Me rompe la valla, se bebe mi café, critica mi casa! ¿Y yo tengo que ser agradable?

—No era mi intención —se disculpó Charlie por quinta vez desde que llegó.

—¿No era tu intención hacer qué? —la interrogó él fulminándola con la mirada.

—Criticar tu casa. —En otras circunstancias, Charlie le hubiese dejado las cosas claras, no obstante, estaba perdida en ninguna parte, con el coche roto y sin más refugio que la morada de aquel hombre tan insufrible.

—¿Y tampoco querías destrozar mi propiedad?

—¡No, claro que no, ha sido un accidente!

—Supongo que me pagarás los desperfectos, ¿no?

—¡Liam, ya basta! —lo interrumpió Ava.

—¿Y ahora qué? ¿Tampoco puedo exigirle que me pague lo que ha roto?

—¡Lo pagaré, por supuesto que lo haré! —dijo Charlie sintiendo que el orgullo tiraba de su lengua—. ¡Tengo dinero para pagar una y mil vallas!

—¿Esa es tu excusa para profanar propiedades ajenas? ¿El dinero?

—¡Ya está bien, Liam! —le gritó Ava mirándolo con enfado.

El dueño de la casa se levantó del sofá, sin dejar de mirar a Charlie con antipatía. Dio media vuelta y caminó hacia unas escaleras de madera que, presumiblemente, llevarían a las habitaciones superiores.

—Me voy a trabajar un rato. No quiero escuchar ni a una mosca, ¿queda claro? —les informó con seriedad. Y tras sus palabras, desapareció por la escalera.

Al quedarse a solas, Ava se llevó las manos a la cara y negó con la cabeza.

—Te ruego que le disculpes, Charlie. Liam está bastante nervioso últimamente. No piensa la mayor parte de las cosas que dice.

—No quiero ser un estorbo para nadie —comentó sin dejar de mirar hacia las escaleras por donde aquel desagradable hombre había desaparecido. Podría ser guapo, el tío más guapo y espectacular del mundo, no obstante, su carácter demostraba que por dentro no tenía nada de guapo ni de sexy. Era un ogro.

—No eres un estorbo, no te preocupes —añadió Zachary, con amabilidad.

—Además, aunque lo fueras... no podrías hacer nada por irte. —Ava se encogió de hombros —. Tu coche está roto, los teléfonos móviles no funcionan y nuestros propios vehículos están retenidos por la nieve en la parte trasera de la casa. No podremos llevarte de vuelta hasta que deje de nevar.

Charlie asintió, comprendiendo la situación en la que se encontraba.

—Pues ojalá pare pronto.

La copiosa nevada no permitió a los turistas del Fairmont Château disfrutar de los deportes al aire libre, pues las precipitaciones, sumadas al fuerte viento, podían provocar más de un accidente. Así que, el hotel ofreció a sus huéspedes múltiples actividades para realizar dentro del mismo. Había gimnasio, piscinas de agua caliente, sala de juegos, salón con sofás donde ver la televisión y una enorme cafetería con una gran variedad de cafés de todo el mundo, chocolate caliente, y bebidas alcohólicas para combatir el frío.

Lily y su familia se decidieron por la cafetería. Juntaron varias mesas y mandaron a su padre y a su tío a que comprasen lo que quisiesen, mientras los demás esperaban charlando tranquilamente.

Vestida con una blusa y una enorme falda de su madre, Lily apretaba los labios con enfado. No había encontrado la maleta con su ropa, y hasta que la nieve no se lo permitiese, no podría ir en coche hasta el pueblo de Louise para comprar nueva.

Se sentía ridícula con esas prendas tan grandes, delante de todos aquellos huéspedes tan finos y bien vestidos.

Poppy le dio un codazo a su hija y le sonrió, para que cambiase la cara.

—Aquí no te conoce nadie, no pasa nada si llevas mi ropa unos días.

—Ya lo sé, mamá, pero es que... ¡me da rabia! Estoy segura que han sido los del hotel los que han perdido mi equipaje.

—¿Has insistido en recepción?

—He ido tres veces, y las tres veces me han contestado lo mismo: ¡Oh, no puede ser, yo hago mi trabajo perfectamente, bla, bla, bla...! —dijo ella imitando al recepcionista en tono burlón.

—Quizás tenga razón, Lily. ¿Seguro que cogiste la maleta? ¿No la habrás dejado en casa?

—¡Segurísima! ¡La han perdido ellos! —insistió—. ¡Como se me crucen los cables, voy y pongo una reclamación!

—No creo que te sirva de nada. —Poppy la miró de arriba abajo y sonrió—. Además, mi ropa no te queda tan mal.

—¿Pero qué dices, mamá, si cogen dos personas más como yo aquí dentro?

—No me estarás llamando gorda, ¿verdad? ¡Porque te desheredo! —exclamó sin perder la sonrisa.

—Me parece que a Charlie tampoco le hará ilusión heredar tu ropa —se carcajeó.

Poppy le golpeó en el hombro con suavidad y rio con ella. Se cruzó de brazos y suspiró.

—Ah, Lily, no hago más que pensar en tu prima. ¿Estará comiendo bien? ¿Descansará lo suficiente?

—¡Mamá, por Dios, que no hace ni cinco horas que se fue!

—No me gusta nada que pase las Navidades tan lejos de nosotros. Tendría que haberse quedado.

—Ya la conoces, cuando Charlie se compromete a algo, puede nevar, tronar, o haber un terremoto... que cumplirá su palabra.

Al acabar de hablar, giró la cabeza hacia la derecha. Nada más hacerlo se percató de que un hombre la miraba fijamente.

Era guapo, moreno y alto. Estaba sentado a un par de mesas de ella, acompañado por más personas y una niña, y... la observaba con enfado. ¿Por qué la miraba así?

Lily apartó los ojos de él y se llevó la mano a la boca, pensativa. Torció los ojos, con disimulo, y lo miró de soslayo. La cuestión era que su cara le resultaba familiar. Lo había visto en algún otro lado y no recordaba dónde. ¿Quién era?

—¿Quién tiene hambre? —gritó su tío a diez metros de distancia, colocándose un periódico a modo de altavoz, y consiguiendo que todos los presentes en la sala los mirasen como a psicópatas.

Tras él, su padre apareció con una barra de pan entre las piernas, fingiendo que cabalgaba con ella.

—¡La comida está en camino!

—Archie, por favor, que nos mira todo el mundo —susurró Poppy a su marido, pero sin ocultar la gracia que le hacían sus payasadas.

—¡Papá, quítate el pan del paquete que tenemos que comer todos! —exclamó Lily aguantando una mueca de asco.

—¡Tu padre es un vaquero, hija! —exclamó Archie girando el brazo como si llevase un lazo.

Lily resopló y se tapó la cara con las manos.

—Al final nos echarán del hotel. —Sin querer destaparse la cara, por la vergüenza, ojeó a los demás huéspedes que les lanzaban miradas reprobadoras—. ¡Que esta gente es muy fina!

—Pues qué aburridos —se defendió su padre como si fuese un niño. Dejó la barra sobre la mesa y, antes de sentarse, su tío y él hicieron el baile del robot.

Toda su familia se echó a reír por las tonterías de los dos cabezas de familia, menos el abuelo George, que jamás cambiaba su cara de vinagre.

Archie palmeó la espalda de su hija y le pasó la barra de pan.

—Coge un trozo, el café tardará un rato. Me ha dicho el camarero que no tenemos que levantarnos, lo traen ellos.

—¿Quieres que coma pan que ha rozado tu entrepierna?

—¿Te recuerdo de dónde saliste tú?

—¡Qué asco, papá!

Se miraron unos segundos, en silencio, y estallaron en carcajadas. Lily, aunque quería ponerse seria con su padre por ser tan escandaloso, no podía hacerlo, pues en el fondo le encantaba que fuese así. Si a los demás huéspedes no les gustaba su forma de ser, que se fastidiasen, su familia era perfecta, con sus tonterías y sus payasadas.

En un acto reflejo, giró de nuevo la cabeza y vio cómo el mismo hombre de antes seguía mirándola con el ceño fruncido. Lo conocía de algo, cada vez estaba más segura. Pero, ¿de qué? Y lo más importante, ¿por qué la miraba como si quisiera retorcerle el pescuezo?

Las tarde pasó más rápido de lo que imaginó. A pesar de no sentirse del todo a gusto con aquella gente, pues apenas la conocía de nada, agradeció que Ava se comportase de forma amable con ella. No había dejado de repetirle que no escuchase las palabras de Liam, y que ella no había tenido la culpa de lo que había sucedido.

Sentada en el mismo sofá, miraba a través del ventanal. La tormenta de nieve, en vez de amainar, seguía igual de copiosa que cuando llegó. Apenas podía ver su coche, pues se encontraba del todo sepultado por aquel manto blanco.

Intentó en decenas de ocasiones llamar con su teléfono móvil, no obstante, la señal no llegaba y su frustración aumentaba con rapidez. Se culpaba por todo lo que le estaba pasando. No debió regresar a darle la maleta a Lily, tuvo que haber vuelto a Calgary. Si no hubiese cometido tal locura, en esos momentos estaría en casa, calentita, a gusto y sin tener que aguantar a ese tal Liam, con el que estaba obligada a convivir hasta que pasase la tormenta. Solo deseaba que no bajase más, que se quedase en su habitación trabajando, leyendo, o haciendo lo que quisiera que estuviese haciendo. No comprendía cómo Ava aguantaba a un tipo semejante. Si hubiese sido ella, le hubiera pegado una patada en el trasero en menos que cantaba un gallo. Podría tener unos ojos que penetraban hasta el alma y poseer un cuerpo con el que la mayoría de mujeres soñaban en un hombre, sin embargo, a Charlie le gustaban las personas cálidas y amables, no aquellas que parecían tener el corazón nevado, como el de él.

Sí, le había roto la maldita valla, se lo había repetido cientos de veces, pero no había sido adrede, no se dedicaba a partir cercados ajenos con el coche.

Zachary se levantó de su asiento y caminó hasta el ventanal. Se quedó pegado al cristal durante unos instantes y suspiró.

—Parece no querer parar.

—¿Os parece bien si enchufamos la radio a ver si dicen algo sobre el temporal? —dijo Ava poniéndose en pie.

Cruzó el salón y abrió un armario del que sacó un viejo aparato de radio. Lo colocó sobre la mesa y esperó a que Zachary volviese a tomar asiento a su lado. Buscó en el dial una emisora que se oyese con claridad y, al encontrarla, guardaron silencio a ver qué decía el locutor.

Conforme Charlie fue escuchando la predicción del tiempo, su semblante se comenzó a tornar blanquecino. ¡No podía ser!

—¿Cuatro días? ¿Va a seguir nevando con esta fuerza cuatro días?

—Eso parece —asintió Zachary chasqueando la lengua.

Ava, al ver la expresión de su amigo, le apoyó la mano en el hombro.

—Oh, Zach, lo siento tanto...

—¿Por qué? Tú no lo sabías —le quitó importancia.

—Fui yo la que te animé a venir —se lamentó—. Si lo hubiese sabido...

—Bueno, de todas formas, no tengo obligaciones, estamos en Navidad —comentó sonriendo.

—Pero, ¿y tu familia? ¿No ibas a pasar las fiestas con ellos?

—Bueno, pues cambio de planes —bromeó.

—Cambio de planes a la fuerza —se lamentó Ava—. Me siento tan culpable...

—Pues ya puedes ir olvidando esa culpabilidad. Me encantará pasar las fiestas contigo.

Ava rio y lo abrazó con cariño.

—Qué suerte poder tenerte como amigo.

Al separarse, se dieron cuenta de que Charlie no estaba tan contenta como Zachary. De hecho, la congoja se podía percibir en su linda cara.

¿Cuatro días más allí? ¿Encerrada en esa casa? ¿Permitiría aquel hombre que se quedase?

—¿Y yo qué voy a hacer? —preguntó en voz baja, tapándose la cara con las manos.

—Quedarte, por supuesto —respondió Ava con amabilidad.

—No quiero ser una carga, ya habéis hecho mucho por mí al haberme permitido pasar la tarde con vosotros.

—Has sufrido un desafortunado accidente, Charlie, ¿crees que voy a permitir que te vayas y te mueras congelada?

Alzó la mano, señalando el piso superior de la casa.

—Él no va a querer que me quede —dijo refiriéndose a Liam.

—Pues más le vale ir haciéndose a la idea, porque vamos a tener que convivir unos cuantos días todos juntos —añadió con decisión, guiñándole un ojo.

—Os pagaré el gasto de comida y el del agua —indicó Charlie con agradecimiento.

—¡Pamplinas! No tienes que pagar nada, todos podríamos pasar por tu situación en cualquier momento. Hoy por ti, y mañana por mí.

Charlie aguantó las ganas de llorar. Personas como Ava era lo que le hacía falta al mundo. No había dudado en tenderle una mano desde que la vio allí afuera, y en plantarle cara a Liam para defenderla.

—Gracias, de verdad.

—No se deben.

—Claro que sí, si hubiese sido por tu marido... estaría muerta dentro de mi coche.

—¿Mi... qué? —preguntó Ava dando un gritito y mirando a Zachary con complicidad.

—Liam, tu marido —repitió Charlie.

Las risas de los dos no se hicieron de esperar.

—No es mi marido.

—Ah... —Frunció el ceño—. Es que, como tú le plantas cara, y estás en su casa y...

—Es mi hermano —aclaró.

¿Su hermano? Charlie no podía creer semejante noticia. ¿Ese bruto era hermano de aquella encantadora mujer? ¡Increíble!

Bueno, sí, ambos eran guapos, y compartían ese color de pelo tan oscuro, y esos ojos negros. No obstante, la idea de que aquel hombre estuviese emparentado de forma tan directa con Ava, le parecía increíble.

—¿Tienes algo de ropa para pasar estos días? —le preguntó Ava olvidando el tema de Liam.

—No. —Charlie abrió mucho los ojos al recordar—. Bueno, sí tengo. En el coche está la maleta que iba a llevarle a mi prima, con su ropa.

—Pues no se hable más, tú dormirás conmigo. Compartiremos habitación. —Ava miró a

Zachary y prosiguió—. Y tú, Zach, tendrás que dormir en el sofá.

—No hay problema.

—¡Pues, genial! —Ava se levantó del sofá y les sonrió a ambos—. Y, ahora, hagamos la cena.

CAPÍTULO 3

Liam tamborileó sobre la mesa de su escritorio con el bolígrafo. A pesar de que llevaba más de dos horas sentado frente al folio, no era capaz de escribir en él ni una mísera letra.

Chasqueó la lengua contra los dientes y echó su cuerpo hacia atrás, apoyando la espalda contra el respaldo de su silla de trabajo. Llevaba más de un año sin escribir nada decente. No encontraba la inspiración. ¡Y eso que lo había intentado todo! Viajó durante meses, probó comidas exóticas, vio miles de puestas de sol de ensueño acompañado por mujeres hermosas. ¡Maldición! ¡Pero si incluso había vendido su lujosa casa en Nanton y se había trasladado al lugar más inhóspito de toda la provincia de Alberta!

Buscaba tranquilidad y soledad.

Se convenció de que una temporada alejado de todos los estímulos a los que siempre estuvo acostumbrado, lograría que su sequía literaria acabase. No obstante, llevaba más de cinco meses en aquella casa, en plenas Montañas Rocosas, y apenas había escrito dos líneas, así que la frustración y el enfado consigo mismo eran cada vez más potentes.

Muchas veces se culpaba por no ser capaz de dar forma al libro que tenía dándole vueltas por la cabeza, otras veces le echaba la culpa a su ex mujer. Desde que Sienna y él comenzaron con los asuntos de la separación, sus ganas y su pasión por escribir parecían haberse esfumado. Y no porque el amor que sintiese por ella lo estuviese matando, sino porque la muy bruja le había desplumado la mitad de su fortuna y lo había dejado casi en números rojos. Todo el dinero que ganó desde que comenzó a trabajar se había evaporado y estaba en manos de alguien que no había movido un dedo nunca.

Alzó una mano y se quitó las gafas, para frotarse los ojos.

A pesar de que su editor no le había puesto un plazo de entrega para el libro, Liam se había auto impuesto tenerlo listo en menos de cinco meses, tarea que ya no le parecía tan sencilla, puesto que la concentración no llegaba y, para colmo, su casa estaba llena de gente.

Ava no avisó de que Zachary y ella irían de visita. Su hermana nunca era una molestia para él, y su amigo tampoco, ya que se conocían desde que ambos eran adolescentes, y la amistad también los unía a ellos. No obstante, tenerlos en casa había supuesto menos tiempo para trabajar, o intentarlo al menos. Y con la maldita tormenta impidiendo que pudiesen marcharse, sus posibilidades de lograr escribir se reducían todavía más. Esperaba que la nevada pasase pronto y regresase la ansiada soledad de las Rocosas.

Se levantó de su asiento y se asomó por la ventana. En la calle, el coche rojo estrellado contra su valla se estaba cubriendo de nieve por completo.

Resopló al pensar en la dueña del vehículo. No le gustaba. Era un estorbo más que tendría que echarse al hombro.

No le interesaba su corto pelo rubio, que le enmarcaba la cara de esa forma tan perfecta, no le gustaban sus grandes ojos azules, como tampoco lo hacía su pequeña nariz respingona, ni su boca mullida y rosada. Y lo que menos le agradaba era que fuese tan bonita, que tuviese una sonrisa tan

tímida, ni ese cuerpo fino y elegante.

Esa tal Charlie era un molesto grano en el trasero, al que su hermana había decidido defender a capa y espada. No necesitaba más distracciones, ni más gente haciendo ruido en su casa. ¡Lo que Liam buscaba era tranquilidad! ¿Por qué se había mudado a ese puñetero lugar si no?

Entendía a la perfección que tuviese que quedarse hasta que aminorase el temporal, pues de otra forma moriría congelada allá afuera, sin embargo, seguía enfadado porque sus planes de unas Navidades silenciosas y productivas no estaban empezando como hubiese imaginado.

Alzó la vista hacia el cielo y contempló que seguía nevando tan fuerte como horas atrás. Solo esperaba que dejase de hacerlo pronto y poder regresar a la soledad con la que había elegido vivir esos últimos meses.

Miró su reloj de muñeca y decidió darse por vencido por ese día. Por más que se concentrase en el folio en blanco, las ideas no se asentaban en su cabeza y acabaría por frustrarse todavía más.

Abandonó su habitación y bajó por las escaleras. Se escuchaban sonidos provenientes del salón. Cuando llegó, vio a su hermana, a Zach y a la recién llegada, preparando la mesa para la cena.

Al percatarse de su presencia, Charlie bajó la vista al suelo, mientras sus mejillas se coloreaban, y continuó repartiendo los cubiertos junto a los vasos. Liam maldijo en silencio al notar que su cuerpo burbujeaba al contemplarla.

Dio un rodeo a la estancia para no tener que pasar por su lado y se colocó junto a Ava, que preparaba una ensalada de espinacas y aguacate.

—¡Liam! Iba a llamarte para que bajases a cenar —dijo ella sonriente.

—¿Ella también cenará con nosotros? —preguntó señalando a Charlie con la vista.

—Pues, claro, no vamos a mandarla al porche a que lo haga —se carcajeó su hermana.

—No sería una mala idea —gruñó él.

—Sé amable.

Liam la miró alzando una ceja y puso los ojos en blanco.

Tomaron asiento alrededor de la mesa y él se aseguró de quedar lo más lejos posible de Charlie, que conversaba con Ava y Zachary de forma cortés.

Sin quererlo, se concentró en su boca. En cómo hablaba y en cómo comía con delicadeza. Sus movimientos eran femeninos y las comisuras de sus labios se curvaban cada pocos segundos. Sonreía mucho, y eso provocaba que su rostro se iluminase y sus ojos se tornasen todavía más turquesa. Apartaba su cabello corto de la cara y lo introducía detrás de las orejas, las cuales llevaba adornadas con un par de perlas blancas.

—¡Liam, te estoy hablando! —exclamó Ava, que movía la mano delante de él para que saliese de su embotamiento.

Al reaccionar, se dio cuenta de que todos lo miraban, incluso Charlie, que lo hacía con timidez. Apretó los labios y se llevó un poco de ensalada a la boca, enfadado por haberse quedado traspuesto observándola.

—¿Qué pasa? —interrogó a su hermana.

—Te estaba preguntando si habías escuchado la previsión meteorológica en la radio.

—No.

—Dicen que va a seguir nevando otros cuatro días.

—¿Y qué quieres que haga? —gruñó—. No puedo hacer que el temporal se vaya antes.

Ava rio.

—Lo sé. Así que tendremos que quedarnos hasta que amaine.

—Ya contaba con ello —declaró encogiéndose de hombros.
—Charlie dormirá conmigo y Zach lo hará en el sofá.
—Genial. —Liam se metió el tenedor en la boca con más ensalada y comió con seriedad.
—Yo... —Charlie habló sin querer alzar demasiado la voz. Ese hombre la ponía nerviosa—. Quería agradecerte que permitas que me quede en tu casa.
—¿Tengo otra opción? —preguntó clavando sus oscuros ojos en ella.
—Podrías dejar que durmiese en la calle y me helase de frío.
Él alzó una ceja y la señaló con el tenedor.
—Pues recuérdalo antes de hacer ruido. En esta casa se valora la tranquilidad y el silencio.
—Comprendo.
—Yo no estoy de vacaciones como tú, tengo un trabajo en el que necesito concentración, y no voy a tolerar el mínimo escándalo —informó con dureza—. No eres una invitada.
—¡Ha sufrido un accidente! —lo reprendió Ava recordándole lo ocurrido.
—¡Y por su torpeza voy a tener que aguantar a una desconocida en mi casa!
Ava abrió la boca y miró a Charlie, que bajaba la vista al suelo.
—¿Qué coño te pasa últimamente, Liam? —gritó—. ¿Es que ya no tienes corazón?
—Parece ser que no —ladró.
—¡Desde tu divorcio estás insoportable!
—¡Yo no he pedido compañía, Ava!
—¡La hayas pedido o no, estamos aquí! ¡Así que, vamos a intentar que los días que nos quedan por delante no se conviertan en una batalla campal!

Charlie no pasó una buena noche. A pesar de que Ava fue su compañera de habitación, el nerviosismo la tuvo despierta la mayor parte del tiempo. Ya no recordaba las veces que había intentado establecer conexión con su teléfono, buscando cobertura, pero acabó desistiendo y con un dolor de cabeza monumental.

Agradecía que ella y Zachary fuesen tan amables. Era gratificante que esas dos personas se hubiesen apiadado de su situación y le mostrasen algo de compasión. No como el odioso Liam. Cada vez que pensaba que estaba obligada a quedarse en su casa, le daban ganas de gritar. Jamás había conocido a una persona tan desagradable y amargada como él.

La cena acabó con tanta tensión como empezó. Decidió permanecer lo que quedaba de ella sin abrir la boca, pues cada vez que lo hacía, la ira de Liam caía sobre su persona y conseguía que se sintiese una intrusa en aquella casa.

Añoraba a su familia: las tonterías de su tío Archie, los besos de su tía Poppy, los piques con Lily y las diabluras de sus tres primos. Incluso echaba de menos la cara avinagrada del abuelo George. No dejaba de imaginar lo que estarían haciendo en esos momentos.

Cuando el reloj dio las diez de la mañana, salió a la calle y, con la ayuda de Ava, quitaron gran parte de la nieve de su coche para coger la maleta de Lily. Al menos había algo bueno en que su prima hubiese olvidado su ropa allí. Usaban, más o menos, la misma talla, y podría utilizar muchas de sus prendas.

Después de que Ava le indicase dónde podía darse una ducha, se encerró en el cuarto de baño. Se desvistió y dejó que el agua caliente relajase sus músculos agarrotados por los nervios de lo ocurrido el día anterior. Se demoró dentro de la ducha casi diez minutos, lavando su cabello y disfrutando del agua caliente.

Mientras se vestía, con unos vaqueros desgastados de su prima y un jersey de lana de color lavanda, tarareó una cancioncilla que le gustaba. Cantar le relajaba. No lo hacía del todo bien, no obstante, las letras de las canciones la transportaban a un mundo paralelo en el que no existían los problemas.

Peinó su cabello y lo dejó mojado. Le gustaba que se secase al aire, pues quedaba bonito y natural, además, al tenerlo tan corto no tardaba mucho en que la humedad se fuese.

Mientras seguía cantando, se puso las botas y se echó un poco de agua de colonia. Sin embargo, cuando estaba a punto de acabar, unos fuertes golpes en la puerta lograron sobresaltarla.

Al abrir, encontró a Liam apoyado en el marco, con cara de pocos amigos. Esa mañana, el hermano de Ava llevaba unos pantalones vaqueros oscuros, del mismo color de sus ojos, y un jersey con motivos geométricos que le quedaba de vicio.

Todavía no comprendía cómo semejante hombre podía tener un carácter tan horrible. La barba que cubría sus mejillas, de varios días sin afeitarse, le quedaba muy sexy, y su largo cabello moreno recogido en una coleta dejaban al descubierto su cara masculina y perfecta.

Charlie se olvidó de respirar, y cuando se dio cuenta tomó una gran bocanada de aire. Liam desprendía un aura de autoridad y sensualidad que la dejaba fuera de juego.

—¿Sabes lo que significa la palabra silencio? —preguntó con voz baja, fulminándola a través de las gafas.

—¿He hecho mucho ruido? —se disculpó retorciéndose las manos.

—¡Silencio significa silencio! ¿Lo entiendes?

—Lo siento.

—¡Nada de canciones!

—Pensaba que estaba haciéndolo en voz baja.

—¡Mi despacho está justo aquí al lado, si pasase una mosca por el cuarto de baño también la oiría!

Charlie se humedeció los labios y asintió convulsivamente.

—Prohibido canciones, entendido.

Liam asintió y dio media vuelta, no obstante, se giró de nuevo para mirarla, con los brazos cruzados. Esa mañana estaba muy guapa con el cabello mojado.

—Si las predicciones meteorológicas son ciertas, vas a pasar mucho tiempo aquí.

—Acabo de asomarme y ya no nieva.

Liam resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Has mirado al cielo? Volverá a caer en cuanto te descuides.

—Vaya.

—¿Has pensado en qué vas a ocupar tu tiempo aquí?

—N... no.

—Pues yo sí, es algo que me preocupa —comentó con el semblante pétreo.

—¿Te preocupa?

—¡Sí no tienes nada en lo que entretenerme, seguirás molestándome con tus estúpidos ruidos y canciones!

—No he traído nada, ¿cómo podía haber adivinado lo que ocurriría con mi coche?

Liam entrecerró los ojos y se la quedó mirando más tiempo del que a Charlie le hubiese gustado. Sus ojos la ponían nerviosa.

—Sígueme —le ordenó sin más.

La hizo pasar al cuarto contiguo al aseo y esperó a que entrase tras él. Cuando lo hizo, Charlie

abrió la boca, asombrada. Una biblioteca. Una enorme sala repleta de libros. Si su carácter no fuese tan horroroso, Liam sería el sueño de cualquier mujer: un hombre impresionante con una biblioteca más impresionante todavía.

—Aquí tienes libros para que pases el rato. —Se cruzó de brazos y la escudriñó con atención—. Porque, te gustará leer, ¿verdad?

—Sí, sí, me encanta.

—Perfecto. —Caminó hacia los libros y tomó uno entre sus manos—. Si me permites sugerirte alguno... creo que deberías empezar por este.

Charlie tomó el volumen que le ofrecía y leyó en título del mismo:

—La vida intelectual por L. Tremblay. —El hastío se dibujó en su cara y miró a Liam negando con la cabeza—. ¿No tienes otro? ¿Una novela romántica quizás?

—¿Qué le ocurre a este? —preguntó molesto.

—Intenté leerlo hace un año y no me gustó nada —se explicó—. Me pareció el libro más tedioso y aburrido del mundo. Por no decir que el autor se expresa como si viviese amargado.

Liam alzó las cejas y siseó.

—Yo soy el autor.

Charlie deseó que la tierra se la tragase.

—No es cierto.

—Lo es —gruñó—. Este libro tan aburrido y tedioso, como tú lo describes, fue best seller a los dos días de publicarse, y ese autor amargado llegó a recibir el premio de la crítica literaria canadiense.

—Ups, lo siento —se disculpó sin saber dónde meterse.

Liam negó con la cabeza y la miró como si fuese una mota de polvo en el suelo.

—No sé para qué me molesto contigo, ayer ya me demostraste lo inepta que eres al romper mi valla. —Le tendió la mano—. Devuélveme el libro.

—No, no, creo que voy a darle otra oportunidad, si me lo permites —añadió sintiéndose culpable de sus palabras. No quería más hostilidad con Liam. Si tenía que tragarse ese vademécum de casi mil páginas, lo haría solo por evitar sus rayos gamma, ¡porque la miraba como si quisiese freírla!

Lily salió de la habitación que compartía con sus hermanos con la misma velocidad que un misil. Los chicos estaban en plena pubertad, y el cuarto olía peor que el sobaco de un vikingo.

Se puso el primer vestido de su madre que encontró y bajó a la cafetería del hotel, sin esperar a que el resto de su familia lo hiciese. Necesitaba un café, dos de sus hermanos se pasaron la noche roncando, y no había podido pegar ojo. Pidió el desayuno al camarero y esperó a que estuviese listo mientras miraba por uno de los ventanales del salón. Había parado de nevar. Con un poco de suerte podría robarle el coche a su padre, por unas horas, e ir al pueblo de Louise a por algo de ropa. No estaba dispuesta a vestir con la de su madre el resto de las vacaciones.

Cuando dio media vuelta, para regresar a su mesa, chocó contra algo duro, que la dejó sin respiración. Al abrir los ojos, se topó cara a cara con un hombre. Concretamente con el hombre que la estuvo mirando el pasado día. Al reconocerla, él cambió el gesto de su cara, expresando, sin ningún pudor, la antipatía que le parecía tener.

Lily frunció el ceño y se lo quedó mirando durante unos segundos, pues seguía con la certeza de que su rostro le era familiar.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella intentando obviar su cara de frialdad.

—Por suerte, no —escupió este con un marcado acento francés.

—Me suena tu cara.

—Tengo una cara muy común.

Ella se mordió el labio inferior y frunció el ceño. Lo conocía, estaba segura, aunque él se empeñase en negarlo.

—¿He hecho algo que te haya podido molestar? Es que... me miras como si fuese una delincuente.

—Así es como miro a las personas sin clase —dijo con chulería.

—¿Sin clase, yo? —preguntó Lily ofendiéndose—. ¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo si dices que no me conoces?

—No te conozco, te lo aseguro —añadió—. Sin embargo, parece que tú a mí sí, por la forma en la que me hablaste ayer.

—¿Pero qué dices, tío? ¿Que yo te hable...? —No obstante, calló de inmediato. Acento francés, alto, moreno, bien vestido... ¡El chico de la recepción!—. ¡Claro, tú eres Nathan!

—¡Y tú tienes mucho morro! —la atacó mirándola con desprecio.

Al recordar lo ocurrido en la recepción, Lily se echó a reír, y balanceó la mano quitándole importancia.

—Tampoco fue para tanto.

Nathan alzó el mentón y resopló, como si aquella joven no mereciese la pena.

—Es normal que la gente sin clase, como tú, piense que lo que hiciste sea lo más normal del mundo. —Sonrió con una mueca irónica—. Pero para las personas que sabemos comportarnos como es debido, saltarse una cola donde esperan pacientemente más clientes, es inaceptable. Como también lo es interrumpir la conversación de otras dos personas con esa frescura, y dirigirte a mí de esa forma tan familiar, cuando no me has visto en tu vida.

Lily abrió mucho los ojos.

—Vale, hombre, vale, no era mi intención que te enfadases —comentó intentando serenarlo—. Es que los empleados del hotel perdieron mi maleta.

—Ese no es mi problema, ni el de las demás personas que esperaban su turno.

Ella chasqueó la lengua. Era un chico muy guapo. Algo estirado, pero guapo. No quería que pensase eso de ella.

—¿Qué te parece si te invito a un café y olvidamos este asunto, Nathan?

Aquella invitación pareció molestarle todavía más.

—Primero, no te he dado permiso para usar mi nombre tan a la ligera, y segundo, yo jamás me tomaría un café con alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Exacto, una mujer que no entiende de modales, que va por la vida como si fuera la prioridad y... —La miró de arriba abajo y rio con desprecio—... que viste con ropa tan inadecuada como la tuya.

Lily apretó los labios al escuchar semejantes barbaridades. ¿Quién se había creído que era ese snob desaprensivo? ¡Ella solo había querido limar asperezas e invitarlo a un café! Sintiendo que su orgullo estaba herido, se puso firme y se acercó un poco más a él.

—¿Sabes lo que te digo... estúpido? ¡Que esta chica sin modales te va mandar a la mierda, que eres tú el que va por la vida pensando que su orina es perfume de Channel, y que esta ropa... —Señaló su cuerpo—... es lo único que tengo, ya que, como te he dicho, perdieron mi equipaje, y

la maldita nieve no me ha permitido ir a comprar más!

—Hablas como una niña maleducada —respondió con una sonrisa ladeada, cruzándose de brazos.

—¿Ah, sí? ¡Pues que te jodan, Nathan Franchute, o como quiera que te apellides!

—¡Lavoie, Nathan Lavoie!—la corrigió muy enfadado.

Lily dedicó una enorme sonrisa mientras le hacía una peineta con el dedo corazón, y dio media vuelta, con toda la elegancia que le permitió el vestido gigantesco de su madre.

Tomó asiento en su silla y dio un sorbo a su café, que ya estaba helado, intentando no recordar lo que acababa de pasar, porque si lo hacía, el hotel tendría que cancelar las actividades programadas para ese día... y celebrar el entierro de aquel estúpido.

CAPÍTULO 4

Ava y Zachary charlaban sentados en el sofá del salón, mientras la chimenea no dejaba de quemar leña. La nieve volvía a caer con fuerza y la sensación de estar aislados del resto del mundo, y sin posibilidades de avisar para que fuesen a por ellos, era un tanto agobiante. Sin embargo, cada uno hacía lo que podía para sobrellevarlo como mejor pudiese.

Liam estaba encerrado en su despacho, como siempre. Había comido con ellos y acto seguido los dejó para reunirse con sus ideas y sus frustraciones por no ser capaz de plasmarlas. Y luego estaba Charlie, que se mantenía zambullida en el libro que le prestó Liam, a pesar de que el tema no le emocionaba, y a malas penas conseguía entender la mayoría de palabras técnicas que se amontonaban dentro de él. No obstante, necesitaba tener la mente ocupada.

A solas, Ava rellenó la copa de vino de su amigo y brindaron sonrientes.

—Por estas fiestas tan raras.

—Raras y claustrofóbicas —añadió Zachary, divertido, chocando su copa contra la de ella.

—Todavía me siento mal porque estés aquí y no puedas marcharte —comentó la hermana de Liam, con pena. Sabía lo que disfrutaba Zach de las reuniones con su familia, y por su culpa se lo estaba perdiendo.

—¿Y dónde iba a estar mejor que contigo? —le quitó importancia.

—Si te soy sincera, me alegro de no haberme quedado yo sola con Liam todo este tiempo —le confesó—. Él se pasa las horas muertas con el bolígrafo en la mano, y yo... creo que me hubiese vuelto loca al no tener nada para distraerme.

—Entonces, Charlie y yo te hemos venido como anillo al dedo —rio él.

—Charlie es un encanto. La verdad es que también lo está pasando mal.

—Ha tenido suerte de haberse topado con esta casa cuando le pilló la nevada. De no haber sido así... vete a saber qué hubiese sido de ella.

—Eso es cierto —asintió Ava.

—Y tú también tienes que dar gracias de que haya sido yo quien esté ahora aquí contigo —comentó Zachary alzando una ceja.

—¿Por qué lo dices?

—Imagina que hubiese sido uno de tus ex novios el que te hubiese acompañado a visitar a tu hermano.

Ava se tapó la boca con las manos y le dio un pequeño empujón al imaginarse la situación en su cabeza.

—¡Jamás se me hubiese ocurrido traer a ninguno de ellos! —se carcajeó.

—¿Te acuerdas de Thomas y su manía de tocarse el paquete cada vez que os sentabais a comer en algún restaurante? —le preguntó mientras imitaba los movimientos de su ex novio, con socarronería.

—¡Zach, eres lo peor! —gritó Ava sin parar de reír—. Todavía no sé cómo acepté salir con Thomas, cada vez que me acuerdo...

—¿Y Peter?

—No te metas con Peter, era un buen chico —le regañó recordando a su primer novio del instituto.

—Se pasaba el día sacándose mocos y mirándolos como si tuviesen petróleo —continuó.

—¡Dios Santo, basta! —estalló ella y le dio varios golpecitos en el muslo, mientras se cogía el estómago de tanto reír.

—¿Y qué me dices de Ryan?

—¿Es que no te gustaba ninguno de mis novios?

—No, la verdad es que no. No eran para ti —admitió Zachary.

—De momento no he encontrado al hombre que encaje conmigo de verdad.

—Ya llegará —la tranquilizó con una sonrisa amable.

Ava le acarició la mejilla y lo abrazó con cariño. Se conocían desde la adolescencia y siempre fueron inseparables. A pesar de que ambos tuvieron sus parejas, y hubo etapas en las que estuvieron algo más distantes que en otras, nunca perdieron esa amistad tan sincera que tenían.

—Ojalá algún día encuentre a un hombre tan bueno como tú. —Le dio un beso en la mejilla y apretó todavía más el abrazo—. Me alegro de que seas mi mejor amigo.

—Y yo, Ava. —Zach bajó la mirada al suelo y suspiró con anhelo y tristeza, pues sus sentimientos jamás habían sido tan inocentes como los de ella—. Siempre seremos amigos.

Charlie tomó asiento al lado de Zachary cuando la comida estuvo lista. Ava se demoró un poco más en hacerlo, pues la chimenea estaba falta de troncos y se entretuvo proveyéndola de combustible para estar calientes el resto del día.

Prepararon una sopa de pollo, acompañada por fiddleheads y bagels caseros, que desprendían un olor tan delicioso que apenas tuvieron fuerza de voluntad para esperar a que se enfriasen.

Liam fue el último en unirse a ellos.

Bajó de su despacho con la misma expresión de enfado que de costumbre y comió en silencio junto a su hermana, ignorando a Charlie a conciencia. Si desde que la vio por primera vez la antipatía hacia ella fue inmediata, después del desafortunado comentario sobre su libro, aquellos sentimientos se agudizaron. A veces se sorprendía mirándola y eso provocaba que la irritación fuese todavía mayor. No quería hacerlo, sin embargo, sus ojos volaban hacia su delicada cara cada pocos segundos. Apretó los dientes y se metió otra cucharada de sopa en la boca, maldiciendo para sus adentros.

—Bueno, Charlie, cuéntanos algo sobre ti —dijo Ava acabando con aquel incómodo silencio que había provocado la aparición de su hermano.

Ella se limpió la boca con la servilleta de tela, que tenía a su lado, y le sonrió.

—La verdad es que no hay mucho que contar.

—No me extraña —gruñó Liam por lo bajo, resoplando.

—Perdona, Liam, ¿has dicho algo? —preguntó su hermana, pues no entendió sus palabras.

—Nada, no he dicho nada —farfulló.

Ava se encogió de hombros y se centró de nuevo en Charlie, deseosa de saber algo más sobre ella.

—Nací en Toronto —les explicó—, pero a los cuatro años y medio me mudé a Calgary, a la casa de mis tíos.

—¡Vaya, Calgary! ¡Una chica de ciudad! —aplaudió Ava sonriendo.

—¿En serio? —la interrogó Zachary abriendo mucho los ojos—. Después de las fiestas yo también viviré allí, por trabajo.

—Te encantará, es una ciudad muy bonita —lo animó Charlie. Se llevó un trozo de bagel a la boca y prosiguió—. Trabajo de maestra en una escuela de educación primaria, con unos niños preciosos.

—Trabajar con niños tiene que ser muy bonito.

—Y muy duro, a veces. Al ser tan pequeños necesitan mucha atención.

—¿Los padres de esos niños confían en una persona como tú? —saltó Liam atacándola.

Charlie frunció el ceño, pues no comprendía qué le pasaba a ese hombre para que siempre la tomase con ella, aunque la conversación no girase en torno a él.

—¿Por qué no iban a confiar en mí? —respondió algo molesta—. Soy una buena profesora.

—¿Dicho por ti o por ellos?

—Por ambos —añadió con orgullo—. Veo cómo esos niños aprenden y mejoran. Avanzan a un ritmo muy bueno.

—Permíteme dudarlo —escupió—. Una persona que no sabe apreciar la buena literatura no puede tener la inteligencia necesaria como para lograrlo.

—¿Me estás llamando tonta? —preguntó alzando una ceja, mientras dejaba la cuchara sobre el plato de comida.

—No creo que seas tonta, pero sí que te falta cultura.

—¿Perdona?

—Liam, ¿a qué viene eso? —lo interrumpió Ava, sin poder creer lo que escuchaba de la boca de su hermano. Siempre fue un hombre retraído y solitario, pero... insolente, nunca.

—Está enfadado porque le dije que no me gustó su libro —habló Charlie, sin poder ocultar una media sonrisa.

—No me digas —se carcajeó Ava—. De hecho, yo no lo pude terminar tampoco.

Liam fulminó a su hermana con la mirada.

—Ese hecho debería darte vergüenza, y no risa —dijo con la atención puesta en Ava.

—Pero, Liam, no entiendo nada de lo que dice. Es demasiado técnico.

—Puedes llamarme, yo te aclararía tus dudas.

—Ya... eso es verdad, aunque, de momento prefiero seguir con los libros que son más de mi estilo.

—Eso mismo pensé yo —asintió Charlie sonriéndole a Ava.

—¿Y a ti quién te ha preguntado? —la atacó Liam con el rostro enrabiado.

Ella se encogió de hombros.

—Pensaba que también estaba participando en esta conversación.

—¡Ahora hablaba con mi hermana, nadie te ha pedido que des tu opinión!

—Pues vas a tenerme que dar un manual para saber cuándo puedo y no puedo hablar —resopló Charlie, cansada de sus malos modos.

—¿Siempre eres así de metomentodo?

—¿Metomentodo, yo? —dijo con voz aguda—. ¡Pero si casi ni abro la boca cuando estás presente!

—¡Pues deberías hacerlo todavía menos!

—¡Liam! —le regañó Ava, que no sabía dónde meterse.

—¡Ni Liam, ni nada! —gritó fuera de sus casillas. Señaló a Charlie con el dedo índice y negó con la cabeza—. ¿Acaso no es suficiente con aguantar su presencia, que ahora tengo que cerrar el

pico cuando se mete en conversaciones ajenas?

—¿Aguantar mi presencia? ¿Se puede saber qué te he hecho yo?

—¡Rompes mis cosas, te acomodas en mi casa, te comes mi comida, criticas mi trabajo y te entrometes en lo que no te incumbe! ¿Te parece poco? —chilló.

—¡Si por mí fuera, no estaría aquí!

—¡Pues en eso estamos de acuerdo, maldita sea! —exclamó Liam—. ¡Menudas Navidades estará pasando tu familia sin ti! ¡Estarán encantados de no tenerte todo el día dándoles la tabarra!

—¿Cómo te atreves? —susurró Charlie sintiendo que los labios le temblaban por las ganas de llorar.

—Ya me estoy imaginando a tu madre, ¡sí, me la imagino! —continuó él—. ¡Será la mujer más feliz del mundo por haberse quitado de encima a un coñazo como tú!

Charlie se levantó de la silla bruscamente consiguiendo que, con la fuerza ejercida, se cayese contra el suelo y armase un gran escándalo. Las ganas de llorar se le agolpaban en los ojos y peleó contra ellas para no desmadejarse delante de esas personas. Apoyó las manos sobre la mesa y fijó su vidriosa mirada en Liam.

—¡Puedes quedarte con tu estúpida casa y tu puñetera comida! —Tragó saliva y una lágrima resbaló por su mejilla—. ¡No pienso quedarme ni un minuto más conviviendo con un palurdo como tú!

Liam sonrió con frialdad y se cruzó de brazos.

—Ya sabes dónde está la puerta.

Charlie dio media vuelta y subió a la habitación que compartía con Ava, sin parar de llorar. Aquello ya había pasado de castaño oscuro. Ese hombre no sabía dónde estaba el límite. La había insultado, la había vejado y la había tratado como si fuese peor que un excremento.

Recogió la ropa de Lily y cerró la maleta.

¡Le daba igual lo que le ocurriese, no obstante, no pensaba continuar bajo el mismo techo que ese imbécil! ¡Estaba nevando, su coche no funcionaba y podría morirse congelada, sin embargo, lo prefería! Cruzó el salón, con el equipaje a cuestas, bajo la mirada atenta de Liam, que todavía no se había movido de la mesa y la miraba con porte orgulloso.

—¡Charlie, espera, no te vayas! —le suplicó Ava, que se levantaba de su silla y corría hasta su lado.

Ella se limpió las lágrimas y sorbió por la nariz, mientras negaba con la cabeza. Se puso el gorro de lana en la cabeza.

—No, no voy a quedarme.

—¿Pero cómo vas a arreglártelas tú sola, con la nieve y el frío?

—Ya me inventaré algo. —Le dio un abrazo breve—. Gracias por todo lo que has hecho por mí, Ava.

—Charlie, no...

—Prefiero morir enterrada en la nieve que seguir soportando a ese hombre. —Sus labios temblaron—. Ya no puedo más.

Miró por última vez a la hermana de Liam, se limpió de nuevo las lágrimas y salió de la casa, cerrando la puerta tras marcharse.

Lily y Poppy pasaron gran parte de la mañana en el pueblo de Louise. A pesar de que la nieve seguía cayendo, sin que pareciese querer dar una tregua, decidieron aventurarse a salir del hotel,

pues necesitaba comprar ropa nueva con urgencia. Estaba cansada de tener que llevar la de su madre, por no hablar de la cara de horror de los demás huéspedes cuando la veían vestida con aquellas prendas, varias tallas más grandes que la suya.

Gastó mucho dinero. Demasiado a su parecer. Y estaba tan enfada por ello que decidió que, cuando regresase al hotel, pondría una reclamación. Habían perdido su maleta y alguien debía cargar con la responsabilidad.

El camino de vuelta al Lago Louise fue lento. A pesar de que la furgoneta de su padre llevaba cadenas, y las carreteras que comunicaban el hotel y el pueblo estaban medianamente en buenas condiciones, no quiso arriesgarse a sufrir ningún accidente, por lo que condujo con mucha precaución.

—Es una pena que el tiempo sea tan malo —comentó su madre mirando por la ventanilla—. Desde que llegamos, no hemos podido disfrutar de las pistas de esquí.

—Pues creo que hemos sido los únicos que no lo han hecho. Los demás huéspedes salen a esquiar de igual modo.

—Eso es una temeridad. ¿Y si hay un alud?

—¿En el lago? —Lily se rio y negó con la cabeza—. Es un lugar seguro.

—No sé yo.

—Lo que pasa, es que nosotros apenas sabemos esquiar.

—¿De dónde has sacado eso? Yo de joven era una experta.

Las carcajadas de Lily retumbaron por todo el coche.

—¿Qué dices, mamá? ¡Pero si tropiezas hasta con una hormiga! No conozco a una mujer más torpe que tú.

Poppy chasqueó la lengua y sacó el teléfono móvil de su bolso. Marcó, durante unos segundos y se lo puso al oído.

—¿A quién llamas?

—A tu padre.

—¿Para qué? Estamos a punto de llegar.

—Para que se preparen. Hoy nos vamos a esquiar.

Lily puso los ojos en blanco y suspiró.

—¿No lo estarás haciendo por lo que te acabo de decir?

—Una tiene su orgullo, Lily. —Miró a su hija con detenimiento y le guiñó un ojo—. Además, tengo ganas de ver cómo te caes de culo sobre la nieve, cuando te pongas esas cosas en los pies, mientras yo patino como una profesional.

—¿Patinas o esquías? —preguntó Lily sin dejar de reír.

—¡Eso, eso, esquío!

—Ya veo que también dominas el lenguaje técnico de ese deporte: “Cuando me ponga esas cosas en los pies” —se burló repitiendo sus mismas palabras.

—Cuando muerdas el polvo, veremos quién ríe la última, jovencita —añadió Poppy señalándola con el dedo, pero sin perder la sonrisa ni un segundo.

Dejaron el coche en el aparcamiento del hotel cargaron con las bolsas con la ropa de Lily. Mientras se acercaban a la entrada, reían y charlaban relajadamente sobre la cena de Nochebuena, que se celebraría dos días después.

Subieron a sus habitaciones y quedaron en verse en el vestíbulo una hora más tarde, junto con el resto de la familia, para ir al lago.

Como acabó mucho antes de lo que imaginaba, y al ser su habitación lo más parecido a una

cámara de gas, por el olor a pies de sus hermanos, bajó al vestíbulo.

Desde allí, observó por el ventanal a las personas que practicaban esquí en el lago. Parecían profesionales. Lily casi no sabía hacerlo, y estaba segura de que sería el hazmerreír de su familia al terminar el día, no obstante, le daba igual. Había ido a disfrutar. ¿Qué importaba un moratón más en el trasero?

La nieve había amainado un poco y era el momento ideal. Sin poder aguantar las ganas, salió al exterior y observó, sentada desde uno de los bancos más próximos, a los que esquiaban.

Sus ojos volaron hacia un hombre que se movía con ligereza y perfección, remando para darse impulso con los bastones. Al llegar al final de la pista colocó los pies en cuña y frenó suavemente.

Al quitarse las gafas y verle la cara, Lily hizo una mueca con los labios. Era ese hombre tan desagradable, el tal Nathan, que esperaba a que un par más de personas llegasen a su altura. Cuando lo hicieron hablaron de forma animada.

Ella giró la cabeza, pues no le apetecía verlo. Había sido tan estúpido y prepotente que el solo hecho de contemplar su apuesta cara, le daban ganas de regresar de nuevo al interior del hotel.

Sin embargo, no. Jamás permitiría que un ser tan despreciable condicionase sus vacaciones.

Continuó observando a las personas, pero con la mirada puesta en la otra dirección, cuando pasó algo que la dejó helada. En el límite de la pista, una niña había sido engullida por la nieve y no parecía que pudiese salir a la superficie.

—¡Dios Santo! —exclamó corriendo hacia ella. Le daba igual no llevar esquís, ser atropellada o sufrir alguna caída. Tenía que ayudar a esa pobre criatura—. ¡Socorro! —gritó sin dejar de correr—. ¡Ayuda, ha caído una niña en un agujero!

Alcanzó dicho socavón antes que nadie. Se tiró al suelo y se asomó para ver a qué profundidad estaba. Parecía que hubiese al menos unos tres metros. Cerró los ojos con fuerza y, sin pensarlo demasiado, se dejó caer en el interior.

Cuando tocó el suelo, se dobló el tobillo y lanzó un grito de dolor. Se lo sostuvo con una mano y miró a su alrededor, buscando a la niña.

La encontró sentada, llorando. Tendría unos diez años. Era delgada, con un rostro bonito y de cabello rubio. Lily se arrastró hasta ella, apretando los dientes por el dolor de su pie.

—¿Estás bien?

—No vi el agujero —sollozó la pequeña.

—¿Te has hecho daño?

—Me duele el brazo —se quejó.

—Tranquila. —Miró hacia arriba y calculó la distancia—. ¿Serías capaz a subirme sobre mis hombros?

La niña procedió a lo que le pedía, y haciendo tanta fuerza como pudo, se levantó del suelo, sin apoyar el pie herido.

—¿Puedes llegar afuera?

La niña alzó los brazos y lo intentó.

—Casi, me falta muy poco.

No obstante, comenzaron a oír voces y, al agujero, se asomaron una decena de personas. Sacaron a la niña primero y, por último le lanzaron una cuerda a ella, para poder alzarla.

—¡Lily! —gritó su madre, que acababa de salir del hotel—. ¡Oh, mi niña!

Se arrodilló a su lado y la abrazó, seguido por su padre, que miró el agujero con los ojos muy abiertos.

—¿Estás bien, cielo?

—El tobillo, me lo he lastimado.

—Te llevaremos a la enfermería.

Entre Poppy y Archie la ayudaron a levantarse. Cuando estuvo incorporada, Lily observó a la niña, para asegurarse de que estaba bien. No obstante, al hacerlo, vio a Nathan abrazándola y besándola en la mejilla, con gesto protector.

—Daryl, ¿qué ha pasado?

La pequeña hizo un par de pucheritos más y bajó la vista al suelo.

—No vi el agujero.

—No ha sido tu culpa, cariño. Hablaremos con el encargado del hotel y pondremos una queja.

—Me duele el brazo.

—Te llevaré a que te vea el médico. —Nathan la rodeó por los hombros y caminó con ella por la nieve—. ¿Cómo has podido salir? ¿Te han sacado con una cuerda?

—Ella me ayudó —dijo Daryl señalando a Lily—. Se metió en el agujero conmigo y me subió sobre sus hombros para que pudiese llegar al borde.

Nathan abrió mucho los ojos al darse cuenta de que Daryl señalaba a la mujer con la que el pasado día discutió en la cafetería del hotel. Esa joven, sin aparente educación ni modales, había ayudado a su hija.

Ava se colocó delante de Liam, mirándolo como si fuese el peor criminal de todo Canadá. Charlie se había marchado, sola, sin ayuda, y directa a una muerte segura, pues el frío del exterior era extremo, la ventisca intensa y la nieve continuaba cayendo sobre ellos sin darles un respiro. No llegaba a comprender cómo su propio hermano había sido capaz de tratarla de esa forma tan miserable y seguir tan tranquilo.

Bebía de su taza de café con parsimonia, repantigado en la silla y con la misma expresión de siempre. Zachary, a su lado, parecía incómodo y miraba la puerta por donde había desaparecido Charlie, con la esperanza de que la joven volviese a entrar y se resguardase de nuevo de aquel horrible temporal. No obstante, aquello no ocurrió.

Sin poder aguantar más, Ava dio un golpe en la mesa del salón y se cruzó de brazos.

—¡No me puedo creer lo que has hecho, Liam!

—¿Qué he hecho? —preguntó él tan tranquilamente.

—¿Por qué has tratado así a Charlie?

—¡Esa chica es una molestia! —gritó.

—¡Necesita de nuestra ayuda! ¿Acaso no lo entiendes? —Resopló y se humedeció los labios—. ¿Qué te ha hecho? ¡Dime qué te ha hecho, porque yo no logro comprenderlo!

—¡No puedo trabajar sabiendo que está pululando por mi casa!

—¡Eso no es cierto! ¡Llevas sin poder trabajar desde antes de tu divorcio! ¡No culpes a Charlie por tus frustraciones!

Liam se levantó de la silla y miró a su hermana, con cansancio... y con unos remordimientos que no quería admitir.

—¡Yo no la he echado en ningún momento, se ha ido ella solita!

—¡Claro que lo has hecho, llevas atacándola desde que llegó! ¡Cualquier persona con un poco de amor propio hubiese actuado de la misma forma!

—¿Y qué se supone que debo hacer, Ava?

—¡Ir a por ella y pedirle perdón!

—¿Yo? ¡La he dejado quedarse en mi casa, le he dado de comer, ha usado mi cuarto de baño! ¿Y todavía tengo que ir a suplicarle que vuelva?

—¿Prefieres que se muera allí afuera?

—¡Ella lo ha elegido así!

—¡Charlie no pidió perderse con su coche, ni tener un accidente! ¡Los acontecimientos han sucedido de este modo y debemos ser hospitalarios con ella! ¡Es una buena chica! —Se mesó el cabello y negó con la cabeza. Observó a su hermano con un poco más de tranquilidad y le rozó el brazo—. Liam, ¿serías capaz de vivir sabiendo que una persona ha muerto por tu culpa? Porque yo no.

—¿Y por qué se iba a morir?

—¿Qué posibilidades tiene de aguantar el frío y la nieve?

Liam se quedó en silencio, pensando. Sabía que no tendría ninguna posibilidad. Esas temperaturas eran insoportables. Sin un sitio donde resguardarse, sin comida y sin poder pedir ayuda, Charlie no sobreviviría demasiado.

Apretó los dientes y maldijo en voz baja.

¿Por qué le pasaban a él esas cosas? ¡Vivía tranquilo en aquel lugar alejado de las ciudades, él mismo lo eligió así!

¿Por qué había tenido que aparecer, con su delicado rostro y su suave cabello rubio? ¿Por qué tuvo que llegar esa chica de ojos azules como el cielo y sonrisa hipnotizadora? Desde el primer momento en que la vio indefensa, junto a su coche, supo que sería un problema para él! ¡Liam necesitaba concentrarse, y Charlie, y su agradable olor a rosas, no se lo permitirían!

Escribir con Ava y con Zachary en la casa no le suponía ningún problema. Lo conocían y sabían cómo le gustaban las cosas y de qué manera tratar con él. No obstante, la recién llegada lo descentraba. Saber que esa bonita joven estaba bajo su mismo techo no lo dejaba pensar con claridad.

No comprendía por qué le sucedía aquello, pues apenas la conocía de nada, pero no le gustaba. Parecía desencadenar reacciones en él que no controlaba, y su única forma de protegerse de ellas era atacándola e intentando guardar las distancias.

A pesar de todo ello, no dejaría que le sucediese nada malo. Ava tenía razón. Sería una carga que no podría soportar. Saber que Charlie estaba en peligro por su culpa no era agradable.

Y deberle una disculpa lograba que se enfurruñase todavía más.

CAPÍTULO 5

Charlie apartó la nieve que cubría el capó y el techo de su coche y se limpió las lágrimas. Hacía mucho frío y el abrigo apenas conseguía que el aire polar no se le metiese en los huesos. Apartó la maleta de la puerta y abrió el coche. Necesitaba que arrancase. Tenía que irse de allí. Ese hombre estaba loco, era la peor persona que hubiese conocido nunca y, cuando pusiese tierra de por medio, podría volver a respirar con normalidad. Le había gritado, la había tratado de forma pésima, le había insultado y herido emocionalmente. Sus últimas palabras habían sido el golpe más bajo que Charlie hubiese recibido jamás.

Tomó asiento e introdujo la llave.

—Por favor, arranca —rezó.

Sin embargo, ni siquiera la batería respondía. Su pequeño Volkswagen parecía haber muerto. Apoyó la cabeza sobre el volante y lloró con amargura. Aquello no podía estar ocurriéndole. El frío era insoportable, estaba en medio de ninguna parte y su coche no respondía.

Enfadada, golpeó la puerta con el brazo y decidió insistir. No podía darse por vencida tan pronto. Su coche arrancaría, confiaba en él.

—Vamos, pequeñito, vamos, por favor...

No obstante, después de cinco minutos, apoyó la espalda sobre el respaldo y se cubrió la cara con las manos, para llorar. Estaba perdida. Sola y sin ayuda en medio de las Montañas Rocosas, cargada con una maleta que no era suya y sin poder comunicarse con nadie.

Giró la vista hacia la casa. ¡Bajo ningún concepto volvería allí junto a ese desgraciado! ¡Prefería andar y morir congelada que permanecer entre esas cuatro paredes con aquel escritor amargado!

Salió del vehículo y lo cerró con llave, asegurándose de que nadie podría abrirlo. No estuvo segura de por qué lo hizo, pues en aquel lugar, ¿quién iba a robarle nada?

Cogió la maleta de Lily y miró hacia el camino asfaltado, o donde suponía que debía estar, pues la nieve lo cubría por completo.

—¿Vas volver a la casa ya, o todavía no te has cansado de hacer tonterías en plena nevada?

La voz de Liam la sorprendió por la espalda. Cuando giró, lo vio protegido del aire helado con su chaqueta polar, y la capucha de pelo que le ocultaba la mayor parte del rostro. No veía su expresión, pero suponía que el enfado seguiría en sus facciones. ¿Había ido a por ella? ¿Para qué? ¡No hacía ni diez minutos que le había dicho cosas horribles! ¡Ese hombre era el mismísimo demonio!

—¡Si hago tonterías, como si no, es cosa mía! —exclamó Charlie enfadada—. Vuelve a tu casa, no te preocupes por mí.

—¡Te vas a congelar aquí fuera!

—¿Y a ti qué te importa lo que me ocurra? —gritó—. ¡Eres el ser más despreciable que he tenido la mala suerte de conocer! ¡Y si me congelo, lo haré feliz por haberme librado de tu presencia!

—¡Déjate de estupideces, Charlie! —ladró Liam acercándose un poco más a ella—. Si sigues aquí vas a enfermar.

—¡Pues enfermaré!

—¡No sigas diciendo estupideces, mujer!

Charlie abrió la boca al escuchar su comentario y lo señaló con el dedo índice.

—¡La única estupidez que he cometido últimamente ha sido aceptar quedarme en tu casa y aguantarte!

—¿Hubieses preferido morirte de frío?

—¡Hubiera preferido no conocerte nunca, Liam Tremblay! ¿Piensas que a mí me gustaba esta situación? —lo interrogó con hastío—. ¿De verdad eres tan simple que crees que me atraía depender de ti? ¿Tener que quedarme en la casa de un tío indeseable y antipático como tú? ¿Eres tan necio que crees que me gusta que me insultes?

—¿En qué momento te he insultado, Charlie?

—¡Decir que ni mi madre me aguanta te parece poco? ¿Qué mi familia estará mejor sin mí?

—¡No es para tanto!

—¡No sería para tanto si no fuese cierto! —gritó con los ojos vidriosos. Apretó los labios y una lágrima rodó por su mejilla—. ¡Mi madre me abandonó cuando tenía cuatro años! ¡Mi pobre tía tuvo que hacerse cargo de mí, de la hija indeseada de su hermana!

El rostro de Liam se deformó por la noticia. Se sintió una persona horrible, el peor individuo de América. En su afán de proteger su casa y su intimidad, había herido a Charlie con un tema que debía ser muy doloroso para ella.

—Yo... no quise... —comentó de forma entrecortada.

—¡No, tú no quisiste, pero lo hiciste!

—¿Cómo iba a saberlo?

—¡Esa no es la cuestión, Liam! Nadie es adivino para saber algo semejante. —Charlie bajó la vista al suelo y se limpió otra lágrima—. Lo único que necesitaba era un poco de ayuda hasta que pasase el temporal.

Él cerró los ojos y se insultó internamente. ¿Cómo había podido ser tan... majadero?

La cogió por el brazo y empujó un poco de Charlie para que se moviese.

—Vamos, aquí hace frío. Entremos en casa.

—No. —Dio un tirón y se soltó de su agarre—. Ya te he dicho que no voy a volver.

—Charlie...

—¡No! —chilló sin dejar de llorar—. No voy a pasar por lo mismo por segunda vez. ¡A que me insultes de nuevo, a que me hables como si no valiese más que un papel tirado en el suelo, ni a que me grites sin razón!

Las palabras de ella estaban tan impregnadas en dolor que el malestar que sintió él, logró conmovirlo.

—Te aseguro que nada de eso va a volver a suceder —le prometió—. Te debo una disculpa.

—¿Y ahora se supone que tengo que creerte?

—Sí

—¿Por qué?

—¡Porque no tienes otra alternativa! —La cogió del brazo y volvió a tirar de ella. Al ver la reticencia en su cara, Liam tragó saliva y suspiró—. Me he comportado muy mal contigo, Charlie. Déjame que te demuestre que puedo llegar a ser un buen anfitrión. Regresemos a casa.

—¿Entonces se disculpó contigo? —preguntó Ava, que introducía una cuchara de madera en la sopa, la cual se cocinaba a fuego lento.

—No sé si lo que dijo puede llamarse disculpa —comentó Charlie mientras cortaba una zanahoria en dados, a su lado—. Me aseguró que sus palabras no se volverían a repetir y que intentaría ser un mejor anfitrión.

—Pues si esas palabras vienen de él, ya puedes morir en paz —bromeó—. Últimamente, a mi hermano no hay quien le hable.

Apenas habían transcurrido tres horas desde que ocurriese el incidente con Liam, y todo estaba en calma. Tras regresar junto a él, o más bien arrastrada por él, hacia el interior, el silencio y la tranquilidad reinaban en la casa.

Liam se había retirado de nuevo a su despacho y trabajaba aislado del resto.

A pesar de que le prometiese un cambio en la forma en la que la trataba, Charlie prefería que estuviese ausente. No se sentía cómoda en su compañía. Había sido tan horrible la convivencia con él, que prefería no pasar más tiempo del necesario a su lado.

No creía en sus palabras, y estaba segura de que volvería a tratarla de igual modo en cuanto se olvidase de lo sucedido. Era un hombre malo y solitario, y ella había irrumpido en su casa sin ser invitada. No obstante, Charlie tampoco quería estar allí. Bien sabía Dios que aguantaba entre esas cuatro paredes porque no tenía otra alternativa.

Sí, reconocía que la primera vez que lo vio le pareció el tío más guapo con el que se hubiese cruzado nunca, sin embargo, su actitud y su corazón nevado lo hacían parecer un troll ante sus ojos.

Acabó de cortar la zanahoria y alzó la cabeza, mirando hacia el patio trasero donde Zachary cortaba leña. La nieve continuaba cayendo y sus esperanzas de abandonar pronto aquel lugar se esfumaban. Pues, aunque dejase de hacerlo, las máquinas quitanieves tardarían en llegar otro par de días hasta allí.

No había dejado de probar suerte con la cobertura. Se paseaba por toda la casa buscando un poco de ella, pero, como siempre, fue en vano.

No podría regresar a Calgary a tiempo para ayudar en el comedor social, estaría todas las Navidades sin hablar con su familia, sin poder llamar para felicitarles. Tendría que permanecer allí, en la casa de ese paranoico que se dirigía a ella como si fuese el anticristo. Daba gracias a que Ava y Zachary estuviesen allí. Ellos le hacían su estancia más agradable. De hecho, no estaba segura de poder aguantar junto a Liam sin ellos.

No hacía más que preguntarse cómo una joven tan encantadora como ella podía ser hermana de aquel ser odioso.

Cogió los trozos de zanahoria y los echó en la cazuela. Miró a Ava, que removía el caldo sin que la sonrisa se borrara de su cara, y se apoyó en la encimera.

—¿Siempre ha sido así?

La hermana de Liam frunció el ceño, al no comprender la pregunta.

—¿El qué?

—Tu hermano, ¿siempre ha sido así?

—No, qué va —dijo soltando una pequeña carcajada—. Siempre ha sido un cielo.

—Un cielo —repitió Charlie alzando una ceja, sin llegar a creérselo.

—¿Es verdad, no te miento! —exclamó Ava soltando una risotada—. Liam siempre fue un hombre amable y cariñoso.

—¿Y qué mosca le picó para que cambiase así?

—Creo que fue un cúmulo de acontecimientos: su divorcio, que Siena se llevase más de la mitad de su patrimonio, la sequía literaria... —Ava se llevó una mano a la barbilla y pensó—. Y la soledad. A mi parecer, la soledad es lo que lo ha convertido en lo que es.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo aquí, solo?

—Apenas unos meses. Sin embargo, si a eso le sumamos todo lo anterior...

—¿Por eso estáis Zachary y tú aquí? ¿Para hacerle compañía?

Ava negó con la cabeza.

—Vine para hacerle una visita e invité a Zach para que me acompañase. Pero, realmente vivimos en Nanton.

—¿Estáis comprometidos? —preguntó Charlie con una sonrisa amistosa.

—¿Quién? ¿Zachary y yo? —declaró llevándose una mano al pecho y soltando una carcajada potente—. ¡No, no, no! ¡Solo somos amigos! De hecho, es el mejor amigo que tengo. Nos conocemos desde la adolescencia.

Charlie asintió, sintiéndose tonta por haberlos relacionado de esa forma.

—Vaya, pensé que teníais una relación.

—¿Y eso por qué?

—No sé, veo cómo te mira y...

—¿Zach a mí? ¿Cómo me mira? —la interrogó con extrañeza.

Charlie rio y se encogió de hombros.

—No, no me hagas caso, serán cosas mías.

En ese instante, la puerta que daba al patio trasero se abrió y Zachary entró en la cocina cargado de leña recién partida. Les sonrió a ambas y le guiñó un ojo a Ava, al tiempo que la miraba de arriba abajo con disimulo. Cuando desapareció, Charlie rio y asintió.

—¿Te has dado cuenta? Le gustas, te mira con deseo.

—No... no creo —habló Ava frunciendo el ceño—. Zach es... es mi amigo.

—Es tu amigo, pero se nota que a él le gustaría ser algo más. He visto cómo te habla y cómo intenta rozarte cada vez que tiene ocasión. Siempre lo hace cuando nos sentamos a comer alrededor de la mesa.

Ava entrecerró los ojos y pensó en lo que decía Charlie. No podía ser. Zach y ella siempre habían sido confidentes. ¡Se lo hubiese dicho! No le hubiera guardado un secreto semejante. ¿Que Zachary estaba prendado de ella? Eso era imposible. El bueno de Zach siempre había estado ahí cuando rompía con sus ex novios, era su paño de lágrimas cuando alguno de ellos la dejó o la trató mal. Incluso sabía quién eran los hombres con los que se acostaba de vez en cuando. ¿Cómo iba a gustarle y aguantar toda aquella información?

No, definitivamente, Charlie se equivocaba.

Liam lanzó el bolígrafo a la otra punta del despacho y se llevó las manos a la cabeza. Por más que se concentrase, y por más silencio que hubiese en la casa, no lograba escribir más de cinco palabras seguidas. Estaba harto de esa situación, no comprendía por qué le sucedía aquello. Vivía alejado del ruido de las ciudades, estaba en el lugar más bello de las Rocosas, el asunto con su ex mujer ya estaba solucionado y su vida había vuelto a la calma. Entonces, ¿qué pasaba para que no pudiese continuar con su libro? Notaba que la desgana podía con todo lo demás. Sentía que lo que hacía no le llenaba del todo, que era un tema trillado y sin interés. Sin embargo, la psicología era lo suyo. Siempre había escrito sobre ella y sus éxitos habían llegado por libros profundos y

enrevesados, sobre esa misma temática. Su editor estaba encantado con él, pues contaba con una legión de lectores que devoraban todo lo que salía de su cabeza. Era conocido y respetado entre los demás compañeros de profesión, había ganado premios por su trabajo y su calidad gramatical. Pero, por más que se recordaba lo que había logrado, estaba descentrado y desmotivado.

Cerró la libreta y miró al techo.

Tenía hambre. Se había saltado la hora de la cena y ahora sus tripas rugían como si de un león se tratasen. Quizás esa era la razón por la que la inspiración no llegaba. Pudiese ser que si comía algo las ideas fluyesen.

Se levantó de la silla y abandonó el despacho.

La casa estaba en silencio y supuso que todos dormían. Era bastante tarde y solo él solía trasnochar tanto.

Entró en la cocina y descubrió que Ava le había guardado su parte. Su hermana lo conocía a la perfección.

Comió de pie, apoyado en la encimera y fijó la vista en la mesa. Pensó en la cena que se había perdido y a su cabeza llegó el recuerdo de Charlie. Se sentía culpable por todo lo que le había dicho. Enterarse de que sus palabras le habían herido... no era agradable. Así que, prefirió ausentarse y evitarla. Sería un descanso para ella, pues se notaba que su cuerpo se tensaba al verlo, y un descanso también para él, porque, por algún motivo que todavía no lograba descifrar, era incapaz de dejar de mirarla cada pocos segundos. Y no le gustaba que le sucediese eso. Bastante tuvo con Sienna, con sus engaños y sus trampas, como para encapricharse de una mujer con cara de ángel, sonrisa aniñada y cabello rubio como la miel.

Sería amable, sí, se lo había prometido, y Liam Tremblay cumplía sus promesas, no obstante, guardaría las distancias. Charlie se quedaría en su casa, a lo sumo, unos cuantos días más, hasta que dejase de nevar. Así que, estaba decidido a evitarla en la mayor medida posible. No necesitaba más distracciones de las que ya tenía. De lo único que precisaba era de ganas e imaginación para continuar con su trabajo.

Dejó el plato en el fregadero y apagó la luz de la cocina. Sin embargo, antes de regresar a la planta superior, se fijó en que, tirado en el suelo, frente a la chimenea, había alguien con un libro en la mano.

Se acercó un poco y el cabello rubio de Charlie se iluminó por una pequeña llamarada de los troncos que ardían. Dejó de caminar y decidió darse media vuelta, pero antes de que pudiese hacerlo, ella giró la cabeza y lo descubrió.

Al verlo en el salón, se puso tensa. Se incorporó un poco del suelo, quedando sentada y cerró el libro. Liam todavía llevaba la misma ropa que había llevado durante el día, mientras que ella estaba en pijama. Giró la cabeza, buscando el apoyo moral de Zachary, que se encontraba tumbado en el sofá, pero estaba dormido.

Nerviosa, se humedeció los labios y fijó los ojos en el hombre que había hecho de sus días en esa casa un verdadero infierno.

—No tienes que leerlo si no te gusta —dijo Liam rompiendo el silencio, refiriéndose al libro.

Charlie se encogió de hombros y acarició la portada del mismo.

—Es interesante, creo que lo prejujué demasiado pronto.

—¿Ya no te parece un libro para amargados? —preguntó acercándose a su lado y mirándola desde arriba.

—Siento lo que dije sobre él, y sobre ti. Es un buen libro. Y tú un buen escritor.

—Por la forma en la que me he comportado contigo, no me extraña que pienses eso de mí —

declaró con voz pausada.

—Nunca quise irrumpir en tu casa, ni romper tu valla.

—Lo sé. He sido un cabrón con muy poco tacto. —Se puso de cuclillas y la miró a los ojos—. Creo que no me he disculpado contigo de la forma en la que debía hacerlo.

—No pasa nada. —Charlie se mordió el labio inferior y apartó la mirada de él. Las sombras que el fuego creaba sobre Liam lo hacían parecer todavía más guapo e interesante.

—Sí que pasa. Ava tenía razón, necesitabas de mi ayuda y yo solo me dediqué a atacarte.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. Creo que fue como un mecanismo de defensa.

—¿De defensa? —Charlie alzó una ceja, sin comprender—. ¿Por qué ibas a tener que defenderte de mí?

—Te veía como a un estorbo. Pensé que, contigo aquí me sería todavía más difícil concentrarme en mi trabajo —admitió. Tomó asiento a su lado y fijó su mirada en la chimenea—. No fue mi intención hacerte daño, Charlie.

—Ya estoy bien, no te preocupes. Lo que me ocurrió es algo con lo que tengo que aprender a vivir. Tendría que estar inmunizada contra lo que me diga la gente, y conseguir que mi cabeza no siga dándole vueltas.

—¿Era cierto eso de... tu madre? —la interrogó posando su mirada en el bonito rostro de ella.

—Mi madre era adicta a las drogas cuando se quedó embarazada.

—¿Era? ¿Ha muerto?

—No lo sé. Ni mi familia, ni yo, sabemos nada sobre ella —admitió con tristeza—. La última vez que la vi, tenía cuatro años. Mi tía Poppy fue a buscarme y me llevó con ella.

—Tuvo que ser muy duro para ti.

—Cuando mi tía me encontró, estaba al borde de la desnutrición. —Charlie encogió las piernas y se las rodeó con los brazos—. Pero, solo era una niña. Y los niños son felices solo con el hecho de estar junto a sus padres. Aunque apenas reparase en mí. Mi madre se preocupaba más por su novio de turno, y por su dosis diaria, antes que por su hija. —Apretó los labios y miró a Liam con una sonrisa triste—. Cuando mi tía le dijo que iba a llevarme con ella, pareció incluso aliviada.

—¿Y tu padre? ¿Él no se hizo cargo de ti?

—No sé quién es mi padre. Pudo ser cualquiera de sus novios, o algún desgraciado con el que se acostó a cambio de droga.

—¿Con tu tía no fuiste feliz?

Charlie sonrió al pensar en su familia.

—Mucho. De hecho, no hay día en el que no agradezca el que me hubiese acogido en su casa. Tengo una familia, primos a los que considero hermanos, a mi tío Archie, al abuelo George... y mucho amor. Nunca más me sentí como un estorbo.

Liam suspiró. Como psicólogo que era, sabía que esos traumas infantiles eran muy difíciles de superar. No obstante, Charlie parecía cabal, educada y fuerte. Admiraba a las personas luchadoras, a las que habían salido adelante a pesar de que la vida no se hubiese portado bien con ellas. Era una mujer preciosa que había tenido que pasar por un infierno en su niñez.

—No eres un estorbo —añadió sintiéndose mal por todo lo que le dijo—. Soy un completo estúpido y te aseguro que no voy a volver a hablarte como lo hice. —Se llevó un dedo a las gafas y se las subió hacia arriba, pues se bajaban de vez en cuando—. Cuando te vi frente a mi casa, pensé que los planes que había hecho para pasar las Navidades se habían esfumado. Ya tenía en

casa a Ava y a Zachary, algo con lo que no había contado. Esta nevada nos ha cambiado los planes a todos.

—Lo ha hecho —asintió Charlie con una mueca triste—. Yo tendría que estar en Calgary en este momento. Me comprometí en ayudar en el comedor social en Nochebuena.

—¿Eres voluntaria? —preguntó muy interesado.

—Lo soy cuando puedo. Me gusta pensar que puedo ayudar a gente que lo necesita, de igual modo que mi tía hizo conmigo. Quizás sea una ayuda ínfima, sin embargo, me siento bien haciéndolo. Quiero sentir que apporto mi pequeño granito de arena.

Liam se quedó observándola con fijeza. Tenía buen corazón, era bonita y amable. Estaba descubriendo a una Charlie que jamás imaginó, y se daba cuenta de que el monstruo horrible era él.

Sin pensar demasiado en ello, sus ojos la recorrieron por entero, disfrutando de las luces y sombras que el fuego de la chimenea creaba sobre su cuerpo. Era delgada, alta y delicada. Nunca le gustaron demasiado las mujeres como ella, pues a Liam siempre le llamaron la atención las morenas de cuerpos voluptuosos y senos grandes. Sin embargo, desde que vio a Charlie por primera vez, algo en él se removió, algo que lo hizo ponerse una coraza y atacarla.

La veía demasiado linda, demasiado rubia, y con unos ojos demasiado azules y límpidos. Su sonrisa era contagiosa y siempre tenía una palabra amable en los labios. La había observado hablar con Ava y Zachary, y ahora más que nunca se daba cuenta de que su opinión en cuanto a ella era correcta: tener a Charlie allí sería una distracción fatal para él, pues lo atraía de una forma brutal.

Sin querer pensar más en ello, se levantó del suelo y la miró desde las alturas. Tenía que regresar a su habitación. Había estado menos de diez minutos con ella y ya le parecía perfecta. Una mujer diez. Y eso era algo que no quería permitirse pensar. Con lo ocurrido con su ex mujer ya tenía bastante.

—Te dejo que sigas con el libro. Voy a irme a dormir.

Charlie asintió, con una extraña desilusión al verlo marcharse tan pronto, y la confusión de notar aquellos sentimientos. ¡Ese hombre era Liam Tremblay, el mismo que la había estado fastidiando desde que llegó!

—Descansa.

—Igualmente —añadió él, enfadándose consigo mismo por no querer irse, pero con la seguridad de que debía hacerlo—. Pasa una buena noche.

Dio media vuelta y caminó hasta la escalera. No obstante, la voz de Charlie lo hizo detenerse.

—Liam. —Al ver que se daba la vuelta, se aclaró la garganta. Era tan guapo y tan atractivo... —. A pesar de que hemos empezado con mal pie, creo que eres un buen hombre.

Él asintió, notando que su estómago burbujeaba al escuchar aquellas palabras salir de sus labios y le sonrió por primera vez. Lo hizo de forma sincera, con ganas, sin rastro de ironía, ni fanfarronería. El hombre con el corazón nevado, el dragón de las Montañas Rocosas, el escritor ermitaño... estaba emocionado por las palabras de la mujer a la que tachó de molestia.

CAPÍTULO 6

Poppy cogió los dos cafés, los cuales le dio el camarero de la cafetería, y los llevó a la mesa donde la esperaba Lily.

A pesar de ser bastante temprano, el salón del hotel estaba lleno de huéspedes, que no habían querido perderse otro estimulante día esquiando en el lago Louise.

Lily apoyó la cabeza sobre sus antebrazos y miró hacia el gran ventanal. Nevaba. Lo hacía con fuerza y sin descanso, como lo había hecho desde el día que pisaron el hotel. En uno de los laterales del lago, varios niños jugaban a tirarse bolas de nieve y hacían un gran muñeco. Sonrió al recordar su infancia junto a Charlie. Ellas también se lo pasaron en grande en el jardín trasero de su casa. Les encantaba la nieve, era una buena excusa para que su madre les permitiese salir más tiempo del habitual al exterior.

—¿Me habías dicho que querías un expreso, verdad? —le preguntó Poppy tomando asiento a su lado, sonriéndole con amor.

—Sí. —Lily cogió la pequeña tacita que su madre llevaba en la mano y le dio un sorbo. Quemaba.

—Hoy va a ser un día entretenido —continuó su madre—. Tu padre y el tío Jayden han pensado en dar una clase de snowboard.

Lily abrió mucho los ojos al escuchar tal noticia.

—Pobre del monitor que les asignen.

—Espero que sea paciente —comentó sin parar de reír—. Cuando a tu padre le da por hacer el tonto, hay que ser un santo para no desesperarse.

—Eso será si logra mantenerse en pie sobre la tabla más de dos segundos seguidos.

Poppy apuró su café y dejó la taza sobre la mesa.

—Querían que yo también me apuntase a la clase, pero no voy a hacerlo. No quiero que te quedes sola.

—¿No vas a hacerlo por mí? —Lily se puso las manos sobre las caderas—. ¡Mamá, te ordeno que vayas ya mismo con los demás y te diviertas!

—Pero, hija, ¿y tú qué vas a hacer tanto tiempo sola? Tu pie...

—Solo es una torcedura de tobillo, puedo arreglármelas —comentó Lily señalando la pierna que se lastimó cuando se tiró al agujero para ayudar a la niña que se cayó. Le dolía horrores, sin embargo, no quería quejarse delante de su familia, pues si lo hacía, eran capaces de cancelar esas vacaciones y regresar a Calgary a que la viese su médico. Habían estado ahorrando todo el pasado año para poder realizar ese viaje, y no iba a ser la aguafiestas que lo estropease.

—Qué valiente fuiste al saltar para coger a esa pobre criatura —dijo Poppy muy orgullosa de su hija.

—No fue para tanto. Ni siquiera pensé que podría hacerme daño.

—Porque fue más importante ir a por la niña que tu propia seguridad —añadió Poppy más hinchada de orgullo que un pavo relleno.

Lily obvió el comentario de su madre y sacó su teléfono móvil del bolsillo, para mirar si tenía algún mensaje. Al no tenerlo, chasqueó la lengua y suspiró.

—Llevo varios días sin saber nada de Charlie.

—Ya la conoces. Tu prima, cuando tiene algo que hacer, se olvida del resto del mundo.

—Sí, mamá, pero es que ni llamó para decirnos que había llegado a casa.

Poppy sonrió y se encogió de hombros.

—Las malas noticias llegan mucho antes que las buenas. Estará bien.

—Intento llamarla, pero nunca hay señal.

—Tendrá el teléfono apagado.

—Pues eso es muy raro en ella.

—Querrá descansar de nosotros —bromeó Poppy—. Ahora que tiene la casa para ella sola... estará disfrutando de lo lindo.

Lily se echó a reír al escuchar el comentario de su madre y asintió. Su prima siempre fue bastante cerrada con su intimidad y defensora de la tranquilidad. No le extrañaba nada que Charlie estuviese en casa disfrutando de la soledad y caminando por ella en ropa interior.

—La echo de menos.

—Y yo, cariño, las Navidades sin tu prima parecen incompletas. Me falta algo.

Lily soltó una risotada y recordó su rostro.

—Sí, nos faltan sus muecas de disgusto cuando me meto con ella.

—Y sus resoplidos cuando le repito que necesita echarse novio —se carcajeó Poppy.

—El próximo año, si se le ocurre decir que pasa las fiestas sin nosotros, soy capaz de secuestrarla —añadió Lily poniendo los ojos en blanco.

—Y yo te ayudaré con mucho gusto.

Lily le sonrió a su madre y se miró el reloj de muñeca. Eran más de las diez de la mañana y el salón comenzaba a vaciarse. Los huéspedes se disponían a dirigirse hacia sus múltiples actividades.

—Vete ya, mamá, al final llegarás tarde.

—Ya te he dicho que no voy a ir. No te pienso dejar sola.

—¡Y yo te prohíbo que te quedes aquí! No me voy a morir por pasar unas horas sin vosotros. Es más, quizás me parezca más a Charlie de lo que parece y me guste un poco de soledad.

Poppy alzó una ceja y asintió.

—Está bien. Pero si necesitas cualquier cosa, llámame enseguida.

Al quedarse a solas, Lily suspiró y continuó mirando por la ventana. Hubiese dado cualquier cosa por poder estar con todos ellos, divirtiéndose y riendo con las tonterías y bromas de su padre. No obstante, en la enfermería del hotel le recomendaron descanso. El tobillo había sufrido una torcedura y lo mejor, para su pronta recuperación, sería estar en reposo unos días.

Maldijo la mala suerte que había tenido. Para una semana de vacaciones familiares que tenía... Sin embargo, no se arrepentía del motivo de su torcedura. Esa niña podría haber estado en peligro, e hizo lo que debía hacer: ir por ella.

Cogió la taza de café y se la llevó a los labios. Su lesión duraría solo un par de días, pero la satisfacción de saber que había ayudado a una niña, lo haría toda la vida.

—¿Está la silla ocupada?

Al escuchar aquella característica voz con acento francés, Lily alzó la cabeza. Ante ella estaba Nathan, que la miraba con una débil sonrisa en los labios.

Cuando lo descubrió, su rostro cambió y el hastío apareció en sus facciones.

—¿Acaso no hay más sillas en la cafetería que tienes que llevarte esta precisamente? — preguntó de forma borde.

—Me refería a si te acompaña alguien.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Porque me gustaría sentarme contigo —comentó con educación.

—¿Te estás riendo de mí? —lo interrogó con enfado.

—No. Yo no suelo hacer esas cosas. Es de mal gusto burlarse de una persona que te ha ayudado.

Lily pasó por alto su comentario, sin prestarle atención y se cruzó de brazos, alzando la cabeza en señal de orgullo.

—¿Lo que es de mal gusto es venir a molestarte con paparruchas después de todas las cosas tan feas que dijiste sobre mí!

—Te pido perdón por ellas —se disculpó con rapidez.

—¿Que te den, tío! ¡Me llamaste irrespetuosa, mal educada y decenas de cosas más de las que no quiero ni acordarme! —Lo miró de arriba abajo con enfado—. ¿Y ahora me vienes con estas estupideces?

—Ayudaste a mi hija, y estoy en deuda contigo, Lily.

Al escuchar sus palabras, el rostro de ella se quedó helado. ¿Él? ¿Nathan era el padre de la niña que se cayó al agujero? Aquello era lo más surrealista que le hubiese ocurrido jamás.

—Vaya, el mundo es un pañuelo, ¿verdad? —se burló Lily—. La mujer a la que desprecias e insultas, resulta ser el ángel de tu pequeña.

—Quiero compensarte por ello.

—¿En serio? ¡Puedes meterte tu estúpido dinero por donde te quepa! ¡Podrás ser más culto, más rico que yo y más educado, pero yo soy más orgullosa!

—No pensaba en darte dinero. Me gustaría invitarte a salir.

—¿Perdona? —dijo ella soltando un pequeño grito de sorpresa.

—Un café, un almuerzo, una merienda... lo que prefieras.

—¿Y si lo que prefiero es que te vayas al infierno? ¿Me complacerás?

—Lily. —La voz de Nathan se volvió seria—. Sé que no he sido el tipo más amable de toda Alberta, pero quiero arreglarlo. Lo digo de veras. Deja que te demuestre que puedo subsanar el daño que te causé con mis palabras. Acepta mi propuesta.

La mesa estaba a reventar. Ava, Charlie y Zachary pasaron toda la tarde preparando los platos que comerían por la noche, en la cena de Nochebuena. Entre los tres cocinaron el pavo relleno, puré de patatas, salsa de arándanos, verduras asadas y budín de pasas para el postre; además del indispensable ponche de huevo, tan típico en esas fechas.

Cuando lo tuvieron todo listo, ocuparon el cuarto de baño, por turnos, para ponerse ropa especial para la ocasión.

Charlie fue la última en poder disfrutar del baño. Y, por suerte, en la maleta de Lily encontró un bonito vestido rojo.

Liam bajó desde su habitación con un conjunto bastante informal, pues al estar en su propia casa, pensó que no haría falta vestirse como si fuese a asistir a una boda. Se colocó unos pantalones vaqueros oscuros y una camisa a rayas de color azul. No se había afeitado y el único perfume que se puso fue el del jabón que usó para afeitarse. ¿Qué más daba? Era solo una cena

más.

Pasó toda la tarde enfrascado en las dos líneas que había podido escribir, y su humor no era el mejor. Aunque, claro, su humor llevaba siendo oscuro desde hacía unos meses atrás.

Al llegar al salón, silbó al ver la mesa repleta de comida. Dio una vuelta alrededor para fijarse en la buena pinta que tenía todo, y se dio cuenta de lo hambriento que estaba en realidad. Había pasado toda la tarde sin probar bocado. Cogió una nuez de un cuenco y Ava le dio un mantazo desde atrás.

—Ni se te ocurra —le advirtió—. Espera a que estemos todos.

—¿No voy a poder comerme ni una nuez? —resopló como un niño y se giró para encarar a su hermana.

Al verla, frunció el ceño y se echó el fruto seco a la boca, masticándolo de forma pausada.

—¿Adónde vas vestida así?

—Hoy es Nochebuena, ¿lo has olvidado? —Dio una vuelta sobre sí misma y el precioso vestido verde botella, desmangado y ajustado a su cuerpo, relució bajo la luz del salón.

—Parece que vayas a ir de cena a algún restaurante caro.

—Esa es la idea, como no puedo irme... haremos que el restaurante venga a nosotros. —
Sonrió.

—¿Por eso tanta comida? —gruñó Liam.

—Es tradición.

—¿Es tradición vaciar la despensa de tu hermano en Navidad?

—¡No seas borde, Liam! ¡Es una noche especial!

—Pues como no pare de nevar pronto, lo especial será vernos pasar hambre, porque supongo que no quedará mucha más comida.

—Hay bastante, así que deja ya de gruñir como un becerro.

—Los becerros no gruñen, berrean.

—¡Pues mejor me lo pones! —se carcajeó Ava.

Zachary salió del cuarto de aseo, muy guapo y bien vestido, con un conjunto que Ava le prestó de Liam. Le estaba un poco grande por los hombros, pues era un poco menos corpulento que su hermano, sin embargo, le quedaba bien.

—¿Qué os parece? —preguntó Zachary abriendo los brazos.

—¡Estás muy guapo, Zach! —exclamó Ava sonriendo abiertamente.

—¿Ese traje no es mío? —saltó Liam frunciendo el ceño.

—Lo es, tu hermana pensó que me quedaría bien.

—Mí hermana, como no —susurró él con aburrimento.

—¿No te has arreglado? —le preguntó Zachary al verlo en vaqueros.

—No, estoy en mi casa, no veo el motivo de hacerlo.

—Es divertido, además, ¡es Navidad!

—Creo que pasas demasiado tiempo con mi hermana, ya hablas igual que ella.

Ava y Zachary se miraron al escuchar el comentario y se echaron a reír.

Un crujido de la madera de las escaleras, los hizo mirar hacia allí. Por ellas bajaba Charlie, enfundada en el vestido rojo de Lily. Era de dos piezas, compuesto por un top desmangado de encaje, y cuello redondo, y una falda de satén, larga. El cabello, tan corto y engominado hacia atrás, le daba el toque elegante que necesitaba para completar el conjunto, y en los labios un poco de carmín.

Liam se quedó boquiabierto al contemplarla. Era la mujer más hermosa que hubiese visto

jamás. Su estómago dio un vuelco y su corazón latió tan rápido que creyó que saldría volando.

—¡Oh, Charlie, pero qué guapa estás! —exclamó Ava caminando hasta su lado.

—¿No es demasiado?—preguntó con algo de rubor en las mejillas—. Es lo único que había en la maleta de mi prima que fuese acorde con la ocasión.

—¡Es perfecto y te queda como un guante! ¿Verdad, Liam? ¿A que está guapa?

Él dio media vuelta y se echó otra nuez a la boca. Necesitaba distraerse con algo o se comería a Charlie con los ojos. Apenas podía creer que la visión que tenía delante fuese real. Si siempre le pareció una mujer preciosa, con ese vestido estaba espectacular.

—¡Liam! —insistió Ava—. ¿Verdad que Charlie está imponente?

—Está bien —dijo con la mayor indiferencia que le fue posible.

Ava resopló y puso los ojos en blanco.

—Qué soso eres. —Cogió a Charlie de la mano y la condujo hacia la mesa—. Vamos a cenar, el pavo estará más helado que el ancla de un barco.

La cena se desarrolló con tranquilidad y armonía. Ava era la voz cantante, hablaba de todo, y todo el tiempo, para que no se crease un ambiente incómodo. Charlie seguía su conversación y, junto a Zachary, consiguieron que aquella cena se tornase amena y divertida. Intentaba no mirar demasiado a Liam. A pesar de que habían firmado una tregua, hacerlo la ponía nerviosa. Aun así, sentía sus profundos ojos negros sobre ella, era una sensación rara, y excitante a la vez.

Él, a pesar de que no habló en toda la velada, conseguía hacerse notar. Sentía su fuerza, su presencia inundando todo el salón.

Retiraron la comida y sacaron el budín, el ponche y el champagne. Ava encendió la radio, sintonizó una emisora donde sonaba música y sacó a Zachary a bailar, divertida y algo achispada.

Liam estaba frustrado. No podía despegar los ojos de Charlie. Le era imposible hacerlo. Parecía estar embrujado por su tímida sonrisa y su rostro de hada. Jamás le pasó nada parecido con ninguna otra, ni siquiera con Sienna, a la que creyó amar. No obstante, aquel amor resultó ser una ilusión por parte de ambos.

Charlie no era como ella. Su ex mujer siempre fue una persona de carácter belicoso, muy segura de sí misma y de lo que podía conseguir si se lo proponía.

Cuando se separaron, Liam creyó que sin ella su mundo se acabaría. Sin embargo, no se acabó. A los pocos días, comprendió que le daba igual que estuviese con él, o no. Se dio cuenta de que lo que había ocurrido con ella fue fruto de un encaprichamiento. Decidió refugiarse en la escritura. Las letras no eran unas amantes exigentes, ni unas mujeres egoístas. Se sentía cómodo frente a una hoja en blanco.

No obstante, hasta su inspiración lo abandonó.

Siempre fue un hombre muy organizado. Tenía horario para todo, y no admitía que las cosas sucediesen si no estaban plasmadas en su agenda. Así que, desesperado porque la inspiración regresase a él, hizo algo inesperado: improvisar. Se marchó de su ciudad y dejó todo lo que conocía para mudarse a un lugar inhóspito y alejado de la civilización. Pero, una vez más, fue incapaz de escribir algo que valiese la pena.

Liam continuó observando a Charlie, mientras su cabeza cavilaba acerca de por qué. Había algo de ella que lo llamaba. Sabía que lo mejor para todos sería obviar aquellas sensaciones y continuar como siempre, sin embargo, ¿qué ocurriría si decidía improvisar de nuevo? ¿Y si decidía dejarse llevar y ver hasta dónde llegaba aquello?

¡No, sería una auténtica locura! Él era Liam Tremblay, un respetado escritor, un hombre serio y recto. No sería propio de él coquetear con una mujer que había aparecido en la puerta de su casa,

rompiendo parte de su propiedad y desajustando su rutina.

—¿O, sí?

Sin pensarlo dos veces, se levantó de la silla y se colocó frente a Charlie, que miraba a Ava y a Zachary bailar con una sonrisa en los labios. Al notar que estaba junto a ella, su cuerpo se tensó. Alzó la cabeza y lo miró a los ojos, sin saber qué más hacer al respecto.

—¿Quieres bailar? —preguntó Liam con una débil sonrisa en los labios.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Charlie abrió la boca, pero de ella no salió ni una palabra. Estaba impresionada por la invitación. Lo hubiese esperado de cualquiera, menos de Liam. Asintió convulsivamente y tragó saliva, notando cómo su estómago temblaba.

Se colocaron cerca de Zachary y Ava, la cual les premió con una enorme sonrisa. En la radio sonaba una balada y Liam la cogió por la cintura para acercarla a su cuerpo, y se meció al ritmo de la melodía. El aroma de Charlie se introducía por sus fosas nasales creándole la sensación de ebriedad. La cercanía de esa mujer lo activaba. Tener su sensual cuerpo junto a él, su mano apoyada en el hombro, y la otra agarrada a la suya... era excitante.

—Espero que no te haya parecido muy osada mi invitación —le susurró mientras giraba al compás de la música.

Charlie se humedeció los labios y lo miró a los ojos, perdiéndose en ellos. Si su estómago hubiese tenido forma de escapar, en esos momentos ya no estaría junto a ella, pues temblaba con la misma intensidad que lo hacían sus piernas.

—Me gusta bailar —acertó a decir, notando su garganta seca.

—Estás muy guapa esta noche —la alabó con suavidad.

—Vaya, gracias.

Se sonrieron y continuaron bailando, en silencio. La tensión que se había creado entre ellos era palpable. Sus respiraciones estaban aceleradas y sus nervios notaban hasta el mínimo movimiento del otro.

Charlie se mordió el labio inferior.

—Tengo que devolverte el libro.

—Te daré otro que puedas acabar. Mi estilo es demasiado...

—¡No, no! —se apresuró a interrumpirlo—. Te lo tengo que devolver porque ya lo he terminado.

—¿Hablas en serio?

En la cara de él se dibujó una gran sonrisa.

—Anoche no dormí hasta que llegué a la última página. —Liam se quedó callado para saber su opinión—. Me gustó mucho.

—¿A pesar de ser tan técnico?

—Es un buen libro, Liam. Ahora comprendo las buenas críticas que ha recibido.

—Gracias.

—Y tú eres un magnífico autor.

Él resopló y desvió la vista hacia un lado de la pared.

—Un magnífico escritor que es incapaz de escribir.

—No creo que seas el único que sufra bloqueos.

—El mío está durando demasiado.

—¿Has probado con algo nuevo? —dijo Charlie mirándolo a los ojos.

—He empezado tres libros sobre la psicología social... y no hay manera de poder avanzar.

—No me refería a eso, sino... a cambiar de temática.

—¿Te refieres a aparcar la psicología?

—Exacto.

—Nunca he probado a hacerlo, soy bueno en la materia.

—Quizás si sales de tu zona de confort consigas que tu atención regrese a lo que haces.

Liam la miró con fijeza y se quedó callado, contemplando su bello rostro. ¿Tendría razón Charlie acerca de lo que decía?

—Y, según tú, ¿de qué podría escribir?

—Podrías hacer un libro romántico —añadió con una tímida sonrisa.

Las carcajadas retumbaron por todo el salón, sorprendiendo a Ava y a Zachary, que lo miraron como si tuviese tres cabezas. Liam riendo a mandíbula batiente, inaudito.

—¿Tengo pinta de escribir sobre esas cosas? —le preguntó a Charlie sin poder borrar la sonrisa de sus labios.

—No, pero tu forma de actuar conmigo, los primeros días, tampoco era la de un psicólogo, en cambio, lo eres.

—La novela romántica sería salir demasiado de mi estilo.

—Podría ser divertido.

—No lo creo.

—Puedes llevarte una sorpresa. A veces, las cosas que menos esperas son las que más te divierten —insistió Charlie.

Liam alzó una ceja y le sonrió.

—¿Como cuáles, por ejemplo?

—Fíjate en mí —prosiguió—. Esta noche, aparentemente estoy perfecta, con mi vestido y mi peinado. —Se calló unos segundos y sonrió con picardía—. Pero, hay algo en lo que ninguno os habéis fijado.

—¿En qué?

Ella rio y se apartó un poco de él, levantando un pie.

—No llevo zapatos.

Liam volvió a estallar en carcajadas contagiándola a ella. Se quedó mirándola como si nunca hubiese conocido a nadie igual y la agarró de nuevo por la cintura para seguir moviéndose al ritmo de la música. Se miraron fijamente y sonrieron de nuevo, notando que cada vez estaban más cómodos juntos.

—¿Sabes algo, Liam? No eres el ogro que pensé en un principio.

—Ni tu eres la niña insoportable que imaginé.

Charlie rio y se encogió de hombros.

—Mi tía Poppy dice que me hago de querer.

—Tu tía tiene mucha razón —admitió observando sus facciones con tanta intensidad que ella creyó que su corazón explotaría.

—Yo... —Calló para intentar expulsar los nervios de su cuerpo—. Creo que debajo de toda esa fachada de tipo duro e insensible, hay un buen hombre.

—Te has olvidado de guapo —añadió Liam, divertido.

—¿Cómo?

—Debajo de esa fachada de tipo duro, insensible y guapo —repitió guiñándole un ojo.

Ella asintió, notando cómo los colores subían a sus mejillas y apartó un poco la cara, para

disimular mejor. Cuando el rubor pasó, se separó de él y se retorció las manos, antes de hablar.

—Si no te importa, voy a irme a dormir. Estoy cansada.

—Claro, claro, adelante —dijo él sintiendo algo de desilusión.

—Ha sido una cena de Nochebuena muy bonita.

—No gracias a mí, yo no he hecho nada. Habéis sido vosotros quien preparasteis todo.

Charlie asintió y le sonrió.

—Sí, pero has sido muy amable conmigo. Me has hecho sentir a gusto.

—Es lo mínimo que podía hacer después de todo.

Ella se puso de puntillas y lo besó en la mejilla. Al hacerlo, el vello se le erizó y sintió una gran agitación en su bajo vientre. Se apartó enseguida, nerviosa.

—Gracias, Liam —susurró. Antes de que él pudiese contestar, dio media vuelta y subió por las escaleras, hasta que alcanzó la habitación que compartía con Ava.

El amo de la casa se quedó con la mirada fija en el hueco por donde había desaparecido Charlie, y se llevó una mano a la mejilla, notando todavía el suave tacto de sus labios en ella. Sin poder evitarlo, otra sonrisa ocupó su cara, y pensó que en esa sola noche había reído más que en los últimos tres meses.

CAPÍTULO 7

Ava fue la primera en levantarse la siguiente mañana. Salió de la habitación, con cuidado de no despertar a Charlie, y bajó hacia la cocina, para prepararse algo de desayuno. La casa estaba en silencio y la tranquilidad que se respiraba era comfortable, a pesar de que ella era de las que disfrutaban entre multitudes. Sin embargo, echaba un poco de menos su casa y la intimidad que aquella le daba.

Encendió la cafetera y esperó a que el caliente líquido llenase la taza, mirando por la ventana que daba al patio trasero de la casa de su hermano.

La nieve caía sin fuerza sobre los escasos metros cuadrados que conformaban aquel espacio; no obstante, había una capa blanca tan gruesa, sobre los muebles exteriores de Liam, que apenas podían distinguirse.

Cogió la taza de café y sorbió un poco, con cuidado de no quemarse.

Sonrió al recordar la cena de la pasada noche. Había sido rara, estaba acostumbrada a celebrar las fiestas con su madre y el marido de esta, pero se lo pasaron bien. Zach parecía encantado, Charlie relajada y Liam... incluso su hermano había reído como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Sí, fue una Nochebuena genial y diferente.

—Buenos días.

La voz de Zachary la hizo perder el interés en la nieve. Su amigo caminaba hacia ella con cara de sueño, y su bonito pelo color zanahoria revuelto. Se sentó en una de las sillas de la cocina y la miró con una sonrisa.

—¿Te he despertado? —preguntó Ava con apuro—. Ya no recordaba que dormías en el sofá.

—No, llevo despierto como media hora. Tengo ardor en el estómago.

—Ya te dije que demasiado ponche de huevo iba a sentarte mal —le riñó sin dejar de sonreír.

—Todas las Navidades me pasa lo mismo —admitió encogiéndose de hombros.

Ella rio y se acercó a su lado. Lo abrazó y lo besó en la mejilla. Zachary cerró los ojos y apretó su cintura. Estar junto a ella era tan mágico...

—Anoche lo pasamos bien, ¿verdad?

—Muy bien —asintió.

—Estás hecho todo un bailarín—lo alabó Ava recordando lo diestro que era bailando en pareja.

—Tuve una novia que me llevaba a clubes de salsa —resopló.

—¡Ah, sí! ¡Tina! ¿Qué fue de ella? Era una buena chica.

—Ni idea, le perdí la pista cuando rompimos.

—Deberías buscar a alguien como ella —comentó Ava mirándolo fijamente—. Me caía bien.

—Llegó un momento en que no la soportaba. Demasiado intensa para todo.

Ava rio y le dio una palmada en el hombro. Zach era bastante independiente en cuanto a parejas, le recordaba mucho a ella misma.

—Me encanta hablar contigo, es como si pudiese contártelo todo.

—Puedes, en realidad. Jamás se lo diría a nadie.

—Porque eres un buen amigo. —Lo besó de nuevo en la mejilla y le sonrió—. Y pensar que Charlie cree que yo te gusto... Qué tontería, ¿verdad?

Zachary se quedó callado unos segundos, pensando qué decir a continuación. Había pasado años y años junto a ella, sintiendo cosas muy fuertes y callándose las porque jamás encontraba el momento adecuado.

Tomó aire por la boca y suspiró después.

—Me gustas, Ava.

—¿Ves? Si ya se lo decía yo que... —Al darse cuenta de sus palabras, se quedó muda—. ¿Qué has dicho?

—Que me gustas —repitió alzando un poco más la voz.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No, no podría estar hablando más en serio.

—Pero, Zach... nos conocemos hace más de quince años y...

—Nunca me atreví a decírtelo.

Ava no podía creer lo que le estaba diciendo. ¡Era Zachary, el bueno de Zachary! ¡Su amigo del alma, su confidente! ¿Cómo podía ser posible que se sintiese atraído por ella?

—Yo... no sé qué decir. Me parece tan... irreal escuchar todo eso de tu boca...

—Llevo enamorado de ti desde el primer día de instituto —le confesó mirándola a los ojos—. Me parecías la chica más bonita, buena y graciosa de todas.

—Dios bendito...

—Fui un cobarde y nunca me atreví a decírtelo. Te he visto con decenas de chicos, me has hablado de ellos, me has contado cosas que hacíais... y nunca dije nada, cuando en el fondo quería ser yo al que besases y del que hablastes con tanto entusiasmo.

—¡Pero, es que eres mi amigo! —exclamó Ava con toda la lógica del mundo.

—Lo sé, siempre he sido tu amigo y seguiré siéndolo. No aspiro a nada más.

Lily se dejó caer en la cama de su habitación cuando sus hermanos la dejaron a solas, para reunirse con su familia en el lago. Su pie todavía vendado le dolía, aunque ya no tanto como el día anterior.

Estaba nerviosa e indecisa. Esa tarde había quedado con el tal Nathan y no sabía si debía ir a la cita. ¿Podía llamarlo cita o qué se suponía que era aquello?

Fue toda una sorpresa enterarse de que él era el padre de la niña a la que había ayudado en aquel agujero. No lo veía con pinta de padre cariñoso. Quizás por su mala experiencia con él, pues desde que se conocieron se portó fatal. No obstante, ese snob estirado pensaba que estaba en deuda con ella y se había propuesto pagársela con una merienda en la cafetería, o donde fuese que quisiera ir.

Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que no le apetecía demasiado ir. Sí, era un hombre muy guapo, culto y de una familia adinerada. O eso supuso el primer día que habló con él. Sin embargo, los encontronazos y las discusiones no la animaban demasiado a reunirse con él a la hora indicada. Le había dicho cosas muy feas. Y, aunque Nathan se disculpó y prometió compensarla... la desgana seguía golpeando su cuerpo.

Agobiada, soltó su teléfono móvil sobre la cama, el cual llevaba en la mano, y maldijo en silencio al no haber podido localizar a Charlie. Ella siempre sabía lo que hacer en casos como

esos. Era práctica, consecuente y sabía cómo actuar en cada momento.

¿Dónde se habría metido?

La había llamado por activa y por pasiva. A horas diferentes a ver si la pillaba en casa, por la noche, cuando se suponía que debía estar allí. Y no hubo forma de contactar con su prima. ¡Incluso llamó al teléfono fijo y dejó cientos de mensajes! Charlie siempre los revisaba, era la única que lo hacía, pues a los demás se les olvidaba.

—¿Por qué no enciendes el teléfono? —dijo cerrando los ojos con mucha fuerza.

Sabía que habría alguna explicación a la ausencia de su prima. Quizás su madre tuviese razón y quisiese pasar las Navidades desconectada de la familia, quizás había conocido a alguien y estaba con él, o quizás, simplemente estaba tan liada que había olvidado que existía algo más que trabajo y el comedor social.

Sea como fuere, pensaba seguir insistiendo hasta que Charlie respondiese al teléfono. Necesitaba su consejo y escuchar de su propia boca qué podía hacer con lo de Nathan.

Charlie se quedó en silencio delante de la puerta, sin tener claro lo que hacer.

Llevaba despierta más de una hora y, desde que abrió los ojos, el recuerdo de la pasada noche había estado rondándole por su cabeza. Se sintió tonta por ello, pues no había ocurrido nada, sin embargo, pensar en Liam bailando junto a su cuerpo, su sonrisa y su inusual amabilidad con ella, la tenían en una nube.

Nunca le ocurrió nada semejante con una persona como él. Sus primeros encuentros no pudieron ser peor, creyó odiarlo por la forma en la que la trató, no obstante, la atracción hacia ese hombre era palpable. Fue así desde la primera vez que lo vio, a pesar de que lo negase, por su horrible humor y su frialdad con ella.

Así que, allí estaba, frente a su despacho, con su libro en las manos y tan nerviosa como cuando hizo el último examen en la universidad.

Se sentía tonta, como una adolescente encaprichada de su profesor.

Y no era para menos. Liam era tan guapo, tan sexy... y había sido tan caballeroso...

Sabía de sobra que no le gustaba que le molestasen cuando trabajaba, que necesitaba la máxima concentración. Aun así, Charlie estaba dispuesta a interrumpirlo.

Armándose de valor, traqueó en la puerta con los nudillos, notando cómo su estómago se revolvía por el nerviosismo, y por su reacción.

Inmediatamente el pomo giró y ante ella apareció él, con el ceño fruncido. Al verla, pudo reconocerse en sus facciones la sorpresa.

—Perdona por molestarte, ya sé que no soy muy oportuna —dijo Charlie a modo de saludo—. Quería devolverte el libro.

Liam cogió el tomo de sus manos y asintió, en silencio. No quiso admitirlo, pero esa mañana estaba más bonita de lo habitual.

—¿Quieres que te preste otro para leer? —le preguntó con su familiar tono de voz grave.

—Por favor.

Él se hizo a un lado y señaló con el brazo hacia el interior de la sala.

—Pasa.

Cuando entró al despacho, Liam cerró tras de sí, comunicándolos del resto de habitantes de la casa. La vio caminar hacia las estanterías donde tenía colocados los libros y disfrutó de su cuerpo y de su redondeado trasero mientras andaba. Se recolocó las gafas y se puso a su lado.

—No puedo ofrecerte demasiado donde elegir. La mayoría son de la temática de la que escribo.

—¿Los tienes para documentarte?

—Solo cuando lo necesito. —Buscó entre los libros y cogió varios—. ¿Te gusta el misterio?

—No demasiado —dijo Charlie haciendo una mueca graciosa con los labios.

—¿Biografías?

—Em... preferiblemente no.

Liam sonrió y se cruzó de brazos, observándola con interés.

—Déjame adivinar: libros románticos.

—¿Tienes alguno? —lo interrogó sonriendo abiertamente.

—No.

—Vaya.

—Pero, quizás... —Metió la mano entre dos tomos y sacó un viejo libro de bolsillo que le dio a Charlie.

—¡Los miserables!

—¿Este te gusta?

Ella asintió con ahínco y se aclaró la voz.

—Los que padecéis porqueamáis, amad más aún. Morir de amor es vivir.

Liam sonrió con tanta fuerza que Charlie creyó que la habitación se iluminaba todavía más.

—La dicha suprema de la vida es la convicción de que somos amados, amados por nosotros mismos, mejor dicho amados a pesar de nosotros —respondió él citando otra frase del libro.

—Esa frase es de mis favoritas. Es tan cierta...

—Es de mis libros preferidos.

—Y de los míos. —Charlie acarició la portada y sonrió—. Me gustan los clásicos. Tienen esa magia que ya no se encuentra en las obras actuales.

—Fascinante —añadió Liam, mirándola alucinado. Nunca hubiese imaginado nada semejante de Charlie.

—Sí, son fascinantes, ¿verdad? —Rio ella.

—No me refería a los libros —aclaró sin dejar de clavar sus ojos en ella—. Tú me lo pareces.

—¿Yo? —preguntó nerviosa, mordiéndose el labio—. ¡No, qué va! —Rio quitándole importancia.

—La persona con la que compartas tu vida tiene que estar encantada contigo.

Ella se sonrojó y negó con la cabeza.

—No, yo... no tengo pareja.

—No es posible —expresó Liam sin llegar a creérselo.

—Bueno, tuve algo con un hombre, pero Trevor no resultó ser como yo creía.

—Ese tal Trevor no supo lo que perdía.

Charlie sonrió con el corazón latiéndole a mil por hora.

—Lo supiese o no, prefirió engañarme con otra más guapa y más exuberante que yo.

—Los tontos abundan por este mundo, cada vez estoy más seguro de ello —resopló Liam cruzándose de brazos.

—Gracias, Liam, pero ya lo tengo superado, no es necesario que digas todas esas cosas por lástima.

—¿Lástima por ti? No, ninguna. Lástima le tengo a ese imbécil que te perdió —añadió él sin

saber por qué le molestaba tanto que Charlie hubiese tenido una relación con un hombre.

Ella lo miró fijamente, sin poder dejar de sonreír. Su cuerpo vibraba por las palabras de Liam. Veía su apuesta cara, sus ojos profundos, su torso grande y fuerte. Sin pensar dos veces en lo que hacía, se puso de puntillas y juntó sus labios. Aquel contacto, aunque inocente, despertó sensaciones electrizantes en ambos. Liam, movido por un impulso voraz, la rodeó por la cintura y profundizó aquel beso, transportándolos a un estado de neblina sensorial.

Sus manos apretaron al otro mientras sus lenguas degustaban el delicioso sabor de sus bocas. Era delirante. El pequeño cuerpo de Charlie lo volvía completamente loco y no podía pensar en nada más que no fuese aplastarla contra la pared y quitarle la ropa. Era preciosa, era dulce y besaba como los ángeles. No recordaba que un simple beso lo hubiese llevado a tal estado de excitación en tan solo unos segundos, como ella estaba consiguiendo. Sus labios parecían compenetrados y sus cuerpos imantados. Cuando los brazos de ella rodearon su cuello, Liam la cogió en peso y la sentó sobre su escritorio, colocándose él entre sus piernas.

Un jadeo se escapó de la boca de ella. La temperatura en el despacho parecía haber subido una barbaridad, notaba calor pero los estremecimientos seguían recorriendo su espalda cada vez que él la rozaba con una mano. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué ardía de aquella manera con Liam? Apenas lo conocía. Sí, le gustaba y le parecía un hombre atractivo y sensual, pero Charlie nunca se dejó llevar solo por el físico. Tenía que sentirse conectada tanto en cuerpo como en mente. No obstante, con Liam todas sus convicciones se estaban yendo al garete, pues apenas sabía nada de él y sus gustos eran muy distintos.

Creyendo explotar, Charlie apartó un poco los labios y lo miró jadeante. Él también parecía muy perturbado por lo que acababa de ocurrir, su respiración era rápida y ruidosa y sus ojos la traspasaban con una intensidad desbordante.

—Yo... —comenzó a decir Charlie, entre jadeos—. No sé por qué he hecho esto. No era mi intención besarte.

—¿No lo era? —Liam alzó las cejas.

—No, bueno, yo... solo quería devolverte el libro. Si... siento mucho que haya ocurrido esto.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado? —preguntó irguiendo su cuerpo.

Ella tragó saliva e intentó pensar con claridad a través del deseo. ¿Se arrepentía de veras? No, por supuesto que no. Hubiese hecho lo mismo mil y una vez más.

—No me arrepiento —declaró mirándolo a los ojos—. Pero... no sé si te he molestado con mi... audacia. No era esa mi intención.

—¿Parezco molesto? —dijo él con una sonrisa ladeada, sin soltar a Charlie de la cintura, ni apartarse de su lado ni un milímetro—. ¿Por qué me has besado?

—Porque me apetecía hacerlo.

Liam sonrió abiertamente al escuchar su respuesta. Acercó los labios a su boca y la devoró con ganas. Al acabar, la miró apasionadamente.

—Me ha gustado que lo hicieras, y me ha encantado como besas.

—Gracias —dijo ella sintiendo que los colores subían a sus mejillas.

—Sin embargo, puede que haya un problema con este beso.

—¿Cuál? —lo interrogó Charlie abriendo mucho los ojos.

—Que voy a querer repetirlo cada vez que te vea.

En el salón, la radio local daba las noticias de las últimas horas. Sentadas en el sofá, Ava y

Charlie escuchaban la voz del locutor alentadas, porque las previsiones meteorológicas eran esperanzadoras.

La mañana había pasado con rapidez y la tarde caía lentamente y sin demasiado por hacer, además de esperar a que se hiciera la hora para comenzar a preparar la cena.

Liam se encontraba, como siempre, en su despacho, intentando darle forma a ese libro que se le resistía, y Zachary en la ducha, pues había pasado varias horas cortando leña para que la chimenea no se quedase sin combustible.

Con la mirada fija en la pared, Charlie no dejaba de recordar los besos que Liam y ella compartieron en su despacho. No fueron demasiados, pues sabía que él tenía que trabajar y no quería ser un yunque que se lo impidiese. Apenas hablaron a la hora de la comida, aunque las miradas que se dirigieron lo decían todo sin palabras. Se atraían y se deseaban.

Sentada junto a su hermana, Charlie todavía notaba sus labios. Era tan abrumador notar que esas poderosas sensaciones permanecían con ella... Los labios de él eran exigentes y muy complacientes. Sabían cómo moverse y qué hacer para hacerla disfrutar, y dejarla con ganas de más.

Era tan extraño pensar que había besado a un hombre al que creyó aborrecer... No obstante, el cambio de actitud de Liam había ayudado bastante. Ya no había malas caras, ni palabras desagradables. Por el contrario, estaba descubriendo a un hombre muy educado, atento y agradable. Un hombre que era guapo tanto por fuera como por dentro, a pesar de que no lo conocía en profundidad, y que nunca lo haría, pues sus días allí acabarían pronto y regresaría a su querida Calgary para seguir con su vida.

—Charlie.

La voz de Ava la sacó de su ensoñación.

—¿Sí?

—Tenías razón con lo de Zach.

—¿Te lo ha dicho él? —le preguntó alzando las cejas.

—Me lo confesó cuando le comenté lo que pensabas. —Ava se llevó una mano a la mejilla y suspiró—. Y no sé qué hacer.

—¿Hacer de qué? ¿Se te ha declarado? —dijo Charlie abriendo la boca, asombrada.

—¡No, no! Nada de eso. Zachary no me ha hablado acerca de tener una relación conmigo. De hecho, da por sentado que seguiremos siendo amigos.

—¿Entonces qué te preocupa?

—Ay, no sé... es que... ahora que sé que le gusto, y que me ha querido siempre... no puedo verlo de la misma forma.

—¿Y eso por qué?

—¡Porque le gusto! —Se tapó la cara con las manos y gruñó cual niña—. No voy a poder contarle más mis problemas con otros hombres, no tendré la libertad de ser totalmente sincera con él porque sé que siente algo por mí que yo no correspondo.

—No sé, Ava, yo no lo veo así. Zachary, en ningún momento te ha insinuado nada, quizás él tampoco quiera tener una relación contigo por miedo a perder tu amistad.

La hermana de Liam se levantó del sofá y caminó por el salón.

—No podré verlo con los mismos ojos. Cuando lo abrace sentiré que sus intenciones no son las mismas que la mías, y cuando le bese en la mejilla... ¡no, no podré volver a hacer eso sin recordar que está enamorado de mí!

—¿Entonces qué vas a hacer?

—No lo sé. Supongo que guardaré un poco las distancias.

—¿Crees que será lo mejor?

—Yo ya no sé lo que es lo mejor. Pero creo que no voy a sentirme cómoda con la relación tan estrecha que teníamos.

Charlie se levantó del sofá y anduvo hacia la ventana. No compartía la forma de ver las cosas de Ava. Zach era un buen chico y que estuviese enamorado de ella no significaba que su amistad fuese a cambiar de forma tan drástica como ella pensaba.

Al llegar al ventanal, quitó la cortina y miró al exterior. Lo que vio allí hizo que su boca se curvase en una sonrisa.

—Ha parado.

—¿Cómo? —preguntó Ava, todavía pensando en lo ocurrido con su amigo.

—Ya no nieva.

—¿En serio? —La hermana de Liam corrió junto a ella y miraron las dos juntas por la ventana.

Todo estaba cubierto de nieve. Había tanta que su coche estaba totalmente sepultado por ella, y no era visible más que la montaña blanca que se había formado sobre él. Sin embargo, el temporal parecía haber acabado, tal y como predijo el locutor de la radio. Las nubes, que todavía encapotaban el cielo, se marchaban lentamente, aunque no era descartable alguna que otra nevada aislada.

—Gracias a Dios —dijo Ava sonriente—. Si todo marcha bien, en un par de días llegarán las quitanieves y podremos irnos.

Charlie sonrió al escuchar la noticia. Regresaría a casa.

—¿Un par de días más?

—Dos o tres —concretó Ava—. Los operarios tienen mucho trabajo por hacer y esta casa no está cerca de ningún pueblo. Así que, toca esperar un poco.

Sonrió al saber que podría volver a ver a su familia pronto. Regresaría a su puesto de trabajo, vería a sus amistades y les daría a todos los regalos que había comprado, y que tenía almacenados en el armario de su habitación, esperando a ser entregados.

—¿Nos echarás de menos a Zach y a mí?

—Sí que lo haré, y os recordaré con mucho cariño, pues me habéis ayudado mucho.

—¿Y echarás de menos a Liam? —Ava sonrió de forma pícaro y se cruzó de brazos.

—Pues, sí, como a todos, supongo —contestó sin mostrar mucho interés.

—Parece que ya os lleváis mejor, ¿no?

—Sí, no tengo quejas de él. Es amable conmigo.

—Amable, ¿no? —Rio—. He visto cómo os miráis —añadió la hermana de Liam acercándose un poco más a ella.

—No, qué va. Solo somos simpáticos el uno con el otro —habló sin querer contarle lo sucedido en su despacho. Era un tema muy íntimo y no le apetecía que nadie lo supiese. Ese beso era de Liam y de ella, de nadie más. Y lo guardaría siempre en su recuerdo como algo impresionante y sorprendente.

CAPÍTULO 8

Lily se dejó guiar por Nathan hasta la bolera del hotel, lugar donde se concentraba la mayoría de los huéspedes para apostar en los juegos de mesa, ya que se utilizaba también como casino.

Cojeando lo menos posible, caminó a su lado, sintiéndose tan incómoda que pensó varias veces en regresar a su habitación y dejar a ese majadero solo. No obstante, su orgullo le impedía hacerlo. Aceptó ir, y cumpliría su promesa. Además, tenía curiosidad por ver a ese snob pavonearse, y hablar con sus amiguitos ricachones, con ese acento francés que le caracterizaba.

Llegaron a una mesa donde algunos huéspedes jugaban a la ruleta. Nathan le sonrió.

—¿Quieres que juguemos?

—No —dijo ella con antipatía, cruzándose de brazos.

—¿Prefieres jugar al póker?

—¿Tengo pinta de jugadora de cartas?

—¿Y qué quieres hacer entonces? —le preguntó él contrariado.

—Tú sabrás, eres quien me ha traído aquí.

Nathan suspiró y la miró haciendo una mueca con los labios.

—Lily, ¿por qué no me das tregua? Te he invitado en son de paz.

—No estoy a gusto contigo.

—Lo comprendo, y te he pedido perdón varias veces por mi comportamiento.

Ella lo miró con fijeza, apreciando la robustez de su cuerpo, y su apuesta cara. Si las circunstancias hubiesen sido otras, Nathan sería el prototipo de hombre que le gustaba: alto, moreno y de porte orgulloso. Sin embargo, se sentía dolida por la forma en la que se desarrolló todo.

Estaba poniendo de su parte, lo sabía. Se notaba que era un tipo altivo y hacía el esfuerzo por dejar atrás las rencillas del pasado. ¿Sería ella capaz de hacerlo también?

Suspiró y puso los ojos en blanco.

—Está bien, ¿por qué no nos sentamos en aquellas mesas y tomamos un café? —propuso Lily con voz apagada.

—No se hable más. —Nathan la premió con una sonrisa que la dejó sin aliento, aunque disimuló de maravilla—. Coge asiento, voy a la barra para que el camarero nos prepare dos cafés.

Alcanzó la mesa más cercana y se dejó caer en una de las sillas con una mueca de dolor. El tobillo le estaba amargando la existencia. Miró a su alrededor y contempló a la cantidad de personas que apostaban dinero como si no valiese. Qué injusto era el mundo: algunos morían por no tener ni para comer, y otros se lo dejaban en juegos tontos.

Nathan llegó a su lado portando dos tazas humeantes. Le pasó una a Lily y le sonrió de nuevo.

—Cuidado no te quemes, arde.

—Gracias —dijo ella cogiendo la taza que él deslizó por la mesa.

—No me las des, un café no es nada comparado con lo que tú hiciste.

Ella asintió y apretó los labios para no sonreír.

—¿Cómo está la niña?

—Daryl está bien. Tiene el brazo un poco dolorido, pero lo que peor lleva es el miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? —se interesó ella prestando mucha atención.

—No quiere volver a esquiar. Dice que puede caerse en otro agujero.

—¿Has hablado con el personal del hotel?

—Puse una queja y me han asegurado que no saben cómo pudieron pasar por alto aquel socavón.

Lily resopló y removió su café, hastiada.

—Menuda panda de irresponsables. Yo sigo sin maleta.

—¿Todavía no la han encontrado? —La miró de arriba abajo—. Pensé que la tenías. Como llevas ropa de tu talla...

—Llevo ropa de mi talla porque fui al pueblo de Louise a comprar nueva.

—Tu madre estará contenta de que le hayas devuelto sus cosas —bromeó él, logrando que una sonrisa escapase de los labios de Lily.

—Más contenta estoy yo de poder sentirme joven de nuevo.

—Tampoco te quedaba tan mal —la piropeó Nathan con galantería.

—¿Ah, no? ¿Y me lo dice el mismo hombre que se burló de mí por eso?

—Fue un golpe bajo, lo reconozco —se disculpó. Dio un trago a su café y se quedó observando a Lily durante unos segundos, poniéndola nerviosa—. ¿Vais a quedaros mucho tiempo en el Fairmont Château?

—Cinco días más.

—¿Es la primera vez que venís?

—Claro —comentó riendo—. No tenemos tanto dinero como para poder venir cada dos por tres. —Entrecerró los ojos y estudió la cara de Nathan—. Apuesto a que tú vienes cada año, si no son más veces.

—Pues, sí. Venimos todas las Navidades. A mis padres les gusta el lugar, y después de tanto tiempo conocemos a la mayoría de huéspedes, suelen ser los mismos por estas fechas.

Lily apuró el contenido de su taza y la dejó en la mesa.

—Creo que va siendo hora de que me vaya. Tu esposa puede enfadarse si te ve en mi compañía.

—No tengo esposa —aclaró Nathan de inmediato.

—¿Y la madre de la niña?

—No tiene madre.

—¿Cómo no va a tener madre? ¿Qué tontería estás diciendo? —resopló Lily poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, sí, una mujer la engendró. —Él rio al ver la cara de su acompañante—. Daryl nació por gestación subrogada.

—¿Un vientre de alquiler? —preguntó alzando las cejas—. ¿Eres gay?

—No, ¿por qué iba a serlo? —se carcajeó.

—Un tío como tú... guapo y con todo eso que nos gusta a las mujeres... ¿necesita un vientre de alquiler?

—No he encontrado a la mujer con la que deseo unir mi vida todavía, y quería ser padre.

—¿Con cuántos años tuviste a la niña?

—Con veinticinco. —Nathan se cruzó de brazos y prosiguió—: Ya han pasado más de diez años desde que Daryl está en mi vida, y no hay día que no agradezca tenerla conmigo.

Lily sonrió abiertamente. Se notaba el amor que le profesaba a esa pequeña, su cara no podía ocultarlo.

—Eso es muy bonito.

—¿Tú tienes familia? Me refiero a familia propia —aclaró.

—No. No estoy casada, ni tengo hijos.

—¿Novio o novia?

—Soltera.

—¿Eres monja?

—¿Qué pregunta es esa? —comentó desternillándose de risa.

—Una tía como tú... guapa y con todo eso que nos gusta a los hombres... ¿no tiene a nadie especial en su vida? —preguntó imitándola a ella.

—¡Touché! —exclamó Lily entendiendo la broma. Se humedeció los labios y miró a Nathan unos segundos. Era tan atractivo... Al darse cuenta de sus pensamientos, miró su reloj de muñeca y se levantó de la silla, nerviosa, ahogando un gemido de dolor por el tobillo—. Me tengo que ir. Mi familia me espera para cenar y tengo que ducharme.

—¿Comes conmigo mañana? —la invitó con una sonrisa ladeada.

—Nathan... no tienes que invitarme por lo que hice por tu hija. Solo ayudé a una persona en apuros y lo haría mil veces más, aunque de ello no obtuviese ningún beneficio. Por lo que a mí respecta, no tienes ninguna deuda conmigo.

—No te estoy invitando por eso, Lily.

—¿Entonces? —lo interrogó alzando las cejas.

—Me pareces una mujer muy bella e interesante, y me gustaría conocerte un poco más.

Liam cerró la puerta de su despacho después de cuatro infructuosas horas frente a la libreta. Su incapacidad para escribir lo tenía tan agobiado que decidió dejarlo por ese día, pues cada segundo que transcurría sin poder concentrarse, su enfado crecía todavía más. Apenas eran las nueve de la mañana y estaba agotado mentalmente. Necesitaba despejarse. Escuchar la radio quizás, comer algo azucarado y dejar que su cabeza descansase.

Bajó las escaleras y llegó al salón, inusualmente vacío, a excepción de Zach, que dormía a pierna suelta en uno de los sofás. Agradeció que estuviese dormido, pues su estado de ánimo no era el mejor para mantener una conversación con nadie.

Se dirigió hasta la cocina para prepararse un té, sin embargo, antes de que pudiese hacerlo, a sus oídos llegaron ruidos procedentes del exterior. Miró por la ventana y a través de ella vio a Charlie quitando la nieve que había acumulada sobre su coche. En el cielo no había rastro de nubes, y el sol brillaba en todo su esplendor, a pesar de que la temperatura era todavía muy baja.

Se concentró en ella y sonrió al ver que soplaba sus manos, congeladas después de estar en contacto con la nieve. No pudo evitar recordar lo ocurrido en su despacho. Charlie lo besó. Y lo que en un principio fue un beso suave y vergonzoso, se convirtió en un huracán que los barrió y los dejó jadeantes.

Todavía se sorprendía cuando rememoraba todas aquellas sensaciones que golpearon su cuerpo al tener a esa mujer junto a él. Fue caliente, morboso y adictivo. Sintió que su cuerpo actuaba poseído por un deseo descomunal y que nada podría sacarlo de aquella neblina de anhelo. Charlie era tan suave y pasional...

Sabía que aquello no debía suceder, pues enredarse con otra mujer no traería más que

problemas a su vida. Ya le ocurrió con Sienna y no fue nada agradable. Acabó con un regusto amargo y con la cuenta del banco temblando. No obstante, había algo que lo llamaba. Algo que lo empujaba a continuar en su dirección y que lo dirigía hacia Charlie. Se dejó llevar. A pesar de sus pensamientos y creencias, dejó que el ardor creciese entre los dos y respondió con unas ganas locas de fusionarse con sus labios. No la conocía en absoluto y lo poco que sabía de ella era que vivía en Calgary, pero eso a su cuerpo no parecía importarle. La atracción que ejercía sobre él era potente, y Liam no era de la clase de hombres que refrenaba sus instintos, aunque su mente le gritase que cometía un gran error.

Desde lo ocurrido en su despacho, el día anterior, no había tenido la ocasión de estar con ella a solas. No sabía qué pensaba al respecto, aunque le aseguró de que no se arrepentía en absoluto, sin embargo, Liam tenía ganas de reunirse con ella, de hablar, de verla reír...

Sucumbiendo a un impulso, salió fuera de la casa, colocándose antes su chaqueta polar. Caminó hacia ella con decisión, y cuando llegó a su lado, se quedó observándola en silencio, viéndola pelearse con la nieve que todavía no había podido derribar del capó de su coche.

—¿Es divertido? —Charlie pegó un salto al escuchar la voz de él, pues de espaldas como estaba no había reparado en su presencia. Dio la vuelta y lo miró, con el susto todavía dibujado en el rostro. Liam rio y se encogió de hombros—. Lo siento.

—No esperaba a nadie —comentó llevándose una mano al pecho, y sonriendo de forma ladeada—. Otro susto de esos y a la que tendréis que enterrar bajo la nieve será a mí.

Él se acercó a su coche y pasó una mano por el techo de este, tirando al suelo un poco más de nieve. Charlie lo miró hacerlo y sonrió. Liam estaba tan guapo esa mañana...

—¿Para qué quitas la nieve? Todavía faltan unos días para que las máquinas quitanieves lleguen a esta parte de las Rocosas.

—No sé —admitió Charlie—. Supongo que por estar ocupada un rato.

—¿Tienes ganas de regresar a Calgary?

—Sí, las tengo. —Se apoyó en el coche y se cruzó de brazos—. En poco más de una semana empieza el colegio, y necesito organizar varios temas sobre las materias.

—Tendrás que explicarle a tu familia el porqué de tu ausencia —añadió Liam apoyándose en el coche junto a ella.

—Mi familia no habrá notado nada. Siguen de vacaciones en el Fairmont Château y creo que, incluso habiendo pasado estos días retenida por la nieve, llegaré a casa antes que ellos.

Liam se quedó en silencio varios segundos, mirándola con fijeza. El frío lograba que la piel de Charlie hubiese cogido un tono blanquecino, pero aquello no hacía más que resaltar el azul de sus ojos y el rubio de su cabello.

—Voy a sentirme raro cuando os vayáis todos. Me he acostumbrado a que mi casa esté llena. —Rio y miró hacia la edificación de madera—. Va a ser extraño volver a la soledad.

—¿Y por qué no regresas a tu ciudad? —se interesó Charlie mirándolo a los ojos.

—No, demasiados malos recuerdos. Ya no considero Nanton un lugar apetecible para vivir.

—¿Allí no tienes a tu familia?

—Están mi madre y su marido, Ava, y algunos amigos, pero... no, prefiero este lugar.

—Yo no podría vivir aquí —añadió Charlie girando la cabeza para ver todo su alrededor repleto de nieve y montañas—. Me gusta el movimiento, las ciudades, la gente.

—A mí todo eso dejó de importarme —comentó Liam riendo.

—Tienes corazón de ermitaño —bromeó ella dándole una suave palmada en el hombro. Se humedeció los labios y suspiró—. Por cierto, ¿qué estás haciendo a estas horas fuera de tu

despacho?

—Descansar.

—¿Has conseguido escribir algo?

—Nada de nada. A veces me pregunto si lo mejor no sería dejarlo y dedicarme a la psicología de una vez por todas.

—¿Te gustaría hacerlo?

—No —respondió de forma categórica—. Mi pasión es escribir. No obstante, no soy capaz.

—Necesitas distraerte.

—¿Cómo hacerlo? No tengo televisión, no tengo juegos de mesa, no tengo internet...

—No hace falta nada de eso para pasar un buen rato. A tu alrededor hay todo lo que necesitas.

—Yo solo veo nieve —habló Liam de forma desapasionada.

—Ahí lo tienes. ¿No recuerdas cuando eras un niño? Seguro que te encantaba que nevase.

—Ya hace mucho tiempo de aquello.

—Podrías hacer un muñeco de nieve —dijo Charlie muy sonriente.

—¿Estás de broma?

—Yo podría ayudarte —se ofreció.

—No puedes estar hablando en serio.

Charlie rio y asintió con la cabeza. Lo cogió de la mano y tiró de él hasta un montículo de nieve bastante grande.

—¡Vamos, Liam, hagamos un muñeco enorme!

—¿Cuántos años tienes? ¿Cuatro?

—Treinta y dos —comentó risueña.

—¿Y quieres hacer un muñeco?

—¿O prefieres hacer un ángel con la nieve? Haremos lo que quieras.

—Eres una caja de sorpresas, Charlie. Lo mismo me recitas pasajes de Los miserables, que me empujas a hacer tonterías de niños.

—¡Cállate, Liam, y empieza a hacer una bola! ¡Tú harás el cuerpo y yo la cabeza!

Él la miró alucinado, pues estaba hablando totalmente en serio. Quería que hiciesen un puñetero muñeco de nieve. A pesar de sus objeciones hizo lo que le pidió y comenzó a formar una gran bola juntando montones de nieve. Cuando acabó, miró a Charlie, que seguía redondeando la cabeza.

—Ya la tengo.

—¿Ese es el cuerpo? —se burló—. ¡Más grande!

—¿Quieres hacer un muñeco de tres metros de alto? —se carcajeó de ella.

Charlie al escuchar su risa, cogió un poco de nieve del suelo y se la lanzó.

—¡A trabajar!

La nieve se estrelló contra la chaqueta de él. La miró y se señaló el pecho.

—¿Me acabas de tirar una bola de nieve?

—Exacto.

—¿Se puede ser más infantil?

—¡Oh, vaya! ¡El señor don Liam Tremblay, el digno! —se burló divertida—. ¿Vas a enfadarte por mi osadía?

—No. ¡Voy a declararte la guerra! —Y tras decir aquello fue él mismo el que le lanzó una bola directa a la cara.

Charlie se quedó sorprendida por su respuesta. Cogió otro puñado de nieve y le sonrió con

fingido enfado.

—¡Y yo acepto tu guerra!

Ambos comenzaron a lanzarse nieve, a correr y a reír por todo el jardín delantero de la vivienda. El eco de sus voces resonaba contra las altas montañas. La pelea continuó durante varios minutos. Liam y Charlie aprovechaban el mínimo descuido de su oponente para estamparle nieve en alguna parte de su cuerpo. La risa musical de ella tintineaba en su cabeza. Liam no recordaba habérselo pasado tan bien en años.

Persiguió a Charlie alrededor de su coche, escuchando cómo ella se burlaba por no poder atraparla. No obstante, logró agarrarla del brazo y la aprisionó entre el frío chasis y su cuerpo.

—¡Me rindo, me rindo! —se carcajeó Charlie al ver cómo él alzaba la mano y se disponía a tirarle otra bola.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—¿Y qué quieres que haga? Eres escritor, y por todos es sabido que los escritores sois muy buenos planeando estrategias.

Aquellas palabras lo hicieron reír y echar la cabeza hacia atrás. Al mirar de nuevo a Charlie, vio que ella también reía.

—¿Y qué gano con mi victoria? —le preguntó divertido.

—Aparte de un coche que no funciona, no tengo nada que darte —declaró en tono jovial.

—Bueno, en realidad sí hay algo que quiero.

—¿El qué? —dijo ella intrigada.

—Otro beso.

Nada más acabar de hablar, Charlie lo agarró por el cuello de su chaqueta y lo hizo acercarse a su boca. Ella también lo deseaba tanto o más que él. Desde el pasado día, en el que se besaron en el despacho, las ganas entre ambos se habían amplificado, aunque ninguno de los dos lo admitiese.

Se besaron con ardor, apretándose tan fuerte que incluso dolía. Los brazos de Liam amasaron el trasero de Charlie provocando que los gemidos de ella explotasen contra su boca. Todas sus terminaciones nerviosas se sensibilizaron y sus cuerpos se caldearon a pesar de la temperatura tan poco agradable de ese día.

Charlie lo rodeó por el cuello y logró que él la aplastase un poco más contra el coche. Sentía su pene erguido y duro contra su estómago. Era un efecto tan candente el que provocaba Liam en ella, que lo notaba en su interior. Sus jadeos eran continuos, y lo fueron todavía más cuando él abandonó sus labios y la besó en el cuello, lamiendo y besándolo, dejando una procesión de caricias sobre él y logrando que sus braguitas se empapasen.

—Dios, Charlie, te deseo tanto... —susurró contra su oído—. Logras que me derrita cada vez que me tocas.

Ella sonrió y lo besó de forma rápida antes de meter la mano en el bolsillo de su chaqueta. De él sacó las llaves del coche y se las mostró a Liam, que sonrió de forma lobuna.

Entraron al vehículo y tomaron asiento detrás, pues era un lugar más espacioso. Liam la colocó a horcajadas sobre él y continuaron besándose en la intimidad del pequeño Volkswagen rojo.

—Tu coche parece un congelador —comentó al tiempo que introducía una mano por debajo de su jersey y acariciaba uno de sus senos.

—No noto el frío —añadió Charlie, tan encendida por las atenciones que Liam le estaba prodigando a su pecho, que todo a su alrededor pareció desaparecer.

La besó con pasión y apretó a Charlie contra su cadera para que notase lo hinchado que estaba por ella.

—¿Me deseas?

—Mucho —susurró ella, bajando la mano hasta los vaqueros de Liam y abriendo los botones para acariciar su sexo.

—Si haces eso no respondo, Charlie —le advirtió jadeante.

—¿No respondes? —rió contra su boca.

—No, porque querré hacerte el amor.

—Pues hazlo.

Liam apartó su boca y la miró a los ojos, viendo que en los de ella dominaba la bruma de la pasión.

—¿Estás segura?

—No tengo dieciséis años, Liam. —Le mordió el cuello y lamió el lóbulo de su oreja—. Hagámoslo.

Esa simple palabra le bastó para que todo su mundo se pusiese del revés. Apartaron todo lo que pudieron sus ropas, pues el frío era demasiado intenso como para desnudarse, y fundieron sus cuerpos.

Al sentir la unión, ambos gimieron por el placer. El miembro de Liam la llenaba de tal forma que con cada pequeño movimiento el deleite era inmediato. Comenzaron a mecerse sin dejar de besarse. Las embestidas fueron subiendo de nivel conforme su ardor también lo hacía. Charlie jamás había sentido algo así en el sexo. Aquella conexión que notaba con ese hombre era tan potente que incluso el roce de su propia ropa la excitaba.

—Eres tan delicada, tan bonita y tan sensual... —susurró él contra su boca—. Eres tan única, Charlie...

El clímax los recorrió a la vez. La marejada de gozo fue muy intensa, tanto que tuvieron que permanecer en silencio más de dos minutos, pues necesitaban recuperarse de aquel huracán que los había absorbido.

Liam se quedó mirando al techo del coche, maravillado, mientras seguía unido a ella de forma íntima. Sentía su respiración contra él, su suave aroma a mujer y el calor que emanaba su suave piel.

Cuando estuvieron algo más recuperados, se miraron a los ojos y se sonrieron. Charlie volvió a besarlo con suavidad y él respondió de buena gana, advirtiendo que su cuerpo no se saciaría de ella así como así.

CAPÍTULO 9

Zachary escuchaba la radio en el salón cuando Liam y Charlie entraron a la casa. Lo saludaron de pasada y subieron a la planta de arriba entre risas y jugueteos.

El amigo de Ava rio, pues era un hombre muy inteligente y comprendía lo que estaba ocurriendo entre aquellos dos. No hacía falta que nadie le diese explicaciones. Como tampoco necesitaba que le dijese que Ava estaba rara. La notaba un poco más distante, algo fría. La hermana de Liam hablaba con él como siempre. Hacían de comer juntos, se sentaban en el sofá con un café entre las manos, como de costumbre... sin embargo, ya no la veía tan cariñosa como antes, y eso le frustraba.

Sabía que el motivo era su confesión. Ava nunca imaginó que sus sentimientos fuesen esos, y lo comprendía porque los había ocultado a conciencia. No obstante, se sentía liberado. Eran demasiados años callando, demasiado tiempo negando lo que notaba cuando la tenía al lado, por miedo a su rechazo.

La mañana pasó con lentitud y, al verse solo, comenzó a preparar algo de comer para todos. Era ducho en el arte de la cocina, pues toda su vida trabajó en el restaurante familiar como pinche, hasta que aprobó la carrera de profesor de educación física.

Cuando llevaba casi una hora metido en la preparación, su amiga bajó, con cara de sueño, y se dirigió hacia donde estaba él.

—Buenos días, dormilona —la saludó mientras pelaba una patata.

—Hola, Zach. —Se llevó las manos a la cara y se tapó los ojos—. ¿Es cosa mía o hoy le han dado más potencia al sol?

Zachary rio y negó con la cabeza.

—Eso es porque te has acostumbrado a los cielos oscuros y al tiempo de las Rocosas.

Ava miró lo que preparaba en la cocina y se levantó de la silla.

—¿Quieres que te ayude?

—Vale, ven aquí, pelaremos patatas juntos.

Ella lo miró sin saber si acercarse. Se mordió el labio inferior y estiró el brazo para coger unos cuantos tubérculos y pelarlos sin moverse de su sitio. No quería estar demasiado cerca de Zachary.

Él notó su rechazo y suspiró, dejándolo pasar. Acabó de pelar las patatas y vio que Ava todavía iba por mitad de su trabajo. Decidido a echarle una mano, rodeó la mesa y se colocó a su lado. Al verlo tan cerca, ella dio un par de pasos hacia su derecha, poniendo distancia entre ellos.

Zachary se quedó mirándola con fijeza y dejó la patata sobre la encimera.

—¿Estás bien?

—Sí, claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Porque te noto rara.

—Qué tontería, estoy como siempre —le quitó importancia.

—No tienes por qué mentirme. Soy tu amigo y sé cuándo te pasa algo.

Ella alzó la vista e hizo una mueca con los labios.

—¿Y tú qué sabes si estoy con la regla?

—Nunca te has comportado así, con o sin regla.

—¡Ay, Zach, que no me pasa nada!

Él se cruzó de brazos y ladeó un poco la cabeza.

—Aunque tú no quieras decírmelo, yo sé lo que te ocurre.

—¿Ah, sí, listillo? Pues, suéltalo.

—Es por lo que te dije el otro día. Sobre lo de... que te quería.

Ava dejó su patata sobre la encimera también y lo miró con lástima.

—Es que esto para mí es raro.

—Lo entiendo, pero sigo siendo tu amigo.

—Amigo, ya —resopló ella—. ¿Hasta cuándo? ¿Conozco a los hombres, Zachary, y sé que ahora vas a insistir hasta que salga contigo! ¡Nuestra amistad acabará y todo se irá a la mierda!

—¿Estás alejándote porque piensas que voy a abalanzarme sobre ti? —la interrogó con voz molesta.

—Básicamente.

—¡Esto es fantástico, Ava! ¡Es la estupidez más grande que he escuchado en mi vida!

—Es lo que sucederá. ¡Estás enamorado de mí, Zach!

—¿Y cuándo me has visto agobiarte con eso? ¿Acaso alguna vez has tenido alguna queja sobre mi comportamiento? —preguntó levantando la voz—. ¡Te lo confesé porque era un tema que me pesaba tenerlo escondido! ¡Siempre he guardado las distancias, siempre te he respetado, Ava! ¡Tú eras la que venía a abrazarme, la que me besaba en la mejilla cada dos por tres! ¡Nunca intenté llegar a más, porque respeto lo que tenemos!

—¿Y hasta cuándo lo respetarás? —dijo ella sin llegar a creérselo del todo.

—¿De verdad me preguntas eso? ¿Después de todos los años que nos conocemos, después que te he visto con decenas de tíos, me haces esa basura de pregunta? —gritó fuera de sus casillas—. ¡Jamás me he entrometido con tus relaciones, nunca dije nada malo sobre ellas, ni intenté romperlas para conseguir tu atención! ¡Si te confesé lo que siento es porque pensaba que teníamos la suficiente confianza como para hacerlo!

—¡Pero, para mí es muy raro! ¡No puedo mirarte y verte del mismo modo!

—¡No te preocupes por eso! ¡Ya no va a ser raro nunca más! —sentenció con decisión—. A pesar de lo que pienses, no pretendía agobiarte, ni obligarte a salir conmigo! ¡Éramos amigos! ¡Lo que siento por ti es una equivocación, lo sé! ¡Es una estupidez, y ahora más que nunca me pregunto cómo es posible que sucediese!

—Zach, yo... —dijo ella arrepentida por sus palabras, sintiendo que había sido injusta con él y que estaba perdiendo a su mejor amigo.

—¡No, se acabó aquí! ¡Pensé que eras más madura, que eras mi amiga de verdad y que no te pondrías a la defensiva por esta mierda! —Cogió la patata y siguió pelándola antes de volver a mirarla por última vez—. Así que, no te preocupes más por mí. No tienes que guardar distancias conmigo, ni evitarme como a la peste por algo que no va a ocurrir, porque de ahora en adelante no te quiero en mi vida.

Charlie abrió los ojos y miró a Liam, que descansaba a su lado, en la cama de este. Desde que esa misma mañana hicieron el amor en su coche, no se habían separado ni un minuto.

Giró un poco la cabeza y contempló su dormitorio. Era la primera vez que entraba en esa estancia, no obstante, no tenía nada de especial. Una cama bastante grande, un armario ropero, que ocupaba toda la pared, y una mesilla de noche sobre la que descansaba una libreta y un boli. Se notaba que Liam era poco dado a la decoración, y que apenas llevaba en aquella casa unos meses, pues tanto el salón como el resto de las habitaciones apenas estaban amueblados.

Apoyó la barbilla sobre su fuerte pecho y miró al hombre que descansaba a su lado, con atención. Con los ojos cerrados y la cara relajada estaba tan guapo... Tenía un cuerpo espectacular, fuerte y sin una pizca de grasa sobrante. No podía creer que ese hombre la deseara a ella, que se consideraba una chica muy normal y sin ninguna virtud destacable para mencionar. Liam era lo que cualquier mujer soñaría. Y encima, hacía el amor con una pasión y una experiencia que más de uno de sus ex novios hubiese deseado.

Después de la primera vez, en el coche, la había llevado a aquella habitación y lo volvieron a hacer con la misma pasión que la primera vez. Su cuerpo despertaba con cada una de sus caricias, y cuando sus labios la besaban, todo lo demás parecía carecer de importancia.

—¿Ya estás despierta? —preguntó Liam abriendo un ojo y apretando a Charlie.

—No he dormido nada, has sido tú el que has caído en coma —bromeó apoyando su mejilla sobre su hombro, sonriente.

—La culpa es tuya. —La besó con ardor y mordió su labio inferior—. Cada vez que veo tu cuerpo tengo ganas de volver a estar dentro de ti.

—¿Podrías hacerlo de nuevo? —le preguntó Charlie alzando una ceja.

—No creo. —Sonrió—. Uno ya no tiene veinte años para hacer locuras.

Las carcajadas de ella resonaron por toda la habitación.

—Tonto.

—Y tú preciosa —susurró, dándole un suave beso en la punta de la nariz.

—Además, eres un adulador. No hubiese esperado eso de ti, Liam Tremblay.

—Son artimañas que aprendí cuando era adolescente. —Le guiñó un ojo con diversión—. O piropeaba a las chicas, o no querían sexo conmigo.

—¿No me lo creo! Las llevarías locas. ¿Tú te has mirado en el espejo?

—A diario. Y lo único que veo es a un tío serio y con gafas.

—Pues yo no te veo así —lo contradijo ella besándolo en la mejilla.

—A ver, sorpréndeme.

—Veo a un hombre sexy, con unos ojos penetrantes, unos labios carnosos y sensuales y un cuerpo que haría volverse loca hasta la mismísima reina de Inglaterra.

—¿A esa señora también? —dijo él poniendo una mueca de aprensión en los labios.

Charlie rio por segunda vez, logrando que Liam se uniese a sus carcajadas. Acarició la rasposa mejilla de él, y le sonrió mientras volvía a besarlo.

—Seguro que siempre has sido un mujeriego.

—¿Por qué dices eso? ¿Doy esa impresión?

—Ajá.

—Pues en eso te equivocas.

—No sé por qué, pero lo dudo.

—No he estado con tantas mujeres. De hecho, comparado con mis amigos... estoy en desventaja por goleada. —Tragó saliva y apartó un mechón de cabello del ojo de Charlie—. Siempre estuve centrado en mis estudios. Salía con mujeres, sí, pero nunca fueron tantas como piensas.

—¿Cuántas?

—No las he contado.

—Eso suena a muchas —bromeó ella empujándolo con suavidad.

—No. Y cuando ocurrió lo de Sienna, se me quitaron todavía más la ganas de conocer a más.

—¿Sienna es tu ex mujer?

—Sí.

—¿Por qué os separasteis? —lo interrogó Charlie con curiosidad, pues perder a un hombre como Liam tenía que ser devastador.

Él se encogió de hombros y suspiró.

—Porque no nos queríamos. —Apretó a Charlie más contra él y apoyó su mentón sobre la cabeza de ella—. La conocí en una firma de libros, en Montreal. Ella vino a que le firmase un ejemplar y acabamos tomando un café después de que terminase.

—¿Es guapa?

—Mucho, de hecho, cuando la conocí me pareció la mujer más guapa que había visto en mi vida.

—Ah... —asintió Charlie notando que no le gustaba nada que él pensase eso.

—Tuvimos un noviazgo corto y nos casamos varios meses después. Se trasladó conmigo a Nanton y dejó de trabajar, pues me aseguró que tenía que adaptarse a su nueva vida allí. —Liam negó con la cabeza en señal de rechazo—. Estuvimos casados tres años, y nuestra relación emocional apenas duró uno. Convivíamos en la misma casa pero hacíamos vidas separadas. No coincidíamos en nada y discutíamos por cualquier tontería. Se acomodó a los lujos, a tener todo cuanto le apetecía y a salir con amistades con un nivel social mucho mayor que el nuestro.

—Vaya. ¿Y no intentasteis arreglar vuestra relación?

—No, ni ella puso de su parte, ni yo puse interés en que eso ocurriese. Simplemente nos dimos cuenta de que no nos queríamos. Pedimos el divorcio conjuntamente, como personas civilizadas. Sin embargo, cuando entraron por medio los abogados, la mujer civilizada desapareció.

—¿Qué hizo?

—Intentar quedarse todo mi patrimonio, lo que había conseguido con esfuerzo y trabajo: el dinero que tenía ahorrado en el banco, mis coches, mi casa, un ático en una zona exclusiva de Toronto...

—Pero no lo conseguí, ¿verdad?

—Te equivocas. Yo me quedé la casa de Nanton y un coche. Mis ahorros, mis demás vehículos y el ático de Toronto fueron para Sienna.

—¿Qué injusto! —exclamó Charlie negando con la cabeza—. ¿No pudiste recurrir la sentencia?

—No quise hacerlo. Deseaba acabar con todo aquello de una vez por todas.

—Cuánto lo siento, Liam. No puedo imaginar lo duro que tuvo que ser para ti.

—De todo se aprende. Yo seguiré trabajando y ganándome la vida con lo que se me da bien; pero el dinero se acaba, y Sienna se dará cuenta de que no puede seguir viviendo de él durante mucho tiempo.

Charlie se quedó muda. Su cabeza daba mil vueltas y pensaba en las palabras de Liam. A pesar de que él dijese que ya estaba olvidado, sabía que tenía que haberlo pasado fatal. No le extrañaba nada que, después de aquella experiencia, decidiese abandonar esa ciudad, sus malos recuerdos, y comprar esta casa alejada de todo. Esta pequeña casita de madera tuvo que ser como un salvavidas para él, un refugio donde poder olvidar.

Al verla tan callada, Liam le mordió el lóbulo de su oreja, logrando que se estremeciera y lo mirase.

—Ahora eres tú la que no habla —le susurró.

—Siento haberte pedido que recordases lo sucedido con tu ex mujer.

—Ya te he dicho que está olvidado. Lo único que me duele es haber perdido mi dinero. —Le sonrió mientras dejaba una estela de besos por su cuello.

—Perdiste dinero, pero ganaste experiencia, ¿no es así el dicho? —Gimió al sentir sus labios sobre ella.

Liam seguía prodigándole atenciones a su cuello y apenas escuchó sus últimas palabras.

—Me da igual el dicho, me interesa más tu cuerpo —añadió con los labios pegados a su piel. Alzó una mano y capturó uno de sus senos, que se irguió en cuando notó el roce de sus dedos—. Tienes un sabor tan dulce, Charlie...

Juntaron sus labios y se besaron durante una eternidad. Sus sentidos despertaron de repente y sus manos cobraron vida propia, pues se paseaban por sus cuerpos apretando el del otro para que ni el aire pudiese coger entre ellos dos.

Liam fue bajando una mano por su estómago y llegó a su sexo, el cual acarició con dos de sus dedos, provocando en Charlie un estremecimiento tan fuerte como intenso en su bajo vientre.

—Oh, Liam... —jadeó con los ojos cerrados, rodeándolo por el cuello con los brazos—. Sí, así...

—No sé cómo lo haces, Charlie, pero otra vez estoy hambriento de ti.

—Pues no pares —lo alentó.

Él se colocó entre sus piernas y trazó círculos con las caderas, para que notase en su vagina lo excitado que estaba por su causa.

Hicieron el amor una vez más ese mismo día. Como las veces anteriores, fue increíble y muy intenso. Cuando el orgasmo llegó, Liam se dejó caer sobre ella y, sudorosos, recobraron el aliento sin separarse ni un milímetro del otro.

Charlie cayó rendida en un sueño profundo y reparador.

La contempló dormir durante unos minutos, pensando en lo bonita que estaba despeinada y sudorosa. En lo bien que olía su piel después de hacer el amor tan salvajemente, y sobre todo, en lo rápido que había pasado la tarde a su lado.

Acarició la mejilla de ella y fue deslizando su mano por el cuello, hasta llegar a sus senos. Tenía un cuerpo delicado y cremoso, del color de una nivea paloma.

Un mar de ideas revoloteó por su mente. No dejaban de rondarle. Ideas y más ideas. Las sentía palpables, más palpables que nunca.

Llevado por un impulso repentino, alargó el brazo hasta la mesilla de noche. Cogió su libreta y su bolígrafo, y escribió como hacía mucho tiempo que no lo conseguía.

Lily le sonrió a Nathan cuando este la ayudó a levantarse de la silla. Era el segundo día que se veían, sin discusiones, ni peleas, y cada vez se sentía más cómoda a su lado. Resultó ser un hombre muy simpático, no había ni rastro del estirado que le dijo esas cosas tan horribles. Por el contrario, estaba conociendo a un chico que merecía la pena, pues además de parecerle muy guapo y sexy, estaba descubriendo que tenían muchos gustos en común. Le encantaba el cine, pasear al atardecer, cenar con suave música jazz y hacer deporte cada mañana.

Desde que fue a buscarla a su habitación, las sonrisas y el buen ambiente prevaleció entre

ellos. La llevó a ver a su hija, y resultó que la pequeña era igual, o más, agradable que él. Tomaron un aperitivo en el restaurante del hotel, mirando por la ventana, y riendo, cada vez que veían a su familia practicar el snowboard; especialmente a su padre y sus culadas contra la nieve.

—Están resultando unas vacaciones de Navidad de lo más sorprendentes —comentó Lily caminando a su lado, a paso lento, pues su tobillo todavía no le permitía hacerlo con más velocidad.

—¿Por qué te lo parecen? —preguntó Nathan sin dejar de mirarla, y con la sonrisa tatuada en su apuesto rostro.

—Cuando llegamos aquí, pensé que el esquí sería mi mayor entretenimiento, además de las payasadas de mi padre y mi tío.

—Y no ha sido así.

—No, para nada. De hecho, no he tocado un esquí desde que llegué —rio encogiéndose de hombros.

—¿Y te sientes desencantada por ello?

—No, qué va. —Le guiñó un ojo—. Hay cierta persona que me acompaña y se asegura de que me lo pase bien.

—¿Te refieres a mí?

—¿A quién si no?

—Entonces, debería sentirme alabado porque sea tu motivo de diversión.

—La causa, sería más correcto —le corrigió apoyando una mano en el brazo de él. Dejó de caminar y lo miró fijamente—. Debo de darte las gracias, Nathan. Si no fuese por estos ratos contigo, donde me olvidé de mi tobillo, estaría aburrida como una ostra.

—Es lo mínimo que puedo hacer por ti. Tú ayudaste a Daryl.

—Pero... me sabe mal que te pierdas tus vacaciones por quedarte junto a una lisiada.

—Ya te dije que no lo hago por educación, ni porque me sienta en deuda contigo, Lily —añadió con intensidad—. Me gusta tu compañía, me pareces una joven de lo más interesante y que vale la pena conocer.

Ella fijó sus ojos en él, y se quedó mirándolo durante unos segundos.

—A mí me ocurre lo mismo contigo. Lo que ocurrió al principio entre nosotros hizo que te prejuzgase.

Continuaron caminando hasta que llegaron al hall del hotel. Allí, nuevos huéspedes hacían cola para ser atendidos, mientras otros arrastraban sus maletas y se despedían de sus vacaciones. Nathan la acompañó al ascensor y pulsó el botón para que el aparato bajase de planta.

—¿Te acompaño a tu habitación? —preguntó con caballerosidad.

—No es necesario. Ya has pasado demasiado tiempo conmigo, tu familia querrá disfrutar de ti un poco.

—Mi familia, cuando hay nieve, no me echa de menos en absoluto —le quitó importancia, riendo.

—Acompáñame entonces —dijo sonriente.

La puerta del elevador se abrió y entraron en él, pulsando el número dos, pues era el piso donde Lily y su familia tenían las habitaciones.

Nathan parecía nervioso, como si quisiese decir algo, pero no llegase a atreverse. No podía dejar de mirar a esa preciosa chica y... había algo en su interior que lo empujaba a...

—Lily.

—¿Sí?

—¡Joder! —exclamó cerrando los ojos y resoplando—. Sé que esto no es correcto, y que está totalmente fuera de lugar, pero...

—Sí, Nathan —cortó sus palabras, sin dejar de sonreír—, puedes besarme.

Él abrió la boca, pues parecía que ambos estuviesen tan compenetrados que hasta conocían los pensamientos del otro. Tragó saliva y se acercó a ella, lento pero seguro.

—¿Te parece bien?

—Me parece muy bien —asintió Lily mordiéndose el labio inferior.

Nathan capturó sus labios. Le gustó ver cómo ella respondía con ganas, sin remilgos, ni reparos. El ascensor llegó a su destino, sin embargo, él pulsó el botón de bloqueo, y quedaron encerrados dentro. Al despegar su boca de la de Lily, se sintió arder.

—Quiero verte luego —le susurró con su sexy acento francés. Apretó su cintura.

—Después de la cena, en la cafetería.

—Ya estoy deseando que pasen las horas —declaró acercándose de nuevo a sus labios, devorándolos con tantas ganas que creyó deshacerse a los pies de Lily.

CAPÍTULO 10

Charlie le guiñó un ojo a Liam antes de abandonar la cocina y dirigirse hacia la parte de arriba de la vivienda. Acababan de tomar el desayuno y necesitaba una ducha, pues la noche había sido intensa y acabaron durmiendo juntos, sudorosos y saciados como nunca.

Mientras apuraba su taza de café, su hermana encendió la radio y sintonizó la cadena de noticias provincial. En ella, anunciaban que las quitanieves no tardarían en llegar a esa parte de las Rocosas. Había sido una nevada histórica, pues los datos de los periódicos antiguos no databan una igual desde hacía más de veinte años.

Liam se levantó de su asiento y dejó su taza en el fregadero. Le esperaba una mañana encerrado en su despacho, y por alguna extraña razón, sabía que sería productiva. De hecho, desde que el pasado día comenzase a escribir de nuevo, no había dejado de hacerlo. Se sentía inspirado, con fuerzas y con mucha información por plasmar en el papel.

Antes de que pudiese dirigirse hacia las escaleras, Ava tomó asiento donde antes había estado él, y lo miró con una sonrisa cómplice, de las que significaban más de lo que parecían.

—¿Qué tal todo, Liam? —preguntó ella apoyando la barbilla sobre su mano y ojeándolo con gracia.

—¿Todo de qué?

—Pues... todo.

—¿Acaso ha ocurrido algo de lo que no me haya enterado? —la interrogó él sin comprender.

—No, es simple curiosidad —aclaró.

—¿No conoces la fábula de las ostras, y lo que les ocurrió por curiosas? —dijo con sequedad.

—La conozco. —Rio al recordar aquella escena de la película Alicia en el país de las maravillas que siempre veía de pequeña—. Es que... no he podido evitar darme cuenta de que entre Charlie y tú sucede algo.

—¿Ahora también te gusta meter tus narices en las vidas ajenas? —la reprendió.

—¡No puedes culparme por ello! Entre vosotros saltan chispas, y además, esta noche no ha dormido en mi habitación.

Liam suspiró y puso los ojos en blanco, pues odiaba que se metieran en sus asuntos. Siempre había sido muy poco dado a hablar sobre sus relaciones.

—Charlie y yo somos dos personas adultas que se lo pasan bien juntas. Punto.

—¿Tengo una nueva cuñada? —canturreó feliz.

—No, Ava, no tienes ninguna cuñada. Solos estamos divirtiéndonos.

—¿Por la noche, en tu habitación y en secreto?

—¿Sabes lo que significa la palabra sexo?

—No entiendo por qué te pones a la defensiva si solo es eso, Liam.

—Comprenderás que no quiera hablar sobre ello con mi propia hermana.

—¿Tienes miedo de que se lo cuente a mamá? —se rio Ava.

—No. Lo que no quiero es que la ilusiones con algo que nunca va a suceder —aclaró con

brusquedad—. Charlie se irá cuando vengan las quitanieves y todo se quedará en una simple aventura.

—¿No la echarás de menos?

—¡No! —gruñó—. No busques romance donde no lo hay. Ya estuve casado una vez, y no me resultó nada bonito como para repetir aquel error.

—Qué soso eres —resopló desviando la mirada.

—Prefiero seguir siéndolo. No estoy dispuesto a que ninguna otra se lleve mi dinero, y mis propiedades, por su cara bonita.

—Con Sienna tuviste mala suerte, pero todas las mujeres no somos iguales. Charlie no lo es.

—Claro, y me lo dices tú, que la conoces de toda la vida —rio con sorna.

—Hay personas a las que no necesitas conocer tanto como para darte cuenta de su forma de ser. Ella es buena.

—Perfecto, Ava, Charlie es buena. —Se miró el reloj de muñeca—. ¿Tienes más tonterías que decir o puedo irme a trabajar ya?

—De verdad, Liam, no sé cómo puedo ser hermana tuya. O me adoptaron a mí, o a ti. Cada vez estoy más segura de ello.

Él abrió mucho los ojos al escuchar aquellas palabras.

—Muy bien, señorita metomentodo. ¿Quieres jugar a ese juego? —Tomó asiento a su lado y se cruzó de brazos—. Pues, bien, juguemos.

—¿A qué te refieres?

—Cuéntame qué le pasa a Zach contigo. Porque también salta a la vista que entre vosotros hay tensión.

—Yo... esto... prefiero no hablar sobre él.

—¡Ah, vaya! Qué casualidad —se burló Liam.

—¡Es que no es agradable! Creo que la he fastidiado, y mucho.

Liam alzó una ceja y miró a su hermana con atención. Parecía afectada por lo que estaba contando.

—¿Qué has hecho?

Ella se tapó la cara con las manos y gimió como una niña pequeña.

—Ay, Liam, es que me confesó que estaba enamorado de mí.

—¿Y qué hay de nuevo en esa noticia? —le preguntó sin inmutarse.

—¿Tú también lo sabías? —dijo con voz aguda, impresionada.

—¿Es que tú no? Ese chico lleva mirándote con adoración desde que lo llevaste a casa por primera vez.

—¿Y yo qué sé? ¡Es mi amigo y pensaba que él me veía como tal!

—Me parece que mis gafas te hacen más falta a ti —se rio ofreciéndoselas.

—¡No te burles! La he cagado con él.

—¿Por qué?

—Cuando me lo confesó... me sentí muy rara y comencé a evitarlo, a alejarme de su lado.

—¿Puede saberse el porqué de esa tontería?

—Porque pensaba que ahora que yo lo sabía, intentaría que saliésemos juntos.

—Si hubiese querido salir contigo alguna vez, creo que te lo hubiese pedido hace años, ¿no te has parado a pensarlo?

—¡Pues, no! Estaba nerviosa y tenía miedo a perderlo como amigo, que nuestra relación se estropease. —Se mesó el cabello e hizo una mueca lastimosa con los labios—. Sin embargo, creo

que de esa forma he logrado lo contrario.

—¿Se ha molestado?

—Y tanto que lo ha hecho. Me evita y apenas me habla.

—Normal que lo haga.

—No sé qué hacer, nunca me había ocurrido nada semejante.

—¿Quieres recuperar vuestra relación?

—Por supuesto que quiero. Es mi amigo, la persona que lo sabe todo de mí. Zachary es lo mejor que he tenido nunca.

—Entonces, ya sabes lo que debes hacer: pedirle disculpas.

Charlie cogió ropa limpia y se metió en el cuarto de baño. Le apetecía darse una ducha bien caliente y deshacerse de todo el sudor que la pasada noche perló su cuerpo. Liam era un amante tan apasionado y dedicado que no dejó que se durmiese hasta que ambos no quedaron exhaustos y saciados completamente el uno del otro.

Le gustó despertarse a su lado. Esa intimidad que se creaba cuando ambos amanecieron abrazados y esa ternura que le demostró besándola en los labios a modo de buenos días. Charlie estaba segura de que podría acostumbrarse a ese tipo de despertar sin ninguna dificultad. Tranquila y en los brazos de un hombre impresionante como él.

Estaba descubriendo que, aparte de bueno en la cama, Liam era una persona muy profunda, de esas con las que era posible hablar sobre cualquier tema, pues también era culto y exponía su opinión respetando la de ella. Todavía seguía alucinando al pensar que su ex mujer lo dejó escapar sin pelear por él. Porque ella sí lo hubiese hecho, habría intentado seguir con Liam por todos los medios.

Si no llevaba cuidado, acabaría ilusionándose demasiado. Su cuerpo parecía no querer atender a razones, pues apenas se conocían cinco días. No obstante, los latidos acelerados de su corazón, el temblor de su estómago y lo que sentía en el pecho cuando le sonreía, se parecía demasiado a algo que le daba miedo experimentar, pues con Trevor salió muy escaldada y no quería volver a pasar por lo mismo.

Se quitó la ropa tarareando una pegadiza canción navideña. Se sentía feliz, a pesar de todo lo ocurrido esos últimos días. Lo que comenzó siendo una tragedia, se había transformado en una experiencia que no olvidaría jamás. No le preocupaba que las quitanieves llegasen hoy o dentro de dos semanas.

Unos golpes sordos en la puerta la hicieron dejar de canturrear. Se llevó una mano a la boca y enrolló su cuerpo en una toalla. Al abrir, encontró a Liam apoyado en el marco de la puerta y la miraba con seriedad.

Charlie se mordió el labio inferior, culpable por haber roto el silencio que necesitaba para concentrarse.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—. Lo siento mucho.

—¿No conoces la reglas? —preguntó mirándola de arriba abajo.

—Sí, sí, de verdad que lamento haber cantado en tus horas de trabajo. No va a volver a ocurrir.

—No, claro que no, porque voy a estar contigo mientras te duchas para asegurarme. —Y tras decir aquello, la cogió por la cintura y la besó con mucha pasión.

Charlie respondió al beso de buena gana, mientras intentaba no reír por la reacción de él. Al

verla, apartó los labios de su boca y la abrazó con fuerza, escondiendo su cara entre el hueco del cuello de Charlie.

—Se supone que no debes reírte, es un castigo.

—¿Siempre castigas con besos?

—Solo a quien me saca mucho de mis casillas —respondió dándole suaves mordisquitos en el hombro.

—Entonces, yo debo ser un grano en el trasero.

Liam se carcajeó, echando la cabeza hacia atrás.

—Eres un precioso grano en el trasero. —Cogió entre sus manos la toalla que la cubría y la soltó, dejando que cayese sobre el suelo—. ¿Te parecería bien si me duchase contigo?

—¿Para seguir castigándome? —lo retó con sensualidad.

—Oh, sí, puedes estar segura.

Liam cerró la puerta de una patada y se sacó el jersey de lana por la cabeza. Mientras lo hacía, Charlie le quitaba los botones de los pantalones. Al verla tirar de ellos, la besó con tanto deseo que el cuarto de baño se convirtió en un horno. Cuando cayeron sus pantalones al suelo, la aplastó contra la fría pared y la hizo rodear sus caderas con las piernas.

—Dios, Charlie, ¿cómo es posible que me gustes tanto? —susurró contra su boca—. ¿Cómo voy a poder apartar mis manos de ti si cada vez que te veo quiero hacerte el amor?

Ella le quitó las gafas y las dejó sobre el lavabo, sin dejar de besarlo. Las palabras de Liam eran como dardos ardientes que impactaban directos en su sexo.

Con ella en brazos, se dirigió hacia la bañera. Abrió el grifo y el agua cayó como una fina lluvia sobre ellos, que no paraban de comerse a besos y de tocarse como si sus cuerpos fuesen comida y ambos viviesen hambrientos.

La penetró de un empujón y gritaron al sentirse fusionados. Las embestidas se tornaron furiosas. Liam no podía contenerse, el cuerpo de Charlie, su hermosa cara y sus jadeos de pasión lo llevaban a un estado de tal frenesí que apenas podía pensar.

—Oh, Charlie, Charlie... —gimió—. Eres preciosa.

—Me vuelves loca —respondió ella rodeando su cuello y besándolo una vez más—. Liam, sigue...

—¿Me sientes dentro?

—Sí, sí, sí... —Ella echó la cabeza hacia atrás sintiendo que el orgasmo estaba a punto de llegar.

Cuando ambos llegaron al clímax, se quedaron en silencio, descansando bajo la lluvia de agua caliente. Se miraron alucinados por la experiencia tan potente que acababan de vivir y se besaron con glotonería, degustando una vez más el sabor dulce del otro. Se lavaron el uno al otro, explorando los rincones más escondidos de sus cuerpos y logrando que la esponja los excitase con su suave tacto. Al terminar, envolvieron sus cuerpos en la misma toalla, sonriéndose, comiéndose a besos y sin dejar de abrazarse.

—¿Quieres venir a mi habitación? —preguntó él besando su fina nariz.

—¿No tenías que trabajar?

—Estamos en Navidad, el trabajo puede esperar un día más.

—¿Sigues siendo el Liam Tremblay que conocí cuando llegué, o te han cambiado por otro? —bromeó.

—Sigo siendo el mismo, pero contigo parezco mejor persona, quizás sea un milagro navideño —rio.

—Eres una buena persona. No estaría aquí, contigo, si no lo fueses.

Liam devoró sus labios y la abrazó, deseando que las quitanieves se demorasen un poco. Quería más noches con ella, más risas, más conversaciones.

Quería más de Charlie, solo unos días más antes de volver a su rutina y a su soledad autoimpuesta. Tampoco era mucho pedir.

Zachary se encontraba frente a la ventana del salón, viendo como poco a poco el montículo de nieve que cubría el coche de Charlie iba derritiéndose. Tenía ganas de poder largarse de allí. Su propio coche se encontraba retenido en el garaje de Liam, pues la puerta estaba bloqueada por más de un metro de nieve, y era imposible acceder a él.

Era extraño pensar que aquellas vacaciones tan originales, en un principio, se hubiesen convertido en indeseables. No quería seguir en aquella casa durante mucho más tiempo. Y todo por Ava.

No podía creer que hubiese tenido esa actitud tan infantil por el simple hecho de haberse enterado de que sentía algo por ella. Siempre pensó que su amiga era una mujer de los pies a la cabeza, y no una cría que reaccionaba de la forma en la que lo hizo. Le dolía que su amistad acabase así, sin embargo, estaba tan resentido por su comportamiento que no quería tener nada que ver con ella, pues le había demostrado con sus actos, y sus palabras, que apenas lo conocía y que no confiaba en él.

¡Claro que le hubiera gustado empezar una relación! Ava era su amor platónico, la única chica que le pareció perfecta. No obstante, siempre estuvo al tanto de que lo veía como a un amigo, así que guardó la distancia y respetó sus sentimientos. Calló lo que sentía por conservar esa amistad tan especial.

Desde su discusión, Zachary la evitó. Si Ava se acercaba a su lado y le hablaba, él contestaba con sequedad y se alejaba de ella. Prefería conversar con Liam, con Charlie, o estar solo. Aunque eso era difícil estando atrapados en aquella casa. Tener a Ava cerca era lo más normal, pues pasaba casi todo el día en el salón.

Alzó la cabeza y miró hacia el cielo. El sol brillaba en lo alto y las pocas nubes que había en él, parecían esponjosas y tan blancas como la nata. Estaba seguro de que aquel buen tiempo no duraría demasiado, pues estaban en la época del año que más precipitaciones había. Sin embargo, esperaba que las quitanieves llegasen antes de que otra borrasca se cerniese sobre aquella parte de la provincia de Alberta.

El sonido de la madera al crujir, le informó de que alguien bajaba por las escaleras.

No quiso mirar hacia atrás porque sabía de sobra de quién se trataba. Por el contrario, irguió la espalda y se puso recto, con porte orgulloso.

—Hola, Zach —dijo Ava justo detrás de su cuerpo. La hermana de Liam se humedeció los labios al ver que él apenas le hizo caso y se colocó a su lado, mirando por la ventana. Giró la cabeza y se fijó en su perfil, serio y crispado. Se sentía tan mal desde lo ocurrido...—. Al menos podrías contestarme.

—Hola —ladró él—. ¿Ya estás contenta?

—No.

—Pues lo siento por ti —bufó poniendo los ojos en blanco.

—Sé que lo he hecho mal contigo, pero tampoco es para que te pongas así —se defendió rozándole un brazo.

Zachary se apartó de su contacto y la fulminó con la mirada.

—¿Has terminado ya?

—¡No, no he terminado! ¿Por qué me tratas así?

—¿Te parece que tengo pocos motivos para hacerlo?

—No quise hacerte daño, solo estaba... confusa.

—¿No quisiste hacerme daño, Ava? ¿No querías hacerme daño y te apartabas de mi lado como si tuviese la peste?

—Quiero que entiendas que yo...

—No, no quiero entender nada, ¿me oyes? Nuestra amistad se acabó.

—¿Piensas hacernos esto? ¿En serio, Zach? ¿Después de tantos años?

—Yo no fui quién empezó.

Ava se mordió el labio inferior y dio un paso más hacia él.

—No quiero perderte. —Le tembló la voz y tragó saliva para aclararse la garganta—. Te debo una gran disculpa. Estaba tan confusa... Creí que, después de tu confesión, querrías que nuestra relación cambiase.

—¡Y me hubiese encantado que lo hubiera hecho! —reconoció él enfadado. La miró a los ojos y negó con la cabeza—. Ava, siempre me has parecido la mujer perfecta para mí. Teníamos toda la confianza del mundo, podíamos hablar de cualquier tema, eres preciosa y me gustaban hasta tus defectos. Pero, ¡nunca! ¡Nunca! ¿Oyes bien? Nunca te hubiese obligado a hacer algo que no sintieses. Tú siempre me viste como a un amigo, y yo respeté tus sentimientos.

—Lo sé —asintió ella arrepentida—. Soy imbécil, ¿verdad?

—No eres imbécil. Sin embargo, la imagen que tenía sobre ti ha cambiado.

—No, Zach, no quiero que cambie nada —le suplicó juntando sus manos en forma de oración. Se entretuvo mirándolo. Su cara varonil y pecosa, sus bonitos ojos, su pelo corto y del color de las zanahorias, su cuerpo atlético—. Por favor, no me alejes de tu vida, Zach, eres mi mejor amigo. Sería muy duro para mí perder lo que tenemos.

Él se quedó mirando hacia el exterior de la vivienda, sin decir ni una palabra. Cuando reflexionó giró la cabeza y posó los ojos en los de Ava.

—Yo tampoco quiero que eso ocurra.

—¡Lo lamento, te juro que lo lamento! Perdóname, te aseguro que no volverá a pasar nada semejante.

—No sé, Ava... Ya no sé qué pensar.

—No pienses, entonces —añadió con cara lastimosa—. Quiero que Zach y sus conversaciones regresen a mi vida.

Zachary se humedeció los labios y suspiró.

—Lo intentaré, pero no te puedo asegurar nada.

Ava se lanzó a sus brazos y le dio un fuerte apretón, rodeándolo por el cuello y apoyando la cabeza sobre su pecho. Él también la rodeó, aunque todavía sin estar seguro de si debía hacerlo. Le dolía lo sucedido.

—Oh, Zach, he estado tan triste...

Se apretó todavía más contra él y aspiró su agradable aroma a sándalo. Era masculino y suave, el olor que lo caracterizaba. Al saberse entre sus brazos, Ava se sintió bien, a gusto, y un extraño burbujeo en su bajo vientre la hizo fruncir el ceño. Notaba pequeñas descargas eléctricas en el punto exacto donde sus cuerpos se rozaban. A pesar de ello, no le dio importancia. Lo que de verdad le interesaba era que habían hecho las paces, y conseguiría que su amigo olvidase aquel

desafortunado incidente cuando antes.

CAPÍTULO 11

Liam besó a Charlie mientras esta se encontraba sentada sobre la mesa de su despacho. La miraba expectante, pues le faltaba poco para finalizar la lectura de su nuevo manuscrito, el cual estaba ya a medio acabar. Y quería conocer su opinión.

Desde que las ideas regresaron a él, había estado escribiendo sin descanso, como si sus manos no pudiesen dejar de hacerlo. Trabajaba por las mañanas y las tardes, no obstante, cuando mejor lo hacía era de noche, mientras Charlie dormía a su lado. Le gustaba mirarla a la vez que sus dedos sostenían el bolígrafo. Parecía que todo fluía mejor. Y es que no recordaba haber avanzado tanto con un libro en tan poco tiempo. Si seguía con ese ritmo, el manuscrito estaría acabado en una semana.

Todavía no se había parado a pensar el porqué de aquella inexplicable fuente de inspiración que tenía a su cabeza trabajando a mil por hora, lo único que sabía era que Charlie había tenido algo que ver. Quizás lo que Liam había necesitado todo ese tiempo era sexo, poder desahogarse y liberar tensiones, quizás era que la compañía de ella, y sus constantes charlas, lograban despejar su mente. ¿Quién sabía el motivo? ¿Quién podía descifrar el total funcionamiento de la mente humana? Él no, por supuesto, y no lo pensaba intentar. Lo importante en toda aquella historia era que su bloqueo se había esfumado y que su rendimiento laboral era mejor que nunca.

Fijó lo ojos en Charlie, que leía concentrada su manuscrito inacabado y las ganas de besarla regresaron. Esa mujer tenía algo que lo catapultaba hacia ella. Tan bonita y tan... sexy. Jamás se sintió igual de excitado con nadie. Era imaginarla desnuda junto a él y todo su cuerpo reaccionaba. Sus bellos ojos azules lo traspasaban, sus labios carnosos y rosados lo llamaban y su sonrisa lograba que olvidase todo lo que estuviese haciendo y pasase a prestarle atención solo a ella.

Charlie era una mujer especial. Mucho. Y agradecía que su coche se hubiese chocado contra su valla. Lo que en un principio le pareció desastroso, había derivado en algo agradable, placentero y, lo más importante, productivo.

Se acercó y devoró su boca por segunda vez en pocos minutos. No podía dejar de hacerlo. Parecía haber una fuerza que lo obligase a estar pegado a ella.

Al intensificar el beso, ella rio y apartó los papeles que llevaba en las manos. Rodeó a Liam por el cuello y respondió de buena gana.

—¿Cómo quieres que te dé mi opinión si no me dejas concentrarme?

—¿Todavía no habías terminado? —preguntó él con una sonrisilla traviesa en los labios.

—Me falta medio párrafo. —Le acarició su mejilla rasposa y lo besó en la nariz—. Pero debo decirte que es bueno, muy bueno.

—¿Te gusta de veras?

—Liam, creo que será otro éxito. Tus lectores estarán encantados. Tiene ese toque tan tuyo. Esas explicaciones pragmáticas y técnicas a la vez.

—¿Tú lo comprarías si lo vieses en una librería?

—Em... —Charlie se mordió el labio inferior—. Sabes que no es mi tipo de lectura. No

obstante, sí, lo compraría.

—Para calzar la pata de una cama, ¿no? —comentó él sin dejar de reír.

—¿Eres tonto! —se carcajeó a su vez—. Es un buen libro, simplemente no es mi género predilecto. —Lo empujó un poco a modo de broma y mordió su labio inferior, haciéndolo gemir—. Además, mi cama no necesita ser calzada.

—¿Ah, no? —La abrazó con fuerza y se posicionó entre sus piernas—. ¿Cómo es tu cama?

—¿Sientes morbo por descubrirlo?

—Mucho.

Charlie alzó una ceja y se humedeció los labios, pues ver a Liam tan cerca de ella era muy excitante.

—Mi cama no tiene nada de morbosa ni interesante. Es pequeña y siempre está llena de ropa de mi prima Lily.

—¿Vives con tu prima? —se interesó él.

—Vivo con mi prima, mis tíos y sus demás hijos.

—¿No te has independizado todavía? —la interrogó incrédulo.

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé —rio y se encogió de hombros—. Estoy acostumbrada al caos de una casa llena y creo que me faltaría algo si me fuese a un solitario piso.

—Tendrías intimidad.

—La tendría, y a veces la necesito, sin embargo, no sé, creo que nunca he llegado a planteármelo en serio. Me da un poco de miedo dar el paso.

—Entonces, ¿te gustan las familias grandes y el caos que conllevan?

—Me gustan las familias muy grandes —asintió sin dejar de sonreír—. Enormes. De esas en las que el silencio es inexistente.

—Yo no podría vivir en un sitio como ese. No podría trabajar —comentó Liam.

—¿Y qué pasará el día que tengas hijos?

—Los niños nunca han entrado en mis planes de vida.

Charlie abrió mucho los ojos y se lo quedó mirando como si tuviese tres cabezas.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente.

—Yo me veo en un futuro rodeada de niños y con un marido al que adore.

Él rio al escuchar su contestación.

—Pues, por mi parte, creo que no volveré a casarme nunca. Con una vez ya tuve suficiente.

—No todas somos iguales que tu ex mujer.

—Lo sé, pero prefiero no arriesgarme. Con lo único que estoy y estaré casado el resto de mi vida es con mi trabajo.

—Eso es un poco triste, ¿no? —preguntó Charlie mirándolo a sus penetrantes ojos negros.

—No, porque es mi elección.

Ella calló durante unos segundos, calibrando las palabras de Liam. Estaba empezando a sentir cosas muy fuertes por él, y sus planes de futuro no le daban demasiadas esperanzas. Él buscaba una vida solitaria, sin nadie a su alrededor que pudiese molestarlo, ni siquiera una compañera. Y ella quería todo lo contrario. Quería risas, niños, conversaciones interminables, juegos... quería una vida llena de amor.

Bajó la vista al suelo y se retorció las manos antes de comenzar a hablar de nuevo.

—Y ¿qué... qué pasará con nosotros cuando vengan las quitanieves?

—¿Pasar? ¿Es que tendría que pasar algo? —dijo él alzando una ceja, sin comprender.

—No sé, pensaba que quizás podríamos seguir viéndonos. —Alzó la mirada y la fijó en sus ojos.

—Sería casi imposible, Charlie. Yo vivo aquí y tú en Calgary. Hay más de dos horas de viaje entre nuestros hogares.

—Para eso se inventaron los coches.

—Creo que lo mejor para los dos es terminar definitivamente cuando nos separemos. ¿Para qué ensuciar un recuerdo como este? —añadió él con decisión—. Aunque nos viésemos, lo nuestro no llevaría a ninguna parte. Yo no busco una relación, ni nada que se le parezca, y tú quieres un final de cuento de hadas, con decenas de críos correteando a tu alrededor.

Charlie suspiró desencantada por sus palabras.

—Me estoy... encariñando de ti, Liam. Te voy a echar mucho de menos —confesó. Echaría de menos sus noches juntos, la forma en que la miraba cuando hacían el amor, las conversaciones en la cama, las risas, las anécdotas. Añoraría la pasión que aparecía entre ellos cuando se tocaban, su cuerpo fuerte y sexy, sus manos experimentadas acariciándola, ese remolino que se formaba en su estómago cada vez que lo sentía a su lado, los latidos desbocados de su corazón. Sus labios, sus sonrisas, sus ojos—. Me da pena que esto acabe.

—Entonces, todavía hay más motivos para que lo nuestro se quede en una simple aventura. —Liam cogió su barbilla y la hizo mirarlo a los ojos—. No puedo darte lo que buscas, Charlie. Si continuásemos viéndonos acabaría haciéndote daño.

Lily se acurrucó entre los brazos de Nathan y besó su cuello. Llevaban toda la mañana retozando en la cama de este, mientras sus respectivas familias disfrutaban con las actividades del hotel.

Desde que se besaron en el ascensor, todo se había desarrollado de forma precipitada. Esa misma noche hicieron el amor en la lujosa habitación de Nathan, y buscaban la mínima oportunidad para poder verse a solas y disfrutar de su compañía.

A pesar de que sabía que no debía hacerlo, Lily se empezó a ilusionar con él. Nathan era el hombre perfecto. Era atento, cariñoso, apasionado, divertido y buen padre. Le contó que vivía en Quebec, una hermosa ciudad del Canadá francés, al este del país. Habló sobre su infancia, de su familia y relató alguna que otra anécdota de juventud que la hizo reír a carcajadas. Le explicó que trabajaba en un importante banco de la ciudad, que tenía una gran casa en las afueras y que estaba ahorrando para conseguir cumplir su sueño de ver el mundo junto a Daryl.

—Mi vida no es tan interesante como la tuya —dijo ella escondiendo su nariz en el fuerte cuello de Nathan—. Calgary es bonito, pero no tiene la magia de Quebec.

—¿Has viajado a mi ciudad? —la preguntó alzando las cejas.

—No, ojalá hubiese podido hacerlo. —Rio—. He visto muchas fotos y reportajes en la televisión estatal sobre ella. Sin embargo, mi trabajo no me permite hacer viajes tan largos y costosos.

—Quebec no está tan lejos.

—¿Cuarenta horas en coche te parece poco tiempo?

—Podrías coger un avión —añadió él sin dejar de sonreír.

—Tampoco sé hablar francés.

—Eso no es un problema. La mayoría de las personas que vivimos allí dominamos el inglés, a pesar de que el francés es el idioma oficial.

—Tendría que ahorrar dinero cuatro o cinco años para poder hacer un viaje semejante.

Nathan frunció el ceño y la miró como si no pudiese creer lo que escuchaba.

—¿Tan poco ganas en tu trabajo?

—Soy la encargada del control de calidad en una empresa cárnica. No creas que mi sueldo es para tirar cohetes.

—¿Por qué no buscas otro trabajo?

—Porque estoy trabajando en lo que estudié. Me gusta. El salario no es demasiado bueno, pero estoy contenta.

—¿Cuándo vuelves a incorporarte a tu puesto de trabajo? —preguntó Nathan acariciando uno de sus senos.

—En tres días.

—¿Ni siquiera tienes hasta Año Nuevo?

Lily se encogió de hombros y le sonrió.

—La gente tiene que comer carne.

—¿Tienes tres días más de vacaciones y ya te vas mañana del hotel?

Ella asintió y lo miró a los ojos. En la cara de Nathan se podía percibir el desencanto tanto como en la suya propia. Se iría al día siguiente y no volvería a verlo. Sentía una pequeña punzada en el estómago de pena por ello. Ese hombre le gustaba de veras, y le daba tanta lástima no volver a verlo...

—El Fairmont Château no es un hotel barato. Mis padres han pagado todos los gastos, y somos muchos. —Lily se humedeció los labios y lo besó con suavidad—. Además, llevamos una semana aquí. Son unas buenas vacaciones.

—Voy a echarte de menos —dijo Nathan mirándola a los ojos y acariciando su mejilla.

—Y yo a ti.

—No quiero dejar de verte, Lily.

—¿Y qué podemos hacer? Nuestras ciudades están a casi dos mil millas de distancia. Tú tienes obligaciones y a Daryl, y yo tengo mi trabajo y a mi familia en Calgary.

Ella apretó los labios y suspiró. Añoraría a Nathan. Estos días juntos habían sido estupendos y le parecían poco, muy poco. Le escocía en el pecho saber que ya no vería más su apuesta cara, ni se sentiría segura entre sus brazos, ni la besaría y haría el amor con esa pasión que tanto le gustaba. Pasaría a ser un recuerdo que se iría difuminando con el paso del tiempo. Se olvidarían en los labios de otras personas y pasarían a ser una simple anécdota de las Navidades en el Fairmont Château.

—Te llamaré —le aseguró Nathan.

—¿Me llamarás? ¿Por qué?

—No quiero perderte, Lily.

—Vivimos demasiado lejos como para seguir con esto. Las relaciones a distancia no funcionan.

—Lo sé, maldita sea —gruñó cerrando los ojos con fuerza y abrazándose más a ella—. Aun así quiero hacerlo. Al menos podemos ser amigos, ¿no?

—Por supuesto —aceptó Lily sin dejar de sonreír, pero con la pena golpeándola por dentro—. Yo tampoco quiero perderte, Nathan.

—Y no lo harás.

Se besaron con ansias e hicieron el amor una vez más, sabiendo que en unas horas deberían separarse para siempre. Lily respondió al acto sexual con tanta pasión y entrega como nunca lo hizo antes. Saber que iba a perder a ese hombre por la distancia era duro, a pesar de que apenas habían podido conocerse bien. No obstante, Nathan tenía algo que le decía que era perfecto para ella. Resueltas sus diferencias iniciales, tenían tantas cosas en común y se entendían tan bien... que le parecía muy difícil encontrar a otra persona tan afín a ella. Sin embargo, no confiaba nada en poder seguir manteniendo el contacto. Y no por su parte. Si por Lily hubiese sido, hablarían todos los días, conversarían acerca de todo y seguirían conservando esa intimidad que habían adquirido. Pero sabía que Nathan la olvidaría en cuanto se separasen; que esas palabras tan ardorosas se irían enfriando con el paso del tiempo y que esa llamada que prometía, no llegaría.

La comida estaba preparada y la mesa lista para que los cuatro habitantes de la casa tomaran asiento alrededor de ella.

Ava y Charlie charlaban tranquilamente a la vez que colocaban los últimos platos, mientras Zachary fregaba una sartén, escuchando su conversación en silencio.

Desde que él y Ava arreglaron el problema que los mantuvo alejados, su actitud había vuelto a ser la de siempre. Hablaban a menudo y reían como si nada hubiese ocurrido. No obstante, él no se sentía igual. Su amistad había sufrido un gran golpe y era incapaz de mirar a Ava con los mismos ojos. Estaba dolido con ella, y aunque se esforzase por actuar de forma normal, por dentro sabía que jamás volvería a ser el de antes en lo que respectaba a la hermana de Liam. Guardaba todavía más las distancias y apenas consentía sentarse a su lado en el sofá. Se sentía más a gusto apartándose y dejando un espacio entre los dos. Ni abrazos, ni besos en la mejilla. ¿Cómo hacerlo si la mujer a la que quería jamás sentiría lo mismo por él?

Siempre había conservado la esperanza de que Ava algún día lo quisiese de la misma forma, pero, ahora, al darse cuenta de que nunca ocurriría, prefería alejarse, pues aquello le hacía daño.

Liam bajó por las escaleras y se reunió con ellos poco después. Charlie y él se miraron y se sonrieron con complicidad. Esa mañana estaba tan guapa con esos pantalones vaqueros, la camisa blanca de seda y su corto cabello enmarcándole en rostro... Le dieron ganas de ir a su lado y besarla con todo el ardor que burbujeaba en su estómago, pero no lo hizo. Jamás había demostrado sus sentimientos delante de las demás personas, y no pensaba empezar a cambiar de costumbres ahora. Se prometió hacerlo cuando estuviesen a solas, tal y como hacía por las noches.

Le gustaba la intimidad que se creaba entre los dos cuando su habitación les protegía del resto. Desde que hicieron el amor por primera vez, Charlie no había regresado a la habitación que compartía con su hermana. La quería para él solo. Le encantaba abrazarla mientras dormía y respirar su agradable olor de mujer. Le volvía loco su cuerpo y su entrega cuando la poseía. Parecía estar hecha a su medida y todo su cuerpo se lo gritaba cada vez que la besaba. Era una mujer tan especial...

Tomaron asiento y comieron los cuatro mientras Ava hablaba de cosas sin importancia con Charlie. Zachary daba buena cuenta de su plato, sin embargo, no participó ni una vez en la conversación.

—Me encanta el cine clásico —continuó Ava mientras se llevaba un trozo de carne a la boca—, Liam me aficionó de pequeña. ¿A ti te gusta, Charlie?

Ella asintió de inmediato y le sonrió.

—Me encanta. Cantando bajo la lluvia, Con la muerte en los talones, La fiera de mi niña, El mago de Oz, Luces en la oscuridad, Una noche en la ópera...

—¡Los hermanos Marx! Una noche en la ópera también me encantó —añadió la hermana de Liam sin dejar de sonreír—. La vimos Zach y yo hace ya algunos años, un día lluvioso. —Miró a su amigo y le sonrió abiertamente—. ¿Te acuerdas de cómo nos reímos, Zach?

—Sí, estuvo bien —dijo él sonriendo con algo de tirantez, encogiéndose de hombros y volviendo la atención a su plato.

—Doce hombres sin piedad —añadió Liam con una sonrisa dirigida a Charlie—. Esa es mi favorita.

—Me gustó mucho —asintió esta—. Pero si tengo que decantarme por alguna sería por El ladrón de Bagdad.

—La adaptación de Las mil y una noches. —comentó Liam maravillado—. Es buena, muy buena.

Ambos se miraron a los ojos durante más tiempo del adecuado. Sonriéndose. Aquel silencio estaba lleno de tanto deseo y admiración, que Ava rio entre dientes. Se notaba que la química entre ellos era potente, y le gustaba ver a su hermano, siempre tan frío y serio, cayendo a los pies de aquella chica.

—Creo que mi hermano tiene por aquí alguna película de esas —prosiguió rompiendo aquel momento mágico—. ¿No es así, Liam?

—Ajá. —Apartó la mirada de Charlie y pinchó otro trozo de carne—. Planeta prohibido.

—¡Guau! —exclamó Charlie con un brillo de emoción en los ojos—. Una de las primeras películas de ciencia ficción.

—Exacto, de hecho se dice que fue una gran influencia para la saga de Star Wars —añadió él.

—¿Por qué no la vemos? —saltó Ava aplaudiendo—. ¿Qué os parece hacer una sesión de cine después de comer? ¡Palomitas, película clásica y el calorcito de la chimenea! ¿Qué dices, Charlie?

—¡Claro, es un buen plan!

—¿Y tú, Liam? ¿Te apuntas?

Él alzó la vista hacia la escalera pensando en su trabajo. Ahora que había recuperado la inspiración no podía darse el lujo de parar de escribir. Sin embargo, quería ver la película con Charlie. Observar sus gestos, sus cambios de expresiones, ver sus reacciones y acariciarla mientras tanto.

—¡Qué demonios, veamos la película!

Charlie le sonrió y su corazón se aceleró. ¡Dios, pero qué bonita era!

Le guiñó un ojo y comprobó que se sonrojaba un poco, pues no estaba acostumbrada a que Liam hiciese esas cosas en compañía de nadie.

Con aquel sonrojo le dieron ganas de llevársela a su habitación y retenerla el resto del día, desnuda y jadeante bajo su cuerpo.

—Zach, te apuntas, ¿verdad?

—Pues...

Antes de que su amigo pudiese contestar, el ruido de un motor inundó aquel salón. Los cuatro se miraron sin comprender de dónde provenía aquel escándalo, hasta que Ava se levantó de su asiento y se asomó por la ventana.

—¡Las quitanieves! ¡Han llegado las quitanieves!

Charlie se llevó una mano al pecho y giró la vista hacia Liam. Él la miraba con fijeza, aunque

no supo descifrar lo que decían sus ojos. Parecía... contrariado por la noticia. Y en cierto modo ella también lo estaba. Quería regresar a Calgary, retomar su vida, ver a su familia y ser libre de ir y venir cuando le apeteciese sin tener casi dos metros de nieve interrumpiendo su paso. No obstante, por otro lado, no quería dejar a Liam. Sabía que era una tontería pensar en eso, pues él le había dejado claro que lo suyo no llegaría más lejos, que solo había sido una aventura. Entonces, ¿por qué se sentía tan triste al pensar que podía irse cuando quisiese?

Liam no dejaba de mirarla en silencio, atravesándola con los ojos.

Habían llegado las quitanieves.

Charlie se marcharía.

Una parte de él gritaba que no lo hiciese, que se quedase un poco más. No quería dejar de ver esos hermosos ojos azules cuando despertaba, ni quería que desapareciesen sus sonrisas cómplices, ni sus noches en vela haciéndole el amor.

¿Pero qué podía hacer él?

No quería relaciones, no quería más líos con mujeres, no quería complicaciones en su vida. Se debía al trabajo. Los libros eran lo único que jamás le fallarían, ni se llevarían su dinero y sus propiedades cuando se peleasen.

Aquel deseo irrefrenable que sentía por ella desaparecería. La olvidaría y podría seguir con su vida como si nada hubiese pasado.

—Yo me voy esta misma tarde —anunció Zachary levantándose de la mesa—. Voy a recoger mis cosas.

Ava abrió mucho los ojos al escuchar a su amigo.

—Pero, Zach, ¿por qué tanta prisa?

Él se encogió de hombros y negó con la cabeza. Jamás diría que ella era la razón. Ava pensaba que todo estaba como antes entre ambos, y dejaría que siguiese creyéndolo.

—Tengo ganas de ver a mi familia. —Se giró hacia Charlie y le sonrió—. Si quieres te llevo a casa, desde allí puedes llamar a una grúa para que venga a por tu coche.

Ella se quedó en silencio. ¿Irse? ¿Tan pronto? ¿Dejar a Liam para siempre y no volver a verlo? Movida por un impulso, lo miró de nuevo. Liam no le quitaba ojo, como si quisiese decirle algo. Y Charlie deseaba que así fuera. Quería que le pidiese que se quedase un poco más a su lado. Estaba dispuesta hacerlo si él se lo pedía. Sentía tantas cosas por él que se hubiera quedado para siempre, si Liam así lo hubiese deseado.

No obstante, él bajó la mirada hacia su plato, y Charlie notó un vacío en el estómago que la hizo jadear.

Zachary estaba esperando su respuesta. Esperaba su contestación con los brazos cruzados.

Suspiró y asintió con la cabeza. Liam no iba a suplicarle que se quedase. Solo había sido una aventura para él, y había sido una tonta por pensar que sus sentimientos eran correspondidos.

—Gracias, Zach, me iré contigo.

CAPÍTULO 12

Charlie metió las últimas prendas de Lily en la maleta y cerró la cremallera. Faltaba media hora para abandonar aquella casa perdida en las Rocosas y se resistía a hacerlo. Cuando montase en el coche de Zachary, su historia con Liam acabaría.

Sentada en la cama que compartió con Ava, y la mirada perdida en alguna parte de la pared de enfrente, sintió que le costaba respirar. Aquellos sentimientos hacia él eran tan potentes que, aunque solo había pasado una semana a su lado, se encontraba muy apenada. Liam era todo lo que un día soñó en un hombre. Guapo, hablador, culto, agradable aunque algo huraño al principio, con su mismo gusto por la literatura clásica, arrebatadoramente sexy y pasional. Nunca antes había disfrutado tanto del sexo con nadie. Liam le había enseñado que cuando el deseo era potente y real, era capaz de engullirte y poseerte dejándote a su merced, siendo una mera espectadora de su poder.

Echaría de menos las charlas de madrugada, desnudos, enlazados. El tener que apartarle las gafas en cada beso para que no se le empañasen por el calor que emanaban, verlo dormir y pensar que tenía carita de niño bueno, pues las pequeñas arruguitas de las comisuras de sus ojos se suavizaban cuando estaba tranquilo. Añoraría acurrucarse contra su torso y enterrar la nariz en su cuello.

Con un suspiro de aceptación, se levantó de la cama y cogió la maleta. Se dirigió hacia la puerta y antes de agarrar el picaporte miró hacia atrás, memorizando la habitación, como había hecho con el resto de la casa.

Al abrir lo encontró apoyado en el marco, con los brazos cruzados, sonriente. Charlie notó cómo su corazón se aceleraba, siempre lo hacía cuando lo veía.

Liam dio un par de pasos hacia ella, haciéndola retroceder, y cerró la puerta tras de sí, asegurándola con el pestillo.

—Liam... —Charlie rio y negó con la cabeza—. ¿Qué haces?

—¿Ibas a irte sin despedirte de mí?

—No, claro que no. Pensaba hacerlo en el salón.

—Hazlo ahora —la animó sin dejar de mirarla fijamente.

Charlie tragó saliva y asintió.

—Muy bien. —Se humedeció los labios y lo miró a los ojos—. Gracias por todo, has sido muy amable dejando que me quedase en tu casa.

—¿Qué clase de despedida es esa, maldita sea? ¿Después de todo este tiempo solo se te ocurre eso?

—Me dijiste que lo nuestro acababa aquí, cuando me fuese.

Él asintió y le sonrió ladeando los labios.

—Pero aun no te has ido.

—No. —Charlie rio.

Liam la rodeó por la cintura y la apretó contra su cuerpo, logrando que ella se agarrase a sus

brazos para no perder el equilibrio. Acercó su cara y apoyó la frente sobre la de ella, quedando sus bocas muy juntas, pero sin llegar a tocarse.

—¿Me echarás de menos, Charlie? —le susurró.

—Mucho.

—¿Recordarás el tiempo que pasamos juntos?

—Siempre —asintió ella sin poder aguantar las ganas de besarlo—. ¿Y tú a mí? ¿Me recordarás?

—¡Maldición, claro que lo haré! ¿Cómo no hacerlo? Eres preciosa, eres el sueño de cualquier hombre.

Se besaron con ardor, fundiendo sus bocas en una danza sexual que les calentó el cuerpo en milésimas de segundos. Sus manos apretaron la piel del otro, como si intentasen quedarse con un trozo. La lengua de él jugueteó en la boca de Charlie. La pasión fue bajando por su garganta y recorriendo su pecho hasta llegar a su bajo vientre. Liam tenía ese efecto sobre ella. La tocaba y la hacía desear unirse a él.

—Oh, Liam... —gimió al sentir sus fuertes manos sobre su trasero.

—No sé cómo lo haces, pero te necesito, te necesito ahora —susurró él contra su boca.

—Pues no pares —lo animó subiéndole el jersey y acariciando su estómago, notando cómo sus músculos se contraían con su roce.

Tan excitado que apenas podía contenerse, Liam la cogió en peso y la aplastó contra la pared de la habitación. Le hizo rodearlo con las piernas y apretó su erección contra el sexo de ella, para que viese lo necesitado que estaba de su piel.

La ropa fue desapareciendo y el deseo aumentando. Los dientes de Liam mordían su mandíbula mientras sus manos excitaban sus tiernos senos. Charlie jadeaba al sentir sus atenciones y se apretaba más contra él, notando que no podría aguantar mucho más sin tenerlo dentro.

—Charlie, voy a echarte tanto de menos... —jadeó contra sus labios. Se bajó los pantalones y agarró su pene con sus propias manos, dirigiéndolo hacia la tierna abertura, que esperaba impaciente y húmeda. Al penetrarla, gimieron al unísono y se quedaron quietos, disfrutando de aquella agradable presión—. Es tan bueno, eres tan increíble...

Ella lo besó con tal erotismo que Liam no tuvo otra opción que embestir con fuerza contra su vagina, logrando que Charlie gritase contra su boca.

—Liam, sí, Liam... —gimió—. Te quiero.

Abrieron los ojos al escuchar aquella declaración de amor, ella alucinada por lo que acababa de decir, y él notando cómo su estómago y su pecho explotaba de gozo.

Le hizo el amor con fuerza, sin dejar de besarla en ningún momento. Estaba eufórico por sus palabras y eso lo traducía en envites potentes y arrolladores. Charlie también estaba feliz. Nunca pensó que aquellas palabras fuesen a salir de ella, y mucho menos en una semana. Apenas lo conocía y ya lo quería. Era tan increíble...

Pero lo más increíble fue que Liam no se apartó de su lado, ni la miró mal. Por el contrario la poseyó con más ímpetu y efusión. Parecía que su declaración le había dado fuerzas, que aceptaba de buena gana sus sentimientos.

Cuando el orgasmo llegó a ellos, se quedaron abrazados contra la pared, desnudos y jadeantes, intentando que sus respiraciones se recuperasen un poco para poder volver a hablar con normalidad.

Charlie se vistió en silencio, aunque sin que la sonrisa abandonase sus labios. Lo quería. Quería a Liam Tremblay y se lo había dicho. ¡Oh, Santo Dios, quería a ese hombre a pesar de que

apenas lo conocía! ¿Cómo era posible? Siempre supo que lo que sentía hacia él era fuerte, pero, ¿tanto?

Cuando estuvieron vestidos del todo, Liam la abrazó de nuevo y la besó con glotonería, sin prisas, degustando su sabor y dejando que se memorizase en su cerebro. Cuando dejaron de hacerlo, se sonrieron.

—Menuda despedida, ¿no? —comentó él con la sonrisa tonta en los labios.

—Sí, ha estado bien —asintió Charlie con ojos soñolientos.

—¿He sido muy brusco contigo?

—No, ha sido genial. No me has hecho daño en ningún momento —rio.

Él le acarició la frente y besó su fina naricilla, sin querer soltarla.

—No quiero que regreses a Calgary magullada por mi culpa.

Charlie sonrió y apoyó la cabeza sobre su torso. Aspiró una vez más su aroma masculino y cerró los ojos, apenada por tener que marcharse.

—Quiero volver a verte, Liam —admitió abrazándolo.

—Ya hablamos sobre ese tema, ¿recuerdas? —contestó haciéndose el tipo duro, aunque por dentro él también quería verla de nuevo, Charlie era única, extraordinaria, preciosa. Sin embargo, no debía hacerlo. Por su bien, por su trabajo, por todo... Su experiencia con el sexo opuesto le advertía que no se dejase enredar por otra mujer. Con Sienna ya tuvo bastante.

—Pero, es que... Liam... —Apartó la cara de su torso y lo miró a los ojos—. No quiero perder esto que tenemos.

—Lo nuestro es una aventura. Creí que lo hablamos el otro día.

—¿Solo una aventura? ¿Hablas en serio? ¿Para ti soy solo eso? —preguntó con voz dolida. Acababan de hacer el amor, se había declarado...—. Acabo de decirte que te quiero.

—Y yo te lo agradezco, de veras —dijo con voz serena.

—¿Me lo agradeces? —Frunció el ceño y lo miró sin poder creer lo que acababa de escuchar.

—¿Qué esperas que te diga, Charlie? ¿Quieres escuchar un falso te quiero de mis labios?

—¡No, claro que no! —exclamó herida—. Pero, es que... tú no me has dicho... tú has seguido haciéndome el amor después de que te lo dijese.

—¿Querías que parase de hacerlo?

—Parecía que te gustaba mi declaración. Tu cara decía que te había emocionado.

—Estaba cachondo, Charlie, ¿cómo quieres que tenga la cara? ¿Triste?

—No, joder, yo solo... esperaba que si no sentías lo mismo, me lo dijese.

—Te lo estoy diciendo.

—¡Pero no ahora! ¡Antes! ¡Que no siguiesses como si nada!

—¿Querías que me apartase de ti?

—¡No lo sé, Liam! —Ella dio unos pasos hacia atrás, cogiendo distancia entre los dos y se llevó las manos a los ojos. Un gran nudo se estaba formando en su estómago y el malestar que comenzaba a sentir le pesaba en el pecho—. Mira, déjalo, ¿vale? Olvida lo que te he dicho.

—¿Entonces no es cierto que me quieres? —la interrogó entrecerrando los ojos, confuso.

—¡Sí, sí es cierto!

—¿En qué coño quedamos?

—¡En nada! ¡No quedamos en nada! —Cogió su maleta y lo miró de soslayo—. Voy a reunirme con Zachary.

—Un momento, Charlie, no te vayas así.

—¡Sí, sí que me voy así! Pero, no te preocupes, porque estoy enfadada conmigo, y no contigo.

Soy una ridícula, una niña ilusa que piensa que todo el mundo es tan transparente como yo.

—¿Por qué dices eso? En ningún momento te he engañado, en ningún momento te he prometido algo que no haya cumplido. —Liam la cogió por los hombros y la hizo mirarlo—. Lo hemos pasado bien juntos, estos días han sido estupendos y excitantes. No estropeemos esto.

—¿Puedes soltarme, por favor?

—Charlie —continuó él con voz calmada—, somos muy diferentes. Tú quieres algo que yo jamás podré darte. No soy hombre para formar una familia.

—¿Cuándo te he pedido yo eso? —gritó cansada de todo ese asunto.

—¡Pero lo harías! ¡Si seguimos viéndonos lo harías! ¡Y no estoy dispuesto a soportar un lastre tirando de mí!

—¿Soy un lastre? ¡Genial!

—¡No, no quería decir eso, maldita sea, es que...!

—¡Ya es suficiente! —lo cortó ella tapándole la boca con la mano—. Me voy Liam, gracias por haberme acogido en tu casa y perdón por los inconvenientes que haya podido causarte. Mandaré un cheque para que repares la valla que rompí con el coche.

—¡No necesito que mandes ningún jodido cheque! —dijo molesto.

—Lo recibirás en unos días.

—Charlie... —la llamó con cansancio.

—¡No, se acabó! Espero que te vaya bien con tus libros, Liam Tremblay. Ojalá tu vida sea tan oscura y solitaria como sueñas que sea, que no tengas a nadie que derrita ese corazón nevado que llevas en el pecho, que no te joda la vida con niños preciosos, y consigas ser ese gran escritor amargado en el que fantaseas convertirte. —Charlie apretó la mandíbula y tragó saliva, pues las ganas de llorar estaban a punto de convertirse en lágrimas. Miró por última vez el apuesto rostro de Liam y suspiró—. Adiós, Liam.

Y tras aquellas palabras abandonó la habitación, dejando a Liam sin saber qué hacer al respecto, y notando cómo un vacío helado inundaba su propio corazón.

Zachary logró que su coche arrancara tras varios intentos. El vehículo había pasado muchos días sin ser usado, y las temperaturas eran tan bajas que el motor estaba congelado.

Cargó su bolsa de viaje con las pocas cosas que llevó para la visita y rascó el cristal, para que el hielo pegado se soltase. Mientras lo hacía llegó Ava, que con una sonrisa, y en silencio, lo ayudó a terminar con el hielo. Mientras lo hacía lo observó de soslayo. Zachary parecía incómodo, igual que días atrás. A pesar de que todo estaba resuelto entre ellos, Ava sabía que su amigo todavía estaba molesto, pero lo conocía muy bien y sabía que pronto volvería a ser el de siempre.

—¿Tienes ganas de regresar a la civilización? —le preguntó con gracia para romper aquel silencio tan inusual entre ellos.

—Sí, ya he pasado demasiado tiempo en este lugar.

—¿Sigues sin arrepentirte de haber venido conmigo?

Zachary la miró unos segundos, sin contestar. ¿Que si se arrepentía? Ni él lo tenía claro. Por una parte sí lo hacía, pues la discusión lo había tenido sin dormir varias noches. Sin embargo, por otro lado se alegraba de haber ido. Ahora sabía que los sentimientos de Ava jamás serían como los suyos, y eso le daba la posibilidad de continuar con su vida y dejar atrás aquel estúpido enamoramiento que tantos años había guardado en secreto. Se acabó el esperar a que le diese unas

migajas cuando él merecía mucho más.

—Bueno... ha sido interesante.

—No has respondido a mi pregunta.

—Prefiero no hacerlo —admitió, pues en realidad no sabía qué decirle.

Ava suspiró y se acercó a él, sin dejar de observar lo guapo que estaba ese día. Su bonito pelo color zanahoria brillaba con la luz del sol y las pecas que cubrían su cara lo hacían parecer muy interesante.

—De verdad que lo siento, Zach. No quise herirte en ningún momento, me comporté como una idiota.

—No tienes que volver a disculparte por lo ocurrido, eso ya es pasado.

Ella asintió, agradecida. Apoyó la cadera sobre el capó del coche y se cruzó de brazos.

—Voy a quedarme unos días más con Liam. No quiero que mi hermano pase lo que queda de Navidades a solas.

—Me parece muy bonito por tu parte que hagas eso —dijo con sinceridad.

—Cuando regrese a Nanton te llamaré y saldremos por ahí, ¿te parece bien?

—Como quieras.

Ava lo abrazó y besó en la mejilla. Le gustaba hacerlo. Era su amigo, el mejor que tenía. Jamás se hubiese permitido perderlo por una tontería. Mientras seguía abrazada a él, su olor la hizo cerrar los ojos. Ese olor tan suyo, tan masculino y atrayente. Se vio acercando la nariz a su cuello y disfrutando de aquel agradable aroma. Un inesperado calor la recorrió. Todas sus terminaciones nerviosas se vieron activadas en cada punto que su cuerpo rozaba contra el de Zach, y su corazón se aceleró de improviso, logrando que se sintiese rara.

Por su parte, Zachary estaba incómodo. La espalda demasiado recta, los brazos crispados y la cabeza ligeramente doblada en señal de rechazo hacia Ava. Deseaba que lo soltase, quería separarse de ella, tomar distancia y alejarse de la influencia de la hermana de Liam. Necesitaba nuevas amistades, conocer a chicas, salir con otras personas. Precisaba pasar una temporada lejos.

Charlie se unió a ellos poco después, por lo que Zachary empujó un poco a Ava para que lo soltase, cosa que no le agradó. Nunca había hecho eso. Su Zach siempre había estado dispuesto a un abrazo, a una muestra de cariño.

—¿Estás lista?

Charlie miró a Zachary y asintió.

Estaba lista para marcharse de aquel lugar. De hecho, estaba deseando largarse de allí y de la presencia de Liam. Todavía continuaba notando la presión en el pecho y esas inoportunas ganas de echarse a llorar al recordar lo ocurrido en la habitación.

Ava se despidió de ella con otro abrazo y le sonrió.

—Me alegro de haberte conocido, Charlie. Espero volver a verte pronto.

—Sería muy agradable —asintió intentando sonreír con normalidad. Aunque no estuvo segura de si lo consiguió.

—Tenemos nuestros números de teléfono. Nos llamaremos a menudo —dijo la hermana de Liam con voz amable.

—Trato hecho.

Zachary se miró el reloj de muñeca y le hizo una señal con la cabeza a Charlie.

—¿Nos vamos? Pronto se hará de noche.

—Sí, vámonos de aquí.

—¡Esperad! Liam todavía no se ha despedido de Charlie —anunció Ava mirando hacia la casa de su hermano, intentando retenerlos uno poco más.

—Sí, sí lo ha hecho. Hace unos segundos —informó ella apretando la mandíbula al recordar sus palabras y lo mucho que le habían dolido. Cerró los ojos intentando contener las lágrimas.

—Ah, vaya... pues entonces... sí, marchaos.

Ava se apartó a un lado y vio cómo el coche de Zachary se alejaba de la propiedad. Permaneció allí, quieta, viéndolos alejarse, hasta que el vehículo fue un borrón irreconocible en la lejanía.

Caminó hacia la casa y se sentó en el sofá, pensando en lo vacío que estaba el salón sin Zach ni Charlie. Sintióse sola, subió al despacho de Liam, aunque sabía que no le gustaba que lo molestasen mientras trabajaba.

Sentía una extraña inquietud en el estómago y no comprendía por qué.

El trayecto de vuelta fue tranquilo. Zachary conducía en silencio y Charlie lo agradecía. No tenía fuerzas para hablar. Lo único que rompía aquel mutismo era la radio, que sintonizada en una cadena provincial amenizaba el viaje con música navideña.

La nieve volvió a caer sobre ellos, llevándolos a recordar aquella extraña semana en la casa de las Rocosas. Charlie pensó en Liam, en lo estúpida que había sido enamorándose de él. Todavía no comprendía cómo había podido ocurrir tan rápidamente, pero lo había hecho, y le dolía aquella despedida. Sin embargo, era lo mejor.

Se limpió una lágrima de la mejilla y miró por la ventana del copiloto. El cielo parecía a punto de caer sobre ellos. La nieve caía con más fuerza y los coches circulaban a menor velocidad.

Zachary la miró de reojo y vio que su cara estaba mojada. Suspiró y apagó la radio.

—¿Te encuentras bien, Charlie?

—Sí, sí, no es nada.

—Las despedidas son duras, ¿verdad? —preguntó intentando quitarle hierro y hacerla sonreír.

—En realidad no, Zach. Lo duro ha sido darme cuenta de que he sido una tonta.

Él suspiró y asintió con la cabeza, de acuerdo con sus palabras.

—Entonces, creo que somos dos los tontos equivocados.

—Pensaba que tu amistad con Ava estaba bien —comentó Charlie abriendo mucho los ojos.

—No, no lo está. Al menos no tan bien como ella piensa. —Miró a Charlie y le sonrió con tristeza—. Siempre he sido un amigo leal, el que callaba sus sentimientos por miedo a perderla o herirla. Siempre contento con las migajas, siempre esperando una señal, un cambio. Siempre en segundo lugar. Pero eso se acabó. Es hora de hacer mi vida alejado de ella.

—Te comprendo.

—En unas semanas me mudaré a Calgary. Trabajo nuevo y, espero, vida nueva.

—Seguro que lo consigues, Zach —lo animó con una sonrisa triste.

Él le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Te tomarás un café conmigo algún día, ahora que vamos a vivir tan cerca?

—Cuenta con ello.

—Quizás entonces, tengas fuerzas para contarme qué ha pasado con Liam.

—¿Cómo sabes que estoy así por él? No he dicho nada al respecto —comentó asombrada.

—No hay que ser demasiado inteligente para darse cuenta, Charlie. Los hermanos Tremblay

saben calar hondo.

CAPÍTULO 13

Liam dejó el bolígrafo sobre su escritorio y apoyó la espalda en el respaldo de su silla. El libro estaba terminado. Acababa de escribir la palabra fin en la última hoja después de dos semanas. Era todo un récord para él haber logrado acabarlo en ese tiempo, pues aparte de ser un manuscrito bastante técnico, como todos los demás, incluía pequeñas historias que respaldaban sus teorías psicológicas. Estaba seguro de que a su editor iba a encantarle, y a sus lectores más fieles.

No obstante, estaba agotado. Esos últimos días sus horas de trabajo se habían multiplicado de forma inhumana, pues necesitaba mantener la cabeza ocupada y no pensar en Charlie.

Hacía más de cuatro días que se marchó y Liam no era capaz de pasar más de cinco minutos sin que su cabeza regresase a ella. Su único bálsamo era la escritura.

Recordaba esas noches, esas madrugadas, las risas en la cama y la pasión con la que siempre fundían sus cuerpos en uno. Desde la primera vez que la vio, le pareció una mujer preciosa, y bien sabía que intentó alejarse de ella por todos los medios. Las chicas así solo traían dolores de cabeza, con Sienna le ocurrió algo parecido. Sin embargo, había una gran diferencia entre su ex mujer y Charlie, pues esta última tenía buen corazón. Era transparente, sin maldad, bonita por dentro y por fuera.

Junto a ella se sintió pleno, tan completo como no lo estuvo nunca, pues se complementaban tan bien... tenían tantas cosas en común...

Odiaba reconocer que la echaba de menos, pero lo hacía. Era un sentimiento desagradable, de la clase de sentimientos que se prometió no volver a sentir tras su divorcio. No obstante, con Charlie no tenía ese mal sabor de boca, sino todo lo contrario. La recordaba con nostalgia, con alegría y con algo de pena a la vez, pues se separó de él enfadada.

Lo quería. Se lo había confesado mientras hacían el amor, y a él le gustó escucharlo. Fue como un chute de adrenalina, como si practicara rafting en las aguas bravas del río Fraser. Su relación con ella había sido la más excitante que jamás hubiese tenido, era la mujer con la que más conectó de todas y a la que, en el pasado, hubiese querido seguir conociendo. Pero estaba escarmentado del tema amoroso. No necesitaba, ni quería, a nadie a su lado. La marcha de Charlie había sido lo mejor para los dos. Fue una bonita aventura mientras duró, pero ahora tocaba regresar a su rutina de escritura y soledad.

Abandonó el despacho y bajó por las escaleras. Al llegar al salón le pareció ridículamente vacío, pues solo estaba Ava en él. Su hermana miraba por la ventana que daba al patio delantero de la casa.

—¿Hay algo interesante que ver? —preguntó Liam a modo de saludo.

—No, nada interesante —dijo ella encogiéndose de hombros—, solo a la grúa llevándose el coche de Charlie.

Al escuchar aquello, Liam corrió hacia la ventana, junto a su hermana. En efecto, los operarios de la grúa enganchaban el pequeño Volkswagen rojo y tiraban de él para montarlo sobre el

remolque.

Una sensación agria le recorrió el estómago al ver la imagen. Con la marcha del coche, el recuerdo de Charlie se avivaba todavía más. Podía verla claramente riendo a su lado, acariciándolo con ardor, besándolo con todas sus ganas y jadeando de esa forma tan sensual que solo ella sabía. Maldijo en silencio y se apartó del cristal. No quería ver cómo se llevaban su coche. Sentía... no sabía explicar lo que sentía, era... doloroso.

Tomó asiento en el sofá, con actitud indiferente, pero con el oído atento al mínimo ruido de la grúa. Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron. Fue hacia ella con el ceño fruncido, pensando en quién podría ser. Cuando abrió vio a uno de los operarios, mirándolo sonriente.

—Buenos días, señor.... —Alzó una mano y leyó algo escrito en un sobre—... ¿Tremblay? ¿Liam Tremblay?

—Ajá, soy yo.

—Esto es para usted. La señorita Wilson me encomendó dársela.

Liam cogió la carta con el corazón latiendo a mucha velocidad. Charlie le había mandado una carta. Estaba deseando abrirla y leer lo que había escrito en ella.

Agradeció al operario de la grúa que le hubiese entregado la carta y cerró la puerta tras su marcha. Corrió al sofá y se sentó de nuevo, notando que las manos le temblaban mientras intentaba abrirla. ¡Pero qué tontería, Liam Tremblay temblando por una estúpida carta! Pensó. Sin embargo, no podía evitar que eso sucediese. ¿Qué habría escrito Charlie? ¿Sería una disculpa por haberse marchado de ese modo? ¿Le pediría de nuevo que volviesen a verse? ¿Le repetiría que lo quería?

—¿Qué es eso? —preguntó Ava cerrando la ventana y sentándose a su lado.

—Charlie ha enviado una carta.

—¿Estás nervioso? —dijo ella con una sonrisita pícaro en los labios.

—No digas bobadas, Ava.

No obstante, lo estaba, y mucho.

Cuando logró abrir el sobre, el desencanto cayó sobre él como un jarro de agua fría. Dentro no había ninguna carta, ni palabras dulces, ningún te quiero, ni súplicas para volver a verse. En cambio, encontró un cheque con la cifra de quinientos dólares escrito en él para la reparación de la valla.

—¿Entonces mi maleta estuvo contigo todo el tiempo?

La expresión de Lily era digna de un cuadro. Sentadas sobre la cama de esta, hablaban sobre las únicas vacaciones navideñas que habían pasado separadas.

Llegó a casa y se despidió de Zachary con la promesa de volver a verse para charlar, cuando él se mudase a Calgary y comenzase en su nuevo trabajo. Al entrar en la vivienda familiar, comprobó que todavía no había nadie en ella. Sintió alivio, pues no le hubiese gustado preocupar a sus tíos con su repentina desaparición. No obstante, regresaron al día siguiente, llenando la casa de gritos, risas y peleas por parte de los hermanos de Lily. La abrazaron al verla y le contaron de forma atropellada sus aventuras en el Lago Louise, relatando con pelos y señales las culadas de su tío Archie contra la nieve el día que practicó snowboard.

Los había echado de menos, mucho. Y se prometió no volver a pasar más Navidades lejos de ellos. Si hubiese accedido a quedarse en el hotel Fairmont Château, junto a su familia, todo hubiese sido mejor. No habría conocido a Liam y no se sentiría tan apenada por todo lo ocurrido. Todavía lo sentía en sus labios, lo sentía en su cuerpo. Liam nunca habló de amor, ni de comenzar

una relación. Siempre había sido sincero, siempre frío respecto a esos temas. La culpa era únicamente suya porque, aun así, se enamoró de él. Y estaba enfadada, pero lo estaba con ella misma. Tonta, Charlie, eres una auténtica tonta, se decía a menudo, cuando lo recordaba. Sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Ese hombre se había metido bajo su piel.

Charlie miró a su prima, que esperaba una respuesta, y asintió, sin dejar de sonreír.

—Ajá, te dejaste la maleta en mi coche y, cuando me di cuenta, regresé para devolvértela.

—¿Fue así como llegaste a parar a la casa de ese escritor?

Charlie asintió e intentó que la sonrisa no se moviese de sus labios, pero pensar en Liam y seguir sonriendo era complicado.

—Di media vuelta para regresar al hotel y darte la maleta, pero la tormenta de nieve me pilló por el camino. Mi teléfono móvil no funcionaba, el GPS del coche tampoco y... no recordaba el sendero que llevaba al lago, así que me confundí de carretera. Conduje un buen tramo por ella hasta que me di cuenta de que estaba en un lugar equivocado. Cuando fui a dar la vuelta, el coche patinó con el hielo del arcén y choqué contra la valla de Liam. Mi coche no volvió a arrancar y él permitió que me quedase hasta que la tormenta pasase y las quitanieves despejasen el camino.

—¡Mira que le dije a mamá que me parecía raro que no contestases al teléfono! —exclamó Lily comprendiendo ahora el motivo.

—En la casa estábamos incomunicados. Tuve suerte de que mi coche chocase justo frente a su puerta. Si lo hubiera hecho en otro lugar, quizás no estaría aquí para contarlo —comentó Charlie encogiéndose de hombros.

—¿Y qué tal es ese tal Liam Tremblay?

—Pues... —Se quedó pensando en cómo comenzó todo—... al principio era huraño y muy antipático, no comprendía el porqué de su comportamiento. Sin embargo, su actitud cambió y... comenzamos a llevarnos bien.

—¿Es guapo? —la interrogó su prima con un brillo pícaro en los ojos.

—Es muy guapo, Lily —asintió con un suspiro—. Agradable, hablador, culto, divertido...

Su prima frunció el ceño al ver la expresión soñadora de Charlie al hablar sobre ese escritor. Se cruzó de brazos y la miró con interés.

—¿Os habéis liado?

—¿Qué? ¿Qué pregunta es esa? —habló Charlie intentando que los colores no caldeasen sus mejillas.

—¡Charlie Wilson, estás roja como un tomate! ¡Te has liado con ese escritor! —la acusó sin dejar de reír.

—¿Y qué si hubiese sido así? —se defendió.

—¡No te estoy juzgando! ¡Bien por ti, chica! Te diste un homenaje con un tío bueno.

Charlie se mordió el labio inferior y se pasó una mano por el pelo.

—Ya sabes que no me gusta hablar sobre ese tema.

—Sí, sí, eres muy tuya para los asuntos sexuales, lo sé —le quitó importancia. Se acercó más a ella y le cogió las manos—. ¡Pero, cuéntame más! ¿Os vais a volver a ver?

—No.

—¿Por qué?

—Liam no busca una relación. Lo nuestro solo fue una aventura para él.

—¿Y para ti qué fue? —le preguntó Lily.

Charlie miró a su prima con el semblante serio y asintió con la cabeza, dándole a entender lo que sentía.

—Para mí fue mucho más que eso. Liam es tan...

—¿Especial?

—Muy especial.

—¿Le dijiste lo que sentías? Quizás si lo hubiese sabido...

—Le confesé mis sentimientos, pero su respuesta siempre fue la misma. —Fijó la vista en la pared de enfrente y suspiró—. Nos separamos enfadados.

—Oh, Charlie, cuánto lo siento...

—Y yo, pero... así son las cosas, ¿no?

—Ese hombre no sabe lo que se pierde. Si no te quiere... que se quede en su maldita casa encerrado como un oso, hibernando. Encontrarás a otro mejor.

—Lo sé. Solo fue una semana, pronto se me pasará. —Sonrió y abrazó a Lily, que rio encantada. Cuando se separaron, Charlie la señaló con las manos—. ¿Y tú? ¿Vas a contarme ya qué ha pasado con ese tal Nathan?

—¡Ay, Charlie... él sí que es especial! ¡Prometió llamarme, y ya lo ha hecho más de tres veces! ¡Y eso que no ha pasado ni un día desde que nos despedimos!

—¿Pero no vive demasiado lejos? ¿No será la distancia un problema, Lily?

—Lo es, es un problemón —admitió mordiéndose el labio inferior—. Pero Nathan quiere intentarlo, dice que si ponemos de nuestra parte podremos superarlo.

—¿Y tú estás dispuesta?

—Lo estoy. Es muy especial, Charlie, y su hija es un sol. Nunca he estado tan a gusto con nadie.

—Pues os deseo lo mejor, y... ya lo conoceré algún día, ¿no?

Lily sonrió de oreja a oreja y asintió, sin albergar ninguna duda.

—Lo conocerás, y pronto. Nathan va a venir en cuanto pueda escaparse de su trabajo, para pasar unos cuantos días más conmigo.

Tras los últimos coletazos navideños y la llegada el Año Nuevo, la vida de Charlie se mantuvo tan ajetreada como de costumbre. El nuevo curso escolar la tenía ilusionada y tan atareada con la planificación de las materias y la enseñanza de sus pequeños alumnos, que el rostro de Liam iba desdibujándose poco a poco.

Todavía pensaba en él, pero el tiempo con el que contaba para ello era tan poco que su recuerdo apenas inundaba su cabeza los pocos minutos que tardaba en quedarse dormida.

Sus días era caóticos. Entre el colegio, las clases extraescolares a niños de primaria y la ayuda en el comedor social, apenas tenía tiempo de mirarse al espejo.

Su coche volvía a funcionar, pero seguía aparcado en el garaje familiar a la espera de que el valor volviese a llamar a su puerta. Tras el accidente no se atrevió a volver a conducir, y aunque sabía que no debía dejar que el miedo la dirigiese, todavía no se sentía preparada para volver a agarrar el volante. Por el contrario, el transporte público era su salvación. Iba de aquí para allá en él, desde casa al trabajo y desde el trabajo a donde su ocupada agenda la dirigiese.

El mes y medio que llevaba en Calgary salió con amigas, con compañeras de trabajo y con algún que otro hombre medianamente guapo e interesante. Era divertido hacerlo, normalmente eran tipos caballerosos y educados con los que compartía algún que otro beso, pero con los que no llegaba a más, pues no le aportaban esa chispa que necesitaba para que su corazón se reblandeciese.

Comenzaba las citas ilusionada por la idea de conocer a una nueva persona y salía de ellas desencantada y con la seguridad de no querer seguir haciéndolo. No podía evitar acabar comparándolos con cierto escritor, colocando en una balanza las cualidades de uno y del otro, y para su total desconcierto Liam ganaba por goleada a cualquiera de los demás.

Cansada de las comparaciones y de no poder ser capaz de prestar atención a sus citas como se merecían, decidió pasar una temporada prescindiendo de ellas. Quizás, en soledad, pudiese darse cuenta de lo que realmente buscaba.

La última semana de febrero se presentaba tranquila. Pasada ya la celebración de San Valentín, y las actividades que esa fecha suponía para el colegio, el ritmo de trabajo bajó un poco. Acudía cada día a clase con una sonrisa para sus niños, jugaba con ellos e intentaba que aprendiesen algo nuevo, pero sin presionarlos demasiado, pues todavía eran muy pequeños.

El último viernes de ese mes, después de las clases, se reunió en la sala de los profesores para recoger sus cosas y marcharse a casa. Ese fin de semana celebraban el aniversario de boda de sus tíos Poppy y Archie, e iban a prepararles una fiesta sorpresa. Lily, sus primos y ella lo organizaron todo para que ninguno de los dos sospechase nada.

Salió del colegio y caminó por la acera que llevaba hasta la parada de autobuses. No obstante, antes de que pudiese alcanzarla una voz llamó su atención.

—Charlie, ¿eres tú?

Cuando dio la vuelta, una gran sonrisa apareció en su cara.

—¡Zach! ¡Pero qué agradable sorpresa!

Fue hasta su lado y se saludaron con un abrazo. Zachary estaba espléndido, vestido con unos pantalones vaqueros oscuros y una camisa a rayas. Al verlo sintió que el tiempo regresaba atrás, que todavía estaban en aquella casita perdida en las Rocosas. Una extraña incomodidad se instaló en su estómago al pensar en Liam.

—He empezado hoy a trabajar aquí.

—¿Dónde?

—En Three Hills School, a dos manzanas de distancia.

—¿En serio? ¡Guau, estamos muy cerca! Mi colegio es el Drumheller Valley.

Zachary le sonrió.

—¡Qué alegría me da verte, Charlie! Y más cuando aquí no conozco a nadie.

—Puedes llamarme cuando quieras, tiene que ser muy duro estar lejos de casa.

—Lo es —asintió Zach cruzándose de brazos—. Llegué anoche y hasta que no encontré mi apartamento fue un caos. Mi dieron ganas de coger un taxi y regresar a Nanton. Esta ciudad es enorme.

—¿Dónde vives? —se interesó ella sin dejar de sonreír, muy feliz de volver a encontrarse con él.

—En Marda Loop.

—Está un poco lejos de tu colegio.

—No encontré nada mejor.

—¿Miraste en Silverado o Mahogany? Son comunidades muy tranquilas y cercanas. Yo vivo en Copperfield, pero también está un poco lejos de donde trabajo.

Zachary le sonrió agradecido.

—Miraré en alguna de ellas. Hasta que no me acostumbre a Calgary, y su barullo, voy muy perdido. —Rio y se pasó una mano por su cabello zanahoria—. Ni siquiera estoy seguro del autobús que debo coger para regresar a mi apartamento.

—Debes esperar al número veintitrés.

—Oh, Charlie, te estás convirtiendo en mi ángel de la guarda —dijo mirándola con agradecimiento.

—¡No hay de qué, por favor!

—Me encantaría poder quedar contigo y que nos tomásemos un café.

—Eso está hecho, Zach.

—¿Te gustaría cenar conmigo el sábado?

—Imposible —comentó con los labios fruncidos—. Es la celebración del aniversario de boda de mis tíos.

—Vaya, qué mala suerte.

—Pero... si quieres... el próximo fin de semana me viene bien.

—Pues resérvame un día —añadió él sonriente—. Sin embargo... me temo que tendrás que elegir tú el sitio, porque yo... apenas conozco lugares interesantes.

Charlie se echó a reír y asintió con la cabeza. Zach era genial y se alegraba de haberlo vuelto a encontrar.

—No te preocupes, yo me encargo de todo.

CAPÍTULO 14

Liam guardó su teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta polar y se quedó un buen rato observando la grandiosidad de las Montañas Rocosas.

Había salido prometiéndose regresar a casa en breve, pues para encontrar la cobertura que le permitía efectuar aquella llamada tenía que caminar unos cincuenta metros, siguiendo la carretera. Y el frío no era demasiado agradable, para ser sinceros.

Habló con su editor, que aplaudió encantado la noticia de que su nuevo libro estuviese terminado y corregido. Si todo salía como estaba previsto, llegaría en una semana, para que firmase el contrato y poder recoger el manuscrito él mismo.

Era un día para celebrar. Después de tantos meses de sequía literaria, por fin sacaría otro libro al mercado. No obstante, no se sentía plenamente feliz. En su fuero interno sabía que le faltaba algo.

La soledad de aquel lugar comenzaba a pasarle factura. Con la marcha de Ava, mes y medio atrás, la casa parecía caérsele encima. Su hermana, a pesar de que lo interrumpía a cada rato, conseguía hacerlo sentir acompañado. Nunca pensó que echase en falta estar rodeado de otras personas. Cuando dejó Nanton tras su divorcio, la idea de irse a aquel lugar tan alejado de todo le pareció la mejor idea que hubiese tenido nunca. Sin embargo, ya no lo sentía así. Seguía escribiendo, de hecho desde que volvió a hacerlo no había parado ni un día, pero su despacho le parecía triste, su habitación deprimente y el resto de la casa sombría y lúgubre.

La imagen de Charlie revoloteaba por su mente. La veía riendo en la cama, abrazándolo, dormida a su lado...

No quería admitir que la echaba de menos, de hecho cada vez que esa idea pasaba por su cabeza la desechaba de inmediato. No necesitaba a nadie, Charlie solo fue una aventura sin importancia. Un agradable pasatiempo. No obstante, su preciosa cara lo acompañaba a donde fuese.

No necesitas complicarte la vida, ella solo traería problemas, se repetía cuando la debilidad amenazaba con derribarlo. Apenas la conocía, no entendía por qué se sentía así si había pasado a su lado una mísera semana. Estaba claro que habían conectado de una forma bastante profunda. Charlie y él se compenetraban a la perfección, compartían algunos gustos y aficiones. Pero Liam no estaba dispuesto a sacrificar su libertad por otra mujer. Bastante escarmentado salió con Sienna.

Se auto convenció de que lo que le pasaba con ella era un encaprichamiento pasajero, que se borraría de su mente cuando pasase algo más de tiempo. Estaba seguro que de su cabeza desaparecería el recuerdo de las noches juntos, de su cuerpo desnudo pegado al suyo, de sus labios carnosos sobre su piel. Charlie saldría de su vida y todo volvería a ser como siempre. Estar separados era lo mejor para los dos.

Despegó la vista de las montañas y caminó hacia la casa. Sacó el teléfono del bolsillo para volver a apagarlo, después de todo, ¿para qué le servía si no podía hacer nada con él?

Sin embargo, antes de que pudiese pulsar el botón, la pantalla se iluminó al recibir una llamada. El nombre de su hermana apareció en ella. Liam frunció el ceño y se colocó el aparato al oído. ¿Por qué estaría llamando Ava cuando sabía que rara vez encendía el móvil?

—Ava, ¿ocurre algo? —preguntó a modo de saludo.

—Hola, Liam, ¿que si ocurre? —exclamó ella con voz enfadada—. ¡Esto es muy fuerte! ¡Me parece lo peor!

—¿El qué? —preguntó poniendo los ojos en blanco.

—¡Siéntate sobre algo porque cuando te lo cuente te vas a caer de culo! ¡Es que es una barbaridad!

—Ava, ¿quieres hacer el favor de contármelo de una puñetera vez? —dijo perdiendo los nervios.

—Muy bien, pues escucha atentamente. —Su hermana se aclaró la voz—. ¿A qué no sabes con quién va a salir Zach a cenar esta semana?

—Pues si no me lo dices, no.

—¡Con Charlie! ¡Ha quedado con Charlie, maldición!

Liam sintió que un frío polar recorría su estómago, y no a causa de las bajas temperaturas de las Rocosas. La imagen de ella volvió a su mente. Tan bonita, tan delicada, tan sensual...

—¿Con... Charlie? —preguntó de nuevo para asegurarse de haberla escuchado bien. Tragó saliva pues se le estaba formando un gran nudo en la garganta.

—¡Exacto! —Ava resopló, furiosa, antes de continuar—. Lo llamé hace media hora para que nos viésemos. Llevo desde Navidad sin saber nada de él, ¿y sabes lo que me ha contestado? ¡Que tiene la agenda completa, que tiene los días demasiado ocupados como para poder verme! ¡Y que este fin de semana también lo tenía a tope porque había quedado para cenar con ella! —Maldijo en voz alta—. ¿Qué te parece?

Liam cerró los ojos, más afectado por la noticia de lo que jamás hubiese esperado. Charlie, su Charlie... ¿iba a salir con otro?

Recordó sus palabras de amor. Ese te quiero. Su mirada suplicante cuando le pidió que siguiesen viéndose. Pero él no lo permitió. La rechazó e hirió aunque sin pretenderlo. Jamás quiso hacerle daño.

La había empujado de su lado, la sacó de su vida. Charlie tenía todo el derecho del mundo de rehacerla y salir con quien le apeteciese, a pesar de que le escociese saberlo. No podía ser tan egoísta y pretender que se quedase sola para siempre. Ella merecía estar con un buen hombre, y Zachary lo era.

Sintiendo que la garganta le quemaba, Liam suspiró.

—Me alegro por ellos —se obligó a decir.

—¿Cómo que te alegras? ¡Liam! —saltó Ava furiosa.

—¿Y tú por qué te pones así? Zach es un amigo para ti, nunca lo has visto como nada más que eso. ¡Lo trataste fatal cuando te confesó lo que sentía!

—Sí... bueno... ya, pero... —balbuceó ella.

—¿Qué pretendes, Ava? ¿Que esté a tu merced toda su vida? ¿Que te espere aunque no le des ni unas míseras migajas? Zach no se merece eso, ¿no crees? —habló con madurez, intentando no recordar que era Charlie la mujer con la que iba a verse.

Ava se quedó callada, pensando en las palabras de su hermano. Tenía razón y le fastidiaba que fuese así. No comprendía por qué le molestaba tanto que Zachary saliese con otras, cuando siempre había sido así. Ambos habían tenido relaciones y nunca lo vio mal. Estaba confusa. Esa

presión que sentía en el pecho la tenía desconcertada.

—Es mi amigo, Liam.

—Pues como amiga que eres, deberías alegrarte por él.

—Sí —admitió finalmente, algo abatida—, tienes razón.

Colgaron el teléfono poco después y Liam apagó el aparato.

Continuó caminando hacia la casa con una sensación amarga en el estómago. Su cabeza no dejaba de pensar en ella: Charlie, Charlie... todos sus pensamientos giraban en torno a esa preciosa joven con la que pasó las mejores noches de su vida.

Estaba furioso, estaba dolido, estaba...

No, no podía culparlos por continuar con sus vidas. Ella era libre de relacionarse con quien le apeteciese, y Liam no tenía ningún derecho de ponerse así. Había actuado delante de su hermana como un tipo maduro y racional. Y debía seguir el ejemplo consigo mismo. Él solito había propiciado esa situación. Charlie era libre.

Lily corrió hacia Nathan cuando lo vio bajar del taxi que lo dejó frente al museo Glenbow. Se abrazaron como si hubiesen pasado una eternidad sin verse, cuando en realidad habían estado dos meses separados. Se besaron con ganas, disfrutando de la compañía del otro y sin importarles que los viandantes se los quedasen mirando.

Nathan estaba tan guapo... y tenía tantas ganas de que ese reencuentro se produjese...

Lo había echado de menos. Sus manos, sus labios, su apuesta cara.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó ella cuando despegaron sus bocas.

Él la abrazó y caminaron cogidos de la mano, sin rumbo fijo.

—No demasiado largo, en avión no se tarda tanto como imaginaba, pero se me ha hecho eterno por las ganas de estar contigo.

—¿Dónde está Daryl?

—Se ha quedado con mis padres, en Quebec.

—¿No ha querido venir a Calgary?

—Aunque hubiese querido hacerlo, tiene que ir al colegio.

—Claro, es cierto —rio ella, feliz por tenerlo consigo. Se dirigieron a una calle peatonal llena de pubs y restaurantes—. ¿Te apetece comer algo?

—¿Tú estás dentro del menú? —preguntó mirándola con deseo.

—Lo estoy. —Rio y lo besó con ansia—. Pero me reservo para el postre.

—Ya estoy deseando que llegue.

Tomaron asiento en un restaurante escondido en una pequeña callejuela. Nathan frunció el ceño al comprobar adónde se dirigían, sin embargo, al entrar y ver el exquisito lugar sus reservas se esfumaron. Pidieron beef hash, acompañado por alubias y patatas y degustaron aquel plato típico de la ciudad.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

—Cinco días —respondió él con una sonrisa.

—¿Tuviste muchos problemas en el trabajo para que te diesen permiso para faltar? —se interesó Lily mirándolo a los ojos.

—No demasiados. Me deben algunos días y ya era hora de cobrármelos.

—¿Tienes... tienes casa donde quedarte?

—Me hospedo en el hotel Fairmont Palliser. Hice la reserva antes de salir de Quebec.

—¡Vaya! Es un buen hotel.

—¿Has estado en él?

—No —rio y lo miró encogiéndose de hombros—. Pero tengo entendido que las habitaciones no son baratas precisamente. Todo el mundo habla de lo lujoso que es.

—¿Te quedarás conmigo? —le preguntó Nathan mirándola fijamente.

Lily se humedeció los labios. Pensó en lo que su madre diría si se enteraba de que iba a pasar cinco noches con un hombre al que apenas conocía. No obstante, ya se le ocurriría algo para que Poppy no la mirase como a una delincuente.

—Por supuesto que sí.

Nathan cogió su mano y la besó con galantería. Lily era tan bonita que le parecía increíble que hubiese aguantado tanto tiempo sin verla. Si por él hubiera sido, no volverían a separarse. Nunca pensó que los flechazos existiesen, pero él había sufrido uno y no pensaba resistirse.

—¿Cómo hemos tenido tan mala suerte, Lily? —dijo él sin quitarle la vista de encima.

—¿A qué te refieres?

—Vivimos a casi dos mil millas de distancia, si eso no es mala suerte...

Ella tragó la comida que llevaba en la boca y se limpió con una servilleta. En muchas ocasiones había pensado en aquello, y sí, era horrible estar separada por tantas millas de la persona por la que te sentías atraído.

—Sí, bueno... no podemos hacer nada.

—Ya se nos ocurrirá algo —añadió Nathan con convencimiento.

—Entonces, tú... —dudó si seguir con la pregunta—... ¿tú quieres que lo nuestro se convierta en algo serio?

—Si no lo quisiese, ¿para qué estaría aquí? —Le sonrió y acercó su cara para besarla—. Soy un hombre muy ocupado, tengo una niña a la que cuidar. Si para mí solo fueses un pasatiempo no perdería mi tiempo, ni mi dinero, en venir a verte. —Nathan negó con la cabeza—. ¿Acaso tú no sientes lo mismo? ¿Lo nuestro es una simple aventura para ti?

—En un principio pensaba que lo era —admitió—, pero... el tiempo que pasamos juntos en el hotel y nuestras conversaciones diarias por teléfono... me han demostrado que no. Cada vez me gustas más, Nathan, y me da miedo ilusionarme y que al final esto no llegue a ninguna parte.

—Llegará —dijo convencido—. Cada vez que te miro más seguro estoy de ello.

Los días que transcurrieron tras la llamada de Ava fueron decadentes. Liam apenas se concentraba pensando en Charlie y en Zachary juntos. Por más que intentase convencerse de que las relaciones que tuviese con otros hombres no le incumbían, en el fondo sabía que no era cierto. Su cabeza no dejaba de recordarla, de evocar esos días en los que la nevada la retuvo allí. Esas noches acostados, desnudos, disfrutando de sus cuerpos y de sus conversaciones. Esos días en los que se maravillaba con cada pequeño descubrimiento sobre ella. Esos ratitos en los que el tiempo se detenía y solo eran ellos, sus labios y sus deseos. Esa plenitud que parecía sentir cuando estaba a su lado.

La pasada tarde admitió que lo que le ocurría con Charlie no era un encaprichamiento. No tuvo más remedio que aceptar que había tenido una venda en los ojos, y que era verdad eso que decían de que no había más ciego que el que no quería ver. Liam no había querido darse cuenta, era demasiado orgulloso como para aceptar que estaba equivocado, que esa chica le había robado el corazón y que se estaba haciendo daño cada vez que lo negaba. Pero ya no existía la posibilidad

de la marcha atrás. Aquello que sentía por Charlie era intenso, mucho. Y aunque sabía que había fastidiado su relación, no podía darse el lujo de quedarse de brazos cruzados. Ahora que había aceptado su error, no pensaba esperar a que ocurriese algún milagro. Siempre fue un hombre de los que pensaban que la suerte no existía. Si se quería conseguir algo, no quedaba más remedio que luchar por ello con todas sus fuerzas.

No le gustaba recordar que la dejó marchar por miedo, no obstante, así fue. Su experiencia con Sienna lo dejó tan escarmentado que no deseaba volver a pasar por lo mismo una segunda vez. Pero eso no pasaría con Charlie. Ella no era su ex mujer. Charlie era especial, siempre lo supo. Y a pesar de no saber si su relación llegaría a buen puerto, o se quedaría en una simple anécdota, no iba a acobardarse. Ya no. Liam Tremblay había aceptado la derrota, los sentimientos hacia ella habían ganado, y ahora que tenía claro lo que le ocurría pondría todas las cartas sobre la mesa.

Se colocó la chaqueta polar, salió de casa y recorrió, por segunda vez en esa semana, los cincuenta metros que lo separaban del alcance de una antena de telefonía.

Sacó el móvil del bolsillo y lo encendió, pensando con decisión, y un poco de nerviosismo, en lo que se proponía.

Marcó el primer número de teléfono que tenía en su agenda y se colocó el aparato al oído, esperando contestación. Y esta no tardó en llegar.

—¿Liam? ¿Eres tú? —contestó su interlocutor nada más pulsar el botón que aceptaba la llamada.

—Hola, Owen, ¿cómo estás?

—Bien, bien —dijo su editor sin saber a qué se debía aquella extraña llamada, pues Liam solo telefoneaba para informarle de que había un nuevo libro esperando a ser imprimido—. ¿No me digas que tienes otro manuscrito?

Liam sonrió y negó con la cabeza, a pesar de que el otro no pudiese verlo.

—No, no es eso.

—Joder, menos mal, estamos trabajando a tres mil por hora para tener el último que me enviaste a punto para el mes que viene.

—No te apures, hombre, tampoco tengo veinte manos —rió él notando el alivio en Owen, pues su editor se implicaba en cuerpo y alma para que el libro estuviese perfecto, y aquel era un trabajo agotador.

—Sería rentable para ti tenerlas, y también para la editorial —bromeó a su vez—. Pero, cuéntame, ¿a qué se debe esta llamada?

Liam suspiró y se humedeció los labios. Alzó la mirada y recorrió aquel paisaje hermoso y alpino que tanto le gustaba.

—Verás, Owen, ya sé que ese no es tu trabajo, sin embargo, estando en este lugar tan alejado no se me ocurre una mejor persona para que me ayude en esta empresa.

—¿Ayudarte? Por supuesto, ¿qué necesitas?

—Quiero un cambio de aires —dijo Liam sin más.

—¿Un cambio? ¿A qué te refieres?

—Estoy cansado de vivir aquí, me gustaría marcharme a un lugar más... poblado.

—¿Quieres que te busque una casa en un pueblo? —lo interrogó con interés.

—En Calgary. —Al nombrar la ciudad de Charlie su imagen apareció de nuevo por su mente. Sonrió.

—Calgary es muy caro, Liam.

—¿Acaso crees que me preocupa el dinero? Puedo permitírmelo.

—¿Apartamento? ¿Casa?

—Owen —dijo sin dejar de sonreír—. Me da igual. Un sitio decente y no demasiado ruidoso.

—¿No demasiado ruidoso? —Rio—. ¿Sabes qué puta ciudad es Calgary, te das cuenta dónde te metes? Es la urbe más grande de la puñetera provincia de Alberta. —Owen se quedó callado unos segundos—. A no ser que quieras una casita en las afueras.

—No, nada de eso, en el centro —lo contradijo Liam sin dejar de sonreír al pensar en que estaría cerca de cierta mujer de ojos azules y cabello de oro.

—Muy bien, como quieras, luego no digas que no te avisé.

—No te preocupes, Owen, sé muy bien a dónde voy y el motivo por el que lo hago. No voy a arrepentirme, sé que merecerá la pena.

Por supuesto que lo haría. Charlie la merecía. Y no quería vivir ni un día más separado de ella. Habían pasado demasiado tiempo el uno sin el otro. Ya era hora de arreglar aquello que estropeó por su cabezonería.

CAPÍTULO 15

Charlie ayudaba a su tía Poppy a preparar la cena para esa noche mientras veían el informativo en el canal provincial. El fuego de la chimenea calentaba el salón y los demás habitantes de la casa, incluyendo al abuelo George, se encontraban sentados en los sofás alrededor de la lumbre.

Lily acababa de irse. Esa noche tenía una cita con ese hombre al que conoció en el hotel del Lago Louise, y les informó de que no la esperasen para cenar. Mientras pensaba en su prima, Charlie cortó un par de tomates y los añadió a la ensalada. Su tía, más callada que de costumbre, la miraba de soslayo y sonreía, como si quisiese preguntarle algo y no tuviese el valor de hacerlo. Cosa que le extrañaba, pues Poppy jamás fue conocida por ser comedida ni discreta.

Cuando Charlie levantaba la vista, Poppy apartaba la mirada. Y así un sinfín de veces, hasta que se cansó del juegucito. Colocó los brazos en jarras y la observó alzando una ceja.

—¿Se puede saber qué es lo que pasa?

—¿Por qué iba a pasar algo? —respondió Poppy sonriendo.

—No dejas de mirarme.

—Eso es porque eres muy guapa.

Charlie rio y negó con la cabeza.

—En serio, ¿qué ocurre?

Su tía dejó el cuchillo a un lado y se limpió las manos en el delantal.

—Solo me preguntaba quién era ese chico con el que saliste ayer por la noche.

—Un amigo —contestó Charlie sin dejar de sonreír.

—¿Solo amigo?

—Sí, a-m-i-g-o, amigo —repitió.

—No sé, como vino a recogerte a casa...

—¿Y qué hay de raro en eso? —la interrogó sin comprender.

—¿Cómo se llama?

—Zachary.

—Oh, vaya... —Al escuchar ese nombre pareció perder todo el interés—. Pues muy bien.

Charlie alzó una ceja y se cruzó de brazos, extrañada por la reacción de Poppy. ¿Qué diablos le ocurría? ¿Por qué había reaccionado así al conocer el nombre de su cita?

—¿Qué mosca te ha picado?

—¿A mí? Ninguna —dijo Poppy volviendo a la preparación de la cena.

—Ha sido nombrar a Zachary y tu atención se ha esfumado.

—Sí, bueno, pensé que quizás sería otra persona —comentó como si nada.

—¿Qué otra persona?

—Ese tal Liam.

Al escuchar su nombre en los labios de su tía, Charlie tuvo que agarrarse a la encimera de la cocina. Liam. La nostalgia no la había abandonado después de casi tres meses sin verlo. Lo sentía

tan presente... tan dentro.... A veces, cuando el recuerdo de su sonrisa taladraba su mente, intentaba convencerse de que no era tan especial para ella, que solo fue un lío, que sus sentimientos estaban equivocados, confusos por haber estado viviendo tantas horas a su lado. Se repetía que el haber permanecido encerrada en esa casa había magnificado lo que sentía, que en realidad solo fue deseo. No obstante, en momentos como ese, se daba cuenta de que su cuerpo reaccionaba de una forma brutal al solo hecho de oír su nombre.

—¿Cómo... quién... quién te ha dicho ese nombre? —balbuceó Charlie, nerviosa.

—Tu prima me habló sobre él —comentó como si nada—. Ese tal Liam es el hombre que te acogió en su casa cuando te pilló la tormenta, ¿verdad?

—S... sí, es él.

—Y os enamorasteis —afirmó Poppy.

—No, no fue así. Solo fue algo pasajero —mintió mientras que su corazón golpeaba bruscamente contra su pecho—. Liam no está preparado para una relación.

—¿Y tú sí?

—Yo... —Charlie apretó los labios recordando las últimas palabras que le dijo, el daño que sintió al saberse un juguete en sus manos, una mujer cualquiera que había pasado por su cama—. No, creía que sentía algo fuerte por Liam, pero me equivocaba. De hecho, ya ni me acordaba de él —mintió empujada por la rabia.

—Pues es una pena. Habríaís tenido unos hijos preciosos.

—¡Tía Poppy, no me digas que has estado curioseando por internet para saber quién era él! —exclamó sin poder evitar una sonrisa. Su tía era un caso aparte.

Poppy juntó las manos en forma de oración y miró al techo, soñadora.

—Ay, hija, y qué guapo es. —Cogió a Charlie por el brazo y la miró fijamente—. La próxima nevada seré yo la que se pierda, a ver si doy con un hombre de esos.

Charlie rompió en carcajadas y empujó cariñosamente a su tía. No había una mujer igual que ella.

—¡Pobre tío Archie!

—Pero si yo quiero mucho a tú tío, pero es que... un hombre así...

Sonrió con cariño a la mujer que la había criado como a una hija más, y la abrazó. ¿Qué sería de ella si no hubiese aparecido en su vida?

Mientras la abrazaba, los profundos ojos de Liam emergieron frente a ella. Llevaba bastante tiempo sin evocarlo, pensó que aquello estaba superado. Sin embargo, acababa de darse cuenta de que todavía no lo había conseguido, pues el nudo en el estómago era tan intenso como el primer día.

—Vosotros, los jóvenes, todavía tenéis demasiado que aprender —añadió su tía sin soltarse de su abrazo.

—¿Por qué lo dices?

—Creéis que lo sabéis todo, que podéis engañaros, y engañarnos a los demás con palabrería, cuando el corazón es el que manda sobre todas las cosas. —Miró a Charlie y le sonrió—. Fíjate en tu prima Lily. Piensa que me he tragado el cuento de que se iba a dormir con una amiga, cuando la he visto montar a un taxi junto a un joven que conoció en el Lago Louise. —Charlie se tapó la boca y rio, pues Lily creía que tenía un plan maestro para ocultar que pasaría las noches con Nathan. Poppy le acarició la cara y la hizo mirarla a los ojos—. Y tú, Charlie, mírate a ti. Crees que puedes engañarte negando lo que sientes por ese hombre, cuando tu cuerpo tiembla al hablar sobre él. —Poppy se separó de su sobrina e introdujo las manos de nuevo en el rollo de carne que

metería posteriormente en el horno—. Tenéis mucho que aprender.

Lily y Nathan pasaron dos días completos sin salir del hotel. Los planes que trazaron de enseñarle la ciudad de Calgary se fueron al traste en cuanto pisaron juntos la habitación. Hacía mucho frío fuera, y la cama era blandita y tentadora.

Estuvieron casi todo el tiempo tumbados sobre ella. Hicieron el amor, comieron todo lo que les apeteció llamando al servicio de habitaciones, se dieron baños en el jacuzzi, hablaron con Daryl, y, sobre todo, se comieron a besos. Les gustaba tanto hacerlo...

Se complementaban a la perfección, Lily nunca había sentido aquello con ninguno de sus anteriores novios. Nathan era un hombre hecho y derecho, con el que podía conversar sobre cualquier cosa, con el que se reía a carcajadas y con el que experimentaba el mayor placer carnal que jamás había conocido.

Todavía les quedaban tres días juntos, sin embargo, Lily rezaba para que el tiempo no pasase. No quería despedirse nuevamente de él, saberlo tan lejos y tener la certeza de que no podría verlo aunque quisiese. Y es que eran demasiadas millas. Nunca pensó en lo grande que era Canadá hasta que conoció a Nathan.

Un roce sobre su boca hizo que Lily dejase de pensar en todas aquellas cosas. Nathan sostenía una fresa manchada con nata y se la pasaba por los labios, para que la mordiese. Obediente abrió la boca y masticó aquella deliciosa fruta.

—¿Quieres más? —preguntó él en su oído, con aquel erótico acento francés que tanto le gustaba.

Lily sonrió y lo miró a los ojos.

—¿Más de qué? ¿De ti o de la fresa?

—De ambos.

—De ti siempre, de la fresa no. Como siga comiendo a esta velocidad voy a engordar tanto que mis pantalones estallarán —rio ella.

Nathan la cogió por el trasero y la pegó a su cuerpo desnudo. Cómo le gustaba pasar sin ropa todo el día, junto con ella. Ya no recordaba haber estado excitado tanto tiempo en un solo día. La besó.

—No te vendrían mal unos cuántos kilos, estás muy delgada.

—Quizás tengas razón, entre el trabajo, el gimnasio y el ajeteo diario apenas tengo tiempo de descansar. —Lo rodeó por el cuello y fundió sus labios contra los de él. Aquel contacto activó todas sus terminaciones nerviosas—. Es una pena que tengamos que separarnos. ¿Quién va a alimentarme cuando te vayas?

Al escuchar sus palabras Nathan rio, contagiándola con sus carcajadas.

—Te quedarás triste y flaca, ¿verdad?

—Muy triste y flaca —asintió sin dejar de reír.

Él besó su nariz y sonrió, sin quitarle la vista de encima.

—Entonces, tendremos que hacer algo al respecto, ¿no?

—¿A qué te refieres? —preguntó Lily frunciendo el ceño, interesada.

—¿Y si no nos separásemos?

—¿Cómo iba a ser eso posible? Vivimos en la otra punta de Canadá, nos separa casi todo el país.

Nathan se incorporó y quedó sentado sobre la cama, logrando que Lily se incorporase también

y acabasen mirándose a los ojos, concentrados.

—¿Por qué no te vienes a Quebec conmigo? —le pidió con suavidad.

—¿A... Quebec...? —repitió Lily notando que la boca se le secaba.

—Sí —Él sonrió mostrando sus perfectos dientes—. Tengo una casa enorme, con jardín. Mi ciudad es preciosa, te encantará, y ya conoces a mi hija, Daryl te adora.

La mirada de Lily bajó y miró sus manos.

—Pero, Nathan, aquí tengo a mi familia.

—Podrás verlos cuando te apetezca, te lo aseguro —prometió con sinceridad.

—Y mi trabajo.

—No tienes que trabajar, yo gano dinero por los dos.

Aquella respuesta no agradó a Lily.

—¡Yo quiero trabajar! —exclamó—. ¡También tengo manos!

—¡Pues podrás hacerlo, podrás hacer lo que te plazca! —dijo intentando convencerla.

—Es que me gusta el trabajo de tengo, Nathan.

—¿Lo dices en serio? ¿Te gusta trabajar en una fábrica con animales muertos? ¿Viendo sangre todo el día? No es un trabajo para ti.

—Soy la encargada del control de calidad, ¡estudié para eso!

—Podrás estudiar otra cosa mejor —añadió Nathan con convencimiento.

—¡No quiero estudiar nada mejor, porque esa fue la carrera que elegí! ¡Me gusta lo que hago y me gusta la empresa en la que lo hago! —Se levantó de la cama y se pasó una mano por la frente antes de mirar de nuevo a Nathan—. Es más... ¿por qué tengo que ser yo la que lo deje todo por ti? ¿Por qué no abandonas tú Quebec?

—Daryl está estudiando.

—Aquí también hay colegios —rebató con simplicidad.

—Mi trabajo es importante, Lily. ¡Soy gestor comercial en un banco!

—¿No quieres dejar tu trabajo y tengo que ser yo la que lo abandone todo y te siga? —lo interrogó Lily cada vez más enfadada.

—Mi trabajo es más serio e importante. Tú puedes encontrar miles de empleos en Quebec. ¡No puedes comparar lo que yo hago con tu trabajo!

Aquello fue un golpe bajo que hirió a Lily. No podía creer lo que Nathan acababa de decir. Había dejado claro lo que pensaba sobre la carrera que había estudiado. Le parecía insignificante, que podría sustituirla con cualquier otra cosa, que cualquier trabajo era mejor que el suyo.

Sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia la silla donde descansaba su ropa y comenzó a vestirse. Nathan, al verla, fue a su lado y la cogió por un brazo.

—Lily, ¿qué haces?

—¡Largarme de aquí!

—¡No he dicho nada malo para que lo hagas!

—¡Insultas mi profesión, la infravaloras, me insinúas que no es un trabajo que valga la pena!

—¡Es que tú puedes conseguir algo mejor que eso! ¡Mírate, vales mucho, Lily!

—¡A ver si te queda claro que no quiero nada mejor! ¡Es mi decisión y estoy muy contenta de trabajar en lo que me gusta!

—¡Pues hazlo, joder! ¡Solo quería que supieses que tienes más posibilidades!

—¡Ya sé las posibilidades que tengo, no soy una niña tonta! ¡Y también sé que no quiero irme de Calgary por alguien a quien apenas conozco, y que además no valora lo que hago!

—¿Estás hablando en serio? ¿De verdad piensas eso sobre mí? —preguntó Nathan, dolido.

—¡Es lo que me acabas de demostrar! —Se colocó los zapatos y se colgó el bolso del hombro. Apretó los labios, pues las ganas de llorar empujaban contra su garganta. Miró por última vez a Nathan y se cruzó de brazos—. Vuelve a casa, Nathan. Esta historia no va a poder ser, me estás pidiendo que lo abandone todo por ti, mientras tú no piensas hacer el mínimo esfuerzo. —Abrió la puerta de la habitación y salió sin mirar atrás—. Que te vaya bien.

Cuando se quedó a solas, Nathan se dejó caer sobre la cama, sentado y con las manos tapando su cara, nervioso. Pensó en las palabras de Lily, en la discusión y en lo que había ocurrido para que todo aquello se torciese.

El colegio estaba vacío cuando Charlie cerró el aula en la que impartía clases. Sus pequeños alumnos se habían marchado hacía ya casi una hora, sin embargo, ella se quedó un poco más para recoger al material que habían utilizado y llevarse a casa algunos libros para preparar la lección del siguiente día.

Al entrar en la sala de los profesores, y recoger sus cosas de la taquilla que tenía asignada, se despidió de varios compañeros que todavía seguían por allí, charlando tranquilamente sobre las actividades y actos para el final de esa evaluación.

Le apetecía llegar a casa y darse un buen baño de agua caliente. La caldera del colegio se estropeó a media mañana y habían tenido que pasar el resto del día con los abrigos puestos, pues el helor de la calle se colaba por hasta el mínimo hueco de las ventanas. Esperaba que estuviese reparada para el siguiente día, o el colegio se vería obligado a suspender las clases hasta nuevo aviso. No pensaban poner la salud de los niños en peligro y provocarles una hipotermia.

Salió a la calle y subió la cremallera de su abrigo. El cielo estaba encapotado y amenazaba con ponerse a nevar de un momento a otro. Caminó a paso rápido para llegar cuanto antes a la parada de autobús, hoy más que nunca necesitaba que llegase pronto. Pensar en aquel transporte con calefacción era reconfortante.

Cruzó la calle cuando el semáforo se puso en verde y continuó su camino con la mirada puesta en el suelo, como de costumbre. Estaba a punto de llegar a la parada de autobús cuando alguien la agarró del brazo, logrando que frenase de golpe.

Charlie alzó la mirada para ver de quién se trataba, y lo que encontró frente a ella la dejó sin aliento. Esa chaqueta polar con la capucha llena de pelo, esa cara apuesta y fuerte que le quitaba la respiración, esas gafas que escondían unos ojos penetrantes y oscuros, esos labios gruesos de los que tanto había disfrutado.

No podía ser. Aquello tenía que ser un sueño, una cruel alucinación que le hacía ver al hombre por el que su corazón se aceleraba.

La estaba mirando. La miraba con tan fijeza que conseguía ponerla nerviosa. Y estaba guapo, estaba tan guapo que dolía en el alma.

Sus piernas temblaron cuando él le sonrió. Su sonrisa. Esa que todavía recordaba como si nunca se hubiesen separado.

—Li... Liam —tartamudeó notando que la voz no salía de su garganta.

—Hola, Charlie —la saludó él dando un paso hacia ella—. Diablos, estás preciosa.

Al escuchar aquel halago una vibración la poseyó. No obstante, intentó obviarla.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —preguntó tragando saliva convulsivamente, comprendiendo que ni el tiempo, ni sus ganas de olvidarle habían podido evitar que su estómago se agitase al tenerlo delante.

—Tenía que devolverte esto. —Introdujo su mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un papel, que le entregó a ella.

Al abrirlo, vio que era el cheque que le envió para la reparación de la valla. Charlie negó con la cabeza e intentó que lo cogiese de nuevo.

—Es tuyo, te lo debo por los desperfectos en tu casa.

—No lo quiero.

—Insisto, cógelo por las molestias que causé esa semana.

—¿Molestias? —repetió Liam alzando una ceja—. ¿Por qué piensas eso?

—Tú mismo te encargaste de repetírmelo varias veces —le recordó.

—Pero... eso fue antes de... —Calló—. Charlie, ¿cómo puedes pensar que fuiste un estorbo después de lo que ocurrió entre nosotros?

Ella apretó los labios y el recuerdo de sus palabras la golpearon.

—Claro, fui un incordio hasta que me acosté contigo, ¿verdad?

—Eso no es cierto —se defendió.

—Después del sexo, y de convertirme en tu amante, tu forma de verme cambió.

—¿Por qué dices esas cosas? Sabes que no son verdad.

—¡Fue lo que me demostraste, Liam!

Él se pasó una mano por la mejilla rasposa y negó con la cabeza, mirándola con cansancio. Charlie estaba dolida. Había esperado que así fuese, no obstante, le molestaba que pensase aquellas cosas horribles sobre él.

—No quiero discutir contigo.

—Genial, porque yo tampoco —añadió ella pasando por su lado y siguiendo por su camino con toda la serenidad que su cuerpo le permitió.

Sin embargo, Liam la alcanzó, caminando al mismo ritmo que ella.

—Charlie...

—¿Para qué has venido, Liam? —dijo con enfado—. ¿Para volver a repetirme que lo nuestro no iba a funcionar? ¡Pues márchate, porque cuando me fui de tu casa me di cuenta de que tenías razón! ¡Jamás podríamos estar juntos, no sé en qué estaba pensando cuando te supliqué que nos diésemos una oportunidad!

Liam frunció el ceño y la miró fijamente.

—¿Puede que estuviese equivocado!

—¡No, no lo estabas! Me hiciste abrir los ojos, tus palabras lograron que me diese cuenta de lo diferentes que somos.

—Eso no es del todo cierto.

—¡Sí que lo es! —exclamó enfadada—. ¡Estoy conociendo a gente nueva, personas más afines a mí de lo que nunca lo serás tú!

—¿Como Zachary? —preguntó lanzando un dardo envenenado—. ¿Zach es más afín a ti?

—¿Cómo sabes que salí con él?

—¡Eso no es significativo, Charlie! Contesta a mi pregunta. ¿Lo prefieres a él?

—¿Y a ti qué te importa? —gritó sin importarle que la gente se les quedase mirando—. ¿Estás aquí en calidad de detective?

—No me gusta para ti —añadió Liam, más celoso de lo que nunca imaginó.

—¡Ese no es mi problema, Liam! ¡Si es bueno, o no, es algo que tendré que decidir yo! —dijo con determinación, a pesar de que Zach y ella solo eran buenos amigos.

—No quiero que salgas con él —le ordenó apretando los dientes y cogiéndola del brazo.

Charlie dio un tirón y se soltó de su agarre. Lo fulminó con la mirada y negó con la cabeza, sintiendo que la ira era tan potente que explotaría en cualquier momento.

—¡Tú no eres nadie para darme órdenes, Liam Tremblay! ¡No eres nadie en mi vida y no lo serás nunca, así que haznos este favor a ambos y desaparece de mi vista de una puñetera vez!

Tras aquella explosión de rabia, Charlie siguió su camino aguantando las ganas de llorar. ¿Qué estaba haciendo Liam en Calgary? ¿Por qué se empeñaba en atormentarla con su presencia? ¿Qué le ocurría a su cuerpo que, cada vez que lo veía, no podía dejar de temblar?

Sin poder evitar que una lágrima resbalase por su mejilla corrió hacia la parada de autobuses e intentó serenarse y olvidar que alguna vez se había vuelto a encontrar con el hombre al que todavía seguía queriendo.

CAPÍTULO 16

Lily lloró abrazada a Charlie al tiempo que le relataba lo sucedido con Nathan. Cuando llegó del colegio, después del encontronazo con Liam, su prima sollozaba tirada en la cama, de forma descontrolada. Al verla tan afectada, dejó de lado su propia tristeza y corrió a su lado para saber qué le ocurría. Lily no era de la clase de personas de llanto fácil. Si estaba tan afectada era por algo grave.

Le contó lo sucedido con ese tal Nathan, la discusión que tuvieron y la apresurada despedida con la que se separó de él.

—Ay, Charlie, me duele tanto... —gimió con la cabeza apoyada en su hombro.

—No te pongas así, apenas os conocéis —dijo intentando darle ánimos, pero comprendiendo a su prima más de lo que ella pensaba. Su historia con Liam también estaba siendo dura, y no se conocían mucho más que Lily y Nathan.

—Estaba tan ilusionada con él... pensé que... que...

—Pero ya sabías que iba a ser difícil. Es mucha distancia la que os separa —respondió con voz tranquilizadora.

—Quiere que lo deje todo, ¡que sea yo la que lo sacrifique todo por él! —exclamó enfadada, pero sin dejar de llorar—. ¿Tú harías algo así?

Charlie se encogió de hombros.

—No lo sé, nunca he estado en la situación de tener que decidir algo parecido.

—Y mientras tanto... él no perdería nada. Seguiría en su ciudad, con la gente que conoce, con su familia y su puesto de trabajo —continuó en sus trece.

—¿Le pediste que fuese él quien se quedase aquí?

—¡Lo hice! ¡Y salió con evasivas! ¡Que si su hija iba al colegio... que si su importante trabajo en el banco... que si tal y que si cual... ¡Todo excusas, Charlie!

—Mujer, el tema de la niña sí que es un poco más serio —habló sin dejar de darle vueltas—. Es una chiquilla, Lily. Sería duro para ella tener que abandonar su colegio, a sus amigos, a toda su familia y mudarse a una ciudad en la que no tiene a nadie, excepto a su padre.

Lily miró hacia el suelo y asintió.

—Sí, en eso tienes razón. Sin embargo, no sé, Charlie... Nathan ni siquiera pensó en la posibilidad, él estaba convencido de que sería yo la que cedería.

—¿Y no quieres hacerlo?

—No sé si sería capaz —admitió—. Aquí está mi familia y mi vida. Y... en Quebec lo tendría a él y a Daryl.

—¿Lo quieres? —le preguntó Charlie.

—No lo sé. Lo que siento por Nathan es muy fuerte, muchísimo si lo comparo con el tiempo que nos conocemos. Pero... ¿amor? —Negó con la cabeza—. Todavía es demasiado pronto.

—¿Y por qué no le sugieres que esperéis un poco más antes de dar otro paso en vuestra relación?

—No sé qué voy a hacer al respecto. Quizás lo mejor sea no volver a verlo, que nuestra historia termine así, enfadados el uno con el otro. Quizás así duela menos la separación.

Charlie negó con la cabeza y posó una mano en el muslo de Lily.

—Dolerá igual, créeme.

—Lo dices por experiencia, ¿verdad? ¿Por Liam?

—Hoy... hoy me he tropezado con él en la calle —dijo recordando lo sucedido, con tristeza.

—¿El escritor está aquí, en Calgary? —preguntó Lily alucinada—. ¿Qué está haciendo en la ciudad?

—No lo sé —admitió—. Me devolvió el cheque que le envié y... comenzamos a discutir.

—¿Te insultó? —Lily frunció el ceño al imaginar la escena.

—No, fue... —Charlie se llevó una mano a la frente y suspiró—. Discutimos porque le disgustó que saliese con Zachary.

—¿Estaba celoso?

—No, Liam no es de los que sienten celos.

—¿Entonces qué motivos podía tener para enfadarse por eso?

—No tengo ni idea, Lily. Y, ¿sabes algo? Prefiero no pensar en ello. Hacerlo me duele, creía que el tema de Liam estaba cerrado, sin embargo, no es así. Todavía siento todas esas cosas por él, mi corazón se acelera y los nervios me poseen.

—Sigues súper prendada de él —afirmó su prima.

Charlie tragó saliva y fijó su mirada en la pared.

—Ha sido verlo y... ¡uf, casi me caigo de bruces contra el suelo! Es horrible que mi cuerpo se empeñe en desear a la persona que no debe.

Lily abrazó a su prima y le sonrió, intentando tener su tristeza controlada. Eran dos buenas chicas, jamás se habían metido en lo que no les incumbía, nunca dañaron a nadie y siempre intentaron hacer el bien.

—¿Sabes una cosa, Charlie? No nos merecemos esto.

—No, tienes razón —asintió.

—¿Sabes qué deberíamos hacer? ¡Abrir una buena botella de vino y brindar por esos estúpidos que no supieron cuidarnos! —exclamó Lily con energía.

—No tenemos vino —rio Charlie.

—¡Pues vamos a comprarlo! La tienda de ultramarinos de la esquina sigue abierta. —Se levantó de la cama—. Solo tengo que vestirme y bajar a por esa botella.

Charlie negó con la cabeza e hizo que se volviese a sentar en la cama.

—Aguarda, no te quites el pijama. Yo todavía voy vestida. Me pondré el abrigo y la compraré. —Abrió el armario y sacó la chaqueta polar—. No tardo nada.

Liam pasó la mayor parte de la tarde pensativo. La discusión con Charlie le había dejado un sabor amargo en la boca. Verla tan a la defensiva con él, sentirla tan fría y distante, y saber que había decidido pasar página, era doloroso.

Sí, comprendía que él tampoco había actuado bien con ella. Cuando se separaron, esas Navidades pasadas, actuó movido por la inseguridad y el miedo a que su historia fuese similar a la que tuvo con Sienna. No obstante, había viajado hasta Calgary por Charlie. Había cambiado su solitaria casita en las Rocosas por un apartamento en la Avenida 17, en pleno centro de la ciudad, y hubiese estado dispuesto a mudarse al mismísimo culo del mundo si ella estuviese allí.

Al verla frente a él, todas las emociones que sintió esa semana que estuvieron juntos habían vuelto a golpearle, pero con mucha más fuerza. Estaba tan bonita... tan sensual con aquellos pantalones de pinza, con su corto cabello peinado hacia atrás y sus ojos centelleantes por el enfado... Las ganas de llevársela a algún lugar solitario lo poseyeron, sin embargo, no hizo nada de eso. Charlie lo aborrecía. No deseaba que estuviese cerca de ella y se lo había hecho saber.

Pero seguía deseándolo. Liam estaba seguro de ello. Lo notó en sus piernas, que temblaban y no a causa del frío, en el temblor de su mandíbula al hablar con él, en el rubor que adquirieron sus mejillas al verlo.

Había ido a Calgary a por ella, y no pensaba descansar hasta que regresase a su lado, o por el contrario, comprendiese que realmente no lo quería de veras.

Movido por un impulso y por las ganas de volver a verla, se puso de nuevo la chaqueta polar y salió de su apartamento. Cogió un taxi y le dio la dirección que llevaba escrita en un pequeño papel, y que logró averiguar gracias a la ayuda de su editor.

El taxista lo dejó en Copperfield, una pequeña comunidad de aspecto familiar situada en el cuadrante sureste de la ciudad. Las casas inundaban el paisaje, estampa muy diferente al bosque de edificios que formaba la Avenida 17. Miró el papel que llevaba en la mano y sonrió. Si sus indicaciones eran correctas, la casa donde vivía Charlie estaba a unos metros.

Al llegar a la puerta, resopló para que los nervios se fuesen. Estaba tan concentrado en todo lo que tenía que decirle que incluso el frío pasaba desapercibido. Estaba dispuesto a conseguir que lo escuchase, poder hablar con tranquilidad y decirle todas esas cosas que sentía por ella.

Preparado para lanzarse, alzó la mano para tocar la puerta. Sin embargo, antes de que pudiese hacerlo, esta se abrió desde dentro y ante él apareció la mujer a la que buscaba, la cual dio un respingo al encontrárselo delante, pues no se lo hubiese esperado jamás.

—¿Tú? —dijo ella con la voz más aguda de lo normal. Esa sensación de nerviosismo la poseyó de nuevo. Cerró la puerta tras de sí, para que su familia no los viese y cogió a Liam por la mano, para alejarlo de la casa. Cuando estuvieron en la esquina lo soltó y lo miró de forma acusadora—. ¿Se puede saber qué diablos estás haciendo aquí? ¿Cómo has averiguado dónde vivo?

—Fue gracias al cheque que me enviaste.

—Genial, ¿ahora eres espía? —lo atacó con antipatía.

—Solo quiero que hablemos, antes no hemos podido hacerlo.

Liam se perdió en el azul de sus ojos. ¿Cómo había sido tan tonto de no darse cuenta antes que era tan perfecta? ¿Cómo fue tan estúpido de haber permitido que se alejase de él?

—¡Si no hemos hablado ha sido porque yo no he querido! —exclamó Charlie sin querer mirarle directamente. Liam siempre había tenido el poder de embrijarla.

—Fui un estúpido. Quiero arreglar el error que cometí contigo.

Ella negó con la cabeza y agitó una mano.

—No, no. Es suficiente —lo cortó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ahora vivo aquí —dijo con serenidad.

—¿Liam Tremblay en Calgary? ¿Qué mosca te ha picado? ¡Esta ciudad es todo lo que tú odias!

—Te echaba de menos, Charlie.

—¡Deja de decir mentiras, no es tu estilo!

—¡No, no lo es! ¡Si lo estoy diciendo es porque es verdad!

—¡Vete a otra con esos cuentos! —exclamó dándose la vuelta, sin embargo Liam no se lo permitió—. ¡Suéltame!

—¡Estoy aquí para que hablemos y lo haremos, aunque tenga que atarte a ese árbol para que me escuches!

Charlie resopló y se cruzó de brazos. Todo aquello le estaba haciendo daño. Ella solo quería rehacer su vida y olvidar a Liam. ¿Por qué el destino se empeñaba en hacerla sufrir?

Apretó los labios y lo fulminó con la mirada.

—Muy bien, ¿quieres hablar? Habla. Pero cuando acabes te irás y no me molestarás más, ¿entendido?

—Entendido.

—Pues adelante, no tengo toda la noche —añadió con voz glacial.

Liam sopló, pues aquella era la única forma de poder serenarse un poco. Charlie estaba pendiente de sus movimientos y esperaba que dijese lo que tenía en mente cuanto antes, sin embargo, no se le ocurría por dónde empezar. Tenían que hablar sobre tantas cosas...

—Charlie, yo... me arrepiento de todo lo que te dije para alejarte de mí. Eres la mujer más especial que he conocido nunca y tenía miedo.

—¿Tú, miedo? —rio sin llegar a creérselo.

—Lo tenía. Intenté construir una coraza para que mis sentimientos reales no apareciesen.

Ella apretó los labios y aguantó el nudo de la garganta.

—Pero tenías razón, no estamos hechos el uno para el otro.

—No estoy tan seguro acerca de eso —dijo dando un paso hacia ella.

—Tú no quieres compromisos, Liam, quieres ser libre, ir a tu aire y vivir encerrado en tu mundo. En tus libros.

—En realidad, no es así.

—No quieres una familia, no quieres a nadie que te moleste mientras trabajas.

—Yo quiero estar contigo —admitió con seriedad, sin apartar sus oscuros ojos de ella.

—No, no es verdad. Lo que ocurre es que te gustó tenerme de entretenimiento. Te daba lo que querías: sexo.

—Admito que al principio fue así. No iba buscando una relación.

—¡Yo tampoco la buscaba, pero jamás he lastimado a nadie por ello!

—¡Nunca fue mi intención hacerte daño. Eres lo mejor que ha pasado por mi vida en mucho tiempo, Charlie!

Ella jadeó al escuchar aquellas palabras salir de su boca. En otras circunstancias se hubiese ablandado, sin embargo, habían pasado tres largos meses en los que el dolor había pasado a transformarse en resentimiento.

—¿Y qué pasará después, Liam? —preguntó con voz dura—. ¿Qué pasará si... el tiempo corre y un día quiero que me des un hijo? ¿Saldrás corriendo, me dirás que sigues sin querer familia?

—No sé qué pasará —admitió—. Yo solo quiero que estemos juntos. El mañana ya se verá.

—Para mí eso no es válido. No puedes darme lo que quiero, tú mismo lo dijiste. No estoy hecha para ti. Deberías volver a tu casa en las Rocosas.

Liam apretó la mandíbula después de escuchar su respuesta.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó alzando la voz—. ¿Realmente eso es lo que deseas, Charlie? ¿Que salga de tu vida para siempre?

—Ya lo habías hecho, ¿recuerdas? ¡Y la primera vez no te importó lo que pensase al respecto! ¿Por qué iba a preocuparme a mí lo que sientes ahora? ¡Estoy intentando vivir mi vida, seguir adelante!

—¿Saliendo con Zach? —repitió cada vez más celoso del amigo de su hermana.

—¡Saliendo con quien me apetezca!

—¡Maldita sea, Charlie, nos gustamos! ¡Me dijiste que me querías!

—¿Y crees que no me arrepiento?

—No digas eso —le suplicó mirándola a los ojos.

—¡Diré lo que me plazca, saldré con quien me parezca y me olvidaré de ti, Liam Tremblay!
¡Puedes estar seguro!

Dejándose llevar por un arrebató, la cogió por los brazos y la pegó a su cuerpo. Juntó sus labios en un beso furioso, notando cómo Charlie se agarraba fuerte a su chaqueta, asombrada por su ímpetu. La aplastó contra el tronco de un árbol cercano y profundizó el beso, sintiendo que todo el deseo que llevaba conteniendo desde que se separaron, regresaba a él con más intensidad todavía. Su cuerpo la había añorado, su piel ansiaba su contacto, sus labios necesitaban paladear su dulce sabor. Era ella. Charlie era quien removía todo su interior y lograba que deseara cosas que nunca antes quiso poseer. Esa preciosa mujer a la que besaba podía hacerlo revivir con un simple roce, y acabar con él con unas pocas palabras. A pesar de ser más fuerte y grande que ella, se sentía a su merced, era su kriptonita.

Su lengua jugueteó contra la de Charlie, la cual apenas había opuesto resistencia a aquel beso. Por el contrario se apretaba contra Liam disfrutando de ese deseado reencuentro. Cuántas noches soñó con tenerlo de nuevo junto a ella, cuántas horas amargas pensó en esa semana a su lado.

Cada pequeño roce los elevaba hacia el cielo y los catapultaba a un estado de embriaguez sensorial que solo conseguían juntos. El frío se esfumó y sus terminaciones nerviosas se sensibilizaron con cada roce. El deseo fue subiendo y sus respiraciones acelerándose. Notaban el latir de sus corazones, parecían incluso acompasados.

Sintiendo que no podría parar si continuaba, Liam apartó un poco los labios de la boca de ella. Apoyó la frente contra la de Charlie y abrió los ojos, vidriosos por el ardor.

—¿Lo ves? Nos deseamos. Nuestros cuerpos se necesitan. —Besó su nariz—. Te necesito.

Ella abrió los párpados con dificultad. Sus piernas temblaban tanto que si Liam la soltaba podría caer al suelo de bruces. Había sido... ¡Oh, Dios Santo, había sido mil veces mejor de lo que lo imaginaba! Se sintió arder, los labios de Liam parecieron acariciarle el cuerpo, el alma.

Después de aquel beso le quedaba claro que seguía estando tan cautivada por él como lo estuvo tres meses atrás. Por mucho que intentó convencerse de que no era así, de que su amor por él había desaparecido, se equivocaba.

Unas intensas ganas de llorar la poseyeron. Empujó un poco a Liam, para que la soltase, y se llevó una mano a los labios, hinchados después de aquel impresionante beso. Negó con la cabeza y lo miró suplicante, para que no volviese a tocarla. Si lo hacía se derrumbaría.

—Charlie... —la llamó él notando que sus ojos se volvían vidriosos.

Ella abrió la boca para contestar, pero finalmente desistió, incapaz de hacerlo. Dio un par de pasos hacia atrás, sin dejar de mirarlo a los ojos, y regresó a su casa mientras Liam observaba su huida.

No intentó detenerla, ni impedirle que lo hiciese, se notaba la fragilidad en sus movimientos, si la presionaba podría romperse en mil pedazos. Y lo último que quería era hacerle más daño. Necesitaba tiempo. Ambos tenían mucho en lo que pensar, aunque Charlie más que Liam, pues él tenía más claro que nunca que esa mujer era la persona con la que quería compartir su vida.

Ava dejó las llaves de casa en un mueble de la entrada y soltó a Calvin, su pequeño cachorro

terranova, tras su acostumbrado paseo matutino. Tenía el día libre, pues la empresa en la que trabajaba le debía varias jornadas de vacaciones.

Comió sentada en el sofá del salón y apagó la televisión al acabar de hacerlo. El sol brillaba en el cielo, algo inusual para aquella época del año, e invitaba a pasear por los alrededores, y disfrutar de la magnífica naturaleza de Nanton.

No obstante, su humor no le permitió recrearse en su paseo junto a su mascota. Desde hacía varias semanas no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido con Zach. Su amigo estaba muy raro, apenas se habían visto desde las pasadas Navidades y... si tenía que ser sincera, echaba mucho de menos su compañía. Desde que Zachary se fue a vivir a Calgary todo parecía más triste y aburrido. Por no hablar de lo contrariada que se quedó al conocer la noticia de que salía con Charlie.

Cada vez que pensaba en ello, su estómago se retorció por la incomodidad y... algo más que no llegaba a comprender. En varias ocasiones se paró a pensar en ello, y siempre llegaba a la misma conclusión: se había acostumbrado a tenerlo para ella sola y no le gustaba que su amigo del alma compartiese su tiempo con otras chicas. Era una conclusión rara e infantil, lo admitía, pues ella jamás lo vio como nada más que un colega. Sin embargo, no podía evitar sentirse así.

Lo echaba de menos.

Desde hacía un tiempo atrás, rememoraba con añoranza el olor de su perfume, ese tan familiar y tan agradable, la tonalidad que adquiría su cabello zanahoria cuando el sol lo bañaba y esa mueca divertida que hacía cuando algo no era del todo de su agrado. Bueno, en realidad, y para ser completamente sincera consigo misma, tenía que admitir que echaba de menos todo lo relacionado con él. Sus risas juntos, sus paseos por el bosque, sus tardes de cine, sus salidas a algún centro comercial, sus abrazos reconfortantes cuando tenía algún problema...

Sin Zach se sentía perdida. Le apetecía mucho verlo, hablar durante horas y olvidarse de todo lo demás. No obstante, ahora ya no estaba tan cerca como para poder hacerlo, aunque Calgary apenas estuviese a cincuenta minutos de distancia.

Si cogía su coche, en menos de una hora podría reunirse con él.

Tras llegar a esa conclusión, se le ocurrió una gran idea. ¡Le telefonaría! ¡Sí, eso haría! ¡Lo llamaría y le preguntaría si podían verse!

Se conocían muchos años, Ava estaba segura de que él también la extrañaba del mismo modo que ella a él. Decidida, cogió su teléfono móvil, buscó en la agenda su nombre y pulsó el botón de llamada. Tras varias señales y unos estúpidos nervios en el estómago por su parte, contestó:

—¿Sí, Ava?

—¡Hola, Zach! —lo saludó notando que su corazón se aceleraba al escuchar su voz—. ¿Cómo te va? Llevamos mucho tiempo sin hablar.

—Pues, muy bien, la verdad. Calgary es impresionante, nunca pensé que me gustaría tanto vivir aquí.

Ella sintió una pequeña punzada en el estómago al saber que era tan feliz lejos de ella.

—Me alegro. Por aquí todo está como siempre.

—Ajá, me lo imagino. Mi madre me mantiene al día de todo lo que ocurre —rió y se aclaró la voz—. Y, bueno... ¿querías algo?

—¿Que si quería algo, Zach? ¡Pues hablar con mi amigo! Llevamos mucho tiempo sin hacerlo.

—Es que estoy muy liado —comentó con la excusa de siempre.

—¿Tan liado como para no poder ni verme?

—Pues, sí, bastante. Aquí hay muchas cosas que hacer.

—Ya. —Ava se quedó callada, más contrariada de lo que lo había estado nunca—. Yo... te llamaba porque me preguntaba si tendrías planes para esta tarde.

—Los tengo, voy a salir con una compañera de trabajo.

—Ah... una compañera. —Apretó los labios—. ¿Especial?

—¿Quién, Alice? Sí, bueno, nos divertimos.

—¿Ya no sales con Charlie?

—Tomamos café de vez en cuando —comentó sin darle demasiada importancia.

—¿Charlie también es especial? —lo interrogó con hielo en la voz.

—¿Te ocurre algo? —dijo notando su mal humor.

—No, nada. —Suspiró e intentó serenarse—. Bueno, pues si hoy lo tienes completo, ¿qué tal mañana, para cenar?

—No, tengo un compromiso.

—¿Con otra amiga?

—Sí.

Ava cerró los ojos con fuerza.

—¿Y el viernes?

—Tengo el fin de semana ocupado. Lo siento —añadió.

Aquello era demasiado. ¡Su amigo! ¡Su mejor amigo parecía querer evitarla a toda costa! Salía con otras, se divertía sin ella y apenas le quedaba tiempo para hacer otros planes.

—Pues, entonces, dime tú, chico ocupado, cuándo vas a tener un rato para verme —comentó con rabia.

—De hecho, no voy a poder en una buena temporada.

—¿Zach, no me jodas! —exclamó explotando—. ¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—Nada, no me pasa nada.

—¡No nos vemos y solo tienes tiempo para otras chicas! ¿Y yo qué? —gritó.

—Siempre seremos amigos, no tienes que ponerte así.

—¡Me pongo así porque soy el último mono en tu lista!

—¿Se puede saber lo que te ocurre, Ava? ¿Por qué te molesta que siga con mi vida? ¡Yo jamás me he metido en tus asuntos, siempre esperé paciente a que tuvieses un hueco para mí! ¿Has descubierto que no te gusta ser mi segundo plato?

—¡Ah, vaya, así que es eso! ¡Quieres castigarme por lo que pasó en la casa de Liam!

—¡Te equivocas, no quiero castigar a nadie! —profirió cansado—. ¡Solo quiero seguir con mi vida!

—¿Y yo no puedo estar en ella?

—No he dicho eso.

—¡Pero me lo estás demostrando, Zachary!

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué puñetas quieres de mí? ¡He estado a tu lado siempre, me he alegrado por tus buenas noticias y he llorado contigo por las malas! Yo era tu paño de lágrimas cada vez que algún hombre te partía el corazón, me tragué lo que sentía e intentaba darte los mejores consejos, aunque eso significase que yo no fuese el elegido por tu corazón!

—¿Y pretendes que yo haga lo mismo? ¿Que me quede viendo cómo te alejas de mí?

—¡Sí, joder, eso es lo que quiero! ¡Que te alegres por mí, ahora que parece que comienzo a saber qué es lo que quiero! ¡Que actúes como una amiga, pues eso fue lo que he hice yo todos esos años! —Zach se quedó callado y tragó saliva, pues aquella conversación conseguía alterarlo—. ¡Además, no sé por qué te pones así porque salga con chicas, después de todo, tú jamás quisiste

ser más que una amiga para mí! ¿Pretendes que me quede solo para siempre? ¿Lamiendo el suelo por dónde pisas?

—¡No, claro que no! ¡Quiero que seas feliz!

—¡Perfecto entonces! —gruñó—. Pasa un buen día, Ava. Ya hablaremos en otro momento.

Después de aquella atropellada despedida, Zach colgó el teléfono dejándola dolida y confusa. La hermana de Liam dejó el aparato sobre el sofá y corrió hacia su habitación donde lloró toda la tarde, aunque sin comprender todavía el motivo por el que lo hacía.

CAPÍTULO 17

La casa estaba vacía y Charlie no podía estar más agradecida de que así fuese. Desde la pasada tarde, en la que ocurrió todo aquello con Liam, se encontraba nerviosa. Las ganas de llorar eran constantes y apenas le apetecía otra cosa que no fuese tumbarse en su cama y recordar lo débil que había sido su fuerza de voluntad, pues cuando la besó se derritió entre sus brazos, sin oponer la mínima resistencia.

El vino que le prometió a Lily se quedó en nada, pues regresó a casa tan desesperada por alejarse de Liam que el solo pensamiento de volver a salir a la calle y encontrarlo de nuevo, la descomponía. Su prima escuchó atentamente el relato cuando la vio entrar en la habitación hecha un mar de lágrimas.

No podía creer que Liam estuviese haciendo aquello, y mucho menos después de la forma en la que se despidieron en su casa de las montañas. Quería estar con ella, o al menos eso era lo que aseguraba. Había cambiado la soledad de las Rocosas por el ruidoso Calgary para estar más cerca de Charlie. Y esa noticia le removía todo su interior, aunque todavía no sabía si era una sensación buena o mala.

Habían pasado tres meses desde su separación. Tres largos meses en los que se convenció de que lo mejor para los dos era estar lejos. Tres meses en los que luchó por no pensar en él, en los que salió con otras personas, sin demasiada suerte.

Estaba confusa. Confusa y asustada. Por nada del mundo quería volver a ilusionarse con él y acabar hecha polvo cuando Liam se cansase de aquella relación, porque eso es lo que pasaría. Él no estaba hecho para el compromiso, se lo dejó muy claro el día que se separaron.

Charlie miró al techo, tumbada sobre su cama, y negó con la cabeza. Ahora que él estaba allí, todas las emociones que pensó olvidadas habían vuelto para golpearle en el estómago, demostrándole que aun sentía eso tan fuerte por él, que todavía lo quería. ¿Cómo no hacerlo si junto a él había pasado los mejores días de su vida? ¿Cómo no sentir temor cuando no sabía si podía confiar en sus palabras?

Liam no mentía, él no era de esa clase de hombres. No obstante, ¿cuánto tiempo durarían esos sentimientos tan potentes que él aseguraba tener por ella?

El sonido del timbre de casa la sacó de sus pensamientos. Se levantó de la cama de un saltó y corrió hacia la puerta, pues Poppy y Lily debían de haber vuelto ya de hacer la compra.

Cuando abrió, no fue a ella a quien encontró esperando en la puerta.

Era un hombre. Joven, guapo, moreno y bien vestido. Sonreía con amabilidad y la saludó con un débil movimiento de cabeza.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Charlie alzando una ceja.

—Sí, gracias. Me gustaría saber si Lily está en casa.

Aquel acento francés tan pronunciado y el que hubiese preguntado por su prima, le dio una pista de la identidad de ese hombre.

—Tú debes ser Nathan, ¿me equivoco?

—Estás en lo cierto. —Sonrió—. Y tú Charlie, la prima de Lily. Eres exactamente como te describió.

Charlie abrió los ojos al escuchar sus palabras. Tenía curiosidad por saber de qué forma la había descrito la graciosa de su prima. Sin embargo, aquel no era un tema importante entonces.

—Lily no está, ha salido con su madre a comprar algunas cosas.

—¿Sabes cuándo volverá? —preguntó Nathan interesado—. Regreso a Quebec esta noche, y me gustaría hablar con ella antes de irme.

—Le diré que has venido, pero no te aseguro que te llame —dijo Charlie con sinceridad—. Estaba bastante afectada por la discusión que tuvisteis el otro día.

—Lo sé. Yo tampoco lo estoy pasando bien —admitió.

—Nathan, ella... ¿no crees que le pediste demasiado? Apenas os conocéis y pretendes que lo deje todo por ti.

—Creo que mis ganas de que estemos juntos pudieron con el sentido común. —Hizo una mueca triste y se encogió de hombros—. Y ojalá pudiese ser yo el que me quedase aquí con Lily, pero en Quebec está mi hija, y sería muy egoísta por mi parte separarla de todo lo que conoce y viajar a una ciudad en la que no tiene a nadie.

Charlie comprendía a Nathan. Y también le ocurría lo mismo con su prima. Ambos tenían razones para no irse. Debía ser tan duro dejar todo por lo que habías luchado y comenzar de cero en un sitio que no conocías...

—Puedes marcharte tranquilo, le daré tu recado a mi prima.

—Muchas gracias, Charlie. —Estiró el brazo y estrechó su mano—. Me alegra haberte conocido.

—Lo mismo digo, Nathan.

Cerró la puerta con una sonrisa en los labios. Parecía un buen hombre: educado, cortés y con un gran interés por su prima.

Lástima que no hubiese encontrado a uno así para ella. Por el contrario estaba Liam, que conseguía que su mundo se pusiese patas arriba, pues no llegaba a entender cómo funcionaba su cabeza. Todo aquello la conduciría directa a un psiquiátrico, porque su mente no dejaba de darle vueltas al asunto y cada vez sus dudas eran mayores.

No pasaron ni cinco minutos desde que Nathan se fue, cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Con tranquilidad miró la pantalla y alzó una ceja al no conocer el número.

—¿Diga?

—Hola, Charlie.

La voz de Liam la hizo agarrarse al sofá y tomar asiento, pues sus piernas flojearon de repente.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien —contestó brevemente, intentando que no se le notase el temblor en la voz.

—Necesito hablar contigo —suplicó Liam con calma.

—Mira, creo que...

—No, espera —la interrumpió—, antes de que te niegues a hacerlo, piensa en nosotros, por favor.

—¿Pienso en nosotros de la misma forma en la que lo hiciste tú cuando me aseguraste que para ti era una aventura?

Liam calló unos segundos digiriendo en golpe bajo que acababa de propinarle. Quería verla. Deseaba estar con ella, que todo estuviese bien entre los dos.

—Tenemos que hablar.

—Pues no sé sobre qué más tendríamos que hablar. Ya está todo dicho.

—Charlie —susurró con voz ronca—, sabes tan bien como yo que entre nosotros quedaron muchas cosas por aclarar. Me equivoqué, ¿vale? Jodí lo que teníamos —admitió con ímpetu—. Nos lo debemos.

Ella se mordió el labio inferior admitiendo que tenía razón. Estaba dolida y actuaba como tal, sin embargo, esa conversación pendiente con Liam debía de producirse. Por ella, por él, por ambos.

Tragó saliva antes de hablar, siempre le costaba hacerlo cuando de él se trataba.

—¿Te viene bien esta noche?

—Me viene perfecto —asintió Liam expulsando el aire que llevaba reteniendo en los pulmones desde que ella descolgó el teléfono—. Pasaré por ti a las seis. Iremos a cenar.

Ava tomó asiento en el autobús y dejó su bolsa de viaje a sus pies. Apenas había cogido unas cuantas prendas y ropa interior, sin embargo, la precipitada decisión no le había permitido organizarse de otra forma.

El vehículo emprendió la marcha cuando todas las personas tomaron asiento. No iba demasiado lleno, de hecho, con ella no llegarían a la veintena de pasajeros. Le esperaba por delante aproximadamente una hora de viaje, pues se dirigía a Calgary.

Dejó a su perrito con su madre y sacó el billete sin pensarlo demasiado. Había estado dándole vueltas toda esa semana. Iba a ver a Zach.

Después de su conversación, su cabeza no dejó de pensar en él. Lo hacía más todavía que de costumbre, pues no comprendía por qué se sentía así con respecto a Zachary. Era su amigo y tenía razón cuando le reprochó que debía alegrarse por su nueva vida. Si todo hubiese estado como antes lo hubiera hecho, pero no lo estaba. Ava se había dado cuenta de que ese sentimiento de amistad no lo era tanto, y que esos acercamientos y esos abrazos que solía darle, le proporcionaban un placer un tanto diferente del que se tiene con un simple amigo.

Zachary siempre había estado ahí para ella. Se acostumbró a tenerlo a su merced, a llamarlo y que estuviese a su lado en menos que cantaba un gallo. No obstante, ahora que le faltaba... lo necesitaba. Pensaba en él de otra forma, quería cosas de él que jamás pensó que anhelaría.

Muchas veces se insultó en su fuero interno por haber estado tan ciega, por haber tenido a ese gran hombre a su lado y no darse cuenta de lo que realmente era para ella. Porque lo quería.

Siempre le gustó todo de él. Su pelo zanahoria, sus ojos claros, sus pecas, su piel blanca, esa complicidad que los unía... ¡Qué necia y qué estúpida fue cuando le declaró su amor y lo rechazó! ¡Se merecía todo lo que le estaba ocurriendo! ¡Su rechazo, su lejanía, su indiferencia!

Ava estaba al tanto de que lo más probable fuese que Zach ya no quisiese una relación, sin embargo, era humana, y como tal cometía errores.

Había estado tan ciega...

Pero pensaba arreglarlo. Lo haría y sus días dejarían de ser tan sombríos y tristes. Quería a Zachary en su vida, lo quería en todos los aspectos, y lograría que perdonase su ceguera y falta de tacto. Él lo comprendería.

Charlie se miró en el espejo de su habitación y resopló, intentado que los nervios no le

presionasen tan fuerte el estómago. Faltaban cinco minutos para que se hiciese la hora de su cena con Liam y no dejaba de preguntarse si estaba haciendo lo correcto.

Enfundada en un sencillo vestido negro, de manga larga y cuello vuelto, unos zapatos de tacón y su corto cabello rubio hacia un lado, caminó por el pasillo hasta llegar al salón, donde su familia veía tranquilamente la televisión mientras esperaba la hora de la cena. Se llevó una mano a los ojos, y los cerró con fuerza, con mucho cuidado de no estropear la línea negra que tanto le costó dibujar sobre ellos con el eyerline. No iba demasiado maquillada, lo suficiente como para que no se notase la palidez de su rostro, pues desde que la llamó por teléfono y quedaron en verse, apenas había probado bocado.

La primera sorpresa se la llevó en cuanto llegó al salón. Su corazón se detuvo cuando vio a Liam conversar con su familia. Parecía a gusto, les sonreía y hablaba con toda naturalidad, como si estar en una casa ajena con gente a la que no conocía de nada fuese de lo más agradable.

—¡Charlie! —saltó su tía Poppy nada más cruzar el umbral—. ¡Mira quién acaba de llegar! — Ella sonrió a la fuerza y observó cómo Liam daba un paso en su dirección. ¡Pero qué guapo estaba! Llevaba unos pantalones de pinza azul oscuro y una camisa en color crudo que resaltaba la tonalidad aceitunada de su piel. Estaba tan elegante que se sintió mal vestida a su lado—. ¡Y te ha traído flores! —añadió su tía, sin disimular lo encantada que estaba con él.

Liam se las dio sin dejar de sonreírle, mirándola de arriba abajo, con admiración.

—No sabía qué flores eran tus favoritas. Pero estas me recordaron a ti.

—Son muy bonitas —dijo ella cogiendo el precioso ramo de margaritas blancas e intentando que sus piernas no comenzasen a temblar como flanes. Giró el cuerpo hacia Poppy—. Tía, ¿puedes ponerlas en agua?

—Estás preciosa esta noche —la alabó Liam con voz grave al quedarse solos en medio del salón.

—Em... gracias —acertó en decir apartando los ojos de él.

Se despidieron de sus tíos, sus primos y del abuelo George y salieron a la calle, no sin antes de que su tía Poppy invitase a Liam a regresar cada vez que quisiese.

Una vez a salvo de la mirada de su familia, Charlie frunció el ceño y se cruzó de brazos, observándolo con enfado.

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué? —preguntó él con mirada inocente.

—¡Ir a mi casa!

—Quedamos en que te recogería, ¿no?

—¡Pero en la calle, no con toda la familia delante!

—¿Qué hay de malo en eso? Tenía curiosidad de conocer a las personas que te criaron —dijo él como si nada.

—¡No quiero que se ilusionen contigo! ¡No quiero que piensen que entre nosotros ocurrirá algo que quizás nunca suceda! —exclamó contrariada.

Obviando sus palabras, Liam la condujo hacia su coche, que se encontraba aparcado frente a la vivienda. Lo manejó en silencio, pues ninguno de los dos sacó un tema de conversación. Liam estaba nervioso, no sabía de qué forma reaccionaría Charlie al plan que tenía preparado para esa noche.

Giró levemente la cabeza y disfrutó de su bonita silueta. La noche, y el movimiento del vehículo, creaba sombras en su cara y él maldijo el tener que conducir, pues le hubiese encantado descubrirlas todas. Ver el efecto de la luz de las farolas sobre su fina piel.

—¿Vamos a cenar al centro? —preguntó ella de inmediato, pues se dirigían hacia el mismísimo corazón de la ciudad.

—Ajá.

—En la avenida Stephen hay muy buenos restaurantes —añadió para ver si le desvelaba el lugar al que pensaba llevarla.

No obstante, Liam asintió pero no dijo ni una palabra.

Dejaron el coche en un aparcamiento público y caminaron a través de la Avenida 17. Al llegar a un bloque de viviendas, Liam dejó de andar. La miró con una sonrisa nerviosa y le hizo una señal con la mano para indicarle que habían llegado a su destino.

—¿Vamos a cenar aquí? —preguntó Charlie frunciendo el ceño.

—Sí.

—No sabía que hubiese un restaurante en este edificio.

—No lo hay —admitió él—. Pensé que estaríamos más tranquilos en mi apartamento. —Ella negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás. Liam suspiró y la cogió de la mano—. Charlie... solo es una cena.

—¿Los dos solos... en tu casa?

—No voy a abalanzarme sobre ti. Aquí tendremos más intimidad para hablar.

—Creo que no es una buena idea —apuntó ella nerviosa.

—Escúchame. —Se acercó un poco a su rostro y le sonrió tranquilizador—. Prometo no acercarme a ti si no quieres que lo haga. —Alzó una ceja y continuó—. Además, lo tengo todo preparado, si te niegas tendría que tirar mucha comida. He estado toda la tarde cocinando. Creo que me merezco al menos que la pruebes, ¿no crees?

—Eso es chantaje emocional —resopló ella cruzándose de brazos.

—¿Y funciona?

—¡Sí, maldita sea!

Él soltó una carcajada y entraron a la portería.

—De algo me han servido los cinco años en la universidad —bromeó.

—Eres muy gracioso —gruñó.

—Y tú la mujer más bonita de Canadá —susurró a escasos centímetros de su boca.

Charlie notó cómo su sangre se aceleraba en las venas y se apartó un poco de su cercanía, sintiendo que su respiración se volvía rápida. Tomaron el ascensor hasta que llegaron a la decimoprimer planta. Liam introdujo la llave en la puerta y cuando Charlie entró en su apartamento, no pudo menos que aguantar una exclamación de asombro.

El pisito de Liam, era en realidad un ático abuhardillado de estilo modernista decorado con sobriedad y tonos neutros. Apenas guardaba parecido a la casa de las Rocosas, tan rústica y hogareña. Por el contrario, el apartamento apenas tenía más muebles de los necesarios, y todos lacados en color blanco.

La condujo hacia un enorme salón, en el que la mesa de centro resaltaba por su elegancia y amplitud. Sobre ella un bonito mantel de lino en el que descansaba un centro de margaritas, idénticas a las que le regaló. Los platos y cubiertos distribuidos con gusto y a su lado un par de copas de cristal de Murano.

—Es impresionante —comentó Charlie sin poder guardarse su opinión.

—Sí, no está mal. —Liam se encogió de hombros y separó una silla para que se sentase en ella—. Prefiero mi otra casa.

—¿La de las Rocosas? —lo interrogó sin poder creérselo.

—Es más de mi estilo.

—Sí, rústica y solitaria, como tú —dijo ella lanzándole una pulla.

—¿Quién es la graciosa ahora? —Se dirigió hacia una gran vitrina y sacó una botella de vino. La abrió con maestría y echó un poco en sendas copas. Le dio una a Charlie—. ¿Brindamos?

—¿Es que hay algo que celebrar? —lo interrogó con sequedad.

Liam suspiró y se acuclilló a su lado, mirándola a los ojos. No le gustaba verla a la defensiva con él.

—Charlie, no quiero que discutamos otra vez. —Cogió una de sus manos y la rodeó por las suyas—. Una tregua. Solo te pido eso. Pasemos una noche en paz y aclaremos las cosas.

Ella se perdió en sus ojos negros. Odiaba cuando Liam la miraba así, la hacía sentir frágil y maleable. Sin embargo, no se negó. ¿Qué había de malo en ello? No le gustaba enfrentarse a él, era agotador, pues su cuerpo deseaba lo contrario.

—Está bien, intentaré no ser tan dura.

La cena estuvo deliciosa. Tanto fue así que Charlie le preguntó varias veces si realmente el cocinero había sido él. El menú constó de ensalada fría de col y langosta, una *toutière* de ternera y, de postre, unos nanaimo bars, elaborados con barquillo molido, glaseado de mantequilla y chocolate fundido. Todo estaba delicioso, Charlie dio buena cuenta de sus platos, cosa que agradó a Liam sobremanera.

La conversación fue superficial y escasa. A pesar de ello Charlie no se sintió demasiado incómoda. El vino le ayudó a sobrellevar la velada. No estaba acostumbrada a beber nada que no fuese agua y batidos de fruta, así que los colores subieron a sus mejillas y su cuerpo se relajó más de lo que hubiese deseado.

—Si te pregunto algo... ¿me responderás? —dijo Liam dando un último trago a su bebida.

Ella se encogió de hombros.

—Puedes probar.

—¿Qué tuviste con Zachary?

—¿Qué más da lo que hubiese tenido o no? No es un asunto tan importante —respondió entre evasivas.

—A mí sí que me importa —declaró con sinceridad—. Lo conozco desde hace muchos años y... no me gustaría que tú y él... que... él te hubiese tocado.

—¿Por qué no?

—Porque quiero ser yo el único que lo haga —dijo con voz grave. Sus ojos la recorrieron por entero y Charlie notó como si le quemase el lugar donde se posaban.

Ella se retorció las manos, sintiendo que el calor que sentía en las mejillas se extendía por todo su cuerpo.

—Solo somos amigos.

—¿Amigos? —repitió él sonriendo levemente.

—Nunca hubo nada más que un par de cafés. Zach es un buen chico, y siempre ha sido muy amable. Pero no pasamos de ahí.

Liam creyó que su pecho explotaría por la emoción. La angustia de pensar que podía haber besado a Zachary de la misma forma en la que lo hacía con él, que le hubiese hecho el amor con esa ternura, que apoyase la cabeza tras el acto de esa forma tan íntima como lo hacía con él... había sido toda una tortura.

Feliz por el descubrimiento, se levantó de su silla. Caminó hasta otra de las vitrinas y la abrió, dejando al descubierto un reproductor musical. Pulsó un botón y una elegante música jazz

inundó sus oídos.

Regresó hasta ella y le tendió una mano, sin dejar de sonreír.

—¿Quieres bailar conmigo?

—¿Hablas en serio? —preguntó alzando las cejas.

—Yo siempre hablo en serio, soy un escritor respetable y adusto, ¿recuerdas? —bromeó intentando hacerla reír.

Charlie dudó si hacerlo o no. Bailar con Liam significaba estar demasiado cerca de él. Oler su perfume, sentir su embriagador aliento sobre la cara, perderse entre sus brazos. Sabía que lo más sensato era rechazar la invitación. Sin embargo, le apetecía tanto... Habían firmado una tregua, él mismo le aseguró que no haría nada que ella no aprobase.

—Bailemos.

Mecieron sus cuerpos al compás de la música. Tal y como temió Charlie, el contacto con Liam era enardecedor. Notaba despertar cada parte de su cuerpo que él rozaba, anhelando que no la soltase jamás. Se movían con lentitud, disfrutando de la compañía del otro y deseando que la canción nunca acabase.

—¿Recuerdas nuestro primer baile juntos? —susurró Liam en su oído.

Charlie sonrió.

—En Nochebuena.

—Estabas preciosa con ese vestido rojo. Creo que no lo olvidaré nunca.

—Fue una noche muy agradable —comentó ella sin poder dejar de sonreír. Los recuerdos de aquellas Navidades siempre conseguían que echase de menos lo vivido a su lado.

—Me encandilaste con tu forma de expresarte, con tu dulzura... —prosiguió Liam, logrando que el vello del cuello de Charlie se erizase—. Tus sonrisas y... tus pies descalzos.

Ella alzó la mirada y le sonrió con picardía.

—¿Descalzos como ahora mismo los llevo?

Liam bajó la mirada al suelo y los pequeños deditos de ella asomaban por el bajo de la falda. No pudo controlar una carcajada, contagiándola a ella también.

—¿Pero cómo...?

—Es una mala costumbre —declaró sonriendo de oreja a oreja—. Cuando me siento a comer me quito los zapatos. Lo hago desde que era una niña.

Él negó con la cabeza y suspiró, sin poder dejar de mirarla anonadado.

—Eres maravillosa.

—No, no lo soy. Soy muy normal.

—Para mí lo eres —insistió Liam sin despegar los ojos de los de ella—. Maravillosa, única y especial.

—Liam... por favor... —suplicó que parase, pues notaba que poco a poco iba cayendo en aquella telaraña.

—Tenemos tantas cosas de las que hablar, tantas cosas que aclarar...—continuó susurrante. Le acarició la mejilla—. Charlie... mi Charlie. ¿Qué me has hecho? ¿Qué has hecho para que no pueda sacarte de mi mente?

Ella se humedeció los labios y aguantó las ganas de besarle.

—No... no lo sé.

—Lo intenté, ¿sabes? Intenté convencerme de que no eras importante para mí, de que podría seguir sin ti como si nada hubiese ocurrido. —Sonrió—. Qué tonto fui. Y qué cobarde por permitir que el miedo me hiciese separarme de ti. —Juntó sus frentes y cerró los ojos, apretándola contra

su cuerpo—. Te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti —admitió finalmente, notando que las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Lo que sentía era tan intenso...

Liam rozó su nariz, mientras sus bocas se encontraban a un centímetro de distancia. Hubiese sido tan fácil besarla desde su posición...

—No te besaré si tú no me lo permites —susurró contra su boca—. Aunque me muera de ganas no lo haré, a no ser que lo apruebes.

—Bésame —le pidió poseída por el deseo.

—Charlie, si lo hago... no querré parar —le advirtió agonizando por la necesidad de degustar su boca.

—No lo hagas.

—¿Estás segura?

—Bésame ya, Liam —exigió mirándolo a los ojos.

Y entonces ocurrió. Él salvó la distancia que los separaba y sus bocas se fusionaron en un beso necesitado y sensual.

La explosión que sintieron cuando sus bocas entraron en contacto fue tan ardiente y violenta que todo su interior se tambaleó. Sus manos apretaban al otro, intentando fundirse contra sus cuerpos, logrando que ni el aire penetrase entre ellos. La pasión era tal que todo lo demás quedó relegado a un segundo plano. Atrás quedaron las inseguridades, los enfados y los reproches. Lo único que les importaba en aquel momento eran ellos, sus bocas y el placer que estas les proporcionaban. Se sentían completos.

Charlie sentía sus lágrimas correr por sus mejillas. No podía evitarlas, ni quería hacerlo. Era tan bonito aquello que Liam le hacía experimentar... Sus fuertes manos la rodeaban, se sentía protegida por ellas, como si estando con él nada malo pudiese ocurrir. Los jadeos salían de su boca a la par que sus cuerpos se caldeaban.

Era tanto el deleite que sus ropas fueron desapareciendo paulatinamente. Cayeron por el suelo y por encima de la mesa y las sillas.

Liam estaba encendido. El cuerpo de Charlie lo conseguía. Verla responder a sus caricias sin reservas era la mejor experiencia del mundo. Todavía no entendía cómo había sido capaz de sobrevivir sin ella. Se sentía vivo, tan vivo como nunca.

La cogió por la cintura y la alzó en peso, sin dejar ni un segundo de besarla.

Caminó con ella a cuestas hasta su habitación, donde la enorme cama los esperaba, majestuosa. Cayeron sobre ella enlazados, comiéndose a besos y gimiendo de gozo.

—Oh, Charlie... —jadeó contra sus labios—. Te deseo, te deseo tanto que creo que si no te tengo voy a explotar.

Con una mano capturó uno de sus senos, acariciándolo con mimo y pellizcando su tierno pezón de forma que Charlie no logró reprimir un grito de puro placer.

—Liam... Liam...

—Sí, cariño, lo sé —asintió y la besó ardientemente—. Nos pertenecemos. ¿Lo notas?

—Sí, sí, sí... —gimió tan estimulada que apenas tenía conciencia de nada que no fuese él y su cuerpo.

Fusionaron sus cuerpos poco después. Liam la penetró con cuidado, aunque sus ganas de poseerla le gritaban que acelerase. A partir de entonces, los susurros, los gemidos y el placer extremo tomaron el mando.

Él la miraba fijamente. No quería perderse ni una de sus reacciones. Charlie estaba tan bonita

bajo su cuerpo, sonrojada y sudorosa...

Los envites fueron aumentando de intensidad, hasta tal punto de que los jadeos de ella se escuchaban por toda la habitación. Cosa que encendía todavía más a Liam.

El clímax llegó con la misma intensidad que un ciclón, empujándolos a un estado de placer absoluto y tranquilidad posterior. Fue intenso, mucho. Tanto que sus cuerpos todavía temblaban por la violencia del placer que acababan de sentir.

Sus respiraciones fueron normalizándose poco a poco. Liam acercó a Charlie hacia su cuerpo y ella apoyó la cabeza sobre su pecho, como siempre solía hacer. Se quedó dormida en el acto, pues los nervios con los que había estado toda la tarde, su cuerpo en tensión por el reencuentro y el sexo tan salvaje que acababan de tener, la dejaron agotada.

Cuando vio que dormía, Liam se quedó mirándola durante una eternidad. Era preciosa. La mujer más bonita del mundo. Se sentía tan dichoso y afortunado por poder estar a su lado...

Charlie era lo que necesitaba en la vida para ser feliz. Cada vez estaba más convencido de ello, pues cuando la tenía al lado todo parecía ser de colores, todo cobraba sentido. Quería pasar el resto de su vida a su lado, conociéndola, descubriendo todo lo que todavía no sabía sobre ella.

Le acarició la frente, secando el sudor que aún quedaba en ella, y la besó en los labios, con cuidado de no despertarla.

—Te quiero, Charlie —susurró contra su boca.

Lo descubrió cuando todavía estaba en su casa de las Rocosas, pero hasta ese momento no se había atrevido a aceptar que esas emociones estuviesen alojadas en su corazón. No obstante, ahora que ya no temía admitirlo, se sentía mejor. Y todavía lo estaría más cuando se los confesase a ella. Porque Charlie tenía que saber cuán fuertes eran los sentimientos que le profesaba.

CAPÍTULO 18

Nathan arrastró su maleta por la terminal hasta que encontró un banco cerca del mostrador de facturación. Todavía quedaba más de una hora para que su vuelo despegase, y el aeropuerto estaba prácticamente desierto.

Regresaba a casa, y lo hacía sintiéndose mal. De los cinco días que había pasado en Calgary, apenas había visto a Lily dos de ellos. Todo comenzó tan bien... No comprendía cómo se torcieron las cosas tan de repente. Si hubiese podido volver atrás en el tiempo...

Lo peor de todo era que Lily no se puso en contacto con él de ninguna forma posible, a pesar de que su prima le asegurase que le daría el recado.

Debía de estar muy enfadada para no haberlo hecho, y Nathan notaba cómo su corazón se resquebrajaba al saber que su historia no llegaría más lejos.

Pensó en Quebec, en su trabajo, en Daryl... Al menos tenía el amor incondicional de su hija. Siempre se volcó en ella, pero después de lo ocurrido lo haría todavía más, pues necesitaría distraerse y no volver a pensar en esa preciosa mujer de cabello castaño y ojos soñadores que dejaba atrás.

Se levantó del banco y camino hacia el mostrador de facturación. Ya iba siendo hora de hacerlo o, al final, perdería el vuelo. Arrastró la maleta tras de sí y se colocó el último en la fila de personas que esperaban para ser atendidas.

—Hola, Nathan —dijo una voz muy familiar a su espalda.

—¡Lily! —Al verla allí todo su mundo se puso patas arriba, ¡Había ido! ¡Lily estaba allí! Sin poder evitar las ganas, la abrazó con fuerza, notando cómo los brazos de ella respondían al abrazo apretándolo a su vez contra su cuerpo—. Perdóname, perdóname, Lily, te lo suplico. Fui... tan tonto por presionarte... por menospreciar tu trabajo...

—Tenía miedo, Nathan, estaba muerta de miedo —admitió sin querer despegarse de él, cerrando los ojos con fuerza.

Nathan la besó con ansias y sus bocas quedaron unidas durante unos largos segundos. ¡Qué bien se sentían juntos, cuánto se habían añorado! Sus corazones latieron al unísono, sus cuerpos vibraron en sintonía. Todo era perfecto.

Lily apartó un poco la boca y se quedó mirándolo, apenada.

—Siento tanto que estos días no hayan salido como esperábamos... Es culpa mía, no debí comportarme como una cría asustada. Ojalá nunca me hubiera ido del hotel. He desperdiciado el tiempo que tenía para estar contigo.

Nathan sonrió, acariciándole la mejilla.

—¿Todavía quieres que sigamos con esta relación?

—¡Claro que quiero! —exclamó ella de inmediato—. Si supieras todas las cosas que me haces sentir...

—Las sé, porque tú me provocas las mismas sensaciones, cariño.

Ella bajó los ojos al suelo y suspiró con tristeza.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a poder superar esto si estamos tan lejos?

—Lo conseguiremos —respondió con seguridad—. Sé que lo haremos.

—Va a ser tan difícil... —jadeó mirándole a los ojos, esos ojos tan familiares y desconocidos a la vez.

—Lily, si ambos ponemos de nuestra parte, los obstáculos no existirán. —Besó su nariz—. Hemos sido unos estúpidos por discutir, cuando lo que debimos hacer fue disfrutar de estos días juntos.

—Lo sé.

—Pero lo nuestro perdurará. ¡Lo hará aunque tenga que coger un avión todos los meses y viajar hasta Calgary para verte!

—¿Lo harías?

—Por ti lo haría. De hecho, en cuanto llegue a Quebec, me pondré a planificar el siguiente viaje de vuelta —le aseguró. Se besaron con pasión, y mucha tristeza por tener que separarse por un tiempo indefinido, y continuó—. Hablaremos, nos veremos por video llamada, nos escribiremos y haremos todo lo que sea necesario... hasta que alguno de los dos se sienta preparado para mudarse con el otro.

—¿Estarías dispuesto a dejar tu vida en Quebec y venir a Calgary con Daryl? —lo interrogó ella muy sorprendida.

—Lo estaría, apuesto muy fuerte por lo nuestro. —Juntó sus frentes—. ¿Y tú, mi vida, serías capaz de dejarlo todo y venirte conmigo?

—Sí, no sé si hoy, mañana o dentro diez meses, pero sé que podré hacerlo. —Lo besó con cariño—. Ambos necesitamos tiempo, Nathan, tiempo para pensar en lo que queremos hacer con nuestras vidas, sopesar las posibilidades y planificar un futuro en común.

—Pues así será.

Charlie despertó en una cama enorme y mullida, enredada al cuerpo desnudo de Liam. Las sombras de la noche devoraban la habitación proyectando sobre sus cuerpos las tenues luces de las farolas y el alumbrado público de la calle. A pesar de que la casa de Liam se encontraba en una de las avenidas más concurridas y transitadas, el sonido no era estridente, ni molesto. Apenas se escuchaba ruido del exterior. Cosa que seguro agradecería por su profesión.

Estiró su cuerpo, algo dolido por las veces que hicieron en amor.

Liam dormía a su lado, y en su cara, ahora relajada y tranquila, jamás podría adivinarse la sexualidad de desprendía cuando estaba inmerso en pleno acto amoroso. La hizo volar con sus manos, la llevó hasta el cielo con su boca y la hizo explotar de gozo con su cuerpo.

Qué fácil hubiese sido quedarse toda la noche y despertar entre sus brazos. La opción más cómoda, la más lógica. No obstante, ¿cómo iba a ser capaz de hacerlo? Se prometieron una noche, una única tregua.

Charlie conocía el poder que ese hombre ejercía sobre ella. Se derretía con una de sus miradas, por eso cayó en su juego. Liam sabía muy bien cómo manejar los hilos para llevarla a su terreno. La sedujo sin mayor dificultad y la hizo pasar una velada memorable. Lo admitía.

Sin embargo, la cena no se desarrolló tal y como Charlie hubiese deseado. No hablaron más que de nimiedades. Las aclaraciones que él le prometió jamás llegaron, y estaba segura de que no llegarían. Liam la deseaba, de eso no había ninguna duda. Deseaba su cuerpo y lo había hecho desde que se conocieron las Navidades pasadas. Le gustaba acostarse con ella, debía parecerle

divertida, estimulante, pero nada más. Estaba segura de que se cansaría cuando la tuviese una temporada a su lado, pues de sus labios no había salido ninguna palabra que estuviese relacionada con el amor, con los sentimientos, ni con una relación estable. Le repetía que quería estar con ella, le decía que la echaba de menos, no obstante, aparte de eso no tenía nada más claro. Y lo que sí sabía era que no soportaría otra desilusión por su parte.

Charlie lo quería, hubiese pasado la vida a su lado si él se lo hubiera pedido. Pero no había sido así. Había vuelto a por ella, la sedujo, la llevó a su casa... pero aparte de pasión... Liam no le demostró nada más.

Se levantó de la cama y lo miró una última vez antes de salir de la habitación. Un dolor sordo en el pecho la hizo jadear. Amor. Eso era lo que le gritaba el alma. Lo amaba. Era un sentimiento tan fuerte aquel que se arremolinaba en su pecho que supo que no podría aguantar demasiado. Saber que para él no era más que un cuerpo y una cara bonita, era insoportable. Por su bien, lo mejor era alejarse definitivamente de Liam.

Caminó hacia el salón, notando cómo las lágrimas mojaban sus mejillas y recogió su ropa, tirada por doquier. Se la colocó con rapidez, sin ponerse los zapatos, para no hacer ruido. Se colgó el bolso del hombro y echó un último vistazo al apartamento, sin atreverse a entrar de nuevo en la habitación donde él dormía, para mirarlo por última vez. Si lo hacía se sentiría peor. Acabaría por partírsele el corazón por la certeza de que no iba a verlo más. Su historia tenía que terminar allí, y debía ser fuerte para marcharse y no mirar atrás.

Decidida, pero con un nudo en la garganta que no la dejaba tragar, abrió la puerta de salida y abandonó la vivienda intentando que el ruido fuese mínimo. Al llegar a la seguridad del ascensor, el llanto explotó y lloró amargamente por aquel amor que jamás podría ser.

Ava pisó Calgary tras varias horas de retraso. El motor de su autobús se detuvo a medio camino, por lo que los pasajeros tuvieron que esperar en la calle a que otro vehículo fuese a recogerlos.

Llegó a la ciudad de noche y lo primero que hizo, fue deambular por ella buscando el apartamento de Zach, con la maleta a cuestas. Tenía tantas ganas de verlo, abrazarlo y decirle todas esas cosas que sentía por él... Desde que descubrió los sentimientos que le profesaba, se sentía rara, mucho. Nunca hubiese imaginado que llegaría a tener ganas de besarle y de gritar a los cuatro vientos que quería empezar una relación con él. Sin embargo, allí estaba, en una ciudad que apenas conocía, perdida por esas intrincadas calles y con su dirección en la mano.

Paró a un taxi una hora después, tras darse por vencida. Cuando le dio la dirección, el taxista se echó a reír, pues el apartamento de Zachary estaba a quince minutos del centro, en un barrio en las afueras.

Mientras se aproximaban, los nervios de Ava se hicieron más fuertes. No sabía qué iba a decirle, ni cómo explicarle ese cambio en sus emociones. Hasta ella estaba sorprendida por sentir atracción por su mejor amigo.

El taxi paró frente a unos edificios de aspecto moderno. Caminó hacia ellos y encontró el correcto. La puerta estaba abierta, por lo que no tuvo que llamar al timbre. No había ascensor, así que agradeció que Zachary viviese en el primero. Cada escalón que subía era una pregunta que su cerebro se hacía: ¿Se alegraría de verla? ¿Estaría acompañado por alguna mujer? O, quizás, la más simple de todas pero la más importante, ¿estaría en casa o habría salido?

Ni siquiera le avisó de su visita, por lo que lo más probable era que no estuviese en su

apartamento, pues según él, su vida social era muy intensa.

Llegó al rellano y se topó con su puerta.

Ava cerró los ojos antes de atreverse a llamar y rezó para encontrarlo allí. Si Zach no estaba tendría que buscar un hotel para pasar la noche, pues tampoco había avisado a Liam de que estaría en la ciudad y no sabía si su hermano tenía algún plan.

Tocó al timbre y dejó la maleta en el suelo, agudizando el oído para ver si dentro de la vivienda se escuchaba algún ruido. Y sí que lo hubo.

Las pisadas se dirigieron hacia la puerta y al abrir, Ava se topó de frente con él.

Zach se quedó helado cuando la vio. Fue como si viese un fantasma.

Iba a medio vestir, con los pantalones vaqueros sin abotonar y el cabello mojado, pues parecía que acababa de darse una ducha.

—Ava, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó alzando una ceja.

Ella se lanzó a sus brazos y lo rodeó, apretándolo contra su cuerpo. Cuánto lo había echado de menos y qué agradable era abrazarlo. Al separarse le sonrió, y señaló la maleta.

—He pensado que ya era hora hacer un pequeño viaje a Calgary.

Zach le hizo una señal para que pasase y cuando lo hizo, cerró la puerta tras ellos. La acompañó al salón de su apartamento, no demasiado grande y sin demasiados adornos, la típica decoración de un soltero.

—¿Vas a quedarte con tu hermano? —preguntó él colocándose la camisa.

—No lo tengo decidido todavía —rio—. Tengo un par de opciones.

—¿Cuáles? ¿La casa de Liam y qué más?

Ava se quedó un poco fría al ver que no le ofrecía su propio apartamento. No obstante, se encogió de hombros.

—Bueno, hay hoteles, ¿no?

—Puedo recomendarte unos cuantos antes de que me vaya —comentó él abotonándose el último botón de la camisa.

—¿Te vas? —preguntó Ava abriendo mucho los ojos.

—Tengo un compromiso esta noche.

—Pero, yo pensé que quizás... nosotros podríamos...

—Imposible —la cortó antes de que acabase—, quizás mañana pueda sacar tiempo para desayunar contigo.

—¿Mañana? ¿Vengo a verte y lo quieres dejar para mañana?

—Ava, tengo una vida, no voy a desbaratar mis planes porque a ti te haya apetecido hacer una visita sin avisar. Ya te dije el otro día que estaba ocupado.

Ella se puso de pie y lo encaró, sintiendo que le dolían sus palabras.

—Es que... tenemos que hablar.

—¿Y no puede esperar hasta mañana esa conversación?

—Es importante, para mí lo es —insistió.

Zach suspiró y evitó mirarla a los ojos. Todavía se le erizaba la piel cuando Ava estaba frente a él. Y no le gustaba que así fuese.

—Si es tan importante, habla —la animó—. Tengo quince minutos.

—¿En serio? —lo interrogó con incredulidad.

—¿En serio, Ava! —dijo perdiendo la paciencia—. ¡Si quieres que hablemos, hazlo de una puñetera vez!

Ella asintió y se humedeció los labios.

—Está bien. —Rozó el brazo de Zachary y lo miró a los ojos—. Zach... el tiempo que llevamos separados me ha servido para darme cuenta de ciertas cosas.

Ava calló y él alzó una ceja.

—¿Y bien?

—Verás... ya sé que parecerá una locura, pero... creo que me gustas. Estoy... enamorada de ti.

—¿Te estás riendo de mí? —ladró Zachary con gesto glacial.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Después de... ¿cuánto? ¿Dieciocho años? ¿Vienes con esto, Ava? —exclamó perdiendo el control—. ¿Después de que te confesase lo que sentía y me tratases como a un indeseable?

—¡Me pilló por sorpresa, créeme que la primera asombrada he sido yo!

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —preguntó él cruzándose de brazos y fulminándola con la mirada—. ¡Estoy rehaciendo mi vida, he decidido pasar página, conocer a otras personas! ¿Y ahora se te ocurre venirme con esas?

—¡Yo tampoco tengo la culpa de sentir esto! ¡Quiero estar contigo, Zach!

—Es demasiado tarde. Quizás siempre fue demasiado tarde para nosotros.

—¡No digas eso, nos queremos!

—¡Eso no es verdad, ya no significas nada para mí! He tardado muchos años en conseguir abrir los ojos, pero lo he logrado! Ava, para ti siempre he sido un juguete con el que te divertías cuando no estabas enganchada con otro tío! ¡Me llamabas para quedar cuando los planes se te acababan!

—¡Eso no es cierto, y lo sabes! ¡No se te ocurra decir esa barbaridad! —le advirtió notando que la ira coloreaba sus mejillas—. ¡Siempre has sido mi mejor amigo y nunca pensé que lo que sentía por ti acabaría convirtiéndose en amor!

Zachary se quedó en silencio mirándola. Su linda cara, su bello cuerpo... Pasó tantos años deseando esas palabras de sus labios... Deseó tanto que lo quisiese como le aseguraba. No obstante, siguió con el corazón duro como una piedra.

—Creo que será mejor que te vayas de mi casa.

—¡Zach! —exclamó ella al escuchar que la invitaba a irse—. ¡No hablarás en serio, he venido para declararte mi amor!

—¡Un amor que ya no me interesa! —gritó—. ¿O es que pensabas que iba a estar esperándote toda la puñetera vida? ¡Vete de aquí, Ava, vete a Nanton y olvídate de que algún día viniste a visitarme, porque lo que pudimos tener ya no lo tendremos!

Ava se quedó sin palabras, notando que la garganta se le acababa de secar de forma repentina. Zach no la quería, el amor que dijo profesarle se había esfumado, y la echaba de su casa como si fuese una desconocida.

El dolor sordo que sintió en el pecho fue suficiente como para que las lágrimas brotasen hacia sus mejillas. Se limpió las lágrimas con fuerza y asintió, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Lo había perdido. Había perdido a Zach para siempre.

—Me voy a ir —declaró con la voz entrecortada—. Pero ojalá entiendas que no se puede mandar sobre el corazón. No es culpa mía que los sentimientos que te tengo no hayan aflorado al mismo tiempo que los tuyos. Ojalá hubiese sido así, sin embargo... no lo es.

—¿Has terminado? —la interrogó deseando quedarse a solas.

—He terminado. —Cogió su maleta y dio un par de pasos hacia atrás—. Adiós, Zach, ojalá te vaya todo bien en tu nueva vida.

Y tras esas palabras abandonó su casa.

Al salir a la calle llamó a otro taxi. Le pidió al conductor que la llevase a un hotel para pasar la noche. Allí, tirada en la cama, lloró amargamente por todo lo que había ocurrido entre ellos y pensó que quizás Zach tenía razón. Probablemente, lo mejor para los dos fuese ese final.

Pasó una semana y Charlie no volvió a ver a Liam. Y no fue porque él no insistiese en hacerlo, sino porque lo evitaba por todos los medios. No contestaba a sus llamadas, ni a sus mensajes, y pidió a su tía Poppy que si iba a buscarla, le dijese que había salido. Estaba decidida a pasar página aunque le doliese hacerlo tanto como si le clavasen un cuchillo en el corazón.

Los días que siguieron a la cena en su apartamento fueron muy tristes. No dejaba de recordar lo bien que se sentía a su lado y todas las cosas maravillosas que notaba cuando la abrazaba. El amor que tenía por Liam no dejaba de crecer y sabía que si no frenaba esos sentimientos acabaría rota. Él no la quería, solo deseaba su cuerpo.

Las noches se convirtieron en un infierno. Apenas podía conciliar el sueño, pues cada vez que cerraba los ojos aparecía él en su mente, sonriéndole, haciéndole el amor, logrando que se sintiese tan especial como siempre.

Había momentos en los que pensaba que se ahogaría por la añoranza, y también estaba segura de que Liam la olvidaría pronto. Era un hombre guapo, sexy y culto, que dejaría de pensar en ella en cuanto se aburriese de esperar.

Acostada en su cama se secaba las lágrimas, con la mirada puesta en el techo. Ojalá ella pudiese hacer lo mismo, despertar un buen día y sorprenderse porque Liam se hubiese convertido en un vago recuerdo de su pasado. Ojalá pudiese pulsar un botón en su cabeza que reiniciase su memoria. Que su pecho no pareciese a punto de reventar cada vez que lo imaginaba.

—Charlie, cielo, si sigues así vas a enfermar —dijo su prima Lily terminando de doblar un par de pantalones, y dejándolos sobre su cama antes de ir a su lado.

—A mí tampoco me gusta estar así, pero no puedo evitarlo —gimió.

Lily la abrazó y besó en la mejilla.

—¿Por qué no hablas con él? Liam no deja de llamarte. Ha venido a casa más veces de las que soy capaz de contar solo en esta semana.

Charlie negó con la cabeza y miró a su prima, con los ojos enrojecidos de tanto llorar.

—Solo quiere sexo.

—¿Tú crees que insistiría tanto por sexo?

—No quiero volver a sufrir —añadió ella bajando la vista al suelo—. Llevo pensando en Liam desde que lo conocí, fantaseando con algo que jamás ocurrirá.

—¿Cómo estás tan segura de ello?

—¡Me tenía, Lily! Me tuvo toda la noche a su lado y lo único que hizo fue seducirme y llevarme a la cama. ¡Apenas hablamos sobre nosotros!

Su prima negó con la cabeza y suspiró.

—Tienes miedo, eso es lo que te ocurre.

—¡Sí, lo tengo! —admitió mientras otra lágrima recorría su mejilla—. ¡Tengo miedo a entregarme y que me desprecie, que me diga otra vez que no busca lo mismo que yo, que me ilusione con algo que jamás ocurrirá!

—Tener miedo no es malo, Charlie, todos lo tenemos. No obstante, es un error dejar que el miedo dirija tu vida.

—Para ti es fácil decirlo, sabes que Nathan te quiere —añadió de forma desapasionada.

—¡Lo creas o no, estoy cagada de miedo! ¡No ha pasado ni una semana desde que se fue y ya estoy haciendo las maletas para irme a vivir con él! —Señaló la bolsa de viaje que había sobre su cama y los pantalones que acababa de doblar—. En esa maleta tengo que guardar mi vida. En Quebec solo tendré una bolsa con ropa que me recuerde de dónde vengo.

—También estará Nathan.

—Sí —sonrió—. Y Daryl. —Cogió las manos de Charlie y las apretó—. Voy a dejar a mi familia a más de dos mil millas de distancia. Os echaré tanto de menos...

Se abrazaron y Charlie la besó en la mejilla.

—Todavía no sé cómo consigue tu madre no echarse a llorar por los rincones.

—No lo hace porque sabe que voy en busca de mi felicidad. Y porque ni yo misma sé si las cosas con Nathan funcionarán, pero no voy a quedarme aquí lamentándome no haberlo intentado.

—Eres muy valiente, Lily. Me encantaría serlo tanto como tú.

—Lo eres. Superaste lo de tu madre, y solo eras una niña, superaste la infidelidad de Trevor, lograste sobrevivir a la mayor nevada que ha habido en Canadá en años, y conseguirás superar esto. Estoy segura.

—Creo que confías más en mí que yo misma —comentó Charlie riendo.

—Por supuesto que lo hago. Eres como mi hermana mayor. Me has enseñado valores, me has enseñado a ser valiente y a luchar por mis sueños. —Abrazó a su prima con fuerza y cerró los ojos—. Así que, creo que ya es hora de que la que te de un consejo sea yo. —La miró a los ojos y le sonrió—. Habla con Liam, quizás te sorprenda lo que tiene que decirte.

—No sé si quiero hacerlo, Lily. Al menos no tan pronto.

—Bueno, pues haz lo que quieras. —Suspiró—. Ocurra lo que ocurra, sabes que me tienes, y toda nuestra familia. No estás sola, Charlie.

—Ni tú tampoco lo estarás, aunque nos separen tantas millas. Siempre estaremos juntas.

Lily asintió emocionada y volvieron a abrazarse. Ambas lloraron como niñas y desearon volver a tener diez años y que sus vidas no fuesen tan complicadas. Al separarse, rieron por lo tontas y sensibles que estaban.

—Charlie... ¿me llevarás mañana al aeropuerto? —le preguntó entre lágrimas—. No quiero que lo haga mi madre. Si la veo llorar no creo que sea capaz de subir a ese avión.

Charlie asintió y tragó saliva, sabiendo que la echaría mucho de menos.

—Cuenta con ello.

CAPÍTULO 19

El avión de Lily despegó con puntualidad. Se despidieron entre lágrimas, asegurando que se llamarían a menudo para ponerse al día sobre todo lo que ocurriese en la vida de la otra. Cuando la aeronave en la que iba su prima pasó a ser una diminuta mota en el cielo, Charlie regresó al aparcamiento. Montó en su pequeño coche y suspiró, pensando en que la casa no sería lo mismo sin Lily. No obstante, sabía que estaba muy ilusionada por su romance con Nathan y, aunque tuviese miedo por lo desconocido, la felicidad se transparentaba en sus ojos.

Se ató el cinturón de seguridad y dejó atrás el Aeropuerto Internacional de Calgary tomando la nacional que llevaba a la ciudad. No era un camino demasiado largo, diecisiete millas y estaría de nuevo en casa. Deseó llegar cuanto antes. Estaba tan deprimida que el solo hecho de pensar en su mullida cama era un alivio. Necesitaba tumbarse en ella, taparse con las mantas hasta la cabeza y pensar en todo lo que últimamente daba vueltas en su mente. Sobre todo del tema de Liam.

Apretó los labios al pensar en él. Era tan duro saber que lo suyo no llegaría a ninguna parte... Tarde o temprano se cansaría de que lo ignorase y desaparecería de su vida para siempre. De hecho, el pasado día no tuvo noticias de él, cuando lo normal era que llamase unas cuantas veces, a pesar de no contestarle al teléfono nunca.

Un pitido le hizo dar un salto en el asiento. Al mirar el marcador, se dio cuenta de que la reserva de gasolina estaba en mínimos. Paró en la siguiente gasolinera y abrió el depósito. Aprovechó a que el empleado del surtidor le echaba carburante para ir al servicio. Al terminar, pagó en el mostrador y volvió a salir a la calle, tras comprar una botella de agua.

—Señorita, he apartado su coche del surtidor porque había otro cliente aguardando, espero que no le moleste —la avisó el empleado devolviéndole las llaves con una sonrisa.

—No, no se preocupe. —Le sonrió también.

Se acercó a su coche, estacionado en uno de los laterales de la gasolinera e introdujo la llave en la puerta, para abrirlo. No obstante, otro vehículo se posicionó a su lado y el conductor pitó, para llamar su atención.

Le resultó vagamente familiar. Era un sedán de color negro con las lunas traseras ahumadas. ¿Dónde lo había visto antes?

Al asomarse al interior y descubrir a Liam en él, todo su mundo giró descontrolado. Su corazón se desbocó, su estómago se revolvió, sus piernas temblaron y sus manos comenzaron a sudar. ¡Era su coche, por supuesto! El mismo en el que fue a recogerla la noche en la que cenaron en su apartamento.

¡Oh, Dios Santo, oh, Dios Santo! ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo había logrado dar con ella?

Liam la miraba con fijeza y seriedad, como si la frustración por el rechazo de Charlie estuviese haciendo mella en su carácter. Sin embargo, no pudo evitar fijarse en su buen aspecto. Estaba tan guapo como siempre, tan sexy como recordaba.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella de repente.

—Lo que tuve que haber hecho hace ya un tiempo —respondió enigmático—. Tenemos que hablar.

—¡No! ¡No, Liam, ya tuviste la oportunidad la otra noche, y no lo hiciste!

—¡No me diste tiempo, maldita sea, te largaste mientras dormía! —le reprochó entrecerrando los ojos.

—¡Tuviste toda la velada! ¡Pero, no! ¡En realidad no tenías nada que decirme porque lo que buscabas era sexo! ¿Me equivoco?

—¡Sí te equivocas! —gritó. Apretó el volante entre las manos y cerró los ojos, buscando un poco de tranquilidad. Estiró la mano y abrió la puerta del copiloto—. ¿Puedes subir? No me gusta que hablemos con tanta distancia separándonos.

Charlie dio un paso hacia atrás negando con la cabeza.

—Puedes decirme lo que quieras, pero no voy a entrar. —Evitó mirarlo a los ojos, pues hacerlo era doloroso. Todas las emociones que Liam le provocaba se intensificaban.

—Charlie, solo es una conversación.

—¿Qué hay de malo en hablar así? —insistió.

—No me gusta. Además, desde ahí afuera apenas puedo escucharte. —Señaló el asiento por segunda vez—. Entra, por favor.

Ella resopló y se cruzó de brazos.

—¡Está bien, maldición! Pero no esperes que me quede demasiado tiempo. ¡Vas a decirme eso tan importante y me largo de aquí!

—Hecho, es justo —asintió Liam.

Charlie tomó asiento a su lado y cerró la puerta. Se giró un poco hacia Liam y lo miró con enfado, dándole a entender que no le gustaba aquella situación. Él por su parte, sonrió contento por haberse salido con la suya.

—Ponte el cinturón, Charlie —le ordenó.

—¿Qué? ¿El cinturón? ¿Para qué? —Mientras hablaba, Liam encendió el motor y el vehículo abandonó la gasolinera, logrando que exclamase una maldición por haber sido engañada—. ¿Se puede saber qué cojones estás haciendo?

—Ponte el cinturón —repitió con paciencia, sin que la sonrisa abandonase sus labios.

—¡No me lo voy a poner, Liam! ¡Haz el favor de parar el coche y llevarme de vuelta a la gasolinera! —Él no contestó, sino que se limitó a conducir—. ¡Liam!

—Todavía no veo que te hayas puesto el cinturón.

—¡Que os jodan a ti y al maldito cinturón! —prorrumpió con ira—. ¡Esto es un secuestro!

La risa de él resonó por todo el coche.

—No, Charlie, no podría ser jamás un secuestro puesto que fue tu prima la que me dijo dónde estarías hoy.

—¿Mi prima? ¿No se habrá atrevido Lily a...? —lo interrogó sin llegar a creérselo.

—Es una buena chica, y Poppy también.

—¿También sabe de esto mi tía? —No podía cerrar la boca, ¿acaso estaba toda su familia ayudando a Liam?

—Tu tía va a encargarse de recoger tu coche de la gasolinera —la informó como si nada.

—¿Recoger? ¿Cómo que recoger? ¿Adónde me llevas?

—Ya lo verás.

—¡Prometiste que solo íbamos a hablar! —le recordó enfadada.

—Y es justo lo que vamos a hacer, Charlie. Hablar. Hablar sobre todas esas cosas que no

quieres comprender.

—¿Para eso es necesario que me lleves en tu coche? ¿Un parque no serviría? ¿Una cafetería?

—Ya lo intenté esta semana —dijo cambiando de marcha, para aminorar en una curva—. Te llamé miles de veces para que nos viésemos y aclarásemos las cosas. Así que, ahora lo haremos a mi manera.

—¡Me estás reteniendo contra mi voluntad!

—Ponte el cinturón, Charlie —repitió por cuarta vez, sonriendo al ver que apretaba los dientes, y dándole a entender que no hablaría más del tema por el momento.

El inesperado viaje en coche se alargó unas dos horas. Tanto fue así que la noche les sorprendió a mitad del trayecto, logrando que Charlie perdiese por completo la situación en la que se encontraban y no tuviese ni una mínima pista de hacia dónde la llevaba Liam.

El silencio entre los dos no se rompió, pues estaba tan enfada que apenas contestó con gruñidos a los intentos por mantener una charla agradable de él. Sin embargo, por mucho que se obligase a ignorarlo, su cuerpo estaba atento hasta el más mínimo movimiento de Liam, sintiendo que su presencia inundaba el coche, notando su agradable perfume masculino introduciéndose en sus fosas nasales, provocando que los recuerdos de las noches que pasaron juntos fuesen tan vívidos como si acabasen de ocurrir. Su corazón no se tranquilizaba. Era doloroso darse cuenta de que ese hombre siempre estaría clavado en él, por mucho que Charlie quisiese arrancarlo.

Hacia las cinco de la tarde tomaron un desvío que los sacó de la carretera principal y circularon por una vía secundaria con algún que otro bache.

Cuando por fin paró el motor del coche, Charlie se llevó una mano a la boca, pues sus ojos no creían que aquello que estuviese viendo fuese cierto.

—No es verdad —susurró ella sin poder apartar la vista.

—Puedes pellizcarte si no te lo crees —bromeó Liam hablándole al oído.

Charlie se apartó de él, con la piel erizada por su cercanía y abrió la puerta del copiloto, para salir del coche. Dio unos pasos hacia adelante y tragó saliva.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Por qué estamos de nuevo en esta casa?

—Aquí fue donde empezó todo.

La bonita casa de madera perdida en las Rocosas parecía darles la bienvenida. Charlie aguantó las ganas de echarse a llorar al verla. Jamás pensó que regresaría a aquel lugar, creyó que no volvería a verlo nunca. No obstante, Liam la había llevado de vuelta al sitio donde se conocieron, y en el que tantos buenos ratos pasaron juntos. En el que comprendió que lo quería.

—Abriré el maletero y cogeremos el equipaje —dijo él rodeando el coche.

—¿El equipaje? ¿Qué equipaje? —lo alcanzó frunciendo el ceño.

—El nuestro —aclaró como si nada.

—¡Se suponía que solo íbamos a hablar y me llevarías de vuelta a Calgary!

Charlie sintió que el pánico se iba apoderando de ella. ¿Regresar de nuevo a esa casa? ¿Junto a Liam? ¡No, no podría soportarlo! Había tantos recuerdos maravillosos en ella, tanta pasión compartida entre esas paredes... Notando que la respiración se volvía pesada, se apoyó sobre el coche y cerró los ojos.

—No voy a entrar ahí —declaró más decidida de lo que lo había estado nunca.

Miró a Liam con la determinación pintada en el rostro y se cruzó de brazos. No traspasaría esa puerta ni aunque fuese su obligación hacerlo. Estaba decidida y nadie podría obligarla.

Después de su pelea con Ava, Zachary pasó la peor semana de su vida. Recordaba sus palabras, sus gestos, sus súplicas... y no podía evitar sentirse como el mayor cabrón del mundo. Él no era así, nunca lo fue, y sabía que se comportaba de esa forma solo porque estaba dolido. Había pasado demasiado tiempo esperándola, demasiado tiempo soñando con algo que nunca llegó.

Pensó que su vida en Calgary cambiaría su forma de pensar y de sentir. Salió con decenas de chicas preciosas dispuestas a comenzar una relación con él, no obstante, no pudo hacerlo. En su mente solo había hueco para una. Para la mujer más especial de todas, la que era una buena amiga y mejor confidente, la chica que lo había vuelto loco desde que era un adolescente. Y esa era ella. Por mucho que lo intentó, no pudo arrancarla de su alma.

Rememoró su cara cuando la despreció en el apartamento, el dolor que había en su rostro.

Fue a buscarlo para declararle su amor, y Zach la despachó como si todas esas palabras no significasen nada, como si no valiesen, cuando en el fondo moría por ella. Siempre deseó que Ava le dijese aquello, que le pidiese una oportunidad para conocerse más íntimamente. Y cuando lo había hecho, reaccionó echándola de su casa y de su vida.

¿Cómo había podido ser tan estúpido? ¿En qué momento perdió del todo la cabeza para rechazar a una mujer como ella?

Tenía razón. Ava no tenía culpa por no haberse enamorado a la misma vez que lo hizo él. En el corazón era imposible mandar.

Quería estar con ella, siempre lo quiso y siempre lo querría. Ava tenía todo lo que buscaba en una mujer, era tan perfecta que a veces le parecía incluso irreal.

Decidió ir a por ella. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Vivir una vida vacía y sin sentido solo por orgullo? ¡No, Zachary jamás consentiría algo así! Desde niño lo educaron con la creencia de que el orgullo era un arma de doble filo con la que debía andarse con cuidado. Y se había dado cuenta de por qué.

Cogió las llaves de su coche y las de casa antes de salir. Iría a Nanton y se plantaría en su apartamento para pedirle disculpas. No quería perderla, no ahora que sabía que los sentimientos de Ava eran como los suyos.

Al abrir la puerta de casa, no pudo poner un pie en el exterior, pues había una persona frente a él. Cuando la reconoció, su corazón estuvo a punto de explotarle dentro del pecho. Era ella.

—Ava, ¿qué estás haciendo aquí? Pensé que habías vuelto a Nanton —dijo con asombro. Estaba preciosa, aunque se notaba que apenas había podido descansar, pues las ojeras oscurecían sus ojos.

Ella se retorció las manos y miró a Zachary con seriedad, y un toque melancólico en la mirada.

—No podía irme, Zach. Llevo en casa de Liam casi toda la semana —reconoció conteniendo el llanto—. No podía irme y dejar esto así. Me parece bien que no quieras una relación amorosa conmigo, pero... no quiero perderte como amigo. Sería...

Zachary no dejó que acabase de hablar. La cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo, juntando sus bocas en un pasional beso. Aquel primer contacto entre ambos fue mil veces mejor de lo que nunca fantaseó. Lo labios de Ava eran calientes, sensuales y dulces. Sentía los brazos de ella rodeándole por el cuello. Se notó completo.

Al separarse, Ava se quedó sin saber qué decir, pues nunca hubiese imaginado que su visita acabaría de ese modo.

—Perdóname, Ava —dijo él adelantándose y cogiéndola por las manos—. He sido un tonto, y un estúpido.

—Yo también lo fui al no darme cuenta antes de mis sentimientos —añadió ella mirándolo a los ojos.

—Iba a ir a por ti, a Nanton. Llevó varios días pensando en hacerlo.

—¿En serio? —Ella sonrió al escuchar la noticia. Había vuelto a su apartamento con muy pocas ilusiones de que aquello se arreglase, sin embargo, el arrebato de Zach y su increíble beso la había dejado flotando en las nubes.

—Sí, cariño. Llevo toda la semana pensando en ti, en lo que me dijiste, en si sería cierto.

—¡Lo es, Zach, claro que lo es! Lo que siento por ti es real.

—Oh, Ava... —La volvió a besar—. No quiero pensar que podría haberte perdido por mi orgullo y mi estúpida chulería.

—No me hubieses perdido nunca —le aseguró—. Eres la persona más especial de mi vida.

Él la cogió por la mejilla y la hizo mirarlo a los ojos.

—¿Quieres que lo intentemos? ¿Te gustaría que probásemos y viésemos qué tal nos va en una relación?

—No pienso en otra cosa desde hace semanas —asintió ella con alegría.

Se abrazaron y besaron con tantas ganas que sus cuerpos se acalararon por la sensualidad de sus caricias. Zachary juntó sus frentes y le sonrió, muy cerca de su boca.

—Quizás no funcione, o quizás nos demos cuenta de que lo mejor para ambos es seguir siendo amigos. No obstante, quiero intentarlo. Contigo lo intentaría todo. Te quiero desde la primera vez que te vi.

Ava lo besó apretando tanto su cuerpo contra el de él que parecía querer convertirse en uno. Le sonrió y apoyó la cabeza sobre su pecho. Entraron en el apartamento y cerraron la puerta tras de sí. Ya en el salón, los besos no dejaron de sucederse y las caricias de encender sus cuerpos. La hermana de Liam despegó la cara de la de Zachary y le sonrió, tan feliz que incluso le dolía. Lo empujó hacia el sofá logrando que cayese sentado sobre él, con ella a horcajadas sobre sus piernas.

—Mi Zach —susurró sensualmente contra su boca—. Recuperemos el tiempo perdido.

Charlie se cruzó de brazos y miró Liam con una expresión retadora.

Ni por todo el oro del mundo pensaba traspasar esa puerta. La había engañado y traído a ese lugar en contra de su voluntad. Si pensaba que después de todo lo que había ocurrido entraría por su propio pie, es que era más tonto de lo que pensaba.

Todo aquello le parecía irreal, incluso su familia confabuló contra ella, a favor de un hombre que apenas conocían. No sabía qué les había dicho Liam para convencerlos, sin embargo, Charlie ya lo conocía y sabía qué buscaba de ella.

Con la mirada puesta en las Rocosas, continuó clavada en el mismo sitio. No quería mirarlo, hacerlo sería su perdición. Lo quería y sabía lo débil que era su fuerza de voluntad en lo que Liam respectaba.

—Charlie, no seas infantil, aquí fuera hace frío —dijo él intentando que torciese el brazo.

—Me da igual que haga frío. ¡Aunque estuviese en el mismísimo Polo Norte no entraría en la misma casa que tú! —exclamó con rigidez.

—Vamos a enfermar si nos quedamos mucho tiempo aquí fuera.

—¡Quiero volver a Calgary! —gritó sin querer prestarle atención al nudo de su garganta.

—¡Y volverás, maldita sea! ¡No voy a retenerte aquí toda la vida, solo quiero hablar! —chilló

él a su vez. Se pasó una mano por el cabello y se quedó mirándola. Parecía muy decidida a no concederle una pequeña tregua. Su bonita cara estaba deformada por el enfado y sus vívidos ojos azules parecían vacíos e indiferentes—. Por favor, deja esa actitud. Nos merecemos esta conversación.

Ella giró la cabeza y lo fulminó con la mirada.

—No —contestó sin más.

La paciencia de Liam se terminó de repente. Había estado llamándola toda la semana, siendo cortés y respetando sus decisiones. Sin embargo, se había dado cuenta de que con ella eso no valdría de nada. Si quería que esa mujer lo escuchase, tendría que hacer algo más que intentar ser políticamente correcto.

Decidido, recorrió los escasos metros que los separaban y la agarró por la cintura, cargándosela al hombro. Los gritos de Charlie provocaron el eco en las montañas, escuchándose de forma repetida, aunque con menor intensidad.

Con ella sobre el hombro, echó a andar hacia la casa, notando cómo intentaba que la soltase, dándole golpes en la espalda e insultándolo sin parar.

—¡Suéltame pedazo de asno! ¿Quién cojones te has creído que eres para tratarme así? — chilló fuera de sus casillas. No podía creer que Liam se hubiese atrevido a aquello. Al ver que no hacía caso, las ganas de llorar regresaron, pero intentó hacerse la fuerte—. ¡He dicho que me sueltes, Liam, no eres nadie para hacerme esto!

—Es la única forma que tengo, puesto que no quieres colaborar —comentó con serenidad, abriendo la puerta de la vivienda y llegando al salón con ella todavía alzada.

—¡No pienso perdonarte que estés haciéndome esto! ¡Déjame en el suelo, ya!

Liam hizo lo que le pedía y la dejó sobre la tarima de madera, con suavidad. Al saberse libre, Charlie se lanzó contra él. Estaba tan enfadada que apenas se dio cuenta dónde le golpeaba, lo único que pensaba era en hacerle daño, pues ella estaba pasándolo fatal. Maldijo el día en el que se enamoró de ese bruto.

Liam se zafó como pudo de los golpes y la agarró por las muñecas, inmovilizándola.

Al verse impedida lanzó un gruñido furioso y se retorció para que la soltase.

—¡Eres un cretino, un salvaje y un... un...

—Ya es suficiente, Charlie —le advirtió cansado.

—¿Es suficiente? ¿Por qué? ¿Por qué tú lo digas? —lo interrogó con tanta rabia que su campo de visión era rojo—. ¿Y qué harás si no dejas de insultarte? ¿Me pegarás, Liam?

—¿Qué diablos estás diciendo? —gritó abriendo los ojos con incredulidad—. ¿Cuándo te he hecho daño?

—¡Lo estás haciendo ahora! ¡Me estás apretando las muñecas!

Él la soltó de inmediato y suspiró, sin saber cómo hacer para que se tranquilizase. Aquello estaba siendo más complicado de lo que pensó en un principio. Nunca imaginó que Charlie actuaría de esa forma.

—Nunca ha sido mi intención dañarte.

—¿Ah, no? —prorrumpió a voz de grito—. ¡Pero sí que lo ha sido engañarme, traerme aquí a la fuerza y hacerme entrar en esta maldita casa aunque te haya dicho decenas de veces que no quería hacerlo!

—Es la única manera de que me escuches.

—¡Qué te jodan, tío! ¡Te odio!

—Eso no es verdad —añadió Liam con voz dolida.

—¡Sí que lo es! —prosiguió notando que era imposible retener las lágrimas y estas brotaban de sus ojos y mojaban sus mejillas sin que pudiese detenerlas—. ¡Eres despreciable, eres el peor ser humano que conozco! ¡No te bastó con jugar conmigo una vez!

—¡Yo nunca he hecho eso!

—¿Se te ha olvidado lo que pasó en Navidad? —preguntó con rabia y la voz entrecortada por el llanto—. ¿Ya no recuerdas lo que ocurrió y lo que significó para ti? ¿No te acuerdas de todo lo que me dijiste antes de separarnos?

—¡Ya hablemos sobre ese tema, te dije que no sentía todas esas cosas! ¡Tenía miedo, Charlie!

—¿Por qué no te buscas a otra a la que engañar? ¡Tú solo quieres sexo, Liam!

—¿De verdad piensas eso después de nuestra última noche juntos?

—¡Sí, lo pienso! —gritó apretando los puños—. ¡Me aseguraste que hablaríamos, que esa cena era para aclarar nuestra situación! ¿Y qué fue lo que pasó realmente? ¡Que me sedujiste, que no hablamos más que de tonterías y que no tenías intención de hacerlo!

—¡No me diste tiempo, joder! ¡Te largaste cuando estaba dormido, te fuiste como una cobarde en vez de enfrentarme y pedirme las explicaciones! —Apretó los labios y se acercó un poco a ella—. ¿Sabes lo que sentí al ver que ya no estabas cuando me desperté? ¿Puedes imaginarte la frustración que noté? ¡Claro que te hice el amor, joder! ¡Llevaba tres meses sin verte, te echaba de menos! ¡Estaba desesperado por tocar a la mujer a la que quiero, por sentirla contra mi cuerpo!

La boca de Charlie se abrió al escuchar sus palabras.

—¿Qué?

—¿Sabes lo mal que me lo hiciste pasar al ver que no querías ni coger el teléfono? —continuó descargando su frustración.

—¿Qué... has dicho? —dijo ella notando que todo su cuerpo comenzaba a vibrar.

—¡He dicho muchas cosas, maldita sea!

—¿Me quieres? ¿Liam, tú me...? ¡Oh, Dios! —El llanto le impidió seguir hablando. Se tapó la cara con las manos y los sollozos la hicieron estremecerse por completo. ¿Había oído bien? ¿Era cierto aquello que había creído escuchar?

Al verla llorar de esa forma tan desconsolada, Liam maldijo en silencio. Le dolía en el alma que Charlie estuviese pasándolo mal. La rodeó por los hombros y la apretó contra su cuerpo, apoyando el mentón sobre su coronilla.

—¡Te quiero, Charlie, claro que te quiero! —le dijo con fuerza.

—¿Y por qué no me lo habías dicho antes?

—¡Dejé mi casa y me mudé a Calgary por ti! Quería que comenzásemos una relación, que lo nuestro fuese en serio.

—¿De verdad?

Liam sonrió al notar su incredulidad.

—De verdad. —Le alzó la cara y la hizo mirarlo a los ojos—. Cuando te fuiste, al llegar las quitanieves, me intenté convencer de que lo que habíamos tenido no era importante, que te olvidaría pronto. No obstante, no fue así. Te veía por todos los rincones de esta casa, te recordaba en mi cama, en mi despacho, en el salón... Añoraba tu presencia, tus besos. —Juntó sus frentes y la miró con intensidad—. El día que me di cuenta de que te quería, fue extraño para mí. Tenía mi vida resuelta, planeada, y tú me la habías deshecho con tus sonrisas y tu dulzura.

—Pero, tenías razón, Liam, queremos cosas tan diferentes... —susurró con dolor en la voz.

—Es cierto, quizás no pensamos lo mismo de ciertas cosas, y que choquemos en otras. Sin embargo, sé que podremos superarlo. Lo sé, porque también somos muy parecidos, de algún

modo, y aunque haya temas que nos separen, hay muchos otros que nos unen.

—No va ser fácil ponernos de acuerdo.

—No lo va a ser. Pero... ¿qué hay de malo en tener diferentes visiones de la vida? Mientras nunca se pierda el respeto y la capacidad de debatir amigablemente todo puede llegar a suceder.

Charlie sonrió y le acarició la mejilla rasposa.

—¿Y todas estas palabras me las dice el hombre que me hizo la vida imposible los primeros días que llegué a esta casa?

—Te las dice el hombre que está loco por ti, el escritor maniático, el psicólogo, el amante nocturno, el apasionado de Los miserables y de los clásicos del cine, el que se asombra al verte bailar descalza. —Alzó una ceja y sonrió—. Y el estúpido e insensible también lo hace. Te quiero, Charlie Wilson, y no hay nada que me haga más feliz que pasar el resto de mi vida conociéndote.

Charlie sonrió con una felicidad inmensa y lo rodeó con los brazos. Se puso de puntillas y junto sus labios en un beso desesperado y pasional.

—Yo también te quiero, Liam —susurró contra su boca—. Y será un placer conocer todas esas facetas tuyas, desde el escritor exigente, al hombre dulce y apasionado al que amo.

—¿También querrás conocer al estúpido? —bromeó apretándola contra sí.

—Bueno... si no hay más remedio...

Ambos rieron y volvieron a juntar sus bocas. Siempre era sorprendente darse cuenta de lo que se deseaban. Era una gran explosión que prendía nada más rozarse. Sus lenguas jugueteaban en la boca del otro, explorando sus rincones y proporcionando un placer sin igual. Sus manos recorrían los cuerpos, memorizando y disfrutando de la calidez que desprendían. Vibraban y temblaban, sus pieles se erizaban por aquellas sensaciones tan electrizantes y sus mundos se desdibujaron hasta tal punto que solo existía la presencia del otro. Siempre les sucedía igual. Todo dejaba de tener importancia, todo perdía su valor.

Liam la cogió en peso y la llevó hacia la planta de arriba, sin dejar de besarla. Tener a Charlie de nuevo con él era lo mejor que le hubiese pasado nunca. Era la mujer más bonita del mundo, la más sensual y dulce. Y no podía estar más seguro de que era la correcta para él, la que estaba destinada a compartir su vida.

Llegaron a la habitación y se dejaron caer sobre el lecho. El olor a las sábanas de Liam hizo que los recuerdos de ella volasen a esas pasadas Navidades. Sintió que el tiempo se había detenido, que la nieve todavía bloqueaba el camino y que la tristeza por la separación nunca sucedió.

Se despojaron de sus ropas y entrelazaron sus cuerpos tal y como deseaban. Fue una danza de pasión, de jadeos ahogados y de sentimientos. Ninguno quiso romper aquella magia con palabras, ninguno dejó de mirarse durante lo que duró el acto sexual, y ninguno quiso separarse de otro, ni un segundo, tras sentir que el clímax barría sus cuerpos y los dejaba en ese estado de serenidad y saciedad.

Pasaron el resto de la tarde sin salir de la cama. Hablaron sobre el tiempo que pasaron separados y maldijeron ese estúpido miedo que los mantuvo alejados, cuando lo que en realidad deseaban sus corazones era continuar juntos.

Hicieron el amor de nuevo cuando sus cuerpos estuvieron repuestos del anterior acto. Apenas podían tener las manos alejadas del otro, pues se habían extrañado tanto...

Demostaron sus sentimientos de tantas formas y maneras como supieron. No obstante, lo que más abundaron fueron los besos. Esa seguridad y bienestar que experimentaban cuando juntaban sus bocas era lo que necesitaban. Se habían dicho lo que sentían, sin embargo, eran concededores que con eso no bastaba. Después de aquello, tendrían que superar el día a día, cuadrar sus vidas y reforzar esa todavía frágil confianza. Aunque estaban seguros de que con amor y paciencia, todo se lograría.

Charlie estaba feliz, tanto que temía que todo aquello fuese un sueño y acabase despertando sola, en su cama. Tener a Liam solo para ella había sido una ilusión que pensó nunca llegaría a cumplirse. Ese hombre era todo lo que siempre deseó, e iba a ser todo un placer pasar el resto de su existencia conociéndolo. Porque, si había algo de lo que estaba segura era de que quería hacerlo. Quería envejecer a su lado y compartir todas y cada una de sus alegrías, como también consolarle en sus penas.

Se abrazó con más fuerza a él y notó que Liam también la rodeaba contra su cuerpo. Se besaron con ardor, sintiendo que lo suyo era para siempre.

Charlie acarició su cuello y lo mordisqueó, logrando que él riese.

—Todavía no me has contado qué hiciste para que mi familia te ayudase.

Liam la miró con fijeza y sonrió, al tiempo que daba un tierno beso sobre su naricilla. Se humedeció los labios, antes de hablar y una sonrisa ladeada ocupó su rostro.

—De hecho, fueron Lily y Poppy las que se pusieron en contacto conmigo.

—¡No! ¡No será verdad! —exclamó Charlie contrariada.

—Lo es. —Apoyó la cabeza contra la de ella—. Llevabas toda la semana huyendo de mí. Según ellas, estabas triste y decaída, y pensaron que debían interceder. No querían seguir viéndote así.

—Tendría que matarlas, a ambas —resopló muerta de vergüenza.

—¿Te arrepientes de estar aquí, conmigo?

—No, ¿cómo se te ocurre preguntar eso?

—Entonces, deberías estar contenta de que decidieran meterse por medio. —La besó fugazmente en los labios—. Yo lo estoy. Si hubiese ocurrido de otro modo, todavía estaría intentando hablar contigo.

Ella hizo una mueca con los labios y asintió.

—Estaba tan convencida de que no me querías... Lo único que intentaba era protegerme, proteger mis sentimientos.

—¿Protegerlos de mí? —le preguntó alzando una ceja—. Pero si yo jamás te haría daño.

—Entonces no lo sabía. Pensaba que solo querías mi cuerpo.

—¿De verdad piensas que cambiaría toda mi vida por un simple polvo? —la interrogó incrédulo.

—No serías el primero ni el último que lo hace, créeme.

Liam miró hacia el techo y tragó saliva.

—Pero yo no soy así.

—Lo sé. Y creo que en mi fuero interno lo he sabido siempre. No obstante, estaba tan dolida...

—Entiendo que lo estuvieses. —La miró a los ojos, asombrándose cada vez que lo hacía de lo azules y bonitos que eran—. Cuando te fuiste de esta casa estuve recriminándome todo el tiempo. Pero... es que lo pasé tan mal en mi divorcio con Sienna... No deseaba vivir nada similar, ver cómo mi esfuerzo se lo lleva otra persona que no ha movido ni un dedo en su vida.

—Por una parte, comprendo tu reacción.

—Pero tú no eres igual que ella, Charlie —le susurró contra su boca—. Tú eres especial, lo supe en cuanto te vi. Lo supe siempre. Incluso esos primeros días de convivencia. Creo que fue por eso por lo que me comportaba así contigo. Porque sabía que ibas a trastocar mi mundo, ese mundo tan bien planeado que había creado.

—Pues yo, cuando te vi por primera vez, pensé que la tierra se había abierto bajo mis pies. Me pareciste el hombre más sexy del universo.

Los dos rieron y se abrazaron, felices. Se besaron con apasionamiento, demostrando que sus sentimientos eran potentes y que se deseaban, tanto o más que el primer día que hicieron el amor.

Charlie apoyó la cabeza sobre su pecho y pensó en lo que ocurriría cuando regresasen.

—¿Crees que nos irá bien en Calgary?

—Nos irá bien —asintió con seguridad—. Quiero que vengas a vivir conmigo, a mi apartamento de la Avenida 17.

—¿Tan pronto? —dijo sorprendida.

—¿Y por qué vamos a esperar más? No tenemos quince años. —La miró a los ojos—. Sé lo que quiero en este momento de mi vida, y es estar contigo.

—Yo también lo deseo. No hay nada que me pueda hacer más feliz. —Lo besó con amor—. Te quiero.

—Y yo te adoro —respondió de inmediato.

Charlie se quedó con una sonrisa en los labios, tan tranquila y radiante como nunca. Qué bonito era el amor y qué bonito saberse amada. Disponían de todo el tiempo para disfrutarse y conocerse, eran jóvenes, con trabajo y muchas ganas de comerse el mundo.

Sin embargo, hubo algo que la hizo torcer un poco el ceño. Alzando la cabeza, se quedó con la mirada fija en el hombre al que quería.

—Liam... esto... ya sé que no es el momento, pero... me gustaría saber algo.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Era cierto eso que dijiste de que no... querías niños?

La cara de él se contrajo un poco. Acarició la frente de Charlie y la besó.

—Es cierto que nunca han entrado en mis planes —admitió.

—Ah...

—Pero no voy a negarme tajantemente a ser padre, porque no sé qué pensaré el día de mañana. —Le sonrió y acarició la cintura—. Lo que sé a ciencia cierta, es que si alguna vez tuviese hijos, sería contigo. Con la mujer que me hace el hombre más feliz del planeta.

Ella lo abrazó con toda su fuerza y lo besó con tantas ganas que Liam se echó a reír al ver su ímpetu.

—¡Liam Tremblay, te voy a hacer tan feliz que cambiarás de opinión y me pedirás docenas de niños!

—¿Tantos? —preguntó poniendo una fingida cara de horror.

—¡Muchos! No te dejarán escribir, no te dejarán descansar y... a ti se te caerá la baba con cada uno de ellos.

Liam soltó una carcajada y le dio un mordisco en el cuello, logrando que Charlie gritase por las cosquillas.

—¿Sabes lo peor de todo? —dijo él sin dejar de sonreír.

—¿Qué?

—Que lograrás que desee eso que dices. —La besó con ardor—. Tú lo consigues todo, mi

dulce Charlie.

Charlie bufó y lo miró con incredulidad.

—¿Todo? ¿No crees que exageras un poco?

—No lo hago. No me resisto ni a ti a y ni tus peticiones. Me di cuenta hace algún tiempo.

—¿De qué estás hablando, Liam?

—Aguarda un momento y te lo mostraré, ya vengo. —Se levantó de la cama, dejando a Charlie sin saber qué se traía entre manos. Se incorporó un poco y cruzó las piernas, esperando su regreso.

Cuando lo hizo, en sus manos llevaba un fajo de folios, que le entregó nada más sentarse en la cama. Ella lo miró con curiosidad pero enseguida se concentró en los papeles y en el título de estos.

—¿Corazón nevado? —leyó frunciendo el ceño, pues recordaba haberle dicho ese mismo calificativo cuando se pelearon.

—Ajá. —Señaló la siguiente página—. Lee un poco.

Charlie hizo lo que le pedía y leyó en voz baja. En sus labios fue dibujándose la sonrisa.

—¡Liam! ¿Estás escribiendo una novela romántica?

—Todavía mejor, estoy escribiendo nuestra novela.

Ella pasó todas las páginas y llegó a la última, pues la curiosidad le mataba.

—¿Y qué pasa al final? —No obstante, no encontró la ansiada palabra—. No hay.

—Todavía está a medio escribir.

—¿Y tendrá un final feliz? —preguntó sonriendo de oreja a oreja.

—Muy feliz. —Devoró sus labios y le quitó los papeles de la mano. Los dejó con cuidado sobre la mesilla de noche y se tumbó sobre Charlie, acariciándola con la mirada—. Sé que no podría ser de otra forma, porque nuestra historia de amor promete ser la más bonita y perfecta de todas.

EPÍLOGO

Hacía tanto frío fuera que nadie quería salir del calor del hogar. La nieve caía sobre Calgary de forma copiosa dejando una estampa preciosa de la ciudad. Cientos de vehículos se apresuraban por llegar a sus casas, pues la noche prometía ser tan gélida como sus antecesoras, por lo que los embotellamientos y los pitidos ensordecían a los viandantes.

Aunque aquello no preocupaba a Charlie, que sentada en el salón de su tía Poppy, observaba feliz a su familia, que todavía comía alrededor de la mesa, hablando a voz de grito y riendo por las payasadas del tío Archie. Estaban todos juntos, y hacía ya tres años que aquello no ocurría, pues con la marcha de Lily a Quebec y el traslado de dos de sus primos a la universidad de Alberta, en Edmonton, cuadrar las agendas había sido casi imposible. No obstante, esa Navidad había ocurrido el milagro, y todos los miembros de la familia comían juntos el famoso guiso de carne de tía Poppy.

Se respiraba felicidad en el ambiente y sus tíos estaban hinchados como pavos al ver a todos sus retoños en la casa donde crecieron, junto al abuelo George, que a pesar de sus noventa y tres años y su eterna cara avinagrada, seguía más fresco que una lechuga.

Al girar la cabeza observó a Liam, que comía como el que más sentado junto a su tía, que se desvivía porque su nuevo sobrino no pasase ni una pizca de hambre, y llenaba su plato con cantidades industriales de comida. Él al sentir su mirada le sonrió, guiñándole un ojo. Charlie sonrió y suspiró. No había día que no agradeciese al cielo el haber encontrado a un hombre como él.

Desde que se reconciliaron, no se habían vuelto a separar para nada. Su tío Archie se burlaba de ella diciendo que parecían siameses, sin embargo, el amor que se profesaban era tan grande que ninguno de los dos se imaginaba sin el otro.

Comenzaron a vivir juntos nada más regresar de la casita de las Rocosas, lugar al que solían ir muy a menudo, pues le tenían un cariño muy especial. La convivencia era muy buena, se llevaban de maravilla, a pesar de que a veces el genio de Liam le jugaba alguna mala pasada. Pero, aquello eran casos puntuales que Charlie manejaba a la perfección. Su amor no hacía más que crecer con el paso de los días. Tanto era así que, a pesar de llevar casi dos años casados, ninguno podía creer que el tiempo pasase tan deprisa.

—¡Ay, mi Charlie! —exclamó Lily sentándose a su lado en el sofá y abrazándola—. ¡No sabes lo que te echo de menos en Quebec!

—¿Qué me vas a echar de menos? ¡Pero si vives mejor que una reina! —rió esta, abrazando a su vez a su prima.

—Sí, eso es verdad. Mi Nathan es un sol, y Daryl un encanto. —Alzó la vista hacia donde se encontraban padre e hija, que reían mientras Archie se colocaba unas patas de cangrejo sobre la cabeza, y sonrió con ternura—. Es la mejor decisión que he tomado nunca.

—Me alegro de que seas feliz —añadió Charlie ladeando la cabeza, sin dejar de sonreír. Lily estaba guapísima, el amor había realzado todavía más su belleza.

—Tenía tanto miedo... Apenas nos conocíamos y no sabía si lo nuestro funcionaría.

—Pero ganó el corazón —añadió Charlie.

—¡Y tanto que ganó! Nos casamos dentro de seis meses. —Se mordió el labio inferior—. Todavía no me lo puedo creer, voy a ser la esposa de Nathan Lavoie.

—Fíjate, incluso pronuncias bien el francés —rio.

—¡Claro que lo hago, allí no tengo más remedio que hablarlo! —se carcajeó a su vez.

Al escuchar sus carcajadas, su tía Poppy se quedó mirándolas con una sonrisa en el rostro. Cómo le gustaba que sus dos niñas estuviesen juntas de nuevo. Y qué pena sentiría al ver a su hija partir hacia Quebec en una semana. Sin embargo, tenía tan buen aspecto y se la veía tan feliz...

—¡Niñas, no coméis nada! —dijo alzando la voz.

—Yo no puedo más, mamá. Me has metido la comida hasta por las orejas.

—¿Y tú, Charlie? Apenas te he visto probar bocado.

—Esta tarde Liam y yo salimos a hacer las últimas compras navideñas, comimos algo por el centro y creo que no me sentó demasiado bien.

Poppy puso los ojos en blanco y resopló.

—Seguro que fue en un puesto de esos callejeros que tanto os gustan.

—Pues sí —rio esta.

Su tía le dio unas palmaditas a Liam en el hombro, que escuchaba la conversación en silencio.

—Ay, sobrino, tu mujer tiene el estómago de una hormiga.

—No come nada, tía Poppy —asintió él a modo de fingida reprimenda hacia Charlie.

Charlie y su prima se deshicieron en carcajadas. Poppy siempre tuvo debilidad por Liam.

—¡Míralos, Lily, tu madre quiere más a mi marido que a mí! Parece que su sobrino sea él y no yo —dijo dándole un suave codazo.

Su tía la señaló con el dedo índice.

—¡Tú, lo que tienes que hacer darle un bebé a Liam!

Él asintió de forma repetida, de acuerdo con ella. Le guiñó un ojo a su mujer y prosiguió.

—Eso, tía Poppy, regáñala. Llevo más de seis meses pidiéndole un niño y Charlie no quiere —se quejó como si fuese un niño pequeño.

—¡Abrase visto! —exclamó su tía alzando la mirada hacia el techo.

—¿Por qué os ha entrado a todos la prisa porque me quede encinta de repente? —preguntó Charlie mirando a Liam a los ojos, sin dejar de sonreír—. Que yo recuerde, hace algunos años no era yo la que se negaba a ser madre.

—Ya te dije, mi amor, que lograrías que cambiase de idea.

—¿Y no será porque te estás encariñando del bebé de Ava y Zachary y te ha picado el gusanillo? —lo interrogó acordándose de sus cuñados y su precioso niño de tres meses.

Liam sonrió y se encogió de hombros. Era cierto que ver a esa criatura le había removido todos y cada uno de sus sentimientos. Y pensar que Charlie y él podían lograr hacer una cosita tan pequeña y tan dulce... Un pequeño ser que fuese de ambos, creado por su amor...

—¿Y cómo le va a tu cuñada? —se interesó Poppy.

—Le va genial. Ahora mismo están en la casita de las Rocosas, pasando las Navidades los tres solos. Con la llegada del pequeño Jack les apetecía celebrar las fiestas en tranquilidad.

—Hacen muy bien, todas las parejas necesitan un tiempo para pasar a solas.

La cena acabó a altas horas de la noche. Después de los postres, el tío Archie sacó su viejo karaoke y todo el mundo se animó a cantar una canción, menos Liam, que prefirió escucharlos sentados junto a Charlie, abrazándola.

Llegaron a su apartamento cansados pero muy contentos de haber pasado esa noche junto a la familia. Tenían pendiente una visita a la madre de Liam, sin embargo, no irían a Nanton hasta el Año Nuevo, pues ella y su marido estaban de viaje.

Se quitaron los zapatos y se tumbaron en el sofá. Siempre hacían lo mismo, pues les gustaba abrazarse allí mientras veían la tele un rato antes de ir a la cama. Era su pequeña costumbre.

Acurrucada en los brazos de su marido, no podía evitar sonreír. Era tan feliz...

Todavía se acordaba del miedo que tuvo al principio de su relación y de la inseguridad de Liam en cuanto a ella. No obstante, habían sabido salir adelante con mucho amor, paciencia y cariño. Se querían tanto que ni en tres vidas seguidas podrían demostrárselo todo. Y esa era una sensación maravillosa. Saber que la persona que estaba a tu lado te amaba con la misma intensidad que la tuya.

Charlie dejó de prestarle atención a la televisión y besó a su marido en el cuello. Liam gimió y le mordisqueó los labios.

—¿Pretendes seducirme? —preguntó él con una sonrisa lobuna.

—Ajá, es justamente lo que quería conseguir.

—Ya sabes que no necesitas insistir demasiado. Conmigo es muy fácil viniendo de ti. —La besó con sensualidad y le acarició la cintura.

—¿Por qué será? —rió quitando los botones de su camisa y dejando al descubierto su musculoso pecho.

—Porque eres mi debilidad, Charlie Tremblay.

—Mm... me encanta cómo suena mi apellido de casada.

—A mí me gusta más cómo suenan tus gemidos, aunque el apellido también está bien —bromeó contra su boca.

Fundieron sus labios en un sensual beso, que los dejó temblorosos y deseosos de más. Charlie notó cómo Liam le quitaba las medias con mimo, casi con reverencia, y se maravillaba de que aquel hombre aparentemente tan rudo y fuerte pudiese tener la delicadeza de hacerlo sin romperlas.

—Eres tan dulce... —dijo ella acariciándole su rasposa mejilla.

—¿Lo soy? —Sonrió al tiempo que lamía su cuello.

—Sí. Y sexy.

—Y tú eres preciosa, la más bonita de todas. Mi mujer.

Charlie se mordió el labio inferior y lo miró con adoración.

—Al final voy a tener que darle la razón a la revista que te catalogaba de hombre sensible.

Liam soltó una carcajada y apoyó el mentón sobre el pecho de ella, sin dejar de reír. Cuando leyó aquel artículo creyó que era una broma.

—Eso lo escribió alguien que leyó Corazón nevado.

—¿Quién iba a decirles a tus lectores más fieles que te atreverías a escribir novela romántica? —bromeó Charlie.

—Y lo mejor, ¿quién iba a decirme a mí que ese libro sería todo un éxito de ventas?

—Yo sabía que sucedería, Liam —añadió ella con seguridad—. Cuando acabaste nuestra historia y leí lo que habías escrito... fue... tan hermoso.

—Mi éxito con esta novela es gracias a ti, mi amor —indicó Liam con los ojos llenos de afecto—. Si tú no hubieses entrado en mi vida jamás me hubiera aventurado a escribir algo así, no hubiese descubierto que la experiencia de cambiar de género fuese tan excitante. Y, sobre todo, no me hubiese atrevido a enviarle dicho manuscrito a mi editor para que lo valorase.

—¿Estás satisfecho entonces con la experiencia?

—Muy satisfecho —asintió besando su nariz.

—¿Repetirás?

—Lo haré, aunque de momento voy a seguir centrándome en la psicología, que es lo que me apasiona.

Charlie lo abrazó con fuerza. Estaba tan orgullosa de él...

—Y lo harás tan bien como siempre. Porque pones el alma en lo que haces.

—Eso intento, al menos.

Continuaron besándose con tantas ganas que el calor del salón se multiplicó por cien. Sus cuerpos ardían contra el del otro y sus jadeos llenaron de suaves sonidos la estancia.

Mientras seguían acariciándose, el estómago de Charlie rugió de hambre. Liam apartó la boca de la suya y la observó sonriente.

—¿Tienes un león en la barriga?

—Si no es un león, suena como tal —bromeó ella siguiéndole el juego.

—Deberías haber cenado más. Tu tía pasó toda la cena hablando de lo poco que comes.

—Ya sabes que eso no es cierto. Como y mucho.

—¿Y por qué no lo has hecho esta noche? —se interesó Liam—. Todo estaba exquisito, y tampoco comiste tanto esta tarde en el puesto callejero.

—Sentía malestar en el estómago.

—¿No se te podía haber quitado con un antiácido?

—Lo dudo —añadió Charlie sin dejar de sonreír. Lo agarró por las mejillas y lo besó con cariño antes de seguir hablando—. Estoy embarazada.

El corazón de Liam se desbocó al escuchar semejante noticia. Su respiración se transformó en jadeos y sus ojos miraban a su mujer, alucinados.

—¿Lo dices en serio, Charlie? —La ilusión por lo que les esperaba inundó su pecho. Nunca hubiese imaginado que tal noticia le produciría ese calor en el corazón, esa plenitud en el alma. A él, que nunca pensó en formar una familia, que jamás se vio preparado para ello, que anteponía todo lo demás... Liam Tremblay, ese conocido escritor, serio e impenetrable, acababa de convertirse en el hombre más feliz del planeta al conocer que pronto nacería una criatura del seno de la mujer a la que amaba con todo su ser. Un bebé de ambos—. ¿Es cierto?

—Esta misma mañana me hice el test, sin embargo, no quise decirte nada pues no sabía cómo ibas a tomártelo.

—¿Pensabas que me enfadaría? —dijo incrédulo—. Mi amor, llevo meses hablándote del tema.

—Lo sé, pero no es lo mismo hablarlo que saberlo cierto. Y... la verdad es que yo también estoy un poco asustada.

Liam la besó con tanto amor que Charlie tembló sin control. Se abrazaron con fuerza, pletóricos y con una extraña calma que jamás creyeron que sentirían en una situación como aquella.

—Lo lograremos, mi amor —habló Liam sin dejar de sonreír—. Tendremos a este pequeño y seremos tan felices que todo lo demás será secundario. —Devoró sus labios y cerró los ojos con intensidad—. Te amo, Charlie. Me has enseñado qué es el amor verdadero, me has convertido en una mejor persona y... me vas a dar un hijo. Hemos creado una nueva vida, una personita a la que amar y proteger.

Ella lo miró maravillada por sus palabras y aguantó las ganas de echarse a llorar por la

emoción.

—Liam Tremblay, vas a ser un gran padre.

—Lo intentaré al menos. Intentaré ser el mejor padre que este bebé pueda tener. Y lo haré porque te tengo a ti, a la mujer más sensacional que existe, a la que quiero más que a mi vida y a la que, estoy seguro, nuestro niño adorará tanto o más que yo.

Otros títulos de la autora

Puedes encontrar todas las novelas de Mita Marco en los mercados de Amazon, tanto en digital como en papel.

Tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

- Suite veintiuno (Amores de verano 1)
- Cuando me miras (Amores de verano 2)
- Reina de corazones
- Wing, ¿juego limpio?
- Las noches contigo
- Los besos que nos quedan
- Salvajes
- El nombre de Edrielle
- Mi lugar cerca del cielo
- Mil de amores
- El roce de tu piel